

# PSICOSIS II

EL REGRESO DE NORMAN

ROBERT BLOCH

Este libro está dedicado  
a Stella Loeb Bloch,  
con el amor de toda una vida

## UNO

Norman Bates miró por la ventana de la biblioteca, esforzándose por no ver los barrotes.

El truco consistía en ignorarlos. La ignorancia es bienaventurada. Pero ninguna bienaventuranza, y tampoco truco alguno, servían de nada detrás de los barrotes del «Hospital General». Antaño fue el «Hospital General para Criminales Dementes», ahora vivimos en una era de mayores luces y ya no se le llama así. Pero siguen existiendo los barrotes en las ventanas y él seguía dentro, mirando al exterior.

*Una prisión no la hacen los muros de piedra, y tampoco los barrotes de hierro forman una jaula.* Eso lo había dicho el poeta Richard Lovelace, allá por el siglo XVII, hacía ya mucho, muchísimo tiempo. Y Norman había permanecido sentado allí hacía mucho tiempo... no trescientos años, claro, pero se sentía como si hubieran pasado siglos.

Aún así, si tenía que seguir sentado, probablemente la biblioteca fuese el mejor lugar, y trabajar de bibliotecario una tarea fácil. Eran muy escasos los pacientes a quienes interesaban los libros y disponía de mucho tiempo para leer él. Así fue como descubriera a Richard Lovelace y a todos los demás. Sentado allí, día tras día, en la fresca penumbra de la biblioteca sin que nadie le molestara. Incluso le habían dado una mesa de escritorio propia para demostrarle que confiaban en él, que sabían que era responsable.

Norman se sentía agradecido por ello, pero en momentos como aquél, en que el sol brillaba y los pájaros cantaban en los árboles del otro lado de su ventana, se daba cuenta de que Lovelace era un embustero. Las aves estaban libres pero Norman se encontraba enjaulado.

Jamás le había dicho aquello al doctor Claiborne porque no quería disgustarle, pero no podía evitar aquel sentimiento. Era tan injusto, se sentía tan inicuaamente tratado...

Lo que hubiera podido ocurrir, y que tuvo como resultado el que le condujeran allí, lo que le *dijeron* que había ocurrido, si es que era verdad, fue hacía ya mucho tiempo. Hacía ya mucho tiempo y en otro lugar. Además la muchacha estaba muerta. Ahora ya sabía que era Norman Bates, y no su madre. Ya no estaba loco.

Claro que hoy ya nadie está loco. Nadie, haga lo que haga es un maniaco. Sólo sufre perturbación mental. Pero, ¿quién no estaría perturbado si le encierran en una jaula con una pandilla de lunáticos? Claiborne no los llamaba así, pero Norman sabía distinguir a un loco cuando lo veía y en el transcurso de los años había visto muchos. Chiflados, solían llamarles. Pero ahora ya la televisión tenía la última palabra... Mochales, majaretas, orates. ¿Qué era lo que aquellos célebres cómicos decían en las charlas televisadas acerca de no estar en sus cabales?

Pues bien, él sí que se hallaba del todo en sus cabales, aunque su situación fuera desventajosa. Y, además, no estaba de acuerdo con esa terminología humorística que utilizaban para referirse a una enfermedad grave. Era extraño cómo todo el mundo intentaba disfrazar la verdad con naderías. Como esa jerga para referirse a la muerte: estirar la pata, espicharla, hincar el pico, palmarla, diñarla. Toda clase de chistes para

ahuyentar el intenso miedo.

¿Qué significa una palabra? *Podrán romperme los huesos con palos y piedras, pero las palabras jamás podrán herirme.* Otra cita, pero ésta no era de Richard Lovelace, Era su madre quien solía decir aquello, cuando Norman era sólo un niño. Pero ahora su madre estaba muerta y él aún vivía. Estaba vivo y metido en una jaula. El saber aquello, el enfrentarse con la verdad demostraba que estaba cuerdo.

Si al menos se hubieran dado cuenta de ello, le habrían juzgado por asesinato y declarado culpable. Entonces le hubieran condenado a prisión durante cierto tiempo y, al cabo de unos años, siete u ocho lo más, estaría otra vez en la calle. Sin embargo, afirmaron que era un demente, pero no lo era. *Ellos* eran los locos, encerrando de por vida a un hombre enfermo y dejando en libertad a los asesinos.

Norman, poniéndose en pie, se encaminó hacia la ventana. Apretando la cara contra los barrotes, su campo de visión ya no quedaba limitado por ellos. Ahora podía mirar hacia abajo y contemplar el paisaje centelleante bajo el brillante sol de aquella tarde de domingo primaveral. Se escuchaba con una mayor claridad el canto de los pájaros, sosegado, más melodioso. Sol y canto en armonía, la música de las esferas.

Cuando llegó allí por vez primera no brillaba el sol ni se escuchaban cantos: sólo oscuridad y alaridos. La oscuridad estaba en el interior de su ser, un lugar donde se había escondido de la realidad, y los alaridos eran la voz de los demonios que le perseguían para amenazarle y acusarle. Pero el doctor Claiborne había encontrado la forma de llegar hasta él en la oscuridad, exorcizando a los demonios. Su voz había acallado los alaridos: la voz de la cordura. A Norman le había costado tiempo salir de su escondrijo y escuchar la voz de la razón, la voz que le dijera que él no era su propia madre, que él era... ¿Cómo lo dijeron?: Su propia persona. Una persona que había hecho daño a otros, pero jamás de forma consciente. Por lo tanto, no existía culpabilidad, no podía hacérsele responsable. El llegar a comprender aquello era estar curado; el aceptarlo era sanar.

Y de veras que ya estaba curado. Nada de camisa de fuerza, de celda acolchada, de tranquilizantes. En su calidad de bibliotecario tenía acceso a los libros que siempre amara tanto, y la televisión le abría otra ventana al mundo, una ventana sin barrotes. Allí la vida era confortable. Y él siempre había sido un solitario.

Pero, en días como aquél, descubrió que echaba de menos el contacto con otras personas. Personas reales, de carne y hueso, no personajes de los libros o imágenes en una pantalla. Aparte de Claiborne, los médicos, enfermeras y sanitarios eran presencias fugaces. Y el doctor Claiborne, ahora que había dado fin a su tarea, pasaba la mayor parte de su tiempo con otros pacientes.

Norman no podía continuar así. Ahora que de nuevo era él mismo, no podía relacionarse con los lunáticos. Todo aquel mascullar, las muecas y gesticulaciones le perturbaban, y prefería la soledad al trato con ellos. Aquello era algo que Claiborne se sentía incapaz de cambiar, aun cuando ciertamente se había esforzado mucho. Fue el propio doctor Claiborne quien insistiera para que Norman participara en el programa teatral de aficionados que se desarrollaba allí, y por un tiempo constituyó una interesante experiencia. Al menos en el escenario se sentía a salvo, con las candilejas aislándole del público. Allí arriba, era él quien dominaba, haciéndoles reír o llorar a placer. La ocasión

más emocionante fue cuando representó el papel principal en *La Tía de Carlos*, desempeñando el personaje con inmensa veracidad y tan bien que fue en extremo aplaudido y vitoreado. Pero, a lo largo de la representación, fue del todo consciente de que tan sólo era eso, una ficción.

El doctor Claiborne se lo dijo después así y sólo entonces comprendió Norman que todo había sido preparado, una prueba deliberada para comprobar su capacidad de funcionar. *Debes de sentirte orgulloso de ti mismo*, le explicó el doctor Claiborne tras la representación.

Pero había algo de lo que Claiborne no se dio cuenta, algo que Norman no le contó. El instante de temor que le invadió hacia el final, poco antes de que se descubriera el disfraz del héroe. El momento en que, sonriendo bobamente, haciendo arrumacos y coqueteando al tiempo que agitaba sus bucles, Norman se fundió con su personaje. El instante en el que realmente *fue* la Tía de Carlos... Pero el abanico que tenía en la mano ya no era un abanico sino un cuchillo... Y la Tía de Carlos se convirtió en una mujer real y viva, una mujer mayor, como su Madre.

¿El momento del temor... o el de la verdad?

Norman no lo sabía. No quería saberlo. Lo único que deseaba era dejar de una vez por todas su puesto en el teatro de aficionados.

En aquel momento, mientras miraba por la ventana, observó que el resplandor del sol desaparecía con rapidez tras una masa de nubes. Por el horizonte aparecían cúmulos y los árboles que bordeaban la zona de aparcamiento se estremecían bajo el frío desapacible del viento inminente. Los trinos dieron paso al desacorde de un tremolar de alas cuando los pájaros abandonaron las oscilantes ramas, alzaron el vuelo y se desperdigaron por el cielo cada vez más oscuro.

No era la presencia de las nubes lo que les ahuyentaba. Se iban porque empezaban a llegar los coches, introduciéndose en los huecos libres del aparcamiento. Y de ellos salían sus ocupantes, encaminándose hacia la entrada del hospital, tal como hacían durante las horas de visita cada domingo por la tarde.

*Oye, mamá, mira a ese hombre tan raro.*

*Oye, niño. No digas esas cosas. Recuerda lo que te advertí... No des cuerda a los locos.*

Norman sacudió la cabeza. No estaba bien pensar así. Aquellos visitantes eran amigos, familiares que acudían allí porque se ocupaban de los suyos.

Pero no de él.

Hacía años se presentaron los periodistas, pero el doctor Claiborne no les dejó verle, ni siquiera cuando ya estaba curado. Ahora ya nadie venía.

Casi toda la gente que conocía había muerto. Su madre, la chica Crane y aquel detective. Arbogast. Ya estaba completamente solo y cuanto le quedaba por hacer era ver llegar a los forasteros. Algunos hombres, algunos niños, mujeres la mayoría. Esposas, novias, hermanas, madres que les llevaban regalos, y su amor.

Norman hizo una mueca despreciativa hacia ellos. Aquella gente no significaba nada para él. Todo lo que hacían era espantar los pájaros. Y eso era cruel porque a él siempre le había gustado tener pájaros en derredor, incluso aquellos que hacía años rellenaba y montaba, durante la época en que le interesaba la taxidermia. Para él no era sólo una

afición; realmente sentía cariño por ellos. *San Francisco de Asís*.

Extraño. ¿Qué le indujo a pensar aquello?

Mirando de nuevo hacia abajo encontró la respuesta. Las grandes aves que se alejaban del camión aparcado cerca de la puerta de entrada. Aguzando la mirada podía incluso descifrar el letrero que aparecía en uno de los costados del camión... *Orden Sagrada de las Hermanitas de la Caridad*.

Ahora las aves se encontraban casi frente a él. Dos grandes pingüinos, blancos y negros, que anadeaban en dirección a la entrada. Y si habían recorrido todo el camino desde el Polo Sur únicamente para verle...

Pero ésa era una idea loca.

Y Norman ya no estaba loco.

## DOS

Los pingüinos entraron en el vestíbulo del hospital y se acercaron a recepción. La más baja, con lentes, que abría la marcha era la hermana Cupertine y la alta, más joven, la hermana Barbara.

La hermana Barbara no pensaba en sí misma como en un pingüino. En aquel momento ni siquiera pensaba en ella. Sus pensamientos estaban centrados en la gente que había por allí, aquellas pobres y desgraciadas personas.

Y siempre debería recordar que eran eso; no reclusos, sino, básicamente, gente muy semejante a ella. Aquella era una de las cosas en la que habían hecho hincapié en la clase de Psicología y, ciertamente, constituía un precepto fundamental de las enseñanzas religiosas. *Y aquí estoy yo por la gracia de Dios.* Y si la gracia de Dios la había llevado hasta ellos, entonces debería aportar Su palabra y Su consuelo.

Pero la hermana Barbara se veía obligada a admitir que, en aquel momento, no se sentía del todo cómoda. A fin de cuentas era nueva en la Orden y, con anterioridad, jamás había cumplido una misión de caridad y, mucho menos, una que la llevara hasta un manicomio.

Fue la hermana Cupertine quien sugirió que hicieran aquel viaje juntas y por una razón evidente: necesitaba a alguien que condujera. Durante años, la hermana Cupertine había acudido allí una vez al mes junto con la hermana Loretta, pero ésta había caído enferma con gripe. Una mujer tan pequeña y frágil... Dios haga que se recupere pronto.

La hermana Barbara pasaba las cuentas de su rosario, dando gracias por su propio vigor. Una muchacha fuerte y saludable como tú, le decía siempre mamá. *Una muchacha fuerte y saludable como tú no tendrá dificultad en encontrar un marido decente cuando yo me haya ido.* Pero mamá se había hecho demasiadas ilusiones. La muchacha fuerte y saludable no era más que una desgarrada zagala, sin el rostro y el tipo, o incluso la feminidad básica para atraer a cualquier hombre, con intenciones honestas o deshonestas. De manera que, al morir mamá, se quedó sola hasta que le llegó la llamada. Entonces, de repente, se despejó el camino; respondió a la llamada, pasó el noviciado y encontró su vocación. Gracias le sean dadas a Dios por ello.

Y en aquellos momentos también daba gracias a Dios por haberle enviado a la hermana Cupertine, que saludaba con tal seguridad a la pequeña recepcionista y la presentaba a ella mientras esperaban que el superintendente, que se encontraba en su despacho, bajase al vestíbulo. En aquel momento le vio salir por el corredor superior, enfundado en un ligero gabán y con un maletín en la mano izquierda.

El doctor Steiner era un hombre de baja estatura, calvo, que cultivaba amorosamente unas frondosas patillas, sin duda como compensación por su alopecia craneal, y una inmensa panza que distraía la atención de su escasa estatura. Pero, ¿quién era la hermana Barbara para enjuiciarle o tratar de adivinar sus motivaciones? Ya no era estudiante de Psicología; en su último año, había abandonado la Escuela, al morir mamá, y ahora ya tenía que dar de lado para siempre todas aquellas especulaciones mentales.

En realidad, el doctor Steiner había resultado ser muy agradable y, al ser un profesional, resultaba evidente que se daba cuenta de su timidez y hacía todo lo posible para que se sintiera a gusto.

Pero fue el otro hombre, el médico que acompañaba a Steiner al reunirse con ellas, quien, en realidad, logró llevar a cabo esa tarea. Tan pronto como le vio, la hermana Barbara se relajó de manera consciente.

—Ya conoce al doctor Claiborne, ¿verdad?

Steiner se dirigía a la hermana Cupertine, quien asintió con un movimiento de cabeza.

—Y ésta es la hermana Barbara. —Steiner se volvió hacia ella señalando con un ademán al joven alto de pelo rizado—. Tengo el gusto de presentarle al doctor Claiborne, mi socio, hermana.

El hombre alto alargó la mano. Su apretón fue cálido, al igual que su sonrisa.

—El doctor Claiborne es alguien difícil de encontrar —añadió Steiner—. Un auténtico psiquiatra que no es judío.

Claiborne hizo una sonriente mueca.

—Se olvida de Jung —repuso.

—Estoy olvidando un montón de cosas. —Steiner echó una ojeada al reloj que había en el vestíbulo, detrás de la mesa de recepción y su expresión se tornó seria—. Debería estar ya camino del aeropuerto.

Volvióse y se cambió el maletín de mano.

—Tendrán que perdonarme —siguió—. A primera hora de la mañana tengo una reunión con la Junta Municipal y, hasta mañana, el único vuelo es el de las cuatro treinta. De manera que, con su permiso, les dejo con el doctor Claiborne. Por el momento, está a cargo de todo.

—Naturalmente. —La hermana Cupertine asintió vivaz, con un movimiento de cabeza—. No se preocupe por nosotras.

Tras dirigir una mirada al joven médico, Steiner se encaminó hacia la puerta. El doctor Claiborne le acompañó y ambos se detuvieron un momento al llegar a la salida. Steiner habló con rapidez y en voz baja con su compañero; luego, tras un ademán de despedida, salió.

El doctor Claiborne volviéndose, se acercó de nuevo a las hermanas.

—Siento haberlas hecho esperar —dijo.

—No tiene por qué excusarse.

El tono de la hermana Cupertine fue cordial, pero la hermana Barbara observó el repentino fruncimiento del entrecejo detrás de la montura de sus gruesas gafas.

—Tal vez lo mejor será aplazar nuestra visita hasta una próxima ocasión. Ya debe tener bastante de qué ocuparse aquí, sin que nosotras vengamos a distraerle.

—No es ningún problema.

El doctor Claiborne echó mano al bolsillo de la chaqueta y sacó un pequeño bloc de notas.

—Aquí está la lista de los parientes por los que preguntó por teléfono.

Arrancó la primera hoja del bloc se la entregó a la hermana de más edad.



Desapareció su ceño mientras examinaba los nombres garrapeados sobre el blanco rectángulo de papel.

—Tucker, Hoffman y Shaw. A los tres los conozco —explicó—. Pero, ¿quién es Zander?

—Ha ingresado recientemente. Diagnóstico experimental. Melancolía involucional.

—¿Y qué significa eso?

Se reflejó un leve tono de irritación en la voz de la hermana Cupertine, que volvió a fruncir el ceño. Y la hermana Barbara se encontró hablando, antes siquiera de darse cuenta.

—Depresión grave —afirmó—. Sentimientos de culpabilidad, ansiedad, preocupaciones somáticas...

Se detuvo, consciente de la repentina atención del doctor Claiborne. La hermana Cupertine le dirigió una sonrisa exculpatoria.

—La hermana Barbara estudió Psicología en el Instituto.

—Pues, al parecer, con gran aprovechamiento.

La hermana Barbara sintió que se ruborizaba.

—En realidad, no... Lo que pasa es que siempre me ha interesado lo que le ocurre a la gente..., con tantos problemas...

—Y tan pocas soluciones —asintió Claiborne—. Ése es el motivo de que me encuentre aquí.

La hermana Cupertine apretó los labios y la hermana más joven deseó haber sido ella la que mantuviera la boca cerrada. Había cometido una falta al dejarla de lado de aquella manera.

Se preguntó si el doctor Claiborne comprendería el lenguaje de los gestos y ademanes. Pero ya no importaba, porque la hermana Cupertine lo traducía ya en palabras.

—Y ése es el motivo de que *yo esté* aquí —manifestó—. Tal vez no sepa mucho sobre Psicología, pero, a veces, creo que sólo unas palabras amables pueden hacer más bien que todos esos rebuscados términos.

—Exactamente. —La sonrisa del doctor Claiborne logró que el ceño desapareciera—. Y lo aprecio de veras, y sé que nuestros pacientes aún lo agradecen más. A veces, un visitante que llega del exterior puede levantar más su moral en sólo unas horas de lo que nosotros somos capaces de lograr durante meses de análisis. Por ello, desearía que hoy, una vez haya visto a sus pacientes regulares, visiten a Mr. Zander. Por lo que sabemos, no tiene familiares. Si lo desea puedo darle una copia de su historial.

—No será necesario. —La hermana Cupertine sonreía de nuevo, tras recuperar su habitual forma de ser—. Charlaremos un rato y podrá hablarme de él. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—La dieciocho, en la cuarta planta, enfrente de la habitación de Tucker —dijo el doctor Claiborne—. Pida a la enfermera de piso que la acompañe.

—Gracias. —La cabeza con la toca se volvió—. Vamos, hermana.

La hermana Barbara vaciló. Sabía lo que quería decir, lo había estado ensayando en su mente durante todo el viaje hasta allí. Pero, ¿debería correr el riesgo de ofender de nuevo a la hermana Cupertine?

Muy bien. Ahora o nunca.

—Me pregunto si no le importaría que me quedara aquí con el doctor Claiborne. Hay algunas cosas que me gustaría preguntarle sobre el programa de terapia...

De nuevo apareció el ceño. La hermana Cupertine la cortó rápida.

—En realidad no debemos molestarle más. Tal vez más tarde, cuando no esté tan ocupado.

—Por favor... —intervino el doctor Claiborne—. Durante las horas de visita siempre interrumpimos nuestra actividad. Con su permiso, me gustaría contestar a las preguntas de la hermana.

—Es muy amable por su parte —repuso la hermana Cupertine—. Pero, ¿está seguro...?

—Será un placer —replicó el doctor Claiborne—. Y no se preocupe. Si no se reúne con usted arriba, la encontrará aquí, en el vestíbulo, a las cinco.

—Muy bien.

La hermana Cupertine dio media vuelta alejándose, pero no antes de que sus ojos, tras los gruesos cristales, transmitieran un mensaje a su acompañante. *Cuando nos reunamos a las cinco dedicaremos cierto tiempo a recordarle el tema del deber y la obediencia a los superiores.*

Por un instante, la hermana Barbara flaqueó en su resolución. Pero la voz del doctor Claiborne puso fin a su indecisión.

—Muy bien, hermana. ¿Le gustaría que recorriésemos primero un poco el edificio? ¿O prefiere entrar en materia inmediatamente?

—¿Materia?

—Está quebrantando las reglas. —El doctor Claiborne hizo una sonriente mueca—. Tan sólo un psiquiatra cualificado puede permitirse contestar una pregunta con otra.

—Lo siento.

La hermana Barbara observó cómo la monja de más edad se metía en un ascensor situado al fondo del vestíbulo. Luego, se volvió hacia el médico con una sonrisa de alivio.

—No se preocupe. Límitese a preguntarme lo que la ha estado preocupando durante todo el tiempo.

—¿Cómo lo sabe?

—Tan sólo es una suposición educada. —La sonrisa se hizo más amplia—. Otro de los privilegios de que gozamos los psiquiatras cualificados. —Hizo un ademán—. Adelante.

De nuevo un instante de vacilación. ¿Debería..., podría? La hermana Barbara hizo una profunda aspiración.

—¿Tienen aquí un paciente llamado Norman Bates?

—¿Conoce su caso? —La sonrisa se desvaneció—. Me alegra saber que no es así para la mayor parte de la gente.

—¿Se alegra?

—Una manera de hablar. —El doctor Claiborne se encogió de hombros—. No, a fuer de sincero, he de reconocer que Norman representa algo especial en mi libro. Y esto no es hablar por hablar.

— ¿Ha escrito un libro sobre él?

— Pienso hacerlo algún día. He estado reuniendo material desde que me hice cargo de su tratamiento, del que se ocupaba el doctor Steiner.

Habían salido ya del vestíbulo y el doctor Claiborne la condujo, mientras hablaban, por el corredor que había a su derecha. Al pasar junto al encristalado salón de visitas, observó a una familia. El padre, la madre y un muchacho adolescente, posiblemente un hermano, rodeaban a una jovencita rubia sentada en una silla de ruedas. La muchacha permanecía allí inmóvil, con su pálido rostro sonriendo a sus visitantes mientras éstos charlaban. Parecía tratarse de una enferma convaleciente en cualquier hospital corriente. Pero aquél no era un hospital corriente, se recordó a sí misma la hermana Barbara, y tras el rostro pálido y sonriente se ocultaba un oscuro y tenebroso secreto.

Dirigió otra vez su atención al doctor Claiborne mientras seguían avanzando.

— ¿Qué tipo de tratamiento...? ¿Terapia electroconvulsiva?

El doctor Claiborne replicó con un ademán negativo.

— Eso fue lo que recomendó el doctor Steiner cuando me hice cargo del caso. Pero yo no estaba de acuerdo. ¿Qué necesidad hay, cuando el paciente se encuentra ya en un estado pasivo que llega a la catatonía? El problema residía en sacar a Norman de su fuga amnésica, no en aumentar su introversión.

— Así que encontró otros medios para curarle...

— Norman no está curado. No lo está desde un punto de vista clínico, ni siquiera en el sentido legal del término. Pero nos libramos de los síntomas. Las buenas y viejas técnicas de regresión hipnótica, sin narcosis ni otro tipo de atajo. Sencillamente, forzando preguntas y respuestas. Desde luego, en los últimos años hemos aprendido mucho acerca de los desórdenes de personalidad múltiple y de reacción disociativa.

— Deduzco que está diciendo que Norman ya ha dejado de creer que es su madre.

— Norman es Norman. Y creo que se acepta a sí mismo como tal. Recordará que cuando se vio inmerso en la personalidad de su madre, cometió asesinatos como travestí. Ahora se ha dado cuenta de ello, aunque sigue sin tener un recuerdo consciente de tales episodios. El material subió a la superficie bajo los efectos de la hipnosis y, después de cada sesión, discutíamos su contenido, pero él jamás realmente lo recordará. La única diferencia estriba en que ya no niega la realidad. Ha experimentado una catarsis.

— Pero sin abreacción.

— Exactamente. — El doctor Claiborne se la quedó mirando atentamente—. Estudió en serio sus libros de texto, ¿verdad?

La hermana Barbara hizo un ademán de asentimiento.

— ¿Qué es la prognosis?

— Ya se lo he dicho. Realizamos análisis intensivos discontinuos... No cabe esperar ulteriores brechas importantes. Pero ahora actúa sin restricciones ni calmantes. Desde luego, no nos arriesgamos a dejarle salir fuera de los terrenos del hospital. Le he nombrado encargado de la biblioteca... De esa forma goza de cierto grado de libertad, al tiempo que tiene una responsabilidad. Pasa leyendo la mayor parte de su tiempo.

— Da la impresión de una vida muy solitaria.

— Sí, me doy cuenta de ello. Pero no podemos hacer mucho más por él. No tiene

parientes y tampoco amigos. Además, últimamente, con el gran número de pacientes que tenemos aquí, no me ha sido posible pasar mucho tiempo con él. Sólo algunas breves visitas.

Mientras desgranaba las cuentas de su rosario, la hermana Barbara volvió a respirar hondo.

— ¿Podría verle?

El doctor Claiborne se detuvo y se la quedó mirando.

— ¿Por qué?

La hermana se esforzó en sostener su mirada.

— Usted ha dicho que está muy solo. ¿No es razón suficiente?

El médico sacudió la cabeza.

— Créame, comprendo su empatía...

— Es algo más que eso. Se trata de nuestra vocación, el motivo por el que la hermana Cupertine y yo estamos aquí. Para ayudar al desvalido, para ofrecer nuestra amistad a quienes no tienen amigos.

— Y tal vez para convertirlos a su fe, ¿no?

— ¿No aprueba la religión? — preguntó la hermana Barbara.

El doctor Claiborne se encogió de hombros.

— Mis creencias carecen de importancia. Pero no puedo correr el riesgo de que se trastorne a mis pacientes.

— ¿Pacientes? — Ahora las palabras brotaron ya libres, sin que nada las contuviera—. Si usted mismo sintiera alguna empatía, no pensaría en Norman Bates como en un paciente. Es un ser humano, un pobre, solitario y confuso ser humano, que ni siquiera comprende el motivo de encontrarse encerrado aquí. Lo único que sabe es que nadie se preocupa por él.

— Yo me preocupo.

— ¿De veras? Entonces proporcióneme una oportunidad de que se dé cuenta de que también le importa a otros.

El doctor Claiborne suspiró levemente.

— Muy bien. La conduciré junto a él.

— Gracias. — Mientras el médico atravesaba con ella el vestíbulo, enfilando por un pasillo lateral, la hermana habló con tono más tranquilo—: Doctor...

— Dígame?

— Siento haberme mostrado inconveniente.

— No se preocupe.

También el tono de voz del doctor Claiborne fue más tranquilo, y allí, en la penumbra del corredor, presentó, de repente, un aspecto fatigado y exangüe.

— A veces es conveniente que le sacudan a uno. Hace que la adrenalina se ponga de nuevo en acción.

Sonrió y se detuvo ante una puerta doble al final del corredor.

— Hemos llegado. Ésta es la biblioteca.

La hermana Barbara hizo la tercera inhalación del día, o al menos lo intentó. La atmósfera era húmeda, bochornosa y estaba absolutamente inmóvil. Y, sin embargo, en

alguna parte había movimiento... Un ritmo palpitante, como de pulsación, con tanta intensidad que, por un instante, sintió una especie de vértigo. De manera involuntaria, su mano buscó las cuentas del rosario y fue entonces cuando descubrió el origen de aquella sensación. El corazón le palpitaba de forma desusada.

— ¿Se encuentra bien?

El doctor Claiborne le dirigió una rápida mirada.

— Desde luego.

La hermana Barbara no se sentía tan segura en su fuero interno. ¿Por qué se había mostrado tan insistente? ¿Era de veras un sentimiento de compasión lo que la impulsara, o tan sólo un orgullo estúpido..., el orgullo que precede a la caída?

— No tiene de qué preocuparse —le aseguró el doctor Claiborne—. Entraré con usted.

Los latidos volvieron a la normalidad.

El doctor Claiborne se dio la vuelta y abrió la puerta.

Y en aquel mismo momento, se encontraron dentro de la tela de araña.

Eso era precisamente, se dijo la hermana... Las estanterías que, semejantes a radios, partían del centro de la habitación eran como los hilos de una telaraña. Avanzaron por uno de los pasillos en penumbra, bordeado a cada lado de estanterías rebosantes de libros y desembocaron en la parte despejada de la biblioteca. Allí, bajo la pálida fluorescencia de una única lámpara sobre la mesa de escritorio, se encontraba el centro de la telaraña.

Y de allí se irguió la figura de la araña.

El corazón empezó a latirle de nuevo desacompasada-mente. Y, por encima de aquellos latidos, escuchó, lejana, la voz del doctor Claiborne.

— Hermana Barbara..., le presento a Norman Bates.

## TRES

Por un instante, al ver entrar al pingüino en la habitación, Norman pensó que, después de todo, acaso *estuviera* loco.

Pero en seguida aquello pasó. La hermana Barbara no era un ave y el doctor Claiborne no había ido allí para discutir sobre su cordura o la falta de ella. Se trataba tan sólo de una visita social.

*Visita social. ¿Cómo ha de representar uno el papel de anfitrión ante sus visitantes en un manicomio?*

—Siéntese, por favor.

Evidentemente, aquélla era la frase adecuada. Pero una vez que todos se encontraron sentados en derredor de la mesa, se produjo un momento de incómodo silencio. De súbito, y en forma sorprendente, Norman se percató de que sus visitantes se sentían violentos; les resultaba tan difícil como a él comenzar una conversación.

Bueno, siempre se podía recurrir al tiempo.

Norman miró hacia la ventana.

—¿Qué ha sido de todo ese sol? El ambiente huele a lluvia.

—Un día típico de primavera..., ya los conoces —le dijo el doctor Claiborne.

*Fin del boletín meteorológico. Después de todo, acaso sea de verdad un pingüino. ¿Qué les dirá a sus hermosos amigos con plumas?*

La hermana Barbara miró el libro abierto que había sobre la mesa, frente a él.

—Confío en que no le hayamos interrumpido.

—De ninguna manera. Sólo estaba pasando el rato.

Norman cerró el libro, apartándolo.

—¿Puedo preguntarle qué leía?

—Una biografía de Moreno.

—¿El psicólogo italiano?

La pregunta de la hermana Barbara provocó una rápida mirada de Norman.

—¿Le conoce?

—Sí, claro. ¿No es el que descubrió la técnica del psicodrama?

*Así que después de todo no era un pingüino. Sonrió a la hermana al tiempo que asentía.*

—Está en lo cierto. Claro que eso ya pertenece al pasado.

—Norman tiene razón —se apresuró a intervenir el doctor Claiborne—. Más o menos, hemos abandonado el sistema de terapia en grupo. Sin embargo, aún seguimos alentando la exposición de las fantasías personales a nivel de la palabra.

—Incluso hasta permitir que los pacientes suban a un escenario y hagan el ridículo —explicó Norman.

—Eso también pertenece al pasado. —El doctor Claiborne sonreía pero Norman percibió su preocupación—. Pero aún sigo creyendo que tu actuación fue excelente y me hubiera gustado que siguieras con el grupo.

La hermana Barbara parecía desconcertada.

—Me temo que no les entiendo.

—Hablamos del programa dramático de aficionados que se está desarrollando aquí —repuso Norman—. Sospecho que se trata de un perfeccionamiento por parte del doctor Claiborne de las teorías de Moreno. De cualquier forma, me indujo a tomar parte pero no sirvió de nada. —Se inclinó hacia delante—. ¿Cómo...?

—Perdonen...

De súbito, hubo una interrupción y Norman frunció el ceño. Era un enfermero... Otis, el nuevo de la tercera planta, había entrado en la habitación. Se acercó al doctor Claiborne, el cual se le quedó mirando.

—¿Qué pasa, Otis?

—Una llamada de larga distancia para el doctor Steiner.

—El doctor Steiner está de viaje. No regresará hasta el martes por la mañana.

—Eso es lo que les he dicho. Pero ese señor quiere hablar con usted. Dice que es muy importante.

—Siempre lo es —suspiró el doctor Claiborne—. ¿Le ha dicho su nombre?

—Un tal Mr. Driscoll.

—Nunca he oído ese nombre.

—Afirma que es productor de uno de esos estudios de Hollywood. Llama desde allí.

El doctor Claiborne empujó hacia atrás su silla.

—Muy bien. Contestaré yo. —Se levantó y miró sonriendo a la hermana Barbara—. Tal vez quiera que le escenifiquemos un psicodrama.

Se acercó al asiento que ocupaba la monja, dispuesto a ayudarla a levantarse:

—Lamento que hayamos de interrumpir esto.

—¿Es preciso? —preguntó la hermana Barbara—. ¿Por qué no le espero aquí?

Norman volvió a sentirse dominado por la tensión. Algo en su interior le advirtió que no comentara nada, pero se concentró en la idea: *Ojalá se quede, necesito hablar con ella.*

—Si lo prefiere...

El doctor Claiborne siguió a Otis junto a las estanterías, hasta llegar a la puerta. Allí se detuvo y se volvió para mirarlos.

—No tardaré —explicó.

La hermana Barbara sonrió y Norman siguió sentado, observando a los dos hombres por el rabillo del ojo. El doctor Claiborne dijo algo en voz baja a Otis, quien asintió y le siguió hasta el vestíbulo. Durante un momento, vio la sombra de sus dos siluetas sobre la pared más alejada del corredor; luego, una de las sombras se alejó mientras la otra se quedaba allí quieta. Otis. Permaneció montando guardia junto a la puerta.

La atención de Norman se sintió atraída por un débil clic. La monja desgranaba las cuentas de su rosario. *¿Un ancla de seguridad?* —se dijo—. *Pero ella insistió en quedarse. ¿Por qué?*

Se inclinó hacia ella.

—¿Cómo sabe lo del psicodrama, hermana?

—Seguí los cursos en el bachillerato.

Habló en voz queda, pero aún así la oyó a pesar del clic.

—Comprendo —Norman, a su vez, replicó en voz baja.

Dejó de escucharse el cliqueteo. Había atraído hacia sí toda la atención de la monja. Se aprovecharía de ello. Por vez primera desde hacía años, dominaba la situación. ¡Qué sensación tan maravillosa reclinarsen en su asiento y, para cambiar, que alguien más se estremeciera presa de los nervios! Una mujerona descarnada, poco atractiva, que se ocultaba tras un disfraz de pingüino.

De repente, empezó a preguntarse qué era lo que realmente se escondía debajo de aquel hábito, qué tipo de cuerpo velaba. Carne cálida, palpitante. Mentalmente trazó el contorno desde los senos agresivos, sedientos, hasta el redondeado vientre y el triángulo debajo de él. Las monjas se afeitaban la cabeza..., pero ¿y el vello del pubis? ¿Se lo afeitarían también?

—Sí —exclamó la hermana Barbara.

Norman parpadeó. ¿Acaso había leído en su mente? Luego se dio cuenta de que se limitaba a contestar la pregunta que le había hecho.

—¿Qué decían sobre mí?

La hermana Barbara se agitó incómoda en la silla.

—En realidad, sólo se trataba de una nota a pie de página, únicamente unas líneas en uno de nuestros libros de texto.

—Quiere decir que soy un caso de libro de texto, ¿no es así?

—Por favor... No era mi intención molestarle...

—Entonces, ¿cuál era su intención? —*Era extraño contemplar a otra persona que intentaba evadirse de algo difícil. Durante todos aquellos años fue él quien intentó zafarse, y aún no lo había logrado, jamás lo lograría. ¡Fuera, mancha maldita!* — ¿Por qué ha venido aquí? ¿Cierran el zoológico los domingos?

Ya estaba otra vez desgranando aquellas malditas cuentas. ¡Maldito rosario, maldita mancha! ¿Estaría realmente afeitado aquel sitio?

La hermana Barbara alzó la mirada.

—Pensé que podríamos hablar. Verá, después de que supe su nombre por aquel libro, consulté algunos periódicos de los archivos. Lo que leí me interesó...

—¡Le interesó! —El tono de voz de Norman no respondía a la sonrisa que dirigió a la hermana—. Estaba escandalizada, ¿no es así? Escandalizada, horrorizada, asqueada... ¿Cómo se sentía?

La hermana Barbara repuso casi con un susurro:

—Todas esas cosas a la vez. Pensaba en usted como en un monstruo, una especie de aparecido que surgía de las tinieblas y enarbolaba un cuchillo. Durante muchos meses no pude apartarle de mi mente, siempre estaba en mis sueños. Pero ahora ya no. Todo ha cambiado.

—¿Cómo?

—Es difícil de explicar. Pero algo me ocurrió después de tomar el hábito. El noviciado..., la meditación... El examen de los propios pensamientos secretos, de los pecados ocultos. Supongo que, en cierto modo, es como el análisis.

—La psiquiatría no cree en el pecado.

—Pero cree en la responsabilidad. Y también cree en ella mi fe. De forma gradual llegué a descubrir la verdad. Usted no se daba cuenta de lo que hacía, de manera que



nadie podía responsabilizarle por ello. Fui yo quien pequé al juzgarle sin intentar comprender. Y cuando me enteré de que hoy veníamos aquí, supe que tenía que verle, aunque sólo fuera a modo de acto de contrición.

— ¿Me está pidiendo que la perdone? — Norman negó con un movimiento de cabeza —. Sea sincera. Lo que la atrajo aquí ha sido la curiosidad. Vino a ver al monstruo, ¿no es así? Muy bien, míreme bien y dígame lo que soy.

La hermana Barbara levantó la vista y le contempló durante un largo momento bajo la luz fluorescente.

— Veo un cabello canoso, arrugas en la frente señales del sufrimiento. No del sufrimiento que causara a otros, sino el que atrajo sobre sí. No es un monstruo..., sólo un hombre — concluyó.

— Resulta muy halagador.

— ¿Qué quiere decir?

— Nadie me dijo jamás que era un hombre — replicó Norman—. Ni siquiera mi propia madre. Ella pensaba que era débil, afeminado. Y todos los chiquillos me llamaban mariquita..., los juegos de pelota... — Se le ahogó la voz.

— ¿Juegos de pelota? — La hermana Barbara le miraba de nuevo—. Cuénteme, por favor. Quiero saber.

*Sí que quiere. ¡Realmente quiere!*

Norman recobró la voz.

— Era un niño enfermizo. Hasta hace sólo unos años llevaba gafas para leer. Y nunca descollé en los deportes. Al terminar las clases jugábamos a béisbol en el patio del colegio. Los chicos mayores eran los capitanes. Se turnaban para elegir a los más pequeños para su equipo. Yo era siempre al último que elegían... — Se le quebró la voz—. Pero es algo que usted no puede entender.

La mirada de la hermana Barbara no se apartó de su rostro, pero ya no le contemplaba con fijeza. Asintió al tiempo que su expresión se suavizaba.

— Lo mismo me ocurrió a mí — dijo.

— ¿A usted?

— Sí. — Su mano izquierda se inmovilizó sobre las cuentas y se quedó mirándolas sonriente—. Verá. Yo soy lo que llaman zurda. También las chicas juegan a béisbol, ¿sabe? Yo era una buena lanzadora. Siempre me seleccionaban la primera.

— Pero eso es precisamente todo lo contrario de lo que me ocurría a mí.

— Lo contrario, pero significaba lo mismo — susurró la hermana Barbara—. A usted le consideraban un mariquita. A mí, un marimacho. El ser la primera me dolió tanto como a usted ser el último.

La atmósfera estaba densa, bochornosa; a través de la ventana se deslizaban sombras, que se desprendían del anochecer, del exterior, para arracimarse alrededor del foco de luz de la lámpara.

— Acaso eso formara parte de mi problema — siguió Norman—. Ya sabe lo que ocurrió conmigo... Ese asunto del travestismo. Usted fue afortunada. Al menos, evitó la pérdida de identidad, la pérdida de su género.

— ¿De veras? — La hermana Barbara dejó caer el rosario—. Una monja es neutra. No

existe el género. Y tampoco una auténtica identidad. Incluso perdemos nuestro nombre real. —Sonrió—. Y no lo lamento. Pero si se detiene a pensar, usted y yo tenemos mucho en común. Los dos somos semejantes.

Por un instante, Norman casi la creyó. Quería creer, quería aceptar la similitud. Pero, en la zona de fluorescencia del suelo, vio las sombras de lo que les separaba..., las sombras de los barrotes de la ventana.

—Con una diferencia —dijo—. Usted ha venido aquí por su propia voluntad. Y cuando quiera se irá por su libre albedrío.

—No existe el libre albedrío —aseveró la hermana Barbara sacudiendo la cabeza—. Sólo la voluntad de Dios. Él me ha enviado aquí. Yo voy y vengo de acuerdo con Su deseo. Y usted sigue aquí sólo para cumplir con el mismo propósito divino.

Se detuvo al invadir la habitación una luz lívida. Norman buscó su origen en el súbito oscurecimiento que se produjo en el exterior. El trueno retumbó contra la reja.

—Parece que tendremos tormenta. —Norman frunció el entrecejo mirando a la hermana Barbara—. ¿Qué pasa?

La respuesta a su pregunta se hizo evidente. A la luz de la lámpara, el rostro de la monja estaba mortalmente pálido y tenía los ojos cerrados mientras seguía aferrada a su rosario. En su expresión no existía el menor indicio de seguridad espiritual, ni siquiera la menor huella de bravata juvenil. Los acusados rasgos, casi masculinos, se habían suavizado y revelaban el miedo que sentía.

Norman se levantó de repente, dirigiéndose con paso largo hasta la ventana. Tras atisbar al exterior, vio un trozo del cielo encapotado más allá de la verja. Entonces, otro relámpago iluminó la zona de aparcamiento; por un instante tembló, semejante a un nimbo, sobre los coches y la furgoneta. Norman corrió las cortinas cubriendo el centelleo verdoso mientras, una vez más, retumbaba amenazador.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó.

—Sí, gracias.

La mano de la hermana Barbara soltó el rosario.

Hubo un chasquido. *Las cuentas*. Norman se quedó mirándolas.

Todas esas tonterías sobre percepción psicológica, todas esas bobadas acerca de la voluntad de Dios se habían esfumado con el estruendo de un trueno. Era tan sólo una mujer aterrada, asustada de su propia sombra.

Ahora ya les rodeaban esas sombras. Estaban agazapadas en los rincones, se arrastraban entre las amenazadoras estanterías que se prolongaban hasta la distante puerta. Echando una ojeada, Norman se dio cuenta de que en el corredor ya no había nadie; la sombra había desaparecido. Desde luego él conocía el motivo. Siempre que estallaba una tormenta tenían mucho trabajo con los dementes. Dios debió haber enviado a Otis para calmar a sus pupilos de la planta superior.

Norman se volvió de nuevo hacia la hermana Barbara, al tiempo que otra vez sonaban las cuentas entrechocándose.

—¿Seguro que se encuentra bien? —inquirió.

—Naturalmente.

Pero las cuentas sonaban entre sus dedos y en su voz aún se percibía un eco trémulo.

Temerosa del trueno y el rayo; después de todo sólo era una mujer indefensa.

De súbito, y de forma sorprendente, Norman sintió despertarse aquella extraña sensación en sus costados. Luchó contra ella de la única forma que sabía, con palabras sarcásticas.

—Recuerde lo que me dijo hace un momento. Si Dios la ha enviado aquí, también envió Él la tormenta.

La hermana Barbara levantó la mirada mientras las cuentas del rosario colgaban y tintineaban.

—No debe decir esas cosas. ¿Acaso no cree en la voluntad de Dios?

Fuera de aquellas paredes retumbó de nuevo el trueno, martillando el cráneo de Norman, golpeando su cerebro. Luego, el destello del rayo lo iluminó todo detrás de las cortinas. *La voluntad de Dios. Había rogado y sus ruegos escuchados.*

—Sí —dijo Norman—. Sí creo.

La monja se levantó.

—Es mejor que me vaya. La hermana Cupertine estará preocupada.

—No hay de qué preocuparse —dijo Norman.

Pero hablaba para sí. *Llovía aquella noche, hace ya mucho tiempo, cuando todo empezó. Y ahora vuelve a llover. Lluvia del cielo. Ha de cumplirse la voluntad de Dios.*

Retumbó otra vez el trueno, y luego la lluvia golpeó contra el muro exterior de la habitación en penumbra. Pero Norman no la oyó.

No escuchaba otra cosa que el tintineo de las cuentas de la hermana Barbara, mientras la seguía sumergiéndose en las sombras, entre las estanterías.

## CUATRO

La hermana Cupertine no tuvo oportunidad de visitar al nuevo paciente de la 418. Se encontraba aún en la habitación de Tucker cuando estalló la tormenta y, al salir de la habitación, la lluvia tamborileaba ya con fuerza.

Avanzó con la mayor rapidez que le fue posible entre la confusión del corredor, abarrotado de pacientes excitados que volvían a las salas, acompañados por sus amigos y familiares. Los sanitarios y las enfermeras de planta pasaban presurosos, para atender a las llamadas que se escuchaban procedentes de las habitaciones provistas de cerrojos que se encontraban al fondo del vestíbulo. Cuando la hermana llegó a la puerta del ascensor de la cuarta planta, una multitud se encontraba ya allí esperando, ansiosa e impaciente.

Se presentó el ascensor y los visitantes se agolparon en él. La hermana Cupertine dio un paso adelante, pero ya estaba lleno de pasajeros. La puerta se cerró con un chasquido y la dejó allí junto a media docena de rezagados.

Nadie había hecho el menor movimiento para cederle un sitio en el ascensor, y ninguno de los que quedaron con ella prestaron la menor atención a la hermana Cupertine. *Ya no existe el respeto. En absoluto. Perdónales, Santa María..., ¿qué pasa en el mundo de hoy?*

La hermana Cupertine se humedeció los labios mientras recitaba el rosario de afrentas a que se había visto sometida. El anciano Mr. Tucker se encontraba aquel día con uno de sus peores talantes, rechazó su sugerencia de rezar con ella y contestó a su reprimenda con un lenguaje obsceno. Claro que, en cierto modo, era lo que cabía esperar de alguien en sus condiciones. Pero el comportamiento de la hermana Barbara no tenía excusa. Su negativa a subir con ella había constituido una abierta insubordinación. Acaso fuera necesario, a su regreso al convento, mantener una breve conversación con la Madre Superiora acerca de su conducta.

Retumbó un trueno al subir de nuevo el ascensor. Esta vez la hermana Cupertine fue una de las primeras en entrar. Pero ello no contribuyó en modo alguno a acelerar su camino; el ascensor hubo de parar de nuevo en la tercera planta y, una vez más, en la segunda para admitir, a duras penas, nuevos pasajeros. La pequeña hermana Cupertine se vio incómodamente estrujada contra el rincón metálico, al fondo del ascensor, y cuando se abrieron las puertas al llegar al vestíbulo se vio forzada a aguardar a que salieran los demás ocupantes. Sentía correrle el sudor por debajo del hábito, y tenía las gafas empañadas por el vaho provocado por el calor de aquella humanidad encerrada en el cubículo.

Se las quitó, limpió los cristales en la manga y una pareja que se precipitaba hacia la salida estuvo a punto de derribarla. Mientras se ajustaba de nuevo la toca, recorrió con la mirada el vestíbulo. Para entonces eran ya muy pocos los que quedaban en la zona de recepción, pero a la hermana Barbara no se la veía por parte alguna.

La hermana Cupertine echó un vistazo al reloj de pared que había detrás del mostrador de recepción. *Las cinco y diez.* Afuera reinaba ya por completo la oscuridad y la

lluvia caía a raudales. *¡Santa Madre de Dios! Se empaparía con sólo recorrer el corto trecho hasta la furgoneta. ¿Dónde estaría aquella muchacha?*

Acercóse al mostrador y la recepcionista levantó la cabeza.

— ¿Puedo ayudarla en algo?

La hermana Cupertine intentó sonreír.

— Estoy buscando a...

El trueno ahogó parte de su pregunta y de la contestación de la pequeña recepcionista.

— ...la vi salir hace un minuto.

— ¿Que salió? ¿Está segura?

— Sí, hermana. — El tono de la joven parecía preocupado—. ¿Algo va mal?

— No, gracias.

La hermana Cupertine dio media vuelta y avanzó hacia la salida. *Peccavi*. Desde luego una mentira blanca. Aquello nada tenía que ver con la joven y no valía la pena preocuparla. Pero algo andaba muy mal cuando se producía un acto tan patente de desobediencia. Desde luego, antes de terminar el día la Madre Superiora estaría al corriente de todo.

¡Si al menos *hubiera* acabado el día! Aún tenían por delante todo el penoso y largo viaje de regreso con aquella espantosa tormenta. La hermana Cupertine se detuvo un momento y miró a través de la puerta encristalada, contemplando el intenso aguacero y fuerte viento. Los ágiles focos de los faros se entrecruzaban en la oscuridad al ponerse en marcha los coches, sumergiéndose en la noche. En aquel momento, un ramalazo de luz iluminó, momentáneamente, la silueta de la furgoneta que aún se encontraba junto a la verja de la zona de aparcamiento. *¡Gracias sean dadas al Cielo por los pequeños favores! Y gracias le sean dadas también por la protección que le brindaba su hábito.*

Abrió la puerta y salió, chapoteando a continuación en los charcos con sus zapatones, mientras la lluvia golpeaba con fuerza sobre las alas de su cofia. A medio camino de la furgoneta, las gruesas gotas de lluvia le habían ya empañado los cristales de las gafas, impidiéndole totalmente la visión.

Al quitárselas para limpiarlas, se le torció el tobillo y sintió un intenso dolor. Se tambaleó al tiempo que lanzaba un grito; luego recuperó el equilibrio, amortiguándose el dolor. Sólo entonces se percató de que se le habían caído las gafas de las manos.

La hermana Cupertine lanzó una mirada en derredor, sintiéndose desamparada, intentando localizarlas en la encharcada oscuridad del suelo. Era inútil..., habían desaparecido. Gracias a Dios en el convento tenía otro par para sustituirlas. Lo mejor sería dejarse de lamentos y protegerse de la lluvia.

Mientras iniciaba la marcha casi a ciegas, el viento se volvió, prácticamente, huracanado, azotando sus mangas empapadas de agua y agitando con violencia sus sayas.

De súbito, una luz atravesó la confusa visión y el rugido de un motor en marcha se escuchó por encima del ulular del viento.

Al levantar la vista, vio que la furgoneta estaba en movimiento. *¡Cómo es posible! ¿Acaso la hermana Barbara pensaba irse sin ella?*

— ¡Espere! — Se precipitó dando traspiés hacia la zona iluminada—. ¡Espéreme!

La hermana Cupertine respiraba entrecortadamente al llegar junto al vehículo. Se aferró a la manilla de la portezuela, al tiempo que la furgoneta aminoraba la marcha. Se abrió la portezuela y la hermana subió a duras penas, instalándose en el asiento del pasajero.

El motor rugió y la furgoneta atravesó la puerta de la verja. Antes siquiera de que el vehículo girase para enfilar la carretera, la hermana Cupertine se había lanzado a una diatriba que, según sabía muy bien, lamentaría más tarde.

— ¿Dónde estaba, hermana? ¿Por qué no me esperó en el vestíbulo? ¿Acaso no tiene consideración? Si pensaba salir sola, lo menos que podía haber hecho era acercarse a la entrada y recogerme allí.

— Lo siento...

La respuesta de su acompañante fue seguida por un tremendo trueno. Aunque, en realidad, carecía de importancia porque la hermana Cupertine aún no había terminado.

— ¡Míreme..., estoy completamente empapada! Y se me han caído las gafas en el aparcamiento. De veras que éste es..., ¡cuidado!

La furgoneta se había salido de la carretera y se dirigía en línea recta hacia una zanja. La hermana Barbara, con un golpe de volante a tiempo, pudo evitar el desastre.

— Mire adonde va, por favor...

La hermana Cupertine calló, al darse cuenta, de repente, de que aquél no era momento para lamentos. Con aquella lluvia torrencial, resultaría peligroso distraer a la conductora.

Permaneció callada, con la mirada fija ante sí mientras el limpiaparabrisas oscilaba de forma rítmica, dejando ver la borrosa extensión de la carretera. La hermana Barbara le echó una mirada, pero no dijo nada; resultaba imposible observar su reacción con aquella oscuridad. Al cabo de un instante, fijó de nuevo su atención en la carretera e intentó mantener fija la furgoneta sobre aquella resbaladiza calzada. La lluvia tamborileaba sobre la capota.

La hermana Cupertine clavó la vista ante sí, distinguiendo apenas un bosquecillo de árboles cuyas ramas agitaba violentamente el viento. Algo más allá arrancaba una carretera lateral que atravesaba una zona boscosa.

— ¡Se ha equivocado de dirección! —gritó intentando hacerse oír entre el estruendo de la tormenta.

Pero la hermana Barbara prosiguió impertérrita y la furgoneta enfiló a través de un túnel de ramas retorcidas. La hermana Cupertine le tiró de la manga.

— ¿Es que no me oye? ¡Se ha equivocado de carretera!

Esta vez la hermana Barbara hizo un ademán de asentimiento y se detuvo junto a un saliente de la angosta carretera, alargando la mano para quitar el contacto. Luego, inclinándose hacia delante, bajó la mano derecha hasta el suelo de la furgoneta, en un punto entre sus pies.

Por un momento, la hermana Cupertine tuvo la sensación de que aquella figura borrosa e inclinada que se sentaba junto a ella se asemejaba a un ave... un ave de presa. Pero sólo por un momento.

Luego la figura se enderezó y se volvió hacia ella en el preciso momento en que la luz

de un rayo lo iluminaba todo.

Bajo su resplandor, la hermana Cupertine pudo ver el contorsionado rostro que había debajo de aquella toca, la mano que se alzaba sujetando la reluciente llave de ruedas y que descendió luego hacia ella.

No llegó a oír el trueno.

## CINCO

*Bombeando. Bombeando.* En la parte trasera de la furgoneta había mucho espacio. Sitio suficiente para quitar los hábitos, para separar las piernas sin vida. Tal vez la otra..., la hermana Barbara..., llevara afeitado el sitio, pero éste no estaba afeitado. En realidad, él a quien había deseado era a la otra, desde el mismo momento en que la siguiera a lo largo de las estanterías, pero no hubo tiempo. Ni siquiera lo hubo para mirar; tenía que hacerse todo con tanta rapidez... Ésta era vieja, pero ahora disponía de tiempo y si cerraba los ojos no le vería la cara.

Lo que importaba era la sensación. *Bombeando. Bombeando vida en un cuerpo muerto. La posición de la Madre Superiora.*

*¿Madre?*

Aquello era incesto. Pero él sabía que la hermana Cupertine no era su madre. *¿O sí lo era?* Cerró los ojos para no tener que ver su rostro. *Bombeando.* Ahora ya con más fuerza, más de prisa. *Madre. ¡Oh, Dios, Dios, Dios...!*

Norman rodó sobre un costado, incorporándose. Sudoroso y todavía jadeante, pero gracias a Dios todo había terminado. Dios había enviado a las monjas para librarle del mal. *La Novia de Cristo era ahora su novia. O lo había sido. Todo pertenecía ya al pasado... la Conquista de Norman.*

Rió quedamente en la oscuridad, mientras ponía en orden aquellos ropajes tan poco familiares. Un disfraz perfecto. Había engañado a la hermana Cupertine, los había engañado a todos saliendo de aquella forma. Claro que ya tenía experiencia en lo de representar papeles. *El mundo entero es un escenario y cada hombre, en el momento adecuado, representa muchos papeles.* Él había desempeñado el de mujer y ahora representó el de hombre. Su Madre siempre le llamaba mariquita; tal vez pensara que no podía hacerlo. Muy bien, ahora ya lo sabes. *¿No te parece, Madre? Madre de Dios...*

Su risita se perdió entre el estruendo del trueno, haciéndolo volver a la realidad del momento. Y cuando el rayo volvió a iluminarlo todo, Norman no pudo evitar el espectáculo de la figura grotescamente desmadejada que tenía junto a él. Apartando la vista, cubrió presuroso con la falda negra la desnuda obscenidad de muslos y piernas.

Aquello ya no era necesario. Lo que tenía que hacer era librarse de ello lo más pronto posible. Pero *¿cómo?*

Atisbo por encima del asiento y a través del parabrisas casi cubierto por la lluvia. Había una angosta zanja que se prolongaba entre la carretera y los árboles que había detrás de ella. Podía ocultar el cuerpo allí bajo un montón de ramajes, pero no por mucho tiempo. Era posible que alguien pasara por allí y lo viera. A menos que cavase una tumba...

Norman se volvió y esperó a que el resplandor de otro relámpago le permitiera ver lo que había en la trasera de la furgoneta. Allí era donde había encontrado la llave de ruedas. Pero no veía por parte alguna una pala; sería estúpido pensar que llevaran una. Y, desde luego, no estaba dispuesto, con todo aquel lodo, a cavarla con sus propias manos.



Norman se dio cuenta, sobresaltado, de que estaba temblando y no precisamente de frío. *Tenía que haber alguna otra manera. ¡Santo Dios!, tenía que haber...*

Intentó alcanzar la cabina de la furgoneta y, al hacerlo, algo chocó junto a él. Alargó la mano y tropezó con un envase metálico. Su contenido produjo un ruido de chapoteo al alzar la pesada lata a la altura de sus ojos, intentando descifrar la etiqueta. Pero antes siquiera de hacerlo, su olfato le reveló lo que quería saber.

*Gasolina. Una lata de cuíco litros para casos de emergencia. Quemaría el cuerpo. Y también quemaría la furgoneta. Borraría todas las huellas.*

La solución perfecta. *Busca y encontrarás.* Norman tanteó por el suelo de la furgoneta en busca de cerillas.

Ya estaba temblando otra vez. Y es que no encontraba ninguna caja de cerillas. No las había. Y tampoco cerillas en parte alguna. ¿Por qué tenía que haberlas? En circunstancias normales, las cerillas eran tan innecesarias como una pala. A menos, naturalmente, que tuvieran alguna en la guantera...

Trepó de nuevo hasta el asiento del conductor y, bruscamente, abrió el receptáculo rectangular sobre el salpicadero. Al hacerlo, quedó al descubierto su contenido. Su mano hizo el inventario de todo aquello: una caja vacía de pañuelos de papel, un mapa de carreteras, un pequeño destornillador, el permiso de conducir con una funda de plástico, una linterna. Pero ni siquiera una cerilla.

*Ni una sola cerilla. Te has encontrado con la horma de tu zapato.*

Norman permaneció sentado y entumecido, escuchando aquellas voces tartamudeantes, clamorosas, martillantes.

La voz tartamudeante era la suya. *¡Ayúdame... por favor, que alguien me ayude!*

La clamorosa era un eco de la voz del doctor Claiborne. *Relájate. Recuerda tan sólo que yo no puedo hacerlo todo por ti. A la larga, tienes que aprender a ayudarte a ti mismo.*

La martillante no era, en modo alguno, una voz; sólo el tableteo de la lluvia sobre el techo de la furgoneta.

Y el doctor Claiborne tenía razón. A la larga, tenía que ayudarse a sí mismo. Pero no podía huir por mucho tiempo. Al menos con aquella tormenta. Tendría que quedarse en la furgoneta. La única forma de ayudarse a sí mismo en aquellos momentos era la de dejar de temblar. Lo que le quedaba por hacer requería nervios de acero, manos firmes.

Recordó haber visto una manta en la parte trasera y cubriendo el neumático de recambio, en la esquina de la derecha. Norman dio media vuelta y se obligó a entrar en la oscura zona, pasando junto a aquella cosa que yacía allí..., la cosa-Madre, la cosa hermana, silenciosa en las sombras, con la mirada clavada en el cielo. Era extraño el que no pudiera soportar la idea de tocarla, o ni siquiera de volverla a mirar.

Pero, por un instante, *pudo verla*, a la luz del rayo que formó un halo alrededor de la espantosa cabeza. *¡Santa Madre!*

Cerrando los ojos, alargó la mano para coger la manta; finalmente la agarró y la extendió con frenético apresuramiento. Cuando de nuevo abrió los ojos, el inmóvil bulto estaba cubierto. Con minucioso cuidado recogió los bordes debajo del cuerpo a cada lado. Seguidamente, examinó el resultado de sus esfuerzos. Nadie podía decir lo que había allí debajo. Nadie podía decirlo... Y si cualquiera lo intentase...

La mano de Norman encontró la barra en el mismo sitio en donde la había arrojado, exactamente detrás del asiento. Se la llevó mientras se encaramaba de nuevo a la cabina del conductor y dejó caer la pesada herramienta de metal al suelo, entre sus pies. Al menos tenía aquello, la posibilidad de protegerse en caso de necesidad.

Pero no habría necesidad, si actuaba con cautela. Las manos ya no le temblaban y podía conducir. Y eso es lo que tenía que hacer en aquel momento. Conducir, alejarse de allí.

Dio el contacto y el motor se puso en marcha. Con todo cuidado, condujo la furgoneta de nuevo a la carretera, avanzando entre los árboles y luego, dejándolos atrás, hasta un calvero. El mero acto de conducir constituía una garantía. El hecho de poder dominar la furgoneta significaba que era capaz de dominarse a sí mismo. Y quien se domina, puede dominar el futuro. Lo único que le quedaba por hacer era planificarlo.

En alguna parte de la carretera encontraría una tienda o una gasolinera. Allí podrían facilitarle cerillas.

Pero en aquella desviación no tendría muchas oportunidades de encontrar un comercio cualquiera. Lo mejor que podía hacer era volver a la carretera general. Norman encontró un lugar despejado y, dando la vuelta, condujo de nuevo hacia la bifurcación.

Una vez hubo llegado a la carretera más ancha, se relajó. Mejor carretera, mayores oportunidades ante sí. O al menos así lo creyó, hasta que la aleteante manga de su hábito rozó contra el metal del volante. Se miró el hábito y frunció el ceño.

En el hospital aquello había sido su salvación. Nadie se fijó en él durante el breve instante en que atravesó presuroso, entre la confusión que reinaba, el vestíbulo, desapareciendo en la oscuridad del exterior.

Pero ahora aquellos hábitos eran ya una pura condena. No cabía esperar que entrase en cualquier tienda sin llamar la atención; incluso la propia hermana Barbara hubiera sido objeto de curiosidad. Y detenerse en una gasolinera era igualmente peligroso.

Se imaginó con rapidez la escena. Un lluvioso anochecer de domingo, sin apenas tráfico, todo cerrado..., un muchachito sentado en la oficina con su padre, leyendo un tebeo y escuchando la radio. Luego murmuraría irritado al escuchar una bocina que le obligaba a salir con aquella lluvia. *¡Santo Cielo, una monja! Y no quiere gasolina... Sólo ha pedido cerillas. ¿Para qué diablos necesita cerillas una monja? Aquí pasa algo raro. ¡Eh, papá! Mejor será que vayas a ver qué pasa...*

La escena se desvaneció y se encontró de nuevo con la vista clavada en la manga. Vamos a ver, ahora serenidad. Tienes que seguir pensando y conduciendo. Pero, ¿adonde? ¿Adonde podría ir con aquellas ropas?

*Vete a un convento.*

Hamlet había dicho aquello.

Pero Hamlet estaba loco.

*Por este camino vas a la locura.* Pero, ¿qué otro camino quedaba? El quitarse el hábito no era una solución. Debajo llevaba el uniforme azul de reglamento del hospital, que contribuiría a que lo identificaran donde se presentase. La elección era suya: O un paciente fugado o un ser con hábito monacal. Claro que necesitaba cerillas, pero aún le urgía más una ropa corriente. *La indumentaria hace al hombre.*

El trueno retumbaba, sobresaltaba, se burlaba. La voz de Dios. Pero Dios no se burlaría de él, al menos no ahora, no después de haberle guiado, sano y salvo a través de aquello. *El Señor proveerá.*

Y entonces llegó el rayo. Iluminó sólo un instante, pero el tiempo suficiente para que Norman viese aquella figura acurrucada debajo de un árbol solitario, delante de él en el lindero de la carretera, sosteniendo una cartulina en la que se veía garrapateada una palabra con toscas letras mayúsculas.

Dios había enviado una señal y decía *Fairvale*.

## SEIS

El doctor Claiborne no se había dado cuenta de lo cansado que estaba hasta que llegó al despacho de Steiner y se dejó caer en la butaca detrás de la mesa de escritorio. Era una butaca revestida de cuero en los brazos y el respaldo, con un mullido e inmenso asiento concebido para acomodar enormes y bien rellenos traseros. Asientos para los poderosos.

Su fatiga dio paso momentáneamente a la irritación al comparar toda aquella comodidad, con los contornos duros y llenos de aristas del barato mobiliario de plástico y chapa de madera de su pequeño despacho en el vestíbulo. No era de extrañar que se sintiera exhausto, al trabajar turnos dobles, mientras Steiner permanecía sentado y daba órdenes en su mullido asiento, o acudía a sesiones a cargo de su bien nutrida cuenta de gastos.

Claiborne suspiró y cogió el auricular que se encontraba sobre la mesa. Luego, haciendo un esfuerzo concentró su atención en el asunto pendiente.

—Hola. Al teléfono el doctor Claiborne. Siento haberle hecho esperar.

—No tiene importancia. —La voz al otro lado de la línea era profunda, hablando lo bastante alto para ser escuchado por encima de un sonido de estéreo que se oía al fondo—. Aquí, Marty Driscoll, de «Enterprise Productions». Le llamo sobre la película.

—¿La película?

—El filme. ¿No le ha hablado de ello el doctor Steiner?

—Me temo que no.

—Pues es extraño. Hablé con él el jueves y dejamos acortado todo el asunto. ¿Llegó el paquete?

—¿Qué paquete?

—Lo envié el viernes por la mañana certificado para su entrega urgente. —Un leve clic subrayó la frase de Driscoll y se desvaneció la música que se escuchaba tras la voz—. Debería haber llegado ya.

Claiborne empezó a asentir, e inmediatamente se contuvo. ¿Por qué asentía la gente cuando hablaba con alguien por teléfono? Era el tipo de cosas que uno espera ver hacer a un paciente. Acaso la psicosis fuera contagiosa. *No se necesita estar loco para trabajar aquí, pero ayuda.*

—No sé nada sobre un paquete —dijo. Y luego añadió—: Haga el favor de esperar un minuto.

Mientras hablaba había observado que en la bandeja metálica, colocada al otro extremo de la mesa de escritorio, había un gran sobre pardo. Cogíéndolo leyó la dirección del remitente en la esquina superior izquierda.

—Su paquete llegó. Está aquí, sobre la mesa de escritorio del doctor Steiner.

—¿Lo ha abierto?

Claiborne observó la solapa abierta del sobre.

—Sí.

—Entonces, ¿a qué viene la demora? Me prometió llamarme tan pronto como

hubiera leído el guión.

Los truenos competían con la conversación, Claiborne no estaba completamente seguro de lo que creía haber oído.

— ¿Le importaría repetirlo? Tenemos aquí una tormenta con gran aparato eléctrico...

— El guión... — La voz de Driscoll resonó con más fuerza, subrayando su impaciencia —. Tiene que estar ahí. Échele un vistazo y compruébelo.

Claiborne volvió el sobre del revés y su contenido se desparramó sobre la mesa escritorio... Tres brillantes fotografías, de ocho por diez, más un abultado montón de páginas manuscritas sujetas con unas tapas de imitación a cuero. Echó una mirada al título mecanografiado en la tarjeta colocada en el centro de la tapa.

— *Dama Loca* — repitió.

— Ése es. ¿Le gusta el título?

— No mucho.

— Tampoco a Steiner. — El tono de Driscoll revelaba una tolerancia divertida—. No se preocupe, no estamos casados con él. Tal vez usted y Ames puedan verse y encontrar algo mejor.

— ¿Ames?

— Roy Ames. Mi escritor. Me gustaría enviarle un par de días para que les conociera. Algo así como para que tome contacto por si se atasca con detalles técnicos. Ya sé que Bates está todavía algo mocholes, pero tal vez si Ames hablara con él...

— No creo entenderle. ¿Se refiere a Norman Bates?

— Sí. El chiflado.

— Pero, ¿qué tiene él que ver con...?

— Tranquilo, doctor — Driscoll rió entre dientes—. Nunca recuerdo que usted no ha leído el guión. Estamos haciendo una película sobre el caso Bates.

Claiborne dejó caer el cuaderno sobre la mesa de escritorio. *Dama Loca*. Se quedó mirándolo como atontado. ¿Qué era lo que le había dicho a la hermana Barbara sobre el psicodrama? *No hay que estar loco para trabajar aquí, pero ayuda*.

— Doctor... ¿sigue usted ahí?

— Sí.

— Pues diga algo. ¿Qué le ha parecido?

— ¿Quiere mi opinión profesional?

— Sí, eso es.

— Entonces, escúcheme con atención. En mi calidad de psiquiatra en ejercicio, creo que anda usted mal de la cabeza.

La risa de Driscoll resonó con mayor fuerza aún que su voz, hasta que Claiborne cortó por lo sano.

— Lo digo de veras. Usted no puede hacer una película sobre Norman Bates.

— No se preocupe, el departamento jurídico ha tomado todas las medidas. El *kapoosta* completo es un expediente público, como el *Estrangulador de Boston* y Charlie Manson y...

— Esto es diferente.

Pero Driscoll no lo escuchaba.

— Confíe en mí. Los dejaremos patidifusos. Está programada para su estreno a

últimos de otoño y hemos volcado los restos.

—Lo que sé propone es sensacionalismo barato...

—¡Diablos, barato...! Ésta es una de las grandes. La hemos presupuestado a once-cinco como mínimo.

—No me refiero a la financiación.

—Hace bien. Eso me compete a mí.

—Y a mí el bienestar de mis pacientes.

—Deje de preocuparse. Nosotros, al igual que usted, no queremos una pieza de *schlock*. Por eso le he enviado el guión..., para darles oportunidad de corregir cualquier error...

—Si quiere mi opinión, todo el asunto es un puro error.

—Vamos, doctor. Si ni siquiera lo ha leído. —La potente voz resonó a través del auricular—. ¿Por qué no me hace un favor y le echa un vistazo? Pero recuerde, si hay que introducir algún cambio, tienen de plazo máximo una semana a partir del lunes, para comunicárnoslo, para que así dispongamos de un par de días para su estudio y ensayos. Todo cuanto quiero de ustedes es una pequeña cooperación. Y si considera conveniente que Ames vaya ahí a echar un vistazo durante unos días, no tiene más que decírmelo.

—¿Está de acuerdo con esto el doctor Steiner?

—Me dijo que se pondría en contacto conmigo tan pronto como hubiera leído el guión. Así que le ruego que cuando regrese le diga que me telefonee.

—Así lo haré.

—Gracias. —Se escuchó de nuevo el estéreo, significando con ello que se había puesto fin a la conversación—. Encantado de hablar con usted —añadió Driscoll—. Que tenga un buen día.

Claiborne colgó el teléfono y se reclinó en el asiento. *Que tenga un buen día*. Por un instante, imaginó el buen día que Marty Driscoll estaba disfrutando, probablemente llamando desde un teléfono portátil en una piscina, en Bel-Air, bañado por unos rayos de sol en technicolor y rodeado por sonido «Dolby».

Aquí no había sol, tan sólo la oscuridad de la tormenta; y ningún sonido salvo el del trueno y la lluvia.

Pensó en Steiner instalado muy cómodo, muy pulcro en su asiento de primera clase de avión. ¿Por qué no le había mencionado el guión? ¿Acaso no se daba cuenta de las implicaciones? ¿Cómo podía siquiera considerar la posibilidad de apoyar semejante proyecto, poniendo en tela de juicio la dignidad de su profesión, afrentando a su paciente? Pero a Steiner no le preocupaban los sentimientos de Norman, todo cuanto le importaba era aquella gran reunión en San Luis. Lo que ocurría aquí carecía de importancia. Esto es como en las películas: la estrella recibe todos los homenajes y los restantes actores hacen todo el trabajo.

Claiborne sacudió la cabeza. *Estás prejuzgando. Te sientes condenadamente cansado para pensar con lógica. En realidad ignoras lo que opina Steiner. Y no has leído el guión*. Apartó la libreta con las tapas en imitación de cuero, echando una ojeada a las fotografías ocho por diez, que había debajo. La primera era una brillante copia del busto de un individuo reluciente, con una reluciente sonrisa, reconocible a primera vista. Paul Morgan,

perteneciente a la última cosecha de estrellas, era..., ¿cómo se decía? Rentable... ¿No serían capaces de hacerle desempeñar el papel de Norman?

Pero allí sólo había aquella foto de actor; las otras eran las de la cabeza de una actriz que Claiborne no conocía. ¿O tal vez sí? Debajo de aquel sonriente rostro de mirada asombrada no había nota alguna identificándola y, sin embargo, a él le resultaba vagamente familiar.

De pronto, se dio cuenta de dónde había visto antes aquel rostro; mirándole desde las borrosas reproducciones de «Xerox» en los viejos recortes de periódicos que formaban parte del expediente que contenía la historia clínica de Norman Bates.

¡Era Mary Crane!

*Imposible.* Mary Crane fue la víctima de Norman, la muchacha a la que asesinó en la ducha.

Habían descubierto un doble.

Mientras miraba a la joven de las fotos, Claiborne sintió aquella sensación que sólo había conocido en sueños, sueños en los que algo turba y persigue, algo amenazador que era incapaz de ver o identificar. Pero sabía que iba detrás de él, de manera que seguía corriendo, hasta sentirse exhausto y dispuesto a dejarse caer, aunque no hubiese escape posible. Y luego, cuando ya estaba prácticamente junto a él, se despertaba.

Pero ahora, aunque no soñaba, la amenaza seguía allí. *Algo...*

— ¡Doctor Claiborne!

Otis se encontraba, jadeante, en el umbral de la puerta.

Claiborne levantó la vista, dejando caer las fotos sobre la mesa de escritorio.

— ¿Dígame?

— Dése, prisa..., en la biblioteca... Ha ocurrido algo...

*Algo.*

Corrió presuroso tal como hacía en los sueños, pero esta vez no huía. Corría hacia la cosa. Sin esperar al ascensor bajó de dos en dos las escaleras, en seguimiento de Otis.

Tenía que ser una máscara, porque el cuerpo de ella estaba fantasmalmente blanco; el rostro de un púrpura espantoso. *Una máscara,* se dijo Claiborne. ¿Qué otra cosa podía ser?

Al inclinarse hacia la monja descubrió la respuesta incrustada en la tumefacta carne... El rosario, fuertemente enroscado alrededor del cuello de la hermana Barbara.

## SIETE

Debía de hacer ya casi media hora que Bo Keeler estaba allí, de pie, bajo aquella gélida lluvia.

En todo aquel tiempo sólo habían pasado por allí dos coches y las dos madres que tampoco se detuvieron. O tenían una condenada prisa o demasiado canguelo para pararse.

Está bien. Era muy posible que el pelo, la barba y el sombrero de explorador les hubiera espantado. Tal vez pensaron que era un lunático, acaso la chaqueta les puso en guardia y creyeron que pertenecía a algún club de motoristas.

¡Mierda! Si así fuera no estaría allí, bajo la lluvia y sin ruedas. Hubo un tiempo en que pudo serlo. Hacía dos años intentó unirse a los «Ángeles», allá en Tulsa, pero no tenía su propio chisme. Lo siento, chico...

De manera que a la faena. Localizó la exposición de un agente de «Honda» y preparó el golpe. El Día del Trabajo. Todo el mundo fuera para el fin de semana. Pura dinamita. El cerrojo en la parte trasera fue coser y cantar y una vez dentro echó el ojo a la moto más despampanante de todo aquel antro. Un trasto súper, de dos de los grandes, con todos los accesorios, y dispuesta para arrancar. ¿Cómo diablos podía imaginarse lo del sistema de alarma silenciosa? Pero de repente todos se precipitaron sobre él, lanzando alaridos y él se quedó parado. Aquellos malditos estúpidos le acorralaron, asalto con fractura, segundo delito. Cargó con dos años, y punto.

Bo, temblando de frío, volvió a refugiarse bajo los árboles, tratando de mantener seco el letrero. Tenía escasas posibilidades con aquella tormenta. Si hubiera tenido siquiera un adarme de inteligencia hubiera tomado el autobús. Cuando le soltaron hicieron una suscripción para el billete.

El tener pasta fue un inmenso error, pero logró lo que buscaba: seis porros y acostarse con aquella «conejita» de camping que localizara en la estación de autobús. Hoy, al separarse, parecía fácil viajar en autocar. Pero en seguida le falló la suerte con aquel camión-cisterna... El camionero dijo que tenía que pasar por Fairvale y que podía dejarle frente a la casa de Jack. Pero luego estalló aquella espantosa tormenta y el tipo se echó atrás. *Lo siento, amigo, pero no puedo correr riesgos. Me quedaré aquí, en Rock Center, hasta que aclare.*

Así que se quedó plantado. Allí en medio de la carretera, bajo la lluvia, chapoteando y sin sitio donde guarecerse, tan sólo con aquella maldita cartulina sujeta a un palo.

Pero tenía que llegar aquella misma noche a Fairvale antes de que el viejo camarada Jack se fuera a la Costa, como le escribiera el mes pasado; Jack le debía alguna pasta, de manera que a lo mejor se lo llevaría con él. ¡Maldita sea, tenía que hacerlo! Ya que no había nadie más en el mundo que diera un centavo por él. No tenía adonde ir con sólo medio paquete de colillas y treinta y siete centavos.

El viento soplaba ya con tal fuerza que impulsaba lateralmente la lluvia y de poco le servía guarecerse bajo el árbol. Bo se estremeció, sujetando la pancarta delante de su cara a manera de escudo. Uno podría muy bien ahogarse allí en medio de ninguna parte. Lo que



necesitaba era un paraguas.

Ni siquiera eso. Lo que precisaba era un buen golpe. Tenía que reconocerlo, Fairvale era una carcamal, lo mismo que el viejo camarada Jack. Pero si daba un golpe lo bastante importante para hacerse con algo de pasta y un vehículo...

Algo brilló a su derecha. No era un relámpago porque se mantenía constante. Era un coche que avanzaba por la carretera.

Bo se apartó del árbol y avanzó unos pasos. Al acercarse más los faros, pudo ver que se trataba de una furgoneta.

*Para. Párate, maldita sea...*

Y se paró. La furgoneta se detuvo y Bo se acercó a la portezuela.

El conductor le miró desde el fondo de la cabina a oscuras.

— ¿Quiere ir a alguna parte?

*¿Para qué diablos crees que estoy aquí, estúpido? Sólo que no lo dijo. Tenía que andar con tiento.*

— ¿Va a Fairvale?

— Eso es...

Bo arrojó la pancarta a la zanja y subió a la cabina, cerrando la portezuela al tiempo que la furgoneta se ponía en marcha. Aquí se estaba mejor, con la calefacción funcionando, caliente y seco. Se recostó en el asiento y echó una ojeada al conductor.

Por un instante pensó que veía visiones. ¿Quién diablos va por ahí conduciendo una furgoneta envuelto en un gran manto negro, como los que se ven en esas películas de Drácula?

Luego le miró la cabeza..., la capucha, o como le llamaran a aquello... Y se dio cuenta. El conductor era una monja.

Bo no era uno de aquellos hippies que parecían un Jesús redivivo pues no le daba por aquella basura, pero era como si alguien hubiera escuchado su ruego. *Una monja conduciendo una furgoneta. Sus propias ruedas.* En aquel preciso momento otras ruedas le daban vueltas en la cabeza. Si fuera capaz de imaginarse cómo orquestarlo todo. *Anda con tiento. Sigue la corriente.*

La furgoneta continuaba su marcha. La encapuchada figura le echó una ojeada, pero sólo cuestión de un segundo, no el tiempo suficiente para que Bo pudiera verle la cara en la oscuridad. Sonrió, sólo por si su indumentaria la hubiera asustado.

La monja tenía la atención fija en la carretera, pero Bo sabía que también le vigilaba por el rabillo del ojo. De repente, empezó a hablar con voz ronca, como si estuviera resfriada.

— ¿Vive en Fairvale?

— No, hermana — Ve con tiento —. sólo estoy de paso. Tengo allí amigos.

— Entonces, ¿conoce la ciudad?

— Más o menos. ¿Es usted de allí?

La monja asintió.

— Crecí cerca. Pero hace años que no he vuelto.

— Supongo que si está en un convento no la dejarán corretear mucho.

Emitió una extraña risita... Sonaba rara en una monja.

—Eso es verdad.

—Le aseguro que no se ha perdido gran cosa. Apuesto a que Fairvale está igual que cuando usted se fue.

La lluvia arreciaba y la monja tenía la mirada fija en la calzada.

—¿Dice que tiene amigos en el pueblo?

—Sí.

—Me estaba preguntando si, por casualidad, conocería a un tal Mr. Loomis. Sam Loomis...

—Me parece haber oído ese nombre —repuso Bo—. ¿No es el que tiene la ferretería?

—Entonces, ¿aún sigue allí?

Bo asintió.

—Ya le he dicho que no ha cambiado gran cosa.

Pero, en verdad, todo había cambiado. Mientras hablaban había estado tratando de preparar la acción. Y luego, cuando la vieja bruja le hizo la última pregunta, la respuesta a su problema pareció caída del cielo.

*Sam Loomis.* Ni que decir tiene que había oído hablar de él. Era aquel individuo mezclado en un caso de asesinato, hacía ya muchos años, cuando pescaron a una especie de chiflado que se disfrazaba en el viejo motel. El «Motel Bates», junto a County Trunk A. El lugar ardió pero la carretera seguía allí. Casi nadie la utilizaba, puesto que por allí atravesaba la autopista, y ni que decir tiene que aquella noche nadie se detendría en aquella casa.

¿Cuánto tiempo llevarían rodando? Si su memoria no le era infiel muy pronto llegarían a la curva. Bo intentó penetrar la oscuridad a través del parabrisas, pero llovía con tal fuerza que los limpiaparabrisas no daban abasto y afuera todo era tinieblas. Escuchó el trueno y luego la luz iluminó el trecho de carretera que tenían ante sí, el tiempo suficiente para que le fuera posible distinguir el lugar que esperaba. *Ve con tiento.*

—Hermana...

—¿Dígame?

—¿Ve esa encrucijada, ahí delante? Si toma a la derecha hay un atajo a la ciudad.

—Gracias.

¿Oía visiones o había vuelto a reír de aquella manera? No, parecía más bien como si hubiera tosido.

—¿Se ha resfriado?

La hermana hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Estoy bien.

Desde luego que lo estaba. Era más bien fortachona, casi tan alta como él, pero Bo sabía que podía arreglárselas. Un buen derechazo, lo suficiente para dejarla fuera de combate y arrojarla al lindero de la carretera. Luego, ya dueño del volante atravesaría como un rayo Fairvale, y por Ravenswood cruzaría la frontera del Estado. *Sigue la corriente.*

Ahora ya avanzaban a trompicones por el camino vecinal, hundiéndose en los baches entre la oscuridad. Por un instante, Bo pensó que iba a regañarle por haberla llevado por allí, pero la monja no dijo una palabra. La tormenta empezaba a amainar..., tal vez pronto

cesara la lluvia.

Ahora la cuestión era cómo hacerla parar. Tenía ante sí los árboles, un lugar agradable y oscuro, algo estupendo. ¿Qué más podía pedirse? Era el momento de entrar en acción.

Cuando abrió la boca fue él quien parecía estar resfriado. Tenía la garganta seca, como papel secante y sintió que se le encogía el estómago. *¡Sigue la corriente, idiota!*

Echó mano al bolsillo de su chaqueta y sacó una colilla del paquete.

— ¿Le importa que fume? — preguntó.

La monja irguió veloz la cabeza, como si hubiera dicho alguna obscenidad, pero había luz suficiente para que Bo pudiera ver que sonreía.

— ¿Tiene cerillas? — le preguntó.

*¡Vaya pregunta estúpida!* En vez de contestar rebuscó en su bolsillo y se las enseñó. Luego hizo un ademán de asentimiento.

— Si no le importa reducir un poco la marcha para que pueda encender...

— Claro.

Detuvo la furgoneta exactamente junto a los árboles. *¡Formidable!*

Se demoró un segundo, para asegurarse de que tenía bien calibrados sus movimientos. Primero encendería el pitillo, después un rápido derechazo a la cara de la monja. Ella se erguiría llevándose las manos al rostro y entonces le daría el golpe de gracia en el estómago. Cuando tratara de protegerse con las manos, ¡zas!, uno en la mandíbula. *Dicho y hecho.*

Bo se llevó el pitillo a la boca, encendió una cerilla, protegiendo la llama con las manos. Al encenderse el fósforo perdió el rostro de la monja en el resplandor, pero únicamente durante uno o dos segundos.

Suficientes para que ella se inclinara y cogiera algo que había en el suelo, entre sus pies...

## OCHO

Claiborne había perdido la medida del tiempo. Le pareció que transcurría una eternidad hasta la llegada de la patrulla de carreteras; cuando al fin aparcaron en el estacionamiento, había dejado de llover.

En el coche iban tres hombres. El conductor permanecía sentado ante el volante, mientras los otros dos hombres bajaban, dirigiéndose hacia la entrada donde les esperaba Claiborne.

Las presentaciones fueron breves. El individuo grande y canoso, de cuello grueso, era el capitán Banning, y el otro delgado era un agente llamado Novotny. De repente Claiborne se dio cuenta de que se estaba preguntando el porqué los mesomorfos eran siempre jefes y los ectomorfos subordinados.

Y no era que Banning no pareciera capacitado. Incluso antes de que entraran en el vestíbulo, empezó a disparar preguntas como una ametralladora ordenando al mismo tiempo a Novotny que se quedara allí y tomara declaración a Clara, que era la recepcionista.

Banning y Claiborne se dirigieron directamente al ascensor.

—Lamento el retraso —le dijo Banning mientras subía el ascensor—. ¿Se ha enterado del accidente?

—¿Qué accidente?

—El autobús de Greyhound ha chocado contra un gran semirremolque y ha volcado, prácticamente en las afueras de Montrose. Hasta el momento hay siete muertos y alrededor de veinte pasajeros heridos. Ahora están allí casi todas las unidades del Condado..., el departamento del sheriff, ambulancias y toda nuestra gente. Y encima tenemos apagones de fluido eléctrico por culpa de la tormenta. Tuvo suerte al poder localizarnos. Un auténtico lío.

Claiborne escuchaba, asintiendo en los intervalos apropiados, pero, como quiera que fuese, el relato del capitán le dejaba frío. Lo que realmente le importaba era lo que tenía aquí, en la biblioteca.

Y respecto a eso empezarán de nuevo las preguntas. Otis, siguiendo las instrucciones de Claiborne, había cubierto el cuerpo con una sábana, pero, aparte de ello, no se había tocado absolutamente nada. Y, en aquel momento, Banning interrogaba a ambos, anotando sus respuestas en un bloc. Mediada la sesión, envió a Otis en busca de Allen y, al aparecer el vigilante, comenzó de nuevo el interrogatorio.

Sí, lo habían registrado todo... absolutamente todo, incluyendo los cobertizos de almacenamiento y las viviendas de los empleados. Siguiendo las órdenes de Claiborne, se había llevado a cabo un minucioso registro en el propio hospital; las habitaciones de los pacientes, los lavabos, la cocina, la lavandería, incluso la alacena donde se guardaban los artículos de limpieza.

—Una pérdida de tiempo —afirmó Banning cerrando su cuaderno de notas—. Con toda seguridad, su hombre se vistió con la indumentaria de la víctima y salió por la puerta

principal. Lo más seguro es que se dirigiera, directamente, a la furgoneta en la que viajaban las hermanas.

—Pero la hermana Cupertine también se fue —repuso Claiborne—. ¿Es posible que no le reconociera?

—Capitán...

Banning se volvió hacia otro agente uniformado que apareció en el umbral de la puerta. Era el agente que se había quedado en el coche patrulla y Banning avanzó por el pasillo en su dirección.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó.

El agente le contestó en voz baja. Pero cuando Banning habló lo hizo con voz fuerte y clara.

—¡Santo Cielo! —exclamó.

Claiborne se acercó a él.

—¿Qué ocurre?

—La furgoneta —gruñó Banning—. Un viajante la encontró al pasar por County Trunk A. Llevaba teléfono en el coche y llamó inmediatamente a los bomberos.

—¿A los bomberos? ¿Qué ha pasado?

Banning se metió bruscamente el bloc de notas en el bolsillo.

—Cuando lo sepa se lo diré.

*Los bomberos.* A Claiborne le volvió aquella sensación de enseñamiento, igual que cuando Otis fue a buscarle para que acudiera a la biblioteca, una sensación de pesadilla, de que algo le aguardaba. Ahora ya no servía de nada correr, tarde o temprano tenía que hacerle frente. Sólo entonces se despertaría.

—¿Puedo ir con usted? —preguntó Claiborne—. Tengo el coche afuera.

—Muy bien. Si quiere, sígame. —Banning se encaminó hacia la puerta—. En caso de que me pierda, es en el County Trunk A...

—No se preocupe. No le perderé —afirmó Claiborne.

Pero lo perdió.

Para cuando terminó de dar instrucciones a Otis a fin de que se hiciera cargo de todo, advirtiéndole que el personal no se enterase de lo que estaba ocurriendo, el coche patrulla de Banning salía ya del aparcamiento. Los dos agentes se quedaron para seguir tomando declaraciones y llamar a la ambulancia, para que se hiciera cargo del cuerpo de la hermana Barbara. Pero Banning no necesitaba a nadie para conducir; las luces traseras parpadeaban ya a distancia, antes de que Claiborne enfilara la carretera.

Apretó el acelerador, observando la aguja que marcaba los ciento diez. Era inútil. El coche de la Policía debía de ir a ciento cuarenta o más y no podía abrigar esperanzas de alcanzarle tal y como estaba de mojado el pavimento.

Al cabo de uno o dos segundos, el coche patrulla tomó una curva y desapareció de la vista. Claiborne redujo la velocidad a noventa, pero aún así tenía que concentrarse mucho para que el coche no acabara en una zanja. Como resultado de ello no observó la encrucijada en la carretera y, cuando se dio cuenta de su error, hubo de retroceder. Luego, después de tomar por County Trunk A, ya no le hizo falta más orientación.

En la carretera, y gracias a la lluvia, el aire nocturno era fresco y fragante. Pero allí,

un olor acre se mezclaba a un hedor repugnantemente dulzón. Claiborne descubrió su origen a la luz de los destellos que tenía ante sí.

Había esperado ver el autobomba de los bomberos, pero sólo había dos coches aparcados en el lindero de la carretera, enfocando con sus faros a un tercer vehículo.

Claiborne reconoció la furgoneta, o más bien lo que había quedado de ella. El parabrisas había desaparecido y surgía un enorme agujero en el techo carbonizado de la cabina; las portezuelas, abiertas, pendían de las charnelas casi fundidas. La parte trasera había volado por completo y el capó desaparecido, dejando al descubierto una maraña de metal fundido de la que aún surgían columnillas de humo que se mezclaban con los restos de los gases de la gasolina. Debajo de los neumáticos reventados había un montón de cristales rotos y otros restos inidentificables. Apoyado en el portaequipajes de su coche, el viajante se encontraba vomitando ruidosamente en la zanja. Al otro lado del camino, el coche patrulla aparecía vacío pero, al salir del suyo, una vez aparcado, Claiborne vio a Banning alejarse de la cabina de la furgoneta. Levantó la vista, con su rostro lívido bajo aquella luz.

—Ha explotado el depósito de la gasolina —explicó.

—¿Accidente?

—No lo sé. También puede tratarse de un incendio premeditado. El Departamento de incendios podrá decirlo, si es que alguna vez llegan los bomberos.

Banning escudriñó la carretera con el ceño fruncido.

El aire era puro veneno. A Claiborne se le removió el estómago.

—¿Cuál es su teoría? —preguntó.

—Aquí hay algo que no encaja. La furgoneta se encontraba aparcada cuando sucedió todo... El freno está echado. Y, al parecer, el fuego empezó por delante. Tengo la impresión de que tuvieron tiempo de salir antes de que el depósito estallase.

Claiborne aguzó el oído.

—¿Tuvieron?

Adelantóse en dirección a la cabina abierta, pero Banning le puso una mano sobre el hombro.

—No vale la pena mirar —indicó con la cabeza el viajante que vomitaba al otro lado del camino—. Apuesto a que él desearía no haberlo hecho.

—Pero tengo que saberlo.

—Muy bien, doctor. —Banning dejó caer la mano y se apartó—. Luego no diga que no le advertí.

Claiborne, inclinándose hacia delante, echó una ojeada a la cabina. El cuero se había desprendido, quemado, de los asientos y el plástico se había fundido en el salpicadero. Allí era más fuerte el hedor dulzón, casi insoportable. En aquel momento descubrió su origen.

Yaciendo atravesada en el suelo de la cabina, se veía una masa carbonizada con dos muñones a cada lado. Apenas podía reconocerse en ella un torso humano, y la protuberancia redondeada en la parte superior era tan sólo una especie de bola negra achicharrada, de la que había desaparecido todo rastro de facciones. Los ojos, la nariz, todo vestigio de piel o pelo se habían esfumado y lo que fuera una boca era ya tan sólo

una brecha sin lengua abierta en silencioso alarido.

Claiborne dio media vuelta, casi sin respiración por el hedor y el espectáculo, y dirigió la mirada al interior de la parte trasera de la furgoneta.

Allí, entre las sombras, yacía otra masa, un bulto sin miembros, semejante al costado de un buey asado. No tenía cabeza. Al parecer, la explosión del depósito de gasolina había destrozado el cráneo. Tan sólo un detalle anatómico identificaba aquellos restos como pertenecientes a una mujer; la cavidad achicharrada de la vagina. Una única tira de piel se había desprendido revelando debajo una vedija de carne rosada.

Claiborne se apartó de la furgoneta respirando hondo. Consciente del escrutinio por parte de Banning, luchó por dominar sus gestos y su voz.

—Tiene usted razón, es inútil. Requerirá una autopsia completa.

—Y eso tardará algo —dijo Banning—. El juez no va a dar abasto con el accidente del autocar en Montrose. Pero tengo una idea general de lo que ocurrió aquí. —Se pasó la mano por la incipiente maraña canosa de su barbilla—. Lo que opino que ocurrió es que a la hermana Cupertine la dejaron sin sentido o la mataron, y luego la ocultaron en la trasera de la furgoneta. El siguiente movimiento consistía en encontrar un lugar apartado de la carretera general y...

—Un momento... —Claiborne frunció el entrecejo—. Primero me dice que no sabe si fue o no accidente y ahora afirma que hubo asesinato.

—En cuanto a la segunda parte, jamás tuve la menor duda —le dijo Banning—. El cuerpo encontrado en la trasera del vehículo nos revela al menos eso. Si no hubiera estado muerta o, al menos inconsciente, la hermana Cupertine se hubiera encontrado en la cabina intentando desesperadamente salir de ella cuando se inició el fuego.

—Pero aún desconocemos la causa que provocó la explosión de la furgoneta —alegó Claiborne.

El viajante se acercó a él, silencioso y conmovido, al tiempo que Banning, inclinándose, cogía en la oscuridad algo que había a sus pies. Un cilindro metálico chamuscado.

—Aquí tiene la respuesta —le dijo—. Encontró esta lata de gasolina aquí, en el camino, mientras usted miraba al interior. Con toda seguridad se trata de un incendio provocado. La intención era empapar el cuerpo y la furgoneta para que el fuego diera al traste con todas las pruebas. —Banning hizo un leve movimiento de cabeza—. Pero algo en la operación salió mal y él quedó también atrapado en la cabina.

—¿Él?

—Su paciente. Norman Bates.

*Atrapado. Esa cosa en la parte delantera de la furgoneta era Norman. Claro. ¿Quién más podía ser?*

—¡No!

—¿Qué quiere decir?

Claiborne se quedó mirando a Banning sin contestar. No había respuesta, sólo la convicción lograda al cabo de años de experiencia profesional, de años de trabajar con su paciente.

El viajante le miró, desconcertado y Banning hizo un ademán negativo con la cabeza.

—Dése cuenta, doctor. Sabemos que Bates logró escapar en la furgoneta y la hermana Cupertine debió irse con él. ¿Se hace a la idea? Al principio, bajo los hábitos no le reconoce y, cuando al fin lo descubre, es demasiado tarde..., la golpea y viene hasta aquí como ya le he dicho. Luego prende la gasolina y... ¡pafff! ¿Qué otra cosa puede haber ocurrido?

—No lo sé —dijo Claiborne—. No lo sé.

—Puede crearme. Bates está muerto...

El resto de sus palabras se perdieron con el ulular.

Los tres hombres miraron en aquella dirección, pudien-do ver las luces que centelleaban y giraban al enfilarse por el camino. Un chirrido de frenos anunció la estruendosa llegada del coche de bomberos. Se detuvo violentamente e iluminó la escena.

Banning dio media vuelta y se dirigió hacia ellos seguido por el viajante. Claiborne vaciló mientras observaba bajar a los hombres uniformados y dirigirse hacia los restos de la furgoneta. Un capitán de bomberos calvo permanecía en pie esperando junto al coche cisterna y luego, al aproximarse Banning y el viajante, empezó a hablar.

De ahora en adelante se hablaría mucho, se hablaría sin cesar porque lo único que todo el mundo sabía hacer era hablar. Llegaría una ambulancia para retirar aquellas masas carbonizadas, pero seguirían hablando..., palabras inútiles, sin sentido. Ahora ya nada tenía sentido y no era necesario que Claiborne lo escuchara de nuevo. *Deja la autopsia para el forense. Tú no eres más que un espectador casual.*

Volvió junto a su coche y se sentó ante el volante. Nadie se dio cuenta y nadie intentó detenerle mientras se alejaba, retrocediendo por donde había llegado hasta tomar de nuevo la carretera general.

De forma gradual, fueron extinguiéndose el hedor y los ruidos, al menos externamente. Pero la visión permanecía, oscilando ante sus ojos con mayor vividez que la propia carretera que tenía ante sí... El espectáculo de los torsos retorcidos, de los seres achicharrados en el escenario del crimen.

*Nada de autopsia. Espectador casual.*

Pero la autopsia proseguía, allá en lo más profundo de su ser, y se desvanecieron las protestas de inocencia. Porque Norman estaba muerto. Norman estaba muerto y él era culpable. Culpable de juicio equivocado, al permitir que se conocieran Norman y la hermana Barbara. Culpable de negligencia al haberlos dejado solos. Y, en consecuencia, también era responsable, de forma indirecta, de la muerte de la hermana Cupertine. Pero, sobre todo, era culpable de haber fallado a Norman. Sus errores profesionales de diagnóstico y pronóstico constituían el auténtico crimen.

Claiborne llegó a la carretera general y giró de forma casi automática. El aire fresco contribuyó a despejarle los pulmones y la cabeza.

Ahora ya podía enfrentarse a los hechos. Ahora era capaz de comprender su resistencia ante la realidad de la muerte de Norman. Porque, en cierto modo, no era Norman quien había muerto en aquella furgoneta en llamas..., era el propio Claiborne. Era su propia imagen la que había sido destruida hasta el punto de quedar irreconocible: sus planes, sus esperanzas, sus sueños habían explotado. Su vida se había convertido en humo.

Ahora ya no habría libro. Ya no habría una exposición erudita y, a un tiempo,



sutilmente triunfante, de la forma en que le fue devuelta la razón a su psicótico, al parecer incurable, sin recurrir al uso de electroshock, psicocirugía o ataraxia. Sabía que aquél había sido su objetivo durante todo el tiempo; escribir el libro, crearse un nombre y una reputación, apartarse de la sombra de Steiner, abandonar aquel trabajo sin salida y alcanzar un cargo interesante. Al igual que Norman, había estado prisionero en aquel hospital y, si las cosas hubieran marchado bien, ambos hubieran podido quedar libres.

Y casi lo había logrado, estuvo a punto de lograrlo. Estuvo a punto de alcanzar el éxito, a punto de liberar al propio Norman. Habían trabajado juntos durante tanto tiempo, que llegó a conocer perfectamente a aquel hombre. O creyó conocerlo. ¿Cómo pudo cometer aquel error?

Arrogancia.

Orgullo, creer en la superioridad de la ciencia, en la omnisciencia del intelecto. Aquél fue el error fatal.

A veces es preferible confiar en el instinto, tal como había hecho cuando estuvo a punto de descolgarse con lo de que Norman no estaba muerto.

Y entonces se dio cuenta, sobresaltado, de que aquella creencia seguía allí.

—¿Y si fuera verdad?

Claro que no tenía sentido, pero tampoco lo tenía lo ocurrido con la furgoneta. Banning se estaba precipitando en sus conclusiones; también él tenía su arrogancia, necesitaba una respuesta fácil. Pero ¿por qué habría de empaparle todo Norman con gasolina y prenderle fuego sin antes salir de la furgoneta? Pese a cuanto pudiera ser Norman, desde luego no tenía instintos suicidas y tampoco era un estúpido.

Entonces, ¿quién?

Aquello tampoco tenía sentido. Todo carecía de sentido salvo aquella mordiente sensación. A menos que se tratara tan sólo de un deseo expresado una y otra vez. *Norman está vivo, vivo, vivo...*

Claiborne parpadeó, forzándose en mantener la atención concentrada en la carretera que se extendía ante él. Y fue entonces, en aquel preciso instante, cuando vio lo que había tirado en la zanja del lateral izquierdo de la carretera. Lo vio, aminoró la marcha y, finalmente, se detuvo.

Bajó del coche y, cruzando la carretera, se acercó para examinarlo más de cerca. Acaso su vista le hubiera jugado una mala pasada.

Pero al coger la empapada pancarta sujeta a aquel palo supo que no se trataba de un error, Las letras aún aparecían visibles.

*Fairvale.*

Claiborne permaneció allí mirando aquella pancarta y, de repente, todas las piezas encajaron. Miró hacia el saliente de la carretera.

La furgoneta pudo haberse detenido allí y recoger a un autoestopista.

De ser así, tendría que haber huellas de neumáticos en el barro. Se detuvo para echar un nuevo vistazo, pero todo cuanto vio fue un enorme charco. Claro, era posible que la lluvia hubiera hecho desaparecer las huellas. Y, además, no tenía importancia, nada importaba salvo la verdad. *Confía en tu instinto. Después de todo hubo una tercera persona.*

Y si hubo una tercera persona, entonces todo era posible. El autoestopista pudo ser

atraído hacia el lugar donde tenía que ser destruida la furgoneta, golpeado allí en la cabeza y abandonado entre las llamas después de haberle despojado de sus ropas. Mientras que Norman...

*Fairvale.*

Claiborne cogió la pancarta y la llevó hasta el coche. Después de colocarla con cuidado sobre el asiento trasero, puso en marcha el motor. Sus ideas se pusieron en movimiento con igual rapidez.

El coche dio la vuelta. Fairvale se encontraba junto a la carretera general, más allá de la encrucijada. Y allí era adonde se dirigirla Norman después de abandonar la furgoneta en llamas. Un hombre capaz de matar en estado maníaco a forasteros inocentes, ciertamente no vacilaría un solo instante en matar a enemigos conocidos.

*Sam Loomis y su mujer, Lila, vivían en Fairvale.*

Había llegado a la bifurcación. Por un instante, Claiborne vaciló. ¿Debería volver a informar a Banning? Pero aquello significaba hablar, más palabras y, de antemano, sabía cuál sería la reacción si le dijera lo que sospechaba.

*Muy bien, ¿pero qué pruebas tiene? Tan sólo un letrado que ha encontrado en una zanja. ¿Y sólo con eso pretende que crea toda esa historia de que Norman ha matado a un autoestopista y metido el cuerpo en la furgoneta? Y aunque lo hubiera hecho, ¿cómo puede usted saber que va detrás de los Loomis...? Es posible que sea usted un buen curandero, pero eso no le faculta para leer en la mente humana. Verá, doctor, está usted fatigado. ¿Por qué no regresa al hospital y se toma un descanso, dejándonos a nosotros el trabajo policial?*

La voz de Banning. La voz de la arrogancia.

Claiborne sacudió la cabeza. Era verdad que se sentía fatigado, absolutamente exhausto. Y que tampoco era capaz de leer el pensamiento. ¿Cómo podría convencer a Banning de que él sabía, sabía con toda certeza lo que estaba pensando Norman?

No había forma. Y tampoco tiempo.

El coche dejó atrás la bifurcación y aceleró al apretar Claiborne con súbita decisión el pedal.

Al llegar al letrado que se erguía a la derecha de la carretera, lo leyó sin aminorar la marcha. *Fairvale - 20 km.*

El coche se lanzó hacia delante.

En aquel momento, la sensación era más fuerte que nunca, la sensación de avanzar, en sueños, hacia un espantoso destino.

Pero eso no era un sueño.

Y no había tiempo.

## NUEVE

Norman caminó calle abajo, y la calle estaba muerta.

La tormenta la había matado; la tormenta y la noche dominical. Todos los pueblos tenían su calle mayor y, cuando en domingo llega el crepúsculo, también con él llega la muerte. Las tiendas cerradas, los aparcamientos vacíos y, si acaso queda un hálito de vida, se refugia en las viviendas, ocultándose tras las cortinas corridas.

Allí es donde seguramente estarían Sam y Lila..., ocultos en una de esas casas. Sam, el de la ferretería y su mujer Lila. Era la hermana de Mary Crane y había acudido allí en busca de Mary al desaparecer ésta. Y se había dirigido a Sam sabiendo que él y su hermana eran amantes.

Nadie se hubiera enterado de lo ocurrido a no ser por ellos. Tanto Mary Crane como el detective que la buscaba estaban muertos, y Sam y Lila también debieron ir a sus tumbas. Pero, en vez de ello acudieron, al «Bates Motel» y descubrieron a Norman y fue a él a quien enterraron, lo enterraron vivo en aquel manicomio durante todos aquellos años.

Su encierro fue un castigo peor que la muerte..., el castigo por crímenes que jamás cometiera. Fue Madre quien lo hizo, apoderándose de su mente y de su cuerpo y haciéndole realizar todos los movimientos del asesinato. Él no era responsable, todo el mundo lo había reconocido. De no ser así, le hubieran sometido a un juicio.

Pero no hubo juicio, tan sólo todos aquellos largos años de castigo, mientras Sam y Lila estaban libres. *Y se casaron y vivieron por siempre felices.*

Hasta ahora.

Esta noche aquello se acabaría. Y no porque estuviera loco, sino porque había recuperado la cordura y él, no su Madre, sería el vengador. Daba gracias a Dios por ello.

No, a Dios no. Gracias al doctor Claiborne. Él era el Salvador, quien le había salvado de la locura. Si no hubiera sido por el doctor Claiborne Norman no estaría allí.

Y acaso no debiera estar, ya que el doctor Claiborne no lo aprobaría. Todos aquellos años juntos, hablando para sacárselo todo, ayudándole a reencontrarse, librándose de Madre, librándose del temor y el odio... Un hombre maravilloso, tanta amabilidad y preocupación por él, tanta empatía. Si las cosas hubieran sido diferentes, acaso el propio Norman pudo haber sido médico.

Pero las cosas no eran diferentes. Y no podrían serlo hasta que se hiciera justicia. Hacer justicia, no tomar venganza. Así lo tenía que considerar seguramente el doctor Claiborne.

Y no habría justicia mientras vivieran Sam y Lila. Fueron ellos quienes le marcaron y sentenciaron con su testimonio... Pero, ¿quiénes eran ellos para emitir juicios? Lila, entregando su cuerpo cálido para saciar la lujuria del amante de su hermana muerta. Y Sam, ganándose la vida con la sangre de los inocentes, vendiendo revólveres y cuchillos en su tienda; escopetas de caza para abatir animales inocentes y cuchillos para despedazarlos. Era el asesino, el carnicero, el tratante de la muerte..., ¿cómo era posible que nadie lo viera?

El doctor Claiborne jamás lo comprendería, pero Norman sí. Quien a hierro mata a hierro muere. Esta noche.

Pero la calle mayor estaba muerta y a oscuras las viviendas que se alzaban a cada lado. Sam y Lila se escondían de él, se ocultaban detrás de las cortinas de las ventanas. ¿Dónde..., en qué casa? No podía andar por allí llamando a todas las puertas. ¿Cómo podría encontrarles?

Norman se detuvo en una esquina, frunciendo el ceño. Nadie le había visto allí, en pie, debajo de la farola, pero no seguiría pasando por siempre inadvertido. Era un fugitivo, le buscaban. Si estaba decidido a actuar tenía que hacerlo en ese mismo momento. No había tiempo...

Y entonces descubrió, entre las sombras, la cabina telefónica, junto a la gasolinera a oscuras. Claro, allí estaba la solución. Bastaría con consultar la guía telefónica.

Pero no había guía. Tendría que pedir la información a la Telefónica.

Norman alargó la mano para descolgar el auricular, pero la retiró al punto. No podía llamar. Nadie pide direcciones..., y aunque se la dieran, la operadora lo recordaría. En un sitio como aquél todo el mundo siente curiosidad por los forasteros. Tan pronto como él colgara, la operadora, probablemente, llamaría a Sam y Lila para decirles que alguien les buscaba. Y entonces se encontraría en vía muerta.

*Muerto.* Él no estaba muerto y tampoco lo estaría si se andaba con cuidado. Pero tenía que actuar con rapidez. No había tiempo...

Norman salió de la cabina y, apartándose de la luz, cruzó la calle por una esquina, pasando junto a la taberna. Estaba a oscuras por la orden de cierre en domingo. Todas las ventanas de la calle se encontraban a oscuras. Todas, salvo una.

Uno de los escaparates aparecía iluminado. No pudo verlo con claridad hasta que se acercó a él, e intentó descifrar el letrero que había encima.

*Ferretería Loomis.*

Una luz en el escaparate, pero aquello era sólo para atraer la atención. La otra era la que importaba..., la de arriba que brillaba tenue, desde el fondo de la tienda.

Dentro había alguien.

Norman inició un movimiento para cruzar la calle, pero seguidamente se detuvo.

Ahora he de ir con cuidado, detenerme y pensar. Mostrarme cauteloso. Lo que hay que hacer ahora es avanzar, cruzar por la esquina y deslizarse, por el costado de la tienda por si hay alguien mirando hacia afuera. Y permanecer en las sombras. *Fuera de la vista, fuera de la mente.*

Norman asintió para sí y luego avanzó silencioso. Sólo cuando alcanzó el cobijo en penumbra del angosto pasadizo entre la tienda y el edificio contiguo, empezó a emitir una risita tenue. Tenía que hacerlo, porque el viejo refrán estaba equivocado. Al alcanzar la puerta trasera y manipular el picaporte, quedaba fuera de la vista.

Pero no estaba en modo alguno fuera de la mente.

## DIEZ

Cuando ocurrió, Lila Loomis estaba en su casa, sentada en la sala de estar en penumbra y mirando un estúpido concurso en la televisión. No había elegido aquel programa. La recepción era mala por causa de la tormenta y el «Canal 5» era el único que podía verse con claridad.

Al menos, el espacio servía para distraer su atención de lo que ocurría fuera.

Se dio cuenta de que se estaba preguntando por centésima vez qué era lo que estaba viendo en la pantalla. El Concurso era estúpido y las preguntas que se hacían a los concursantes todavía más bobas. *¡Y ahora llegamos a la Jugada Gigante! Por diez mil dólares en metálico, un «Ford Galaxia» completamente nuevo y una semana completa de vacaciones para dos personas con todos los gastos pagados en el maravilloso «Acapulco Hilton»... ¿Cómo se llamaba de soltera Jackie Onassis?*

—Minnie Schwartz —susurró Lila.

Luego, al darse cuenta, se sonrió de su propia estupidez. No tenía pies ni cabeza hablar con aquel aparato, pero últimamente estaba cayendo en aquella costumbre. Y no era la única. Otras gentes parecían reaccionar también en aquel sentido ante los concursos, las charlas entre invitados y los idiotas anónimos que voceaban comerciales, con un fondo invisible de un coro de voces angélicas en alabanza de un fertilizante líquido. Unos años más con aquella monserga y todos terminarían hablando consigo mismos.

Lila estaba a punto de levantarse para ir a la cocina, cuando empezaron las noticias de la noche. Volvió a sentarse y escuchó agradecida. La voz y los rasgos normales del locutor resultaban sedantes después de la fingida histeria del concurso, y las chillonas respuestas y muecas de los participantes.

La mayoría de los boletines se referían a la reciente tormenta, y la historia más destacada era la del terrible accidente de autocar ocurrido en Montrose. Afortunadamente para la tranquilidad de espíritu de Lila, no hubo reportaje filmado del suceso. Aunque el locutor anunció que a las once pasarían un informe gráfico. Lila tomó nota de ello para no conectar el aparato; tal vez fuera infantil por su parte, pero no podía soportar el espectáculo de la muerte o los sufrimientos.

Lila hizo un ademán negativo con la cabeza rechazando su propia crítica. Desde luego no se trataba de una reacción infantil; ella, de manera especial, tenía derecho a sentir así después de lo ocurrido. Claro que aquello fue hacía ya años, historia pasada, y no había estado presente cuando aquel maníaco asesinó a su hermana y al detective. Pero Lila había visto a Norman Bates precipitarse hacia ella enarbolando un cuchillo y el miedo seguía latente. A veces, volvía en sus sueños; entonces empezaba a temblar y a gritar hasta que Sam la abrazaba tranquilizándola. *No pasa nada, cariño.* Luego encendía la luz que había sobre la mesilla de noche. *¿Lo ves? Aquí no hay nadie. Has tenido una pesadilla.*

Incluso en aquellos momentos, Lila deseaba que Sam hubiera estado allí con ella. Eran ya pasadas las siete y todavía seguía en la tienda pasando cuentas. Claro que tenía que hacerlo con la liquidación de impuestos a la vuelta de la esquina, y el domingo por la

tarde era el mejor momento para ocuparse de los libros. Pero se habían fastidiado todos los planes de una cena agradable, y ni siquiera cabía pensar poder salir a última hora de la tarde.

Pero tampoco cabía pensar en ello después de aquella tormenta. De todas maneras, gracias a Dios ya había terminado y los informes sobre los daños locales y los cortes de electricidad en toda la región nada tenían que ver con ella. Lila escuchaba a medias, cuando el locutor empezó a hablar de una alerta general a causa de un paciente que aquella tarde se había escapado del «Hospital General», después de dar muerte a una visitante.

—Las autoridades creen que huyó en una furgoneta perteneciente a la visitante asesinada, miembro de una orden religiosa, las Hermanitas de la Caridad. El paciente, Norman Bates, no ha sido todavía localizado.

*Norman Bates.*

Lila se quedó rígida.

*Asesinando. Fugado. Todavía sin localizar.*

Se sintió incapaz de moverse, de ver, de oír. Todo había quedado inmovilizado, al igual que en las pesadillas. Pero ahora estaba completamente despierta. Y Norman...

Como quiera que fuese, logró recuperarse y escuchar con suma atención otra noticia de última hora que daba el locutor:

—A última hora de esta tarde ha caído un rayo en el invernadero de Weiland Nurseries, en Rock Center, habiendo sido calculados los daños en...

*¿Eso era todo? No había llegado a captar el resto del informe sobre Norman al sentirse dominada por el pánico. Pero, ¡maldición!, tenía todo el derecho del mundo a sentirse aterrada, todo el derecho. Y si aquel ignorante que leía las noticias tuviera el más mínimo adarme de seso, también lo estaría. Esto no es únicamente una noticia más. ¡Norman anda por ahí suelto!*

De nuevo se estaba dirigiendo al aparato, hablando consigo misma. Cuando con quien debería estar hablando era con Sam.

Lila se levantó y acercándose al televisor lo apagó. Luego atravesando la habitación a oscuras, se dispuso a encender las lámparas, deteniéndose justo a tiempo.

Nada de luces. ¿Y si estuviera ahí fuera?

Pero, ¿cómo podía estar? Aun cuando Norman supiera dónde vivía, no había motivo alguno para pensar que acudiera allí. Sólo que la gente como Norman no actúa impulsada por la razón o la realidad.

Lila seguía todavía en pie, junto a la lámpara, cuando escuchó el ruido.

Súbitamente alerta aguzó el oído, pero sólo reinaba el silencio. *Eran los nervios. Estaba imaginando cosas.*

Luego se estremeció al oírlo de nuevo..., una especie de roce ahogado.

¿Pisadas?

No podía identificar el ruido, tan sólo localizar su origen. Venía de fuera.

Otra vez el silencio. Silencio y oscuridad. Sin oír ni ver, Lila se dirigió a tientas hacia la ventana; Con mano temblorosa levantó ligeramente el visillo. Muy despacio, sólo unos centímetros, lo preciso para poder ver...

Nada.

El sendero, el césped, la calle al fondo. Todo vacío la noche.

Y de nuevo llegó el ruido al oscilar el árbol que había junto a la casa, impulsado por el viento, sus ramas superiores azotando el alero del tejado.

Norman no estaba allí.

Lila no se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento, hasta sentir que lo exhalaba con súbito alivio. *Ya lo ves, no es más que tu imaginación. ¿Por qué habría de querer Norman hacerte daño? No eres su enemiga. No vendrá aquí.*

Y entonces, al dejar caer de nuevo el visillo, el alivio se esfumó al llegar a una conclusión.

*Claro que no está aquí. En la mente de Norman había otro enemigo. Va en busca de Sam.*

Cuando alcanzó la mesa sobre la que estaba el teléfono, Lila temblaba de nuevo. Tanteando en la oscuridad, se obligó a concentrarse, contando los invisibles dígitos mientras marcaba el número de la tienda.

Esperó la llamada, pero no llegó. Lo único que escuchó fue una especie de zumbido. ¿Señal de ocupado? No, el tono no era el mismo. ¿Qué habían dicho en las noticias sobre cortes de electricidad?

Al colgar el teléfono, se reanudó afuera el ruido. Aunque ya conocía su origen, Lila contuvo una vez más el aliento. Acaso esta vez podría escuchar por encima de él otro ruido, el zumbido de un motor de coche. El coche de Sam que bajaba por la calle, torciendo para tomar el sendero...

Silencio.

Si Sam hubiera estado escuchando la radio en la tienda, tal vez oyese algún noticiario y acudiese a casa junto a ella. Pero no se veía coche alguno, de manera que no había escuchado nada y nada sabía.

Consultó el reloj. Las manecillas luminosas le revelaron que eran las ocho.

Las ocho. Aunque Sam no hubiera oído nada ya debería estar en casa. A menos...

No habla necesidad de pensar en aquello. Lo que tenía que hacer era atravesar a tientas la habitación hasta la cocina, coger el bolso que estaba sobre la mesa y dirigirse a la puerta trasera. Y una vez allí atisbar por la parte superior de la cristalera hacia el camino, para asegurarse de que allí no había nadie.

El camino estaba vacío. Abrió despacio la puerta de la cocina y salió afuera. El viento nocturno le azotó el rostro al volverse para vigilar el patio trasero, la parte lateral de césped, el trecho de camino que conducía hasta la calle. Todo despejado.

Agarrando el bolso, cerró la puerta y subió por el camino, echando una ojeada a la silueta de la casa contigua. Tal vez debería decírselo a los Dempster, era posible que Ted la llevara en su coche a la tienda. Luego recordó que sus vecinos se encontraban ausentes; dijeron algo de visitar aquel fin de semana a su hija casada, en Ravenswood. Y los del otro lado de la calle se habían ido aquella mañana de vacaciones al lago.

Lila llegó a la calle, aminorando el paso para vigilar la acera de la derecha. Allí nada se movía, salvo las sombras que proyectaban los árboles. Pero entre esas sombras...

*No te dejes dominar por el pánico. Mantén los ojos abiertos y tómalos con calma. Sólo son tres manzanas.*

Se repetía aquello una y otra vez pero, pese a todo, Lila se percató de que casi corría. Las sombras eran sólo sombras y en la noche reinaba el silencio, salvo por el susurro del viento y el sonido cada vez más rápido de sus tacones sobre el cemento húmedo de la acera.

Luego, al volver la esquina y entrar en la calle mayor, Lila vio los faros de un coche que avanzaba desde la izquierda.

*¿Sam?*

Se detuvo dispuesta a levantar el brazo, pero el coche que pasó rápido junto a ella no era su coche «rubia» y el rostro del conductor no le era conocido. De cualquier forma, tal vez debiera haberle detenido, pero ya era demasiado tarde, porque el coche se encontraba en la esquina de la calle girando a la derecha. La calle mayor estaba de nuevo desierta.

Lila reemprendió la marcha. Sólo una manzana. Ya estaba cerca de la tienda, intentando mirar a través del escaparate iluminado.

Pero el escaparate estaba a oscuras.

Disminuyó el paso, tratando de atisbar, a través del cristal, la tienda en tinieblas.

*No te dejes dominar por el pánico. Es posible que ya haya cerrado, saliendo por la parte trasera en busca del coche.*

Lila echó a andar por el camino lateral del edificio, avanzando despacio, con cautela. Sólo había caminado unos metros, cuando pudo ver la «rubia» aparcada cerca del sendero que conducía a la puerta trasera de la tienda. Tenía las portezuelas cerradas y el asiento del conductor estaba vacío. Sam no se había ido.

Entonces, ¿por qué estaban apagadas las luces?

Tal vez se hubiera quedado dormido. O acaso...

Ahora volvía a su mente la otra idea, la que había intentado ahuyentar. La visita de Sam al doctor Rowan el mes pasado, y el informe médico..., el cardiograma. *Nada serio, sólo un leve soplo. No hay de qué preocuparse.* Pero los médicos no lo saben todo, y la mitad de las veces aquellos cardiogramas están equivocados. ¿Y si Sam hubiera sufrido un ataque al corazón? *No te dejes dominar por el pánico.*

Lila avanzó con cuidado por el camino. Sus movimientos eran silenciosos y sólo encontró silencio al dar vuelta a la esquina para alcanzar la puerta trasera. Las persianas de las ventanas a cada lado estaban corridas y la puerta cerrada. Al intentar mover el picaporte comprendió que estaba echada la llave.

En el bolsillo tenía otra, pero no intentó sacarla. De la espantosa experiencia que sufriera años atrás había aprendido al menos una lección. Anda con cuidado, no corras riesgos si estas sola. Y de *haberle* ocurrido algo a Sam, nada podía hacer a menos que pidiese ayuda. No te dejes dominar por el pánico.

Lila dio media vuelta y, dejando atrás la «rubia» vacía, se dirigió hacia la avenida, deteniéndose para vigilar en ambas direcciones. Ni un ruido, ni el menor movimiento en la noche.

Ya más tranquila, recorrió la avenida doblando luego a la derecha con lo que se encontró en el extremo más alejado de la calle lateral. Al otro lado y en la plaza se hallaba el Palacio de Justicia. Se encaminó hacia él, pasando junto a los bancos vacíos y mojados y el astil de granito erigido en homenaje a los caídos. El edificio estaba completamente a



oscuras, pero en la edificación aneja la puerta estaba del todo abierta y una luz brillaba en el corredor.

Lila entró y, tras subir las escaleras, se encontró en el vestíbulo. Al hacerlo tuvo aquella sensación..., ¿cómo la llamaban?, *déja visto* o *vue*. Algo parecido, cuando te parece que aquello ya ha ocurrido antes.

Luego se corrigió. Era recuerdo, no sensación. Aquello *había* ocurrido antes, hacía años, cuando ella y Sam buscaban al asesino de su hermana. Había acudido allí un domingo por la mañana para ver al sheriff Chambers y al funcionario..., ¿cómo se llamaba? Peterson, el viejo Peterson les dijo que estaba en la iglesia. Los dos, Peterson y Chambers ya no se encontraban allí y ella estaba sola, aunque la similitud de su situación resultaba estremecedora. Lila avivó el paso al cruzar el umbral de la oficina que surgía al fondo del corredor.

La menuda y vieja Irene Grovesmith estaba sentada ante su mesa leyendo una revista. La dejó a un lado para mirar, semejante a una lechuza, por encima de sus gafas. Al reconocer a su visitante la saludó con un movimiento de cabeza.

—Lila...

—Hola, Irene. ¿Está ocupado el sheriff Engstrom?

—Y que lo digas. —Tras los gruesos cristales los ojos de Irene expresaban agria desesperación—. Salió hace más de tres horas. Se fue a Montrose por culpa de ese accidente de autobús, ¿te has enterado? Me prometió estar de vuelta lo más tarde a las siete y, fíjate, ya son pasadas las ocho y media. La radio no funciona y tampoco los teléfonos. Al parecer, ahora se están ocupando de las averías.

—¿Así que no hay manera de que me ponga en contacto con el sheriff?

—Acabo de decirte... —Irene se contuvo, se quitó las gafas y carraspeó, aclarándose la voz—. Lo siento. ¿Qué pasa?

*Ya era hora de que lo preguntaras, viejo murciélago.* Pero Lila se guardó mucho de decir aquello, limitándose a forzar una sonrisa acompañada de un movimiento de cabeza.

—Estoy algo preocupada por Sam. Se ha quedado toda la tarde en la tienda y no ha venido a casa a cenar. Acabo de pasar por allí y el coche sigue aparcado fuera, pero la puerta está cerrada con llave y todo se encuentra apagado.

—¿No tienes una llave?

—Sí. Pero no me atrevo a entrar allí sola.

Lila vaciló un instante, preguntándose qué debía decir. Una sola palabra a Irene y, al día siguiente, todo el pueblo estaría al corriente. Pero, ¿qué más daba? Quien importaba ahora era Sam. Si algo le había ocurrido...

—En las noticias lo dijeron —alegó—. Hablaban de un paciente que se había escapado esta tarde del «Hospital General».

—¿Norman Bates?

Lila contuvo el aliento.

—¿Tenéis noticias sobre él?

Irene asintió.

—Chuck Merwin pasó por aquí en busca del sheriff hará una media hora. Pertenece al Departamento de Incendios. Ya lo conoces, el chico de Dave Merwin. Ese muchacho

alto, moreno, con una dentadura feísima...

—Sí, le conozco. ¿Qué ocurría?

—Bueno, el camión cisterna acaba de llegar de allí, y querían informar al sheriff antes de acudir de nuevo a Montrose. No pude tomar contacto con la radio.

—¿De dónde acababa de llegar?

—Tomé nota. —Irene rebuscó hasta encontrar un bloc debajo de la revista—. Aquí está. —Tras ponerse las gafas consultó sus notas—. Chuck dijo que habían encontrado la furgoneta con la que ese lunático se había fugado. Por County Trunk A, justamente en las afueras de la ciudad. Al parecer, hubo una explosión de gasolina... Dentro había dos cadáveres. Uno era de una mujer, una monja que había ido a visitar el hospital, o al menos eso es lo que creen. El otro pertenecía a Norman Bates.

—¿Está muerto?

—Completamente achicharrado. Chuck dijo que nunca vio nada tan espantoso, al menos durante los cinco años que lleva en el Departamento.

—Gracias a Dios.

Irene alzó rápida la mirada.

—¿Qué tiene que ver todo esto con Sam?

—Nada —replicó Lila al tiempo que hacía un ademán negativo con la cabeza—. Mira, ahora voy a volver a la tienda. Pero cuando llegue el sheriff, ¿querrás decirle que se pase por allí? Si no está la «rubia» es que habremos regresado a casa y todo estará bien. Sólo dile que eche un vistazo.

—Desde luego. Voy a tomar nota.

Irene garrapateó algo sobre el bloc al tiempo que ella salía. Ahora ya no tenía que andarse con precauciones; afuera la calle seguía desierta, pero la noche no ocultaba terror alguno.

Lo único que le preocupaba ya era Sam. Aquel condenado cardiograma...

*No te dejes dominar por el pánico. Es posible que se haya quedado dormido.*

Pese a ello, Lila se percató de que apresuraba el paso al entrar en el callejón. Abrigaba ciertas esperanzas de que la «rubia» ya no se encontrara allí, pero comprobó que seguía aparcada delante de la puerta trasera. Entonces casi corrió.

Cuando llegó a la puerta en sombras, ya tenía la llave en la mano. Intentando serenarse, la insertó a tientas en la cerradura. Al fin lo logró y el picaporte giró.

Lila entró, se detuvo al punto e intentó recordar dónde estaba el conmutador. ¿En qué pared..., la derecha o la izquierda? Era realmente estúpido no acordarse de algo tan simple.

Tanteando en la derecha encontró el conmutador y lo apretó. Nada. ¿Estaría fundida la bombilla? *Quemada. Norman estaba quemado*, se forzó a recordar. *No te dejes dominar por el pánico.*

Tal vez la explicación de la falta de luz en el escaparate y allí dentro se debiera al corte de electricidad. Lila se obligó a esperar, mientras su visión se adaptaba a la oscuridad. Y, al hacerlo, sus ojos hicieron inventario de cuanto había en la habitación. Archivadores adosados a la pared del fondo, a cada lado estanterías, en el centro de la habitación una mesa de escritorio y un sillón giratorio. Sobre la mesa, un montón de libros

de contabilidad y tarjetas de archivo, pero el sillón estaba vacío. Sam jamás hubiera dejado todo aquello tan desordenado, así que debía de estar en la parte delantera.

Pasó junto a la mesa de escritorio y siguió hacia la puerta que conducía a la tienda. Allí la oscuridad era absoluta, por lo que se detuvo en el umbral e intentó penetrar en las sombras.

— ¿Sam?

Las sombras permanecieron mudas.

— ¡Sam!

*¡Dios mío...! ¡Algo le ha ocurrido...! ¡Su corazón...!*

Avanzó, dando la vuelta al mostrador del fondo y allí lo encontró.

Se hallaba caído en el suelo, boca arriba, mirándola.

Lila le miró a su vez. Estaba en lo cierto, era su corazón.

Allí era donde le habían clavado el cuchillo, haciendo en su pecho aquella terrible brecha borboteante.

Por un instante, creyó que no estaba muerto. No podía estarlo porque ella escuchaba la respiración.

Y entonces, al apartarse la sombra del mostrador que había detrás de ella, Lila se volvió y el cuchillo cayó.

Una y otra vez.

Una y otra vez...

## ONCE

Cuando Claiborne se detuvo delante de la ferretería, ya se encontraba allí el coche del sheriff aparcado delante de ella.

Al verlo, frenó con un chirrido de ruedas. Bajando del coche, se encaminó hacia la entrada, abierta e iluminada.

—Un momento, por favor.

Claiborne se detuvo al surgir en el umbral aquel individuo menudo, que le interceptaba el paso.

De manera casi automática, hizo una valoración profesional e inmediata del forastero: el rostro enjuto y cetrino, el escaso pelo castaño del mismo color que los ojos, y el bigote cuidadosamente recortado. Vestía un terno oscuro, camisa blanca y una estrecha corbata gris. Era el típico atuendo dominguero del típico comerciante de pueblo. Y, al observarle, Claiborne sonrió con súbito alivio.

—¿Sam Loomis? —inquirió.

El hombrecillo hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Milt Engstrom —repuso—. Sheriff del Condado.

Claiborne sintió desvanecerse su alivio al tiempo que bajaba la vista. Fue entonces cuando observó algo que antes pasara por alto; las brillantes y puntiagudas botas negras que sobresalían por debajo de los conservadores pantalones con vuelta.

Un duro golpe para su aguda percepción psicológica, y también para sus renovadas esperanzas.

Claiborne alzó la vista y se encontró con la mirada firme del sheriff. Sabía lo que tenía que preguntar y temía la respuesta.

—¿Dónde está Mr. Loomis? ¿Le ha ocurrido algo?

Los inexpresivos ojos no se apartaron de él.

—Si no le importa, seré yo quien haga las preguntas. Para empezar, supongamos que me dice quién es y qué está haciendo aquí.

Claiborne sintió una contracción en las piernas al variar de posición para soportar mejor su fatiga. ¿Cuánto tiempo hacía que no se había dado la oportunidad de tomarse un descanso? Mientras conducía en dirección al pueblo, una vez hubo dejado la carretera general, se percató de que se estaba adormilando frente al volante; la excesiva tensión se cobraba su cuenta. Todo lo que ahora ansiaba era sentarse y descansar.

—Es una larga historia —dijo—. ¿No podríamos entrar y...?

El sheriff frunció el ceño.

—Empiece a hablar —le dijo—. No dispongo de toda la noche.

Para cuando Claiborne se hubo identificado y explicado a Engstrom lo ocurrido en el hospital y en la carretera, estaba ya a punto de derrumbarse. A diferencia de Banning, el sheriff no tomó nota alguna, pero no cabía la menor duda de que, mentalmente, había registrado cuanto se le había dicho. Finalmente, hizo un ademán de asentimiento, dando a entender que había cerrado su archivo mental.

—Más vale que entre —dijo Engstrom—. Ha habido un accidente.

Volviéndose bruscamente, el sheriff entró de nuevo en la tienda sin dar tiempo a Claiborne para contestarle. Pero entonces, mientras seguía a Engstrom por el pasillo, tuvo oportunidad de hablar.

—¿Está muerto Loomis?

El sheriff se detuvo delante del mostrador del fondo e indicó el suelo a su izquierda.

—Usted es el médico —le indicó—. Espero que podrá decírmelo.

Claiborne se adelantó, siguiendo con la mirada la dirección de la mano del sheriff.

Por un largo instante permaneció silencioso, consciente del escrutinio de Engstrom, sintiendo la penetrante y fría mirada en sus espaldas. *Condenado sádico... ¡Está disfrutando! ¿Qué espera que haga, derrumbarme como ese viajante ante la furgoneta? Soy médico, no es la primera vez que me enfrento con la muerte violenta.*

Y también había visto antes a Sam Loomis. Aquello era precisamente lo que le perturbaba; su familiaridad con los contorsionados rasgos del cadáver. Y entonces lo comprendió todo: en el expediente figuraban recortes, recortes de periódicos con las personas complicadas en el caso de Norman.

*El caso de Norman.* Claiborne se forzó a alzar la vista y encontrar la mirada de Engstrom. Se sentía incapaz de reflejar en sus ojos una réplica de aquella frialdad impersonal, pero hizo cuanto pudo por adoptarla en el tono de su voz.

—La incisión es muy grande —dijo—. Es evidente que han utilizado un cuchillo con una hoja enormemente ancha. Por el grado de hemorragia, presumo que fue alcanzada la aorta, probablemente sajada. ¿Quiere que proceda a un examen?

El sheriff hizo un ademán negativo.

—Mi hombre está en camino desde el distrito central..., o lo estará tan pronto como vuelva de ese desastre en Montrose. Hoy ando mal de gente, ni siquiera he podido encontrar un agente extra.

Engstrom, dando media vuelta, se situó detrás del mostrador del fondo.

—Mientras esperamos, hay algo más a lo que tal vez usted quiera echar un vistazo.

Claiborne dio la vuelta por el otro lado y luego miró abajo.

El sheriff estaba equivocado. No quería mirar aquella..., no quería ver aquel espantoso y apuñalado despojo humano, desplomado en posición supina detrás del mostrador, bañada en sangre de, al menos, una docena de heridas que se abrían semejantes a bocas rojas en la carne blanca.

Por lo que podía ver no había forma de reconocer aquello, pero antes incluso de que Engstrom hablara supo de quién se trataba.

—Lila Loomis —explicó el sheriff—. La mujer de Sam.

Claiborne se alejó, sintiéndose enfermo a pesar suyo, semejante a un estudiante de Medicina novato ante su primera disección. Cuando recobró el habla, todo cuanto pudo emitir fue un murmullo.

—Entonces, los mató a los dos.

—¿Quién?

—Norman Bates. El paciente del que le he hablado.

—Tal vez.

—Pero ahora ya no hay duda. Sabía que tenía razón... Vino directamente aquí después de incendiar la furgoneta. ¿Recuerda lo que le dije sobre aquel autoestopista que debió recoger en la carretera?

—¿Debió? Me da la impresión de que se precipita en extraer conclusiones.

—Tengo su letrero en mi coche. —Claiborne dio media vuelta—. Venga, se lo enseñaré...

—Más tarde. —El sheriff se dirigió hacia el final del mostrador—. Quiero que antes vea esto.

Al reunirse Claiborne con el sheriff, éste le indicó el cajón abierto de la caja registradora que había sobre el mostrador.

—Vacío —dijo—. Novecientos ochenta y tres dólares había aquí esta tarde y han desaparecido.

—¿Cómo sabe la cantidad exacta?

—Encontré esto en el suelo. —Engstrom sacó un trozo de papel del bolsillo de su chaqueta—. El impreso de depósito preparado para ingresar la cantidad en el Banco mañana por la mañana.

—Entonces Norman se llevó el dinero.

—Lo que es seguro es que alguien lo hizo. —El sheriff se volvió—. Venga, aún hay más.

Metió la mano por debajo del mostrador encristalado y sacó una bandeja de exposición. En ella, y en sus correspondientes huecos, había una docena de cuchillos de monte con la empuñadura de hueso de diversos tamaños, sus hojas de acero centelleantes bajo la luz.

No, no había una docena, se corrigió, rápidamente, Claiborne después de contarlos. Había once cuchillos y, en el extremo de la bandeja, un hueco vacío.

Engstrom hizo un gesto de asentimiento.

—Falta uno —le confirmó—. El arma con la que cometió los asesinatos.

Girando sobre sus talones, regresó a la habitación trasera seguido por Claiborne. Una vez allí, señaló hacia la lámpara del techo.

—Cuando llegué en busca de Mrs. Loomis, la puerta de atrás estaba abierta y el conmutador no funcionaba. En un principio, pensé que la bombilla se había fundido, pero luego me di cuenta de que estaba sobre la mesa. La enrosqué de nuevo y, como puede ver, está en perfectas condiciones.

—Claro —Claiborne vio la mesa de escritorio y el sillón—. Norman entró inadvertido en la tienda y mató a Loomis, mientras éste se encontraba trabajando en su escritorio. Arrastró el cuerpo a la parte delantera para que no pudiera verlo... Mire, aquí en el suelo hay sangre. Luego volvió, desenroscó la bombilla y esperó a Mrs. Loomis en la tienda...

—¿Cómo sabía que iba a venir?

—Posiblemente esperaba que acudiera en busca de su marido. ¿No lo comprende? Por eso estaba aquí..., quería matarlos a los dos.

Engstrom se encogió de hombros.

—Veámoslo a mi modo —repuso—. Consideremos un ladrón, un ladrón corriente. Puede incluso ser alguien que vive cerca de aquí, o incluso ese autoestopista que usted

asegura murió achicharrado en la furgoneta. Pero quienquiera que sea, está dispuesto a asaltar una tienda. Tal vez lo haya intentado un par de veces con otras, sin lograrlo. Luego ve luz aquí. Prueba con la puerta trasera y la encuentra abierta. Paso por lo que ha dicho de que se introdujo de rondón. Pero eso es todo.

—¿Y qué me dice del resto? ¿Qué tiene de malo esa teoría?

—Lo que pasa es que usted no tiene madera de detective —Engstrom miró al suelo—. Es cierto, aquí hay sangre. Pero sólo unas gotas. Yo diría que cayeron del cuchillo que el ladrón se llevó consigo. A Sam no le apuñalaron sentado ante su escritorio..., la herida la tiene en el pecho, no en la espalda. De hecho, al llegar aquí el ladrón no tenía un cuchillo. Lo cogió del mostrador de la tienda.

Claiborne frunció el entrecejo.

—Sigo creyendo...

—No importa. Déjeme terminar. —Engstrom señaló hacia la puerta—. Tal como yo me lo imagino, Sara estaba en la parte delantera apagando las luces de la tienda cuando entró el ladrón. Venía en busca de dinero, no con la intención de asesinar a nadie. Y todo lo que quería era permanecer oculto hasta que Sam se fuera. En la parte de atrás no tenía sitio dónde esconderse, de manera que se dirigió a la tienda para hacerlo detrás del mostrador, en la oscuridad. Pero entonces algo salió mal..., tal vez Sam le vio o le oyó. Entonces es cuando el ladrón coge el cuchillo y le apuñala.

»El ladrón toma el dinero de la caja registradora. Y se prepara a huir por la puerta trasera, cuando aparece Lila en el camino. Vuelve a cerrar la puerta, creyendo que intentará abrir y luego se irá. Pero le espera una sorpresa: tiene una llave. Dispone del tiempo justo para desenroscar la bombilla con el fin de que la luz no se encienda cuando ella haga funcionar el conmutador. Y cuando entra, el ladrón la está esperando delante, en la oscuridad, con el cuchillo.

Claiborne frunció de nuevo el entrecejo.

—Ya ha visto el cuerpo —dijo—. Tal vez alguien que haya cometido un asesinato en un momento de pánico, ataque de nuevo para evitar ser descubierto. Pero no de esa manera. No se limitaron a matarla..., se encarnizaron con ella una y otra vez, como Norman hizo con su hermana en la ducha...

De repente quedó callado, consciente de que sus palabras no encontraban eco. Nadie le creería, sobre todo al carecer de pruebas. Pruebas sólidas, incontrovertibles.

—No se preocupe —le dijo Engstrom—. Si en realidad Bates está vivo, no podrá llegar muy lejos.

—Pero ahora tiene dinero.

—Y nosotros tenemos un documento de identidad, fotos, un expediente con su historial completo... No podrá ocultarse por mucho tiempo. ¿Adonde iría?

Claiborne no contestó. No había respuesta.

Y entonces, al echar una ojeada al montón de libros de contabilidad y las carpetas de los expedientes sobre la mesa de escritorio, vio un periódico. Estaba desdoblado a medias como si lo hubieran dejado de lado, pero los titulares de la historia, a dos columnas, en la parte superior, eran claramente visibles.

*PRODUCTOR DE HOLLYWOOD PREPARA UN FILME SOBRE EL CASO BATES.*

Ahora ya sabía adónde se dirigiría Norman.



## DOCE

Jan Harper revisó su maquillaje ante el espejo del cuarto de baño, llegando a la conclusión de que era perfecto.

*Muy bien, chica. Vamos a exhibirnos por la calle.*

Cogió su bolso y, girando sobre sus talones, salió de puntillas. En realidad, aquella precaución era innecesaria; en el segundo dormitorio, situado al otro lado del cuarto de baño, Connie seguía durmiendo como una marmota. La amiga de Jan, que compartía con ella el apartamento, estaría muerta para el mundo hasta mediodía y, cuando finalmente se despertara, desearía estar realmente muerta, agobiada por la resaca y el remordimiento de la juerga corrida la noche anterior.

Mientras atravesaba el vestíbulo en dirección a la puerta de la calle, Jan sintió el aguijón de la envidia. Connie no tenía que permanecer esclavizada ante el espejo; al despertarse, le bastaría con tomar una ducha y pasarse rápidamente el peine. No tenía que preocuparse en lograr un perfecto trabajo de maquillaje, no con aquella gran nariz y aquellas tetillas. Lo que una necesita para poder introducirse en este negocio era una nariz pequeña y unos senos exuberantes. Lo que dejaba a Connie fuera de combate.

De repente, Jan se sintió avergonzada. Connie no tenía la culpa de su aspecto; al menos era honesta y no hacía trampas con la nariz por arriba y con relleno más abajo. Sacaba el mejor partido posible de lo que tenía, por lo que merecía alabanzas y no burlas.

Jan se encogió de hombros al salir y cerrar la puerta tras ella. Connie podía arreglárselas; en aquel momento lo que ella tenía que hacer era revisar sus propios objetivos. Por eso había pasado una hora dedicada al maquillaje, por eso la estaba esperando el atractivo y pequeño «Toyota» en el aparcamiento. Se estremecía cada vez que recordaba los pagos mensuales, pero tan pronto como abría la portezuela y le llegaba un ramalazo de aquel maravilloso olor a coche nuevo, volvía a sentir sus excelentes vibraciones.

El «Toyota» no era un lujo; formaba parte de su equipo, de su imagen. Y el aroma a cuero nuevo era tan necesario como el de «Chanel» con el que se perfumaba después de cada ducha, aun cuando la gasolina empezaba a resultar más cara que el perfume. Si quieres alcanzar la cima, no cojas el autobús.

Puso en marcha el motor, retrocedió con cuidado y, después de subir por la carretera, giró hacia el Este, por la Mulholland Drive. A lo largo del serpenteante camino, y a intervalos, podían verse casas arracimadas, pero la mayor parte de la ruta se extendía entre riscos y maleza. Allí, entre la bruma matinal de un lunes, era posible todavía atisbar la presencia de ardillas, coyotes y otras formas de vida salvaje.

Haciendo caso omiso de todos ellos, Jan contempló abajo, y a su izquierda, el valle de San Fernando. Surgiendo de la amarillenta atmósfera del *smog*, podía ver los platós de sonido de los «Coronet Studios», a medio camino entre el «CBS Studio Center» y la torre negra de «Universal».

Hizo girar de nuevo el «Toyota» a la izquierda e inició el descenso. Jan aspiró

profundamente, como hacía siempre antes de sumergirse en la espiral del *smog*. Aquella maldita cosa llegaba incluso a corroer el cromo del «Toyota». Sólo Dios podía saber el efecto que producía en los pulmones humanos. Pero para alcanzar la cima, a veces hay que descender a los abismos.

Atravesando el Ventura Boulevard, enfiló en dirección norte hasta alcanzar la verja del estudio a su derecha. Delante de ella rodaba un centelleante «Rolls», que se detuvo ante la garita del guardia, aunque sólo por un momento. La rayada barrera que bloqueaba la entrada fue alzada con rapidez, mientras que el hombre uniformado que había junto a la verja saludó sonriendo al conductor, que siguió su camino. El «Rolls» entró en la zona de aparcamiento.

En el momento en que Jan llegó a la altura de la garita, la barrera bajó de nuevo. El guardia se la quedó mirando.

Ella le sonrió.

—Jan Harper —dijo.

No se observó el menor cambio en la expresión del guardián..., o más bien una carencia de ella.

—¿A quién desea ver?

—Estoy en el grupo. Con la unidad Driscoll.

—Un momento, por favor.

Dando media vuelta, el guardia entró en la cabina para consultar las relaciones que había en una estantería junto a la puerta. Luego, mirando hacia afuera, asintió.

—Está bien. Pero más vale que les diga que le den un pase.

—Gracias. Así lo haré.

Se alzó de nuevo la barrera y Jan entró, confiando en que su sonrisa hubiera sido natural. A aquel estúpido del «Rolls» le habían recibido con gran entusiasmo, pero el guardia no recordaba su nombre al cabo de todas aquellas semanas.

*Tómatelo con calma, chica. Algún día, cuando entres con tu coche por esa verja, extenderán una alfombra roja a tu paso hasta el despacho de Driscoll.*

En aquel momento, Jan pasaba por delante de aquel despacho, en el edificio de la Administración, a su derecha, pero no se detuvo. En todos los huecos del aparcamiento había carteles, en los que con toda claridad campeaban los nombres de los directivos para quienes estaban reservados. Así era como funcionaba el sistema..., los jefazos tenían huecos lo más cerca posible de las oficinas, las estrellas importantes y los directores disponían de huecos de selección junto a los estudios de sonido, los principales cargos de producción poseían reservados delante de sus cuarteles generales.

Pero los letreros podían borrarse, apareciendo en ellos nuevos nombres. Y tal como iban las cosas en la industria, los únicos puestos estables en la ciudad eran los de pintores de letreros.

Jan, encogiéndose de hombros, se dirigió hacia la zona de aparcamiento situada al fondo de los terrenos, pasando junto a recaderos en bicicleta, viejos productores en automóviles igualmente viejos, conductores de furgonetas o camiones cargados con materiales y equipos de cámaras. El «Toyota» fue deslizándose por los angostos huecos entre camerinos portátiles y remolques, deteniéndose ante un escenario en el que giraba y

centelleaba una luz roja, que indicaba que se estaba realizando una toma que los ruidos de tráfico podían echar a perder.

La industria repudiaba sus propios productos.

Hubo una vez... en que las calles de los estudios desbordaban de espectáculos llenos de atracción y exotismo... Grandes actores con indumentarias orientales concebidas durante pesadillas árabes, atavíos de piratas, vestidos Imperio de baile franceses, uniformes de la Caballería confederada. Los extras masculinos transitaban con frac y sombrero de copa, las chicas del coro desfilaban semejantes a arco iris en movimiento. Los jefes indios con sus pinturas de guerra y vaqueros enfundados con trajes blancos y sombreros «Stetson» haciendo juego, se mezclaban con altas damas resplandecientes con las creaciones diseñadas en el cerebral salón de Edith Head.

Pero la película costumbrista había sido tachada con un plumazo de tinta roja. Hoy, el jeque de Valentine lo representaría un pequeño y macizo petrolero vistiendo un traje gris, gafas de sol y cubriéndose con un baqueteado *kayyifeh*. Los barcos piratas habían sido hundidos, los discos sustituían a los salones de baile, y al Ejército confederado se lo llevó el viento. Ginger y Fred colgaron para siempre sus zapatillas de baile, los indios llevaban carteras cuando tomaban el sendero de la guerra que les conduciría a las sesiones del Senado, los vaqueros se asemejaban a cualquier estudiante barbudo universitario y las principales damas actuaban en escenas de cama sin el menor atisbo de ropa. Ahora, cuando una va a un estudio ya no busca fantasía..., tan sólo un hueco para aparcar.

Jan condujo su coche hacia la zona trasera, consultando su reloj. Las diez menos cuarto. Aún disponía de quince minutos. Pero el aparcamiento ya estaba lleno o casi.

Al rodearlo, vio un claro al fondo y empezó a maniobrar. Pero hubo de frenar rápidamente al abrirse de pronto la portezuela de un coche situado a su derecha y surgir una figura en su camino.

Jan hizo sonar la bocina.

—¡Eh! Ande con...

La figura se volvió y Jan reconoció a Roy Ames.

La saludó con la mano y se apartó a la izquierda de ella mientras Jan aparcaba.

—Lo siento, no te vi llegar.

Abriendo la portezuela, la cogió por el brazo en el momento en que ella salía.

Jan contuvo su actitud defensiva pero no pudo dominar sus ideas. ¿Qué pasaba con ese tipo? Al cabo de todas aquellas semanas de contacto diario, no se había acostumbrado a la amable rutina de él. La cortesía habitual no era demasiado habitual en estos tiempos; la mayoría de los hombres dejarían que una chica saliera por sus propios medios de un coche, y un porcentaje bastante elevado la pellizcaría al subir.

Roy Ames era realmente un caso. Ni siquiera se parecía a la mayoría de escritores guionistas que conocía. Para empezar, tenía un aspecto pulcro y atractivo; no es que fuera exactamente guapo pero distaba mucho de esos especímenes con montones de pelo y gafas de concha. En su vestuario no figuraban los «Levis» y, al parecer, había aprendido a cabalgar en una máquina de escribir sin calzar botas. Jamás le había visto borracho y, si tenía otras debilidades, sabía ocultarlas a la perfección.

*Ocultarlas.* Por lo general, estos tipos tan perfectos ocultaban algo. De modo que,

¿quién era en realidad tras la pantalla de sus modales tradicionales y su abierta sonrisa?

Y ¿quién eres tú? Jan se descubrió preguntándose qué era lo que fallaba en ella. ¿Por qué tenía que sospechar de forma automática de un hombre como Roy en lugar de respetarle? No tenía motivo alguno; probablemente era tan normal como ella.

Cruzaron el aparcamiento y bajaron por la calle, evitando agentes y clientes que se dirigían a las reuniones matinales de los lunes, carpinteros deslizándose entre decorados, mensajeros repartiendo memorándums..., la habitual confusión organizada.

—Te llamé antes —dijo Roy—. Connie me dijo que habías salido.

—¿Cómo se la oía?

—De mal genio. Supongo que la desperté.

—No te preocupes, sobrevivirá al trauma. Yo lo superé.

Roy le lanzó una mirada.

—Entonces estás enterada.

—Enterada, ¿de qué?

—¿No escuchaste las noticias? Norman Bates se ha fugado.

—¡Santo cielo!

—La noticia decía que ha cometido otra serie de asesinatos. Chico víctimas. No están seguros, pero tal vez ande todavía suelto.

Jan se detuvo.

—De manera que ése es el motivo de que Driscoll quisiera vernos. ¿Crees que piensan suspender la película?

—Tal vez.

—Pero no pueden... —Jan puso la mano sobre el brazo de Roy—. Tenemos que impedirselo. Prométeme que me ayudarás. Por favor.

Roy se la quedó mirando. ¿Por qué no decía algo?

Aspirando profundamente, Jan jugó la última carta.

—No es precisamente mi papel lo que me preocupa. Tú también necesitas esta película. Tu futuro depende de la fama que logres con este filme. No la rechaces.

La mirada de Roy era glacial. De repente, sus rasgos se contrajeron y habló con tono duro.

—¿Qué diablos te pasa? Un maniaco escapa y mata a cinco personas inocentes, y todo lo que te preocupa es que se suspenda el rodaje de una condenada película.

Apartó el brazo con tal rapidez que Jan pensó que iba a pegarla. En lugar de ello, dio media vuelta y se alejó a grandes pasos, dejándola estupefacta y desconcertada.

De manera que estaba en lo cierto. Había algo oculto tras aquellos excelentes modales y la sonrisa cordial. Y ahora ya sabía qué era.

Violencia.

Pero lo más extraño de todo era que a ella no le inspiraba temor. Sin embargo, una vez desvanecido el sobresalto inicial, quedó sorprendida ante la emoción que seguía dominándola. Era decepción.

¡Maldita sea! Parecía como si Roy hubiera llegado a importarle más de lo que ella pensaba. Incluso ahora no era posible rechazarle del todo. Acaso no estaba tan encallecida como pretendía ya que, parte de su ser, realmente había reaccionado ante aquella imagen

de Chico Agradable.

Tal vez su enfado estuviese justificado, acaso su preocupación ante aquellos asesinatos fuera genuina. Y si lo fuera...

Jan hizo un ademán negativo con la cabeza. Lo que Roy pensara era asunto suyo, pero ella no estaba de acuerdo con él. Había trabajado durante demasiado tiempo, y muy duramente, para lograr aquello.

Durante toda su vida, incluso desde muy niño cuando se miraba en el espejo la cara con acné, y pensaba si alguna vez llegaría a hacerse mayor y encontraría a alguien que creyera que era bonita, alguien que la amara, había estado trabajando. Trabajando para llegar a ser el tipo de persona que mereciera que se fijasen en ella, el tipo que ella veía en las películas, y en la tele.

Y ahora ya *había* crecido, había aparecido en Televisión, iba a hacer películas y todos la amarían. No tan sólo una persona, sino todo el mundo. Lo lograría. No sólo por ella. Era una deuda que tenía con la chica con espinillas del espejo, con la niña de los grandes sueños.

Mientras miraba a Roy entrar en el edificio de la Administración, Jan empezó a andar con renovada decisión. Toda la violencia del mundo no sería capaz de poner impedimentos en su camino. Sentir lástima por las víctimas, quienes quiera que fuesen, no las ayudaría. Estaban muertas y ella viva, y lo que Roy llamaba una condenada película era la oportunidad por la que había trabajado y estaba esperando. Ella y aquella niña.

Cualesquiera que hubiesen sido los acontecimientos. Jan no les permitiría que suspendiesen la película.

## TRECE

Anita Kedzie era ambidextra.

Sentada en la antesala de la oficina de Driscoll, con ejemplares de *Variety* y *Hollywood Reporter* sobre la mesa, volvía de manera simultánea las páginas de ambas revistas en busca de temas o noticias capaces de interesar a su jefe, y con un rotulador rojo trazaba un círculo alrededor. Jan la había observado ya antes llevar a cabo aquel ritual, y nunca fue capaz de comprender cómo Miss Kedzie lograba leer ambas publicaciones a un tiempo. Pero convenía recordar que aquella mujer era algo rara...; cualquiera capaz de aceptar el puesto de secretaria de un productor tenía que ser extraña. Tal vez fuera en parte un insecto. ¿Acaso no había algunos insectos cuyos ojos funcionaban de manera independiente entre sí, de tal forma que podían ver en dos direcciones a la vez?

Bueno, en *tres* direcciones. Porque, sin alzar la vista de las páginas que tenía ante sí, Miss Kedzie le dijo:

—Pase, por favor. Mr. Driscoll estará con ustedes dentro de un momento. Esta mañana anda algo retrasado.

Jan asintió y, pasando junto a la mesa, se dirigió a la puerta que había detrás de ella.

*Esta mañana anda algo retrasado.*

¿Y qué tenía eso de nuevo? De acuerdo con aquellas secretarias perfectas, los productores siempre andaban algo retrasados, como relojes baratos. Una estupenda comparación, en realidad, ya que siempre hay que mantenerse alerta con sus manos y algunos de ellos no te darían siquiera la hora.

Naturalmente, estaban las excepciones que confirman la regla, hombres cuyo talento y buen gusto era indiscutible y, además, eran indispensables. La industria no sobreviviría sin ellos.

Pero en la actualidad cualquiera se llamaba a sí mismo productor. Todo cuanto tenía que hacer era poner unos cuantos anuncios en las publicaciones del ramo, comunicando la compra de terrenos destinados a la futura filmación, alquilar espacios para oficinas, poner su nombre sobre la puerta y esperar a que llegaran las gallinas y pusieran los huevos.

Gracias a Dios, Marty Driscoll no parecía entrar en esa categoría; jamás le había hecho insinuaciones y, desde luego, estaba instalado de forma impresionante.

Al entrar. Jan recorrió con la vista la oficina, observando los grabados de Daumier en las paredes, los inmensos sofás formando ángulo y teniendo delante la gran mesa de café en cristal, la maciza mesa de escritorio en madera de cerezo con su sistema de intercomunicación y las fotografías, en marcos de plata, de su más reciente mujer y dos sonrientes niños.

Indudablemente, resultaba impresionante pero no del todo convincente. Había algo en aquella oficina que la perturbaba.

Por lo que hasta entonces conocía de Driscoll, no sería capaz de distinguir un grabado francés de una tarjeta postal francesa. La decoración contemporánea, por muy rebuscada y costosa que fuera, no tenía estilo determinado salvo el de Incipiente

Directivo..., andando algo retrasado, naturalmente. Y los retratos de familia con sus valiosos marcos eran equipo clásico, recientemente trasladado e instalado de la noche a la mañana. Lo que significaba que podía ser retirado con la misma rapidez, tan pronto como Driscoll perdiera su reservado en el aparcamiento. Y aquello era lo que le preocupaba. El decorado no era contemporáneo..., tan sólo una fachada temporal.

Jan se apresuró a apartar de su mente aquella idea. Driscoll no era un farsante, lo acreditaba su largo historial como productor de buen número de títulos famosos. O, al menos, se había llevado el crédito y eso era lo importante. Conocía el negocio, sabía dónde estaba el dinero y también dónde estaban enterrados los cuerpos.

*Cuerpos. Cinco víctimas, había dicho Roy. No pienses en ello.*

Miró en derredor y vio a Roy, instalado ya en un rincón, de espaldas a la puerta. Ignorante de su silenciosa entrada, se inclinaba hacia delante hablando con Paul Morgan, su acompañante en la película.

*Vamos, no te engañes, se dijo. Tú no tienes nada de co-star... El estrellato es suyo.*

Y, ¿por qué no? Paul Morgan era casi una institución. Allí en pie, destacando su silueta de perfil contra la luz que entraba por la ventana, parecía un modelo en miniatura de su gigantesca imagen en la pantalla. Aún seguía sintiéndose desconcertada ante el hecho de que hubiera aceptado un papel tan poco satisfactorio como el de Norman Bates.

Pero, probablemente, él también estaría desconcertado al tenerla como personaje femenino en lugar de alguna refulgente estrella. Tal vez fuera ése el motivo de que ignorara su entrada; y, pensándolo bien, Paul Morgan no le había dicho directamente una docena de palabras desde el día en que fue designado para desempeñar el papel.

Cualesquiera que fuesen sus motivos, más le valía hacer algo al respecto y aprisa. Charla con él, mímale, dile sin ambages que el papel está concebido para su arrolladura personalidad, y que tú eres sólo una compañera de viaje.

Jan inició un movimiento para acercarse a los dos hombres, pero, de repente, se detuvo al sentir una mano que la enlazaba por la cintura. Aquel movimiento iba acompañado de una vaharada de empalagoso perfume.

Menos mal que en su rostro había fijado ya una sonrisa destinada a Morgan; ahora podía trasladarla a Santo Vizzini. Y no es que no fuera merecedor de aquella sonrisa por sí mismo..., después de todo él era el responsable de que le hubieran dado ese papel. Pero no resultaba fácil sentir emoción placentera alguna a la vista de aquel hombre, con un bigote semejante a una oruga. El olor de su perfumada presencia era abrumador y sus dedos, tanteando y presionando en dirección a su muslo, hacían estremecerse de repugnancia a Jan.

Se volvió rápida, sin dejar de sonreír, confiando que ello compensaría el que evadiera su contacto.

—Mr. Vizzini...

—Santo... —La oruga pareció arrastrarse al entreabrirse debajo los gruesos labios—. Dejémonos de ceremonias, por favor.

Jan asintió. *He captado el mensaje, fanfarrón. Para lo que tú quieres, maldita la falta que hacen las ceremonias, ¿eh...? Al grano.*

Pero se lo calló. Afortunadamente, no tuvo que decir nada pues todas las

conversaciones quedaron interrumpidas al escucharse en la antesala la voz atronadora de Marty Driscoll.

—No me pase ninguna llamada —decía.

Aquello formaba parte del ritual, la invocación clásica para significar que la conferencia, la sesión, la ceremonia estaba a punto de empezar.

El segundo paso fue el que dio Marty Driscoll al entrar en la oficina. Al obeso y calvo productor le seguía una sombra alta y enjuta. Se deslizó tras él, cerrando la puerta a sus espaldas mientras Driscoll se desplomaba sobre el sillón en exceso mullido que había detrás de la mesa de escritorio. El nombre de aquella sombra era George Ward y, tanto su pelo como su rostro, se habían puesto grises en el transcurso de los largos años de servicio en calidad de *éminence grise* de Driscoll. Finalmente, la sombra culebreó y se colocó junto a la mesa en espera de una señal.

Y todo comenzó al inclinarse hacia delante Marty Driscoll, con los anchos hombros hundidos bajo el peso de su cuello de toro y su inmensa cabeza.

—Siéntense todos —ordenó.

Ray y Paul se instalaron en el sofá frente a la mesa. Vizzini se dejó caer sobre un canapé a la derecha, próximo a George Ward, mientras Jan se sentaba en un sillón a la izquierda.

Luego esperó a que Driscoll hiciera la oferta de rigor: «¿Alguien quiere café?» Pero en esta ocasión permaneció sentado en silencio, semejante a un tonsurado Buda, con la mirada clavada en la mesa de escritorio bajo sus pesados párpados. Podía estar meditando sobre el infinito o mirándose el ombligo, pero Jan lo ponía en duda. Por lo que sabía de Driscoll, no era en modo alguno un místico y tampoco un contemplador de ombligos. Todo lo que lograba era ponerla nerviosa, y tal vez fuera ésa su intención. Una rápida ojeada a los otros agrupados delante de la mesa, le reveló que se sentían igualmente incómodos mientras esperaban que rompiera el silencio.

Luego, de súbito, levantó la cabeza abriendo los ojos.

—Todos ustedes saben lo ocurrido ayer —comenzó Driscoll—. Desde entonces he estado reflexionando sobre la película.

*Reflexionando.* La frase quedó flotando y Jan reaccionó poniéndose rígida. *Va a suspenderla. Roy tenía razón.*

Y, en aquel preciso momento, Roy empezó a hablar.

—No es usted el único. Le estaba diciendo lo mismo a Paul. Tenemos dificultades.

—Yo no lo creo así —interrumpió presuroso Paul Morgan—. La fuga de Norman Bates nada tiene que ver con nuestra historia. Mientras el guión se ajuste a los hechos...

Roy hizo un movimiento negativo de cabeza.

—Ahora los hechos han cambiado.

—Pues entonces cambiaremos el guión —intervino rápidamente Vizzini—. Tal vez un pequeño cambio, algunas páginas. Todavía tenemos unas semanas por delante. Y como estoy filmando las escenas con la pareja Loomis en secuencia, hasta el mes próximo no utilizaremos a Steve Hill y a la joven Gordon, cuando lleguen de Nueva York.

—¿Qué es esto? ¿Una conferencia sobre el tema? —Roy hizo un gesto impaciente—. ¡Olvidemos el guión! Mientras Bates se encontraba en el manicomio no teníamos



problemas. Nuestra historia era como un cuento de hadas, algo ocurrido hacía muchos años. Maldito lo que le importaba al público que fuera realidad o ficción. Pero ahora nos enfrentamos con la realidad.

—Exactamente.

Discroll hizo un gesto de asentimiento y Jan sintió un nudo en el estómago.

Empezaba a estar asustada. Aquello significaba que la película se había ido al garete, ella estaba en el hoyo y todo cuanto había dicho de no permitir que la suspendieran también estaba enterrado.

—¡Pero no pueden hacer eso! —Escuchó alzarse su voz al tiempo que también se crecía, haciendo caso omiso de las miradas que convergían sobre ella, ignorándolo todo salvo su impulso íntimo—. Ahora ya no pueden abandonar.

—Jan, por favor... —Roy se acercaba a ella, la mirada turbada, alargando la mano para cogerla por el brazo—. No es momento para la histeria...

—¡Entonces dejad de comportaros como unos histéricos! —Se soltó, ignorándole, concentrando su atención en el hombre calvo sentado detrás de la mesa—. Pero, ¿qué les pasa? ¿Se están comportando como un hatajo de viejas! Sería una locura suspender el rodaje. ¿Acaso no se dan cuenta de lo que poseen? Están sentados sobre una mina de oro y tienen miedo de empezar a excavar.

Jan vaciló al alzar Driscoll las manos con las palmas unidas. Por un instante, creyó que iba a unir las en actitud de súplica. Luego, al escuchar el sonido, se dio cuenta de que estaba aplaudiendo.

—¡Bravo! —dijo—. Corten.

—No es divertido, maldición. —Jan sintió que el rostro se le enrojecía por la ira que sentía en su interior—. No estoy actuando, sino diciendo la pura verdad. Si se detiene a pensar un instante se dará cuenta de la publicidad...

Driscoll hizo un ademán para contenerla.

—Cállese —le ordenó—. Déme una oportunidad para decir lo que he estado pensando. —Volviéndose, apuntó con un rollizo dedo a George Ward—. Vamos, díselo.

La Eminencia Gris hizo un gesto de asentimiento.

—Como les ha dicho Mr. Driscoll, ha estado reflexionando sobre la producción. En un principio, nos sentimos trastornados por la información..., al igual que Mr. Ames nos preguntábamos si iban a plantearse problemas. Luego caímos en la cuenta del extremo a que se ha referido usted. La valoración de las noticias, la publicidad. Y llegamos a la misma conclusión. La fuga de Norman Bates podría resultar algo inestimable para *Dama Loca*. Nos veríamos incluidos en los grandes titulares de las portadas, apareceríamos en todos los boletines de noticias de *todas* las emisoras de Televisión y Radio del país. Claro que Bates está muerto, pero la historia seguirá viva... De ahora en adelante habrá una investigación sobre esos asesinatos. Un acontecimiento semejante es algo que el dinero jamás podría comprar. Toda mención del caso será publicidad gratuita para nuestra película.

Jan se dio cuenta de que el nudo que tenía en el estómago empezaba a aflojarse.

—¿Quiere decir con eso que seguiremos adelante?

—A toda marcha —repuso Driscoll—. Con todas las velas desplegadas para llegar

cuanto antes a puerto.

Jan sintió que el nudo desaparecía definitivamente.

—¡Formidable! —Paul Morgan hizo una sonriente mueca a Roy—. Te dije que no había de qué preocuparse.

—¡Vaya si lo hay! —Roy se puso en pie y, haciendo caso omiso de Morgan, se enfrentó con Driscoll—. Se olvida del guión. Lo ocurrido ayer da al traste con nuestro final.

—No lo he olvidado. —Driscoll apuntó hacia delante con el dedo índice—. Como bien dice Santo, disponemos de una semana para introducir cambios. Si para el próximo lunes no lo ha terminado, continuará después de la fecha del comienzo. Seguiremos como hasta ahora con el programa de producción, y dejaremos la filmación de nuevas escenas para lo último.

—Un momento. Yo no me he comprometido a nada...

—Su agente sí. Le llamé esta mañana y llegamos a un acuerdo.

Jan escuchaba sonriente. El nudo en su estómago había desaparecido del todo.

—No te preocupes. —Santo Vizzini se acercó a Roy—. Serán sólo unas páginas. Se me han ocurrido algunas ideas. Piensa en el material con el que podemos trabajar en adelante..., los nuevos asesinatos, la muerte de Norman.

Roy frunció el ceño pero, cuando habló, lo hizo con tono insinuante.

—Sólo una cosa —manifestó—. ¿Por qué están tan seguros de que Norman ha muerto?

## CATORCE

—Claro que ha muerto.

El doctor Steiner aplastó el cigarrillo en el cenicero que había sobre la mesa de escritorio de Claiborne.

—Mira, Adam. Sé cómo te sientes...

—¿De veras?

—¡Por todos los cielos! Deja de mantenerte a la defensiva. Nadie te culpa de lo ocurrido. Entonces, ¿por qué has de hacerlo tú?

Claiborne se encogió de hombros.

—No se trata de culpabilidad —replicó—. Es más bien cuestión de responsabilidad.

—Eso no son más que juegos de palabras. —Steiner sacó otro cigarrillo—. Culpabilidad, responsabilidad, ¿dónde está la diferencia? Si quieres seguir por ese camino, entonces Otis fue responsable por haber dejado solo a Bates con la monja. ¿Y qué me dices de Clara? Se encontraba en recepción cuando Bates se pegó el piro. Si hubiera que culpar a alguien sería a esos dos.

—Pero era yo quien estaba encargado del paciente.

—Y yo soy el tipo que cargó sobre tus hombros esa responsabilidad. —Hurgó en su bolsillo en busca de cerillas—. Si buscas una última responsabilidad, la cosa acaba aquí. —Encendió el cigarrillo, dejó caer la cerilla en el cenicero y lanzó al techo una espiral de humo—. Al decir que sé cómo te sientes, no es una manera de hablar. ¿Por qué crees que abandoné la reunión y me vine aquí como un rayo tan pronto como me enteré? Mi reacción fue la misma que la tuya... Primero conmoción, luego culpabilidad. Gracias a Dios tuve algún tiempo para reflexionar durante el vuelo. Admito que todavía me siento traumatizado por lo ocurrido. Todos lo estamos y es lo natural dadas las circunstancias. Pero ya no me siento culpable.

—Pues yo sí.

El doctor Steiner hizo un ademán con el cigarrillo.

—Verás, nadie es perfecto. Todos cometemos errores. ¿No es eso lo que tú y yo decimos a nuestros pacientes? No podemos ir por la vida culpándonos por nuestros errores honrados. Y ayer hubo una comedia de errores... Una tragedia, si lo prefieres..., pero la cuestión es que ninguno de nosotros, Otis o Clara, tú o yo podíamos prever lo que iba a ocurrir. Lo único de lo que se nos puede acusar, individual y colectivamente, es de carencia de infalibilidad.

—Ahora eres tú quien está haciendo juegos de palabras —dijo Claiborne—. Carece de importancia el que sea o no infalible. Yo tenía una responsabilidad y fracasé.

—Fracasaste. —Steiner fumaba en actitud reflexiva—. Te caíste, te rompiste los calcetines, y ¿qué dirá papá cuando llegue a casa? Vamos, Adam, ya no eres un niño. Y yo no soy tu padre.

—Oye, Nick, si vas a jugar a médico conmigo...

—Déjame terminar —Steiner se inclinó hacia delante, mirándole a través de una

nube de humo gris—. Muy bien, eres culpable. Pero, ¿de qué? Todo cuanto hiciste fue dar instrucciones a Otis de que vigilara mientras contestabas una llamada telefónica. Y eso es todo. No podías saber que Otis abandonaría su vigilancia, como tampoco que Norman proyectara fugarse. Y a partir de ahí hemos de enfrentarnos con la dura realidad. Norman fue quien mató a la hermana Barbara y huyó con la furgoneta. Se encontraba en ella cuando explotó, y sus acciones tuvieron como resultado la muerte de la hermana Cupertine y la suya propia...

—Ésa es precisamente la cuestión. —Claiborne se puso en pie—. Norman no murió en la furgoneta. Recogieron a un autoestopista... Lo sé porque encontré un cartel tirado en la otra carretera. Norman lo mató y también a la hermana Cupertine. Pegó fuego a la furgoneta y luego se fue a Fairvale en busca de Sam y Lila Loomis. ¿No te lo ha dicho Engstrom?

Steiner asintió.

—Sí, me contó todo sobre tu teoría cuando hablé con él esta mañana. Pero ciñámonos; a los hechos. Él está convencido de que a los Loomis los mató otro..., un ladrón, tal vez incluso el autoestopista del que has hablado...

—¿Convencido? —replicó Claiborne—. ¿Y en base a qué? ¿Dónde están sus hechos? Todo cuanto tiene es otra teoría. Una teoría muy conveniente y adecuada que lo deja solucionado todo. Naturalmente, si estás dispuesto a aceptar la muerte de los Loomis como simple coincidencia... Pues bien, yo no lo estoy. Creo que fueron, deliberadamente, asesinados por el único hombre en el mundo que tenía un motivo. —Recorrió a grandes pasos el angosto trecho entre la pared y su mesa de escritorio—. Si lo que buscas son pruebas patentes, reflexiona sobre esto: A Sam y Lila Loomis no los mataron simplemente. Hicieron con ellos una carnicería, los apuñalaron repetidamente, de la misma forma que hicieron con Mary Crane en aquella ducha hace años, cuando todo esto empezó. Une el motivo y el método y obtendrás una clara visión de que Norman ha vuelto a la acción.

El doctor Steiner apagó su segundo cigarrillo.

—Nada quedará en claro hasta que tengamos el informe completo de la autopsia —afirmó—. Engstrom habló con Rigsby en el despacho del juez. Confía en comunicarnos sus hallazgos para finales de semana...

—¿Para el fin de semana? —Claiborne se detuvo volviéndose con el ceño fruncido—. Pero, ¿qué le pasa a esa gente? No sé una maldita palabra sobre los procedimientos de la medicina forense, Nick, pero concédeme tres horas con ese cadáver y te apuesto cualquier cosa a que en seguida tendremos una identificación segura.

Steiner asintió.

—Y también Rigsby cuando tenga tiempo. Pero Engstrom me ha dicho que aquello es un manicomio. —Sonrió a modo de excusas—. Si me perdonas el desliz freudiano.

—¿Quieres decir a causa de ese autobús que se estrelló?

El doctor Steiner suspiró.

—Ayer eran siete víctimas. Dos de los heridos murieron durante la noche. Y ya van nueve. Total catorce si les añades los cinco de que hablamos.

—A mí sólo me preocupa uno —dijo Claiborne—. ¿Es que Engstrom no puede presionar a Rigsby para que nos dé prioridad?

—Ya lo ha intentado. Pero no olvides que el cargo de juez de distrito es electivo.

—Y eso, ¿qué significa?

—Significa que Engstrom es sólo un hombre y las familias de las víctimas suman varias docenas de personas. También están presionando y todos ellos son votantes. Ahí residen las prioridades de Rigsby. —El doctor Steiner sacó otro cigarrillo—. En estos momentos no quisiera encontrarme en sus zapatos. Tendrá que trabajar día y noche y, hasta que nos llegue el turno, habremos de sudarlo.

—¿Porque la política es más importante que el asesinato? —Claiborne negó con la cabeza—. Es posible que Engstrom y Rigsby lo crean así, pero yo no. Y nunca pensé que tú lo creyeras.

—No lo creo. —El doctor Steiner alzó la mano—. Mira esto..., el tercero en quince minutos. —Frunciendo el ceño dejó en el cenicero el cigarrillo sin encender. Luego se arrellanó de nuevo en el sillón—. Créeme, estoy tan nervioso como tú. Pero no tenemos elección. Debemos hacernos a la idea de mostrarnos pacientes hasta que llegue el momento.

—¿Mientras Norman anda por ahí suelto?

El doctor Steiner se encogió de hombros.

—Muy bien. Aún sigo sin creerlo pero digamos, por un momento, que aún está vivo. Engstrom me ha dicho que su departamento está cooperando con el capitán Banning. Han cubierto todas las posibilidades, están haciendo llamamientos pidiendo que se presenten los posibles testigos, están examinando minuciosamente todas las pruebas disponibles. Pero, hasta que no encuentren algo concreto, no puedes evitar que tengan sus propias opiniones, como tampoco puedes evitar que esa gente de Hollywood haga su película...

Claiborne le miró interrogante y el doctor Steiner asintió.

—Olvidé mencionarlo. Esta mañana tuve una llamada de ese productor. Con el que hablaste ayer.

—¿Marty Driscoll?

—Me telefoneó nada más llegar. Me dijo que había oído las noticias y quería más detalles sobre lo ocurrido ayer.

—¿Y se los diste?

—Claro que no. —Steiner frunció el ceño—. No tengo intención de prestarle la más mínima ayuda, jamás la tuve. No he leído el guión y no quiero hablar con ese escritor. Y, dadas las circunstancias, le aconsejé que cancelara, definitivamente, el proyecto.

—¿Y estuvo de acuerdo?

—Vino a decirme, más o menos, que me fuera al infierno. Opina que todo esto le proporciona una gran publicidad. Van a empezar a rodar el lunes próximo.

—Pero, ¿no pueden hacerlo! —Claiborne movió de prisa la cabeza—. Tenemos que hacer algo, Nick.

—Claro. —El doctor Steiner retiró hacia atrás su sillón, levantándose—. Yo voy a trabajar. Y tú te tomarás unos días libres. Disfruta de un breve descanso.

—No quiero...

—No importa lo que quieras, sino lo que necesitas. Durante esta semana yo me ocuparé de tus casos. Sufres un exceso de cansancio y un exceso de conciencia.

— ¿Exceso de conciencia?

— Esa cuestión de la película. Si lo analizas detenidamente, ¿qué diferencia hay en que sigan o no con el proyecto? No podemos impedirselo.

— Es posible que no —replicó Claiborne—. Pero si no lo hacemos nosotros, Norman lo hará.

## QUINCE

Había sido un error decirle nada a Steiner.

Claiborne debió darse cuenta, en el preciso momento en que Nick empezó a hablar de reacción desmesurada. Pero entonces no captó la implicación; había seguido hablando del artículo del periódico en la ferretería, que Norman debió verlo, adonde suponía que iría Norman y lo que haría. Debió de darse cuenta de que Steiner no lo comprendería, pero ya era demasiado tarde.

Y ahora le tenían en el hospital.

Sólo Dios sabía cuál era el diagnóstico... No se lo quisieron decir y no se lo iban a decir. Tanto las enfermeras como los sanitarios jamás se olvidaban de llamarle «doctor» cuando se dirigían a él. Todos se mostraban muy corteses, pero también muy firmes.

Claiborne comprendía la necesidad de mostrar firmeza. Era una medida necesaria, un procedimiento profesional que él mismo había puesto en práctica, algo que aceptaba como parte del trabajo que tenía que hacer. Pero ahora el trabajo lo estaba haciendo con él. Y no lo soportaba.

No podía acostumbrarse a ser un paciente, a que le dieran órdenes, a que le trataran como a un niño. A que le examinaran, le inspeccionaran, le registraran como si fuera una especie de criminal. A que le dijeran que se pusiera en pie, que se sentara, que le sirvieran la comida en una bandeja.

Y luego estaban los ruidos. El empalagoso sonido, supuestamente tranquilizador de la música grabada, interrumpido por voces susurrantes que daban órdenes, Y luego, continuamente, aquel zumbido que la música no podía disimular, ese zumbido que introducía una vibración dentro de la cabeza, una presión que producía en sus oídos un ruido sordo. Ni siquiera con los ojos cerrados podía escapar Claiborne; no tenía escapatoria.

Porque estaba inmovilizado en su asiento. Eso fue lo que realmente le sobresaltó, el no poderse mover. *¡Le habían inmovilizado!*

Claiborne empezó a temblar. Se obligó a inclinarse hacia delante, arqueando el cuerpo y forzándose contra la sujeción de las inflexibles correas. Pero éstas se mantuvieron firmes, todo el mundo se mostraba firme, no había forma de escapar. *Tenía que salir de allí..., salir de allí...*

Abrió los ojos y miró en derredor.

A las correas del asiento.

*Tranquilízate. Estás en el avión.*

Se reclinó de nuevo, consciente de que sonreía, avergonzado y aliviado a un tiempo. Steiner tenía razón. Estaba exhausto y ése era el motivo de que se quedara dormido durante el vuelo. Y el agotamiento había provocado su pesadilla.

Los elementos eran patentes. Las enfermeras y los sanitarios fueron personificados por el personal del avión. En su sueño, el paso por la revisión de seguridad se convirtió en un examen físico. Las indicaciones..., el que le dijeran que esperara para subir, que

permaneciera sentado, que se abrochara el cinturón..., eran reveladoras por sí mismas. Y, naturalmente, le habían servido la comida en una bandeja.

A través del intercomunicador instalado en la cabina, les llegaba la música grabada y los mensajes del piloto. Ahora tan sólo se escuchaba el zumbido de los motores al iniciar el avión el largo y deslizante descenso, pero la vibración era real y también sentía la presión en los oídos. Enfrentate con la realidad, sientes presión. Punto. Pero éste no era el momento de pensar en ello. Era el momento de, *por favor, permanezcan sentados hasta que el avión llegue a la terminal...* aun cuando Claiborne observó que, a su alrededor, los pasajeros se apresuraban a bajar su equipaje de mano, arracimándose en el pasillo, impulsados por la manía competitiva de situarse los primeros.

Había llegado el momento de coger su maletín y dirigirse hacia la salida, aguantando las sonrisas mecánicas y la despedida repetida hasta la saciedad de la sudorosa azafata que se encontraba junto a la portezuela.

*Bien venido al Aeropuerto Internacional de Los Ángeles.*

En el vestíbulo superior del aeropuerto, amigos y familiares daban la bienvenida a sus compañeros de viaje. Por un instante, Claiborne empezó a buscar entre la muchedumbre que se agrupaba formando un semicírculo ante las puertas de llegada y salida, luego sonrió de su propio despiste. ¿A quién diablos buscaba? Norman no estaría esperando en la terminal para decirle hola..., si es que, en realidad, esperaba en alguna parte. ¿Y si Steiner tuviera razón y él estuviera sólo a la caza de grillos?

Únicamente había una forma de averiguarlo. Claiborne empezó a andar, abriéndose paso entre la multitud y escalando hacia abajo —¡eso sí que era una contradicción en los términos!— para alcanzar el nivel inferior. Luego empezó a recorrer el interminable túnel que conducía al vestíbulo exterior.

El simbolismo de aquellos movimientos no le pasó inadvertido; era como reproducir el trauma del nacimiento. Una vez en el túnel, todo el mundo se ponía impaciente, ansioso por alcanzar la salida, emerger nuevamente nacido al mundo nuevo que se abría al final.

Pero el nacimiento real era un fenómeno sencillo en comparación con todo cuanto aún tenía que soportar. Tomar las medidas necesarias para el alquiler de un coche, comprar un callejero, localizar su equipaje y arrebatárselo a la correa transportadora. Todo aquello requería tiempo, inagotable paciencia y creciente irritación.

¿Cuánto tiempo hacía que el viajar había dejado de ser un placer para convertirse en un inagotable calvario? Tal vez él tuviera un umbral bajo al dolor, o acaso sólo se tratara de que estaba inmensamente cansado. Cualquiera que fuese el motivo, le encalabraba la regimentación y la manada, las hordas empujando y dando codazos en el sector de equipajes. Ningún tipo de sonido soporífico era capaz de disimular la incomodidad, bien procediera del sistema de altavoces, o surgiera de la serie de comerciales de televisión ensalzando a coro las delicias de volar.

Volar, escapar..., todo cuanto él quería era salir de allí. Y una vez que hubo llegado junto al coche alquilado, introducido su equipaje, consultado el mapa del callejero para orientarse, examinado el salpicadero y puesto en marcha, todavía le quedaba el problema de salir del aeropuerto. Avanzando centímetro a centímetro por el intenso tráfico, interpretando las señales siempre confusas que aparecían arriba, luchando por cambiar de



carril, Claiborne llegó, finalmente, al Century Boulevard y enfiló en dirección Este hacia la autopista de San Diego. Una vez allí, exhausto hasta el infinito, localizó la rampa de entrada en dirección Norte y la enfiló, desviándose hacia la izquierda entre un atronador semirremolque y una bandeante furgoneta. Tampoco era tan estupenda la situación en las rápidas autopistas, pero al menos había tomado, finalmente, la dirección correcta.

O al menos eso esperaba.

El simple hecho de conducir a una velocidad media, de actuar nuevamente como agente comparativamente libre, tuvo sobre él un efecto relajador. Ahora ya se encontraba lo bastante tranquilo para revisar de forma objetiva la situación.

Carecía de objeto el culpar a Steiner. En realidad, Nick se había mostrado extremadamente cooperativo. Tan pronto como se dio cuenta de que Claiborne había tomado una firme decisión, dio de lado su escepticismo y colaboró plenamente. Era posible que aquel viaje no tuviera su absoluta bendición, pero cooperó a hacer la reserva de avión, ordenó a Otis que llevase a Claiborne al aeropuerto, prometió mantenerse en contacto y transmitirle el informe de los resultados de la autopsia, o cualquier posible novedad con la mayor rapidez posible.

Y lo mejor de todo era el que hubiese puesto fin a aquel estúpido análisis de motivaciones. Acaso se debiera a que Steiner sabía que Claiborne haría el trabajo por él. Y ahora lo estaba haciendo.

La pesadilla en el avión..., la clasificación de sus elementos resultó bastante fácil, pero carente de importancia. Lo que importaba era el significado que se ocultaba tras aquellos elementos.

Su ensoñación de encarcelamiento fue un sueño de castigo. Nadie le había castigado por permitir que Norman se fugase, así que lo había hecho él mismo.

Aquel viaje era otra expresión de un sentimiento de culpabilidad. Había realizado en realidad una fuga. Pero él no podía huir de su responsabilidad.

Y ahí era donde disentía de Steiner. Él *era* responsable. Si Norman había llegado hasta allí, tenía que encontrarle y con toda urgencia. Tal vez no dispusiera de una prueba sólida que respaldara su posición, pero tampoco la tenía Steiner y Engstrom para respaldar la suya. Al menos todavía no. Y hasta obtener dicha prueba, tenía que seguir sus instintos, sus convicciones, su experiencia.

Todo ello en cuanto a la reacción profesional, pero había algo más. Norman no era un paciente más. Cuando uno ve a alguien día tras día durante años, recibe sus confidencias, conoce sus secretos más íntimos, le aconseja y le orienta en los momentos difíciles, sólo existe una palabra para describir sus relaciones. Norman era su amigo.

*Un amigo con dificultades.* Al diablo con la reacción profesional. Estaba allí porque Norman necesitaba ayuda.

Claiborne giró a la derecha y enfiló en dirección Este hacia la autopista de Ventura. Atendiendo las señales superiores, salió de la rampa en Laurel Canyon y, tras rodar hacia el Sur durante unos quinientos metros, giró a la izquierda entrando en el Ventura Boulevard.

Los «Coronet Studios» debían estar a otro kilómetro y medio de distancia, más o menos, calle abajo y a una manzana hacia el Norte. Pero no había necesidad de localizarlo

en ese preciso momento. Antes tenía que encontrar algún sitio donde alojarse.

Condujo lentamente, observando el gran número de moteles a lo largo del boulevard, muchos de ellos alternando a lo largo de la acera con clínicas veterinarias, salones de cóctel y aparcamientos. Lo que vio no le atrajo lo más mínimo; al diablo con las piscinas climatizadas y la televisión en color. Lo que quería era un lugar apartado de las ajetreadas calles, lejos de los ruidos del tráfico.

Y en aquel momento lo vio a su derecha.

*Dawn Motel.*

El letrero parecía baqueteado, lo mismo que el pequeño edificio en forma de L que se alzaba tras él, pero ambos se encontraban al fondo de una combinación de patio y zona de aparcamiento. No descubrió piscina alguna y sólo había un coche estacionado transversalmente en un hueco, cerca de la entrada de la oficina. Todo ello ofrecía el aspecto esperanzador de paz y quietud.

Claiborne entró en el patio, paró el motor y bajó del coche. Le dolían las piernas, revelando fatiga, mientras se dirigía hacia la puerta de la oficina, parpadeando frente a los últimos rayos de sol de la tarde. Abrió y se encontró en la fresca penumbra de la habitación.

En un principio no pudo ver nada, luego, al ajustarse la mirada, miró en derredor suyo el pequeño vestíbulo. Sillas con respaldo de plástico rodeaban una estropeada mesa de café, encima de la cual había un cenicero de metal entre un montón de viejas revistas. Adosadas a la pared de la derecha, se veía el truco usual de máquinas automáticas que ofrecían al fatigado viajero una elección entre bebidas gaseosas, caramelos rancios y cigarrillos con sobreprecio. A su izquierda, se encontraba el mostrador de recepción, vacío. Detrás de él, rodeado por toda una serie de fotografías enmarcadas y ya borrosas, había un reloj de pared cuyo insistente tictac atrajo su atención.

Se quedó mirando la esfera y las manecillas. ¿Por qué personificamos al *Tiempo*? ¿Será porque tenemos que admitir que nuestras vidas están medidas por una fuerza abstracta, que ignora y tampoco le importa nada de lo referente a nuestra entrada en la existencia y nuestra partida en la muerte? El tiempo era algo misterioso; y, al darle un rostro y unas manos, intentamos convertirlo en nuestro servidor.

Claiborne se encogió de hombros. Aquello sólo era un reloj y él sólo estaba cansado. La manecilla de las horas marcaba las seis mientras que su reloj de pulsera insistía en que eran las ocho. Puso este último de acuerdo con la hora local, pero su cronómetro interno seguía funcionando inalterable y necesitaba una buena noche de descanso para compensar el tiempo pasado en el avión y la fatiga.

Pero, ¿dónde estaba el propietario?

Al acercarse al mostrador descubrió el timbre de metal y lo apretó con el índice.

Luego, retrocediendo unos pasos se dispuso a esperar y, en el intervalo, dirigió la mirada a las fotografías adosadas a la pared. El reloj seguía con su tictac, pero en las fotografías que le rodeaban el tiempo se había detenido.

El sol poniente difuminaba el fondo y hacía borrosas las inscripciones, pero, desde sus marcos, los rostros sonreían valientes e inmovibles dentro de la seguridad de un pasado lejano y ya oscurecido. Las poses e indumentaria sugerían una afinidad con el

ambiente del espectáculo, pensó Claiborne, reconociendo sólo a uno..., el único rostro que no sonreía de los que miraban entre las sombras.

En aquel momento se abrió la puerta que conducía al patio. Entró el empleado y ocupó su puesto detrás del mostrador.

Era alto, delgado, con el pelo semejante a algodón, el rostro atezado, curtido y cubierto de innúmeras arrugas, semejante al lecho seco de un río. Pero la edad no le había borrado la sonrisa, y la mirada de sus ojos, de un gris verdoso, era inquisitiva y alerta.

La apreciación de Claiborne fue instantánea. Pero pronto la dio al olvido y se concentró en la rutina de reservar una habitación.

Muy bien, estaba de acuerdo con pagar veinte dólares por noche. Pensaba quedarse hasta el domingo. ¿Cocinilla y frigorífico? Bien, aunque no pensaba utilizarlos mucho, ya que probablemente estaría fuera la mayor parte del tiempo. Si el número seis estaba alejado le parecía estupendo.

Mientras firmaba en el libro de registro, Claiborne contuvo el impulso de dar un nombre falso. Pero, después de todo, no era necesario aquel tejemaneje de novela de espionaje; después de todo esperaba que le telefonearan allí. Pero se abstuvo de poner las iniciales D.M. debajo de la firma. Al volver a mirar las fotografías de la pared, una vez más atrajo su atención el único rostro sombrío.

—¿No es Karl Druse? —preguntó.

El otro hombre asintió.

—Me pareció reconocerle. —Claiborne estudió el retrato—. Un actor notable. Probablemente, junto a Lon Chaney, Sr. fue el mejor actor en los primeros tiempos del cine de terror.

—Así es. —Los inquisitivos ojos se iluminaron—. Pero eso pertenece a la época del cine mudo. ¿Cómo es que lo conoce..., pertenece a la industria?

Claiborne hizo un ademán negativo con la cabeza.

—No. ¿Y usted?

—Hace ya mucho tiempo. —El empleado señaló el montón de fotografías—. Los conocí a todos ellos cuando eran los dueños de esta ciudad. Ahora cuelgan de la pared, mientras yo todavía ando por aquí. Es extraño las vueltas que da el mundo.

—¿Era usted actor?

Una de las grietas de aquel lecho de río se ahondó y produjo una sonrisa.

—Si lo hubiera sido, mi retrato estaría también ahí, en un tamaño mayor que el de los demás. —El empleado rió entre dientes—. No, jamás actué. Solo escritor..., solían llamarlo guionista, calle abajo, en los «Coronet Studios».

—¡«Coronet»! —Claiborne le dirigió una rápida mirada—. Eso es muy interesante, señor...

—Post. Tom Post.

—Estará usted muy enterado de todo lo relativo al negocio, Mr. Post.

—Ahora ya no. Cuando llegó el cine sonoro lo dejé. A decir verdad, me hicieron dejarlo. —Tom Post volvió a reír entre dientes.

—No parece que le disguste mucho el estar jubilado.

—¿Y quién ha dicho que lo estoy? —Se desvaneció la sonrisa de Post—. Tenía en

Encino un negocio de coches usados hasta que construí este sitio. No es gran cosa, pero al menos me mantiene ocupado. Jamás dejaré de trabajar y menos ahora. —Le apuntó con un dedo sarmentoso—. ¿Sabe lo que hoy significa la jubilación? Un viejo con los pulmones enfermos que pesca peces envenenados en un arroyo contaminado.

Claiborne sonrió.

—Veo que sigue siendo escritor.

—Tan sólo un viejo chocho y demasiado locuaz y perdone la metáfora combinada. —Tom Post echó mano al cajón de la mesa y sacó una llave de la que colgaba una chapilla de madera—. Aquí tiene usted. ¿Quiere que le ayude con el equipaje?

—No se moleste..., puedo arreglármelas.

—El número seis está al final, cerca del camino.

Claiborne asintió.

—Antes de irme quisiera hacer algunas llamadas.

—Tiene teléfono en la habitación.

—Formidable.

—Si necesita algo más, pídalo con toda libertad.

—Gracias.

Claiborne se fue al coche a recoger la maleta y la cartera y luego, atravesando el patio, se dirigió al número seis.

La habitación parecía un auténtico horno, pero pronto localizó el termostato del aparato de aire acondicionado en la ventana y lo puso al máximo. La vetusta instalación emitió una senil protesta pero, para cuando hubo acabado de deshacer la maleta, la temperatura era soportable. Se quitó la chaqueta y, tumbándose en la cama de matrimonio, descolgó el teléfono.

Eran ya pasadas las seis y media, probablemente demasiado tarde para encontrar a nadie en «Coronet», pero pensó que podía intentarlo. Por lo tanto, pidió el número a la telefonista. Luego llamó al estudio y le comunicaron con el despacho de Driscoll. Ante su sorpresa, escuchó el clic al ser descolgado el teléfono.

—¿Dígame?

Al punto identificó la voz profunda de Marty Driscoll.

—Adam Claiborne al aparato, Mr. Driscoll.

—¿Quién?

En la pregunta había un punto de irritación más que de interés.

—El doctor Claiborne. Hablé con usted el domingo cuando llamó al hospital.

—Claro, sí, doctor. Ya recuerdo. —La voz de Driscoll ya no revelaba fastidio—. Me alegro de oírle. Tal vez pueda informarme sobre lo que está ocurriendo...

—Tendría mucho gusto si me indica cuándo puedo verle.

—¿Verme? —Una breve pausa—. ¿Está usted en la ciudad?

—Acabo de llegar. Esperaba que tal vez pudiéramos vernos mañana a alguna hora...

—Cuando usted diga. Yo estaré aquí todo el día.

—¿A las nueve de la mañana?

—Mejor a las nueve y media. En la puerta tendrá un pase esperándole.

—Muy bien —repuso Claiborne—. Entonces a las nueve y media.

—Un momento —le interrumpió rápidamente Driscoll—. Ese jefe suyo, el doctor Steiner... Ayer le llamé y me dejó colgado. ¿Qué pasa realmente con ese asunto escalofriante de Norman Bates?

—Sobre eso quiero hablar con usted. —Claiborne se dispuso a colgar el teléfono—. Hasta mañana.

Cortó la comunicación dejando a Driscoll con la palabra en la boca. Una jugarreta tonta pero efectiva, o al menos así lo esperaba. Se sintió contento al descubrir que el productor estaba preocupado. Hasta entonces parecía como si aquello no le importara un rábano a nadie.

La luz crepuscular invadió la habitación, mientras el acondicionador de aire se lamentaba con débil protesta. Antes de apagar la luz que había sobre la mesilla de noche, Claiborne debatió qué hacer. Lo que en realidad ansiaba era tumbarse y dormir veinticuatro horas seguidas. En aquel momento eran las siete..., así que en casa habrían dado las nueve. Prometió a Steiner telefonarle tan pronto como llegara.

Descolgando de nuevo el auricular, marcó el número particular. Por toda respuesta recibió el eco de la llamada. *Por quién dobla mi campana*. A la décima llamada colgó. Fatigado lo intentó de nuevo, pero esta vez con la centralita del hospital. Contestó Clara desde Recepción.

Steiner estaba fuera, algo sobre una cena en el «Fairvale Rotary».

*Excelentes relaciones públicas, negocios, como de costumbre. ¿Es que no lo entiendes, Nick? La campana dobla por ti.*

Haciendo un esfuerzo por dominar su voz, Claiborne dio a Clara la dirección de su motel, así como el número de teléfono, diciéndole que al día siguiente por la mañana telefonaría al doctor Steiner, aunque no sabía a qué hora exactamente. No merecía la pena preguntarle qué estaba ocurriendo allí, ya que ella sería la última en enterarse. Lo más probable es que no ocurriera nada, pues, de lo contrario, Steiner no se habría ido a comer pollo de caucho en el «Rotary».

Para cuando colgó el teléfono, su irritación se había desvanecido con los últimos rayos de sol. Por un instante, pensó en ir a tomar algo, pero acto seguido rechazó la idea. Dejemos que Steiner persiga por su plato los guisantes enlatados. En aquellos momentos lo más importante para él era el descanso.

Claiborne se quitó de una patada los zapatos y colgó la ropa en el estrecho armario. Empezó a deshacer el equipaje, metió la ropa interior en los cajones de la mesa de escritorio, colgó de una percha su otro traje y llevó al cuarto de baño su máquina de afeitar y los demás objetos de tocador.

Después de utilizar el inodoro pensó en darse una ducha, pero luego decidió que podía esperar a mañana. Enfundado en el pijama, volvió al dormitorio y corrió las cortinas, así como la colcha de la cama.

Al hacerlo observó su cartera, donde la había dejado, sobre la mesa, y recordó su contenido. Durante el viaje no había tocado el guión de *Dama Loca*. Podía leerlo ahora, pero ¿para qué? Su visita a Driscoll no tenía por objeto discutir el guión; su visita de mañana tenía otro fin.

Claiborne cerró el acondicionador de aire, se tumbó en la cama y apagó la lámpara

que había sobre la mesilla de noche. *La reunión de mañana*. ¿Cómo debería manejar a Marty Driscoll?

*Prolegómenos del caso*. Claro, eso era. Partiendo de la fortaleza, establecimiento de una relación doctor-paciente. El doctor Claiborne, la personificación de la autoridad. Haciendo caso omiso de todo ese galimatías en latín y griego. Eso era lo que establecía la técnica terapéutica. Dejar hablar al paciente.

Dejar que Driscoll enronquezca hablando de lo potencialmente espectacular de la película, del dinero que recaudaría. Escucharle lo mismo que se escucha a un hombre encaramado en el alféizar de una ventana, en un edificio inconmensurablemente alto y dispuesto a lanzarse al vacío.

Entonces, y no antes, hay que explicarle la situación. Desde luego la película será espectacular y atraerá la atención..., exactamente igual que si se saltara desde una alta ventana. Y, probablemente, se hará con ella un montón de dinero. Si el individuo que se arroja desde la ventana está asegurado, eso también representará un montón de dinero. Lo malo es que no viviría para disfrutarlo.

*Así que mire antes de lanzarse, contemple las tinieblas allá abajo y verá lo mismo que yo. Norman Bates le estará esperando. Recuerde lo que le digo, estará esperando a que se arroje usted en todo esto. Apostaría mi vida. Y ése es el motivo de que le advierta que no apueste la suya...*

*Apostaría mi vida.*

La frase produjo un eco. Él todavía seguía considerando a Norman como un amigo. Pero, ¿qué era lo que Norman pensaba? Era posible que, para él, fuera un enemigo. Y en cierto modo acaso fuese verdad. En su sueño, había acudido allí para castigarse. Pero, en realidad, era posible que lo hubiera hecho para castigar a Norman por fugarse, por arruinar sus proyectos.

Eso era: el libro. El libro había sido la clave de todo el asunto. Había pensado escribirlo a modo de historial, un informe sobre cinco años de terapia con éxito. Muchas reputaciones se habían logrado con menos.

¡Al diablo con las reputaciones! Ahora ya no tenía importancia. Lo que importaba era lo ocurrido a aquella gente inocente en Fairvale y a quienes les sobrevivieron. Claiborne frunció el ceño en la oscuridad. Ya era hora de dejar de preocuparse de sí mismo, de dejar de inquirir si Norman era su amigo, su paciente, su enemigo. Lo importante era el trauma, el sufrimiento de las familias de las víctimas. Eran quienes se merecían que se preocuparan de ellos, quienes necesitaban ayuda. Y el deber de él era proporcionársela. No porque fuera un psiquiatra —¡al diablo también con eso!—, sino porque era un ser humano decente que se preocupaba de los demás.

No estaba en su poder cambiar el pasado, pero al menos podía intentar aliviar algo su angustia y ansiedad en el futuro, salvarles de la explotación y la exacerbación, aliviarles de sus temores ante posibles peligros. Por ello, debía lograr que se suspendiera aquella película, encontrar a Norman y llevarlo de nuevo al hospital, incluso exponiendo su propia vida...

El ruido era tan débil que Claiborne apenas le oyó. Tan sólo el hecho de que sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad le permitió descubrirla. Tumbado sobre un costado, de frente a la puerta y viendo cómo giraba el pomo...

*Clic.*

Y el golpe de los pies desnudos de Claiborne dando sobre el suelo al saltar de la cama. Se sintió impelido por el impulso, no le dio tiempo a pensar hasta que fue demasiado tarde. Había abierto ya la puerta y...

En el umbral surgió una sombra.

—Lo siento. No era mi intención molestarle —dijo Tom Post.

—¿A qué viene esto? Podía haber llamado.

—Pensé que estaría dormido.

Al volverse y quedar de medio perfil a la luz exterior del patio, el arrugado rostro, semejante a la piel de un lagarto, se contrajo con una sonriente mueca.

—Se trata sólo de una cuestión de seguridad. Siempre me aseguro de que las puertas están bien cerradas antes de retirarme.

Post trató de penetrar con la mirada en la oscuridad de la habitación.

—¿Todo en regla?

Claiborne asintió, empezando a tranquilizarse.

—Entonces no le molesto más. Que descanse.

—Es lo que estoy intentando hacer. —Claiborne empezó a cerrar la puerta.

Mientras lo hacía, Post rió entre dientes.

—No se preocupe, aquí está seguro. Recuerde que éste no es el «Bates Motel».

Se cerró la puerta.

La cerradura hizo clic.

Los pasos se alejaron por el camino.

Y Claiborne permaneció allí, envuelto por las sombras, sin escuchar otra cosa que el eco de la risa del viejo en la noche.

## DIECISÉIS

La oruga había desaparecido.

Jan se quedó mirando a Santo Vizzini al levantarse él de detrás de su mesa de escritorio.

— ¿Pasa algo? — preguntó Vizzini.

— Tu bigote..., te lo has afeitado.

Vizzini asintió, al tiempo que se acercaba a ella envuelto en una vaharada de perfume, pasándose un gordinflón dedo por el trecho afeitado entre la nariz y el labio superior.

— ¿Te gusta?

— He de acostumbrarme. Pareces distinto.

Lo que, desde luego, era verdad. Sin el bigote, el director parecía haber segado su estereotipo étnico. Pero aún seguía gesticulando con nerviosismo, seguía oliendo como si se hubiera bañado en colonia. Y su actitud tampoco era diferente.

Jan se las arregló para dejar caer la copia del guión que llevaba en la mano, y se inclinó para recogerla justo a tiempo para evitar la mano del director sobre su brazo.

— Qué desmañada — dijo retrocediendo.

— Tranquilízate — le respondió Vizzini —. No voy a comerte.

Sonrió exhibiendo una dentadura con unos molares e incisivos amarillentos como para desmentir su afirmación. *¡Qué dientes más grandes tienes, abuelita!*

Jan alisó la arrugada portada del guión.

— Respecto a la lectura...

— ¿Lectura? — La sonrisa de Vizzini se trocó en un mohín de desconcierto.

Sin la protección del bigote sus labios parecían aún más gruesos.

Jan asintió.

— El martes a las tres de la tarde — explicó —. Y aquí estoy. En punto.

Vizzini se dio una palmada en la frente, un ademán exageradamente melodramático, que jamás hubiera permitido a un actor que estuviera bajo su dirección.

— ¡Claro! Esa estúpida de Linda... Le dije que te llamara esta mañana...

— ¿Problemas?

— Paul Morgan. Va a venir para un ensayo. Le prometí repasar con él la escena en el salón.

— Pero yo también estoy en esa escena. ¿No podríamos hacerlo juntos?

— Eso es lo que le sugerí. Pero dice que prefiere trabajar solo.

— Comprendo — replicó Jan —. Tratamiento de estrella.

— Estrella, no. Tratamiento, sí. Que quede entre nosotros, pero no está seguro de sí mismo. Desempeñar un papel de travestí va contra su imagen. Es muy importante que le ayude.

— ¿Y qué hay de mí? — Jan hizo lo posible por disimular su irritación —. Tengo algunas preguntas sobre mi papel...



—Serán contestadas, te lo prometo. —Vizzini perfumó el aire con su ademán—. A finales de semana programaremos otra lectura. Haré que Linda te comunique con tiempo la fecha y hora. Tal vez para entonces tengas ya más dominado el papel.

La acompañó hasta la puerta, dándole unas palmaditas en el hombro y esta vez Jan no evitó su contacto.

—Créeme, si te identificas y aprendes bien tu réplica no hay de qué preocuparse. Confío en mi instinto. Cuando te elegí para el papel sabía que te entregarías.

*No a ti, cretino*, dijo Jan para sus adentros. *Puedes irte al diablo*.

Pero mientras descendía por la ladera de la colina en dirección a su apartamento, bajo el calor húmedo del atardecer, decidió dar otro repaso al guión.

Connie había salido para las tomas de un comercial y no había nada que la distrajera. Una vez se hubo cambiado, poniéndose unos cómodos pantalones, Jan se instaló en el sofá de la sala de estar y abrió el guión de *Dama Loca* concentrándose en aquellas partes del diálogo que ella misma subrayara con un verde agresivo.

Lo malo era que no podía concentrarse tan sólo en sus líneas; al poco rato, se estaba leyendo el guión de cabo a rabo. Y una vez más, se sintió trastornada por el impacto y la importancia del tema. Aquello no era una bagatela, no estaba estructurado de acuerdo con la rutina de las películas de suspense y para crear el sobresalto no recurría a los consabidos «trucos». Aquello parecía más bien un documental, su terror era un hecho. Y lo que más la perturbaba es que lo hubiera escrito Roy Ames.

Una vez más, recordó su explosión de hacía unos días. Aquello también resultaba perturbador. No sólo lo que dijo y la forma en que lo hizo, sino el hecho de que ello la pillara por completo desprevenida. Tenía que admitirlo. Hasta entonces había sentido cierta atracción hacia Roy, y no hubiera sido difícil que ese sentimiento llegara a ser más profundo. Pero ahora...

Sonó el teléfono.

—¿Diga?

—Eso sí que es formidable como diálogo. ¿No te importa que te lo robe? —preguntó Roy Ames.

*Hablando del ruín de Roma...*

Pero no colgó. Prestó oído a sus excusas y las aceptó. Y también aceptó la invitación a cenar con él en el «Sportsman's Lodge».

—No, no vengas a recogerme... Me reuniré allí contigo —le dijo Jan—. A las ocho... Estupendo. Hasta la vista.

Jan colgó el teléfono pero el peso de la duda persistía. ¿Había sido acertada su decisión? Le vino a la memoria aquel viejo proverbio: *Quien cena con el diablo ha de tener una larga cuchara*.

Tal vez. Pero quienquiera que inventase aquello hablaba de los hombres, no de las mujeres. Y ella se había asegurado de que la cuchara fuera lo bastante larga al no invitarle a que acudiera a recogerla allí.

Además Roy no era un diablo..., tan sólo un adversario en aquella batalla sobre la película. De manera que había hecho bien en aceptar para intentar ganarle a su causa.

Jan puso el guión en la librería. Ya no tenía tiempo para ensayar; aquella noche debía

representar otro papel.

Se vistió cuidadosamente mientras estudiaba aquel papel. Roy le había facilitado buenas pistas. Con sus excusas admitía que sentía lo ocurrido, y la invitación a cenar demostraba que hacía cuanto estaba a su alcance para hacerse perdonar su anterior comportamiento. Todo cuanto ella tenía que hacer era acordarse de desempeñar la parte agraviada y hacerse con la escena.

Para cuando Jan llegó al «Sportsman's Lodge», ya tenía su actuación preparada.

Entró en el vestíbulo minutos antes de las ocho, pero Roy ya se encontraba allí esperándola. Buena señal. Bebió dos martinis antes de pedir la cena y aquello también era un buen presagio. Entretanto, siguió hablando con ella de cosas sin importancia, lo que revelaba que, aun cuando las dos copas le habían soltado la lengua, seguía sin estar verdaderamente relajado. Además, no soltó una sola palabra acerca de la película. Era evidente que intentaba dar de lado el tema.

Pero tenía que discutirlo si Jan quería terminar de una vez por todas con su oposición. Jan le escuchó a medias durante el cóctel de frutas y para cuando llegaron los bistés ya había encontrado la forma de encauzarlo.

—Me fastidia admitirlo, pero me alegró haber cancelado mi otra cita —comentó.

Roy, dejó el tenedor y alzó la vista. Jan contestó con una sonrisa a su mirada interrogadora.

—Vizzini quería que cenara con él para hablar sobre la película.

—Ese desgraciado... —La reacción de Roy fue mejor de lo que ella esperaba. O peor—. Sé que no es asunto mío, pero por tu bien te aconsejo que no te mezcles con él, porque...

—Claro. Es asunto mío. —Jan seguía sonriendo mientras hablaba—. Te concedo que es un desgraciado, pero también resulta que es mi director. Y puede ser importante tenerlo de mi lado.

—Si no andas con cuidado es posible que lo tengas algo más que a tu lado —dijo Roy—. Ya sabes cómo opera. Todo aquel desenfreno en su casa de Nichols Canyon, el espectáculo orgiástico con aquellas pandas de rock. Claro que todo se silenció, se encontraba en plena filmación de un petardo de veinte millones de dólares y los tipos del dinero no podían permitirse el lujo de que le procesaran. Pero tú no necesitas meterte en dificultades. Y menos con un maníaco que ha llegado a tal punto de sadismo y violencia.

Roy estaba prácticamente despedazando su bisté mientras hablaba. De súbito, se quedó quieto al observar la mirada de Jan.

—Mira quién habla —se limitó a decir ella.

—Lo siento. —Sus movimientos se hicieron más tranquilos, se esforzó por moderar el tono de su voz y la actividad de su cuchillo—. Tal vez sea contagioso.

—Me doy cuenta —murmuró Jan—. Hoy he captado algo mientras leía tu guión. Realmente pavoroso.

—Creo que mientras lo escribí me encontraba bajo un *shock*. Pero no lo comprenderías.

—Ponme a prueba.

—Detente un momento a recapacitar. —Roy apartó su plato—. En otras ocasiones ya

he desarrollado temas de terror, sobre todo para la Televisión. Ésa es la razón de que Driscoll me encargara este guión. Pero escribir sobre vampiros y hombres lobo es como hacerlo sobre cuentos de hadas. Jamás logró transtornarme porque sabía muy bien que aquellos monstruos no eran más que ficción. Pero esta vez fue distinto. Escribía sobre algo que realmente había ocurrido y Norman Bates era real. —Roy asintió con la cabeza—. Se apoderó de mí.

—¿Cómo?

—Eres actriz. ¿Sabes lo que se necesita para desempeñar un papel, la forma en que intentas captar los motivos del personaje? —Roy se bebió de un trago su café—. Un escritor se encuentra en la misma situación..., su trabajo reside en encontrar esa forma. Para hacer el guión hube de integrarme de alguna manera en Norman, imaginar cómo pensaba, cómo sentía, cuáles eran sus impulsos hasta el momento en que exploté. No fue fácil pero aún no sé cómo lo logré y dio resultado. Pero, cuando finalmente logré introducirme en su cabeza enferma, todo cuanto quería era abandonarla, terminar el guión para así acabar con Norman. Lo que no tuve en cuenta fue que Norman no había acabado conmigo. Mientras escribía sobre su personalidad, podía, al menos, dominarle, tal y como en el manicomio dominaban al Norman auténtico. Pero ahora...

Jan dejó su cuchillo sobre el plato.

—Sé lo que sientes. También a mí me estremece. Pero suspender la película no cambiaría nada. Además, Norman está muerto. Supongo que habrás leído el periódico de esta mañana... Ahora ya casi tienen la seguridad de que murió en la explosión.

—Casi la seguridad. —Roy se inclinó hacia delante—. ¿Y si están equivocados?

—Ayer en el estudio dijiste lo mismo. —Jan hablaba con voz queda—. ¿Por qué? ¿Acaso sabes algo que nosotros ignoramos?

—No es que lo sepa. —Roy hizo una pausa y Jan tuvo la sensación de que había perdido su habitual locuacidad; buscaba algo en su interior que no podía ser revelado con una frase—. Sólo sé que, en lo más profundo de mí, tengo el presentimiento de que Norman está vivo. Vivo y esperando.

—Esperando, ¿qué?

—No lo sé. —Roy hizo una mueca—. ¿Cómo puedo esperar que me comprendas si yo mismo no me entiendo?

*Está dolido. Realmente dolido.* El resentimiento de Jan se desvaneció ante aquel descubrimiento. No era un adversario. Tan sólo un hombre profundamente perturbado, a quien atormentaba algo que era incapaz de exorcizar o expresar.

Jan se había olvidado del papel que intentaba interpretar, pero ahora lo necesitaba desesperadamente si quería acudir en ayuda de Roy. Acaso lo mejor sería tomarlo a broma.

De manera que Jan, forzando su sonrisa estereotipada, respondió:

—Parece grave. Tal vez debas visitar a un psiquiatra.

Roy asintió.

—Voy a hacerlo.

—¿Qué?

Roy se inclinó hacia delante.

— ¿No lo sabías? Driscoll me llamó esta noche, poco antes de salir. Ha preparado una entrevista para mañana por la mañana con el psiquiatra de Norman Bates.

## DIECISIETE

Jan tuvo suerte el miércoles por la mañana al llegar ante las puertas del estudio.

Se presentó temprano, incorporando su «Toyota» a la cola de coches de los empleados. Tan pronto como el guardia vio el nuevo pase que campeaba en el parabrisas, le hizo señal de que pasara.

Nadie le preguntó si estaba citada y aquello fue un golpe de suerte que no se esperaba.

Quien realmente se mostró sorprendida fue Anita Kedzie, al aparecer Jan en la antesala del despacho de Driscoll. Tan pronto como la vieron, aquellos ojos de insecto de detrás de los gruesos cristales iniciaron un rápido recorrido del bloc con el programa de entrevistas que había sobre la mesa, entre el intercomunicador y el teléfono.

—No me parece que la tenga anotada aquí —dijo Miss Kedzie—. ¿A qué hora le dijo Mr. Driscoll que viniera?

—No me lo dijo. —La sonrisa de Jan era de indiferencia—. Resulta que me encontraba en las instalaciones y pensé detenerme un momento.

El mohín de Miss Kedzie revelaba su reacción. *Detenerse, ¿para qué? pero si nadie ve a un productor sin tener antes hora... Es como dejarse caer por el Vaticano para hacer una visita sorpresa al Papa.*

—Me temo que está retenido —explicó la secretaria. Su enérgico tono no dejaba entrever si Driscoll se encontraba atado y amordazado o, simplemente, sufría de estreñimiento—. Si lo desea puedo decirle que está usted aquí.

—No se moleste —repuso Jan—. En realidad no tiene importancia.

Pero sí la tenía. Consultó su reloj. Las nueve cuarenta y cinco. Roy no había mencionado una hora específica para la reunión y ella no se atrevió a preguntárselo por temor a despertar sus sospechas. Supuso que, posiblemente, estaría programada para las diez y, en consecuencia, preparó sus planes. Presentarse a primera hora, dar alguna excusa a Driscoll, alegando que se encontraba allí para unas pruebas del vestuario y encontrarse cerca cuando llegara aquel doctor Claiborne.

No esperaba que la invitasen a asistir, pero al menos tendría oportunidad de saludarle y conocerle, e incluso de tener algún indicio sobre el motivo de su presencia. Desde luego, Roy se pondría furioso pero, después de anoche, Jan decidió que era inútil intentar que se pasara a su bando. Lo que ahora necesitaba saber era si el doctor Claiborne estaba de su parte o engrosaba las filas enemigas.

Pero ya era demasiado tarde..., lo había echado todo a rodar.

Jan se disponía a dar media vuelta cuando la llamó Anita Kedzie.

—Miss Harper...

—¿Dígame?

—¿Querría hacerme un favor? Necesito ir al vestíbulo sólo por un minuto. A Mr. Driscoll no le gusta que abandonen la oficina, a menos que haya alguien que conteste a las llamadas.

—No se preocupe. Me quedaré.

—Gracias.

La secretaria se levantó y salió al corredor, cerrando la puerta tras de sí.

Jan sonrió. No estaba fuerte en entomología pero, al parecer, también los insectos tenían vejiga. *A la salud de de los riñones de Miss Kedzie.*

Ahora había de ver la manera de obtener alguna ventaja de su puesto de vigilancia...

El intercomunicador ofrecía la solución más evidente. Observando cautelosamente la puerta de entrada, Jan se acercó a él y bajó el conmutador de escucha.

*Voz de Driscoll.*

—Muy bien, doctor, digámoslo así. Ya estoy comprometido. Se han tomado los acuerdos, los contratos están, firmados y en marcha los equipos. ¿Tiene acaso idea de los intereses que devengan un solo día de aplazamiento? Ahora estoy hablando de hechos y cifras. Y usted lo único que tiene es ese presentimiento.

—Pero no se trata tan sólo de un presentimiento. —*Roy Ames*—. Es una evaluación profesional.

—Y, ¿qué me dice del doctor Steiner? No está de acuerdo con esa teoría, él mismo me lo dijo. Y tampoco la Policía.

—Este médico que está ante usted era el terapeuta de Norman Bates. Es el único que se encuentra en situación de saberlo. Ha venido aquí por su propia cuenta.

—Créame que agradezco ese detalle. Pero ahora ya de nada sirve discutir. Verá, doctor, siento que haya perdido su tiempo.

—Acaso no lo haya perdido.

Se escuchó la voz de George Ward como un murmullo.

—Recuerda tu idea de enviar a Roy a Fairvale antes de dar el toque final al guión.

—Sí. Pero Steiner me dio con la puerta en las narices.

—El doctor Claiborne es el hombre con el que tenía que hablar Roy. Y ahora está aquí. Si lo designas como asesor técnico durante unos días...

—¡Ahora sí que has dado en el clavo! —*le interrumpió Driscoll*—. Así la historia será excelente...

—Pero yo no estoy interesado en promocionar su filme. —*Aquella voz firme y sonora tenía que ser la del doctor Claiborne*—. Se lo advierto..., la única publicidad que la Prensa obtendrá de mí es una declaración sobre lo inadecuado de esa película.

*Y todo se ha ido al diablo.* Jan cortó la escucha del intercomunicador. Y además ese estúpido bastardo parece convencido de lo que dice. Si lo hace público, promoverá el suficiente escándalo para que las «Asociaciones de Padres de Alumnos» y todos los demás grupos de presión intervengan.

Jan escuchó a sus espaldas pasos que se acercaban procedentes del vestíbulo. Seguramente los de Miss Kedzie que volvía.

Jan no se detuvo a averiguarlo. Se acercó, a la puerta del despacho de Mr. Driscoll y la abrió de par en par.

Al entrar Jan, los ocupantes de la habitación se la quedaron mirando sorprendidos. Al parecer, la amplia sonrisa en su rostro estaba dedicada a todos ellos, pero Jan la centró en el individuo alto que se encontraba en pie ante la mesa de Driscoll. Sin duda alguna se

trataba del doctor Claiborne.

—Hola —dijo—. Espero no interrumpir.

Driscoll frunció el ceño.

—¿Qué quieres? Estamos reunidos...

—Eso es lo que he oído.

—¿Oído?

Jan le dirigió una mirada ingenua.

—Alguien debió dejar, accidentalmente, el intercomunicador abierto.

—¿Dónde diablos está Kedzie?

—Fue un minuto al vestíbulo y me pidió que me hiciera cargo del fuerte.

Driscoll echó mano al intercomunicador pero Jan hizo un rápido ademán para detenerle.

—No la reprenda, por favor. Ha sido todo culpa mía. No debí escuchar.

El productor seguía con el ceño fruncido pero apartó la mano.

—Muy bien. Ahora ya ha escuchado. ¿Qué es lo que quiere?

Roy y George Ward también tenían cara de pocos amigos, pero Jan hizo caso omiso de ellos. Y también de Driscoll, al volverse para mirar al hombre alto que se encontraba delante de la mesa. Era más joven de lo que ella había esperado; no era guapo, pero tenía un aspecto tranquilo, seguro de sí mismo, que contrastaba con las actitudes nerviosas de los otros. Se la quedó mirando con firmeza.

—¿Doctor Claiborne? —preguntó—. Soy Jan Harper.

Él hizo un gesto de asentimiento, suavizándose su mirada al devolverle la sonrisa.

—Ya he visto su fotografía.

—Entonces sabrá que represento el papel de Mary Crane en la película.

—Sí.

Retumbó la voz de Driscoll.

—¿Qué diablos es esto? ¿Chico conoce chica? Mire, si tiene algo que decir...

—Lo tengo. —Jan sonrió a todos en general; luego miró de nuevo al doctor Claiborne

—. Necesito su ayuda.

Por un instante, el médico pareció desconcertado.

—¿Tiene algún problema?

—Usted.

—Siento decir que no la entiendo.

—Estoy hablando de la película. Necesito su cooperación. Todos la necesitamos.

—Ya he comunicado mi postura...

—Lo sé. Pero puede cambiar de idea.

—Y, ¿cuál sería el motivo?

—Porque esta película tiene que hacerse. —Jan estaba lanzada y, al desafiarla él con la mirada, contestó a su pregunta con otra—. ¿Ha leído el guión?

—En realidad, no lo he leído.

Su tono de voz era firme y seguro, pero apartó la vista y Jan volvió a sentirse confiada. Le había cogido desprevenido y logrado una baza.

—Pues debiera hacerlo. Porque es realmente maravilloso.

Por el rabillo del ojo vio la actitud atenta de Driscoll y Ward. Desde luego, ahora no la interrumpirían, sino que la permitirían desarrollar la jugada. Tampoco el gesto de Roy era ya ceñudo, lo que era también buena señal. Pero ella no estaba allí para halagar el ego de Roy; estaba haciendo su jugada con el doctor Claiborne.

—No me refiero a la técnica —agregó—. Se trata del concepto. No es otro más de esos esperpentos del horror, con un lunático que machaca por todas partes. Norman Bates aparece como un ser humano..., un hombre corriente con esperanzas, temores y deseos que todos compartimos, pero presa de una compulsión que es incapaz de dominar. Lo que hace es espantoso, pero comprendemos el motivo y, al final, nos damos cuenta de que él resulta más víctima que todos los demás. El auténtico culpable de la historia es nuestra propia sociedad.

Ahora el doctor Claiborne sonreía.

—Es toda una pieza de oratoria. ¿Durante cuánto tiempo la ha ensayado?

—No lo he hecho. —Jan se le quedó mirando con seriedad—. De haber sido así, le habría soltado la monserga de cuánto representa para mí este papel, de cuántos puestos de trabajo dependen de que se haga esta película. Pero es algo más que eso.

Calló un instante, luego moduló la voz. Ahora las palabras le salían con soltura.

—Usted es médico. Trabajó con Norman Bates, conoce sus problemas. ¿No ha ansiado ni una sola vez decir a la gente lo que es en realidad..., hacerles comprender y compartir el problema? Bueno, pues ésta es la ocasión. Nuestra ocasión. Lea el guión. Díganos lo que está bien y lo que está mal para que nosotros, a su vez, podamos decírselo al mundo. Se debe al menos eso a su paciente y a usted mismo.

El doctor Claiborne vaciló y clavó en Jan una mirada escudriñadora, luego desafiante y, finalmente, cediendo.

—Desde luego tiene razón —dijo—. Hasta cierto punto. Pero la cuestión no es tan sencilla. Lo que he estado intentando decir a Mr. Driscoll, y a los demás que se encuentran presentes, es que acaso Norman Bates sigue vivo. Y de ser así, el seguir adelante con este proyecto podría colocarles a todos ustedes en una posición potencialmente peligrosa.

—Estoy de acuerdo —intervino Roy—. Mira, Jan...

—Yo también estoy de acuerdo —le interrumpió rápidamente Jan sin dejar de sonreír—. Pero Mr. Driscoll ha decidido ya seguir adelante. Y, por ello ése es un motivo más de que necesitemos la asistencia del doctor Claiborne.

Volvióse de nuevo hacia el hombre alto.

—Ahora hablaré por mi cuenta —afirmó—. Si tiene usted razón, si Norman Bates sigue aún vivo, yo me sentiría mucho más segura sabiendo que está usted aquí.

El doctor Claiborne guardó un momento de silencio. Y cuando habló, no se dirigió a ella sino a George Ward.

—Estaré libre hasta el domingo —explicó—. ¿Qué ha de hacer un asesor técnico y por dónde empiezo?



## DIECIOCHO

Claiborne se encontraba sentado a la mesa frente a Roy Ames. El «Commisary» empezaba a llenarse con los clientes que acudían a almorzar, y el murmullo de tantas voces le impedía oír con claridad lo que Ames decía.

Y, en realidad, tampoco le interesaba. Por el momento, seguía escuchando el diálogo que se empezó a librar en su interior tan pronto como abandonara la oficina de Driscoll.

¿Por qué había permitido que le convencieran? ¿Se debía tan sólo a que le habían pillado por sorpresa? Era verdad que la joven pareció hacerse cargo de la situación de forma instantánea, y sus argumentos tenían base. Al menos, ella no descartaba la amenaza como todos los demás, salvo Roy Ames.

Aun así, aquél no era el motivo auténtico de que aceptara quedarse. Tal vez la cuestión residiera, no en lo que había dicho la joven, sino en su presencia física. Claiborne recordó sus reacciones la primera vez que vio la fotografía, pero la contemplación directa de Jan Harper constituyó, en verdad, un impacto para el que no estaba preparado.

Descubrió que se lo estaba diciendo en voz alta a Roy Ames y que el escritor asentía.

—Así es. Por eso la eligió Vizzini. Jan es terroríficamente exacta a Mary Crane.

—Espero que no. —Claiborne hizo una pausa al acercarse la camarera para presentarles los menús—. Exacta sí, pero no terroríficamente.

—¿Está realmente convencido de que Norman Bates vive?

Claiborne asintió.

—¿Acaso no lo cree usted también?

—Sí. Pero es únicamente una especie de premonición. No soy capaz de explicar por qué. Pensé que tal vez supiera usted algo más..., algo que no les dijo durante la reunión.

—Por el momento, no estoy preparado para discutir el tema.

—¿Quiere decir que tampoco confía en mí?

—No le conozco. —Claiborne atemperó sus palabras con una sonrisa, indicando con un ademán las mesas que les rodeaban—. Aún no conozco a nadie.

—¿Es su primera visita a un estudio?

—Usted lo ha dicho.

—Muy bien, permítame que le sirva de guía durante un recorrido. —Ames siguió la dirección de los ojos de Claiborne—. Esa gente que está allí pertenece a la categoría de directivos. No se deje engañar por los *jeans* y los *levis*..., son la élite. Eres uno del equipo, te vistes como quieres, sigues la rutina del obrero. Pero cuando abandones el estudio, asegúrate de que todos se den cuenta de que utilizas un coche de veinticinco mil dólares. —Hizo una sonriente mueca—. Vivimos en una sociedad autoerótica.

Claiborne sonrió, sabedor de que ésa era la reacción que se esperaba de él, aunque percibía que no era aquélla la primera vez que Roy Ames recurría a ese enfoque. Indicó con un ademán a un grupo, sentado a una mesa junto al ventanal, embutidos en trajes oscuros, camisas blancas y corbatas perfectamente anudadas, que parecían dar un mentís a la explicación del escritor.

— ¿Qué me dice de esa gente?

Roy Ames siguió la dirección de su mirada.

— Visitantes. Posiblemente directivos de cadenas del Este. Proceden de Madison Avenue en busca de nuevas ideas que... robar. Desde luego, su objetivo es el de robar viejas ideas.

Claiborne fijó su atención en un grupo de jóvenes en extremo hirsutos, instalados al otro lado del corredor.

— ¿Y esos chicos?

— Yo diría que se dedican a las cintas y a los elepés. Ahí es donde hoy está la acción. Un disco de platino equivale a toneladas de Osear.

Alguien pasó junto a ellos y se detuvo ante una mesa contigua. Su aspecto ofrecía una perturbadora dicotomía; su cuerpo ya maduro, con un prominente estómago, estaba coronado por un rostro juvenil y bronceado. Dijo algo a un grupo que se encontraba sentado, rió con fuerza, agitó el brazo a manera de saludo y se alejó.

— Indudablemente, un parado —dijo Roy Ames—. Cuando vea a un actor que va de mesa en mesa y ríe estrepitosamente, puede apostar cualquier cosa a que está en paro. Quienes ofrecen un aspecto cansado, y que además no hablan, están ocupados.

Claiborne, tras asentir con un ademán de cabeza, concentró su atención en el menú.

— ¿Qué me recomienda?

— Irnos a otro sitio a almorzar —repuso sonriendo Ames—. Pero ya que estamos aquí, con un emparedado no correría peligro alguno.

— Es extraño. Supuse que aquí la comida sería buena.

— Hubo un tiempo en que lo era, o al menos eso aseguran. Ahora no parece importarle a nadie. —Ames apartó la minuta—. ¿Conoce aquel antiguo dicho..., lo de que se te conoce por lo que comes? Si eso es verdad, la mayoría de la gente debe de ser coprófaga.

Claiborne estaba reflexionando sobre aquella observación cuando volvió la camarera para recibir su encargo. De nuevo, había tenido la impresión de que lo que escuchaba no era algo espontáneo. Roy Ames no resultaba evidentemente, una persona que frecuentara los restaurantes pero estaba intentando causar impresión.

— Traíganos café —pidió Ames a la camarera cuando ya se alejaba. Luego miró a su compañero—. ¿Ha conocido a alguien más relacionado con la película?

— Todavía no. Paul Morgan interpreta el personaje de Norman, ¿no?

— Eso dicen. Hasta ahora jamás ha representado más que a Paul Morgan. Mr. *Mucho Macho*. —Ames hizo una pausa mientras les servían el café—. Si quiere que le sea sincero, nuestra cultura tiene complejo de suspensorios escrotales.

— ¿Cómo consiguió el papel?

— Pregúnteselo a Vizzini. —Ames se llevó a los labios la taza de café—. Aunque pensándolo bien, más vale que no se moleste. Vizzini ya no hacía películas de suspense..., sólo filmes abracadabrantés. Eso es lo que quieren los chicos. Efectos especiales a barullo y mucho punk-rock durante los choques de automóviles y secuencias de asesinatos. Es como en los buenos y viejos días de Roma... Los músicos tocaban con más fuerza cuando los leones se comían a los cristianos en la arena.

Más frases hechas, pero aquello no contestaba a la pregunta de Claiborne. Se inclinó sobre la mesa.

—Si es así como piensa, ¿qué le hizo escribir el guión?

—El dinero. —Roy Ames se encogió de hombros—. No, eso no es verdad. Al menos en parte. Vi en esto algo..., una oportunidad de llegar al público con algo real en vez de atiborrarles con frases de doble sentido y vulgaridades. —Echó más azúcar al café—. Tal vez lo entienda cuando lea el guión.

—Lo intentaré —le aseguró Claiborne.

Aquella tarde, de regreso al motel, lo puso en práctica.

El día se había vuelto bochornoso, y el acondicionador de aire se lamentaba mientras el sol pegaba con fuerza sobre la ventana que daba al Oeste. Pero Claiborne ni siquiera se percató de todo ello porque en realidad no se encontraba en aquella habitación.

Se había introducido en el guión, en un mundo situado a tres mil kilómetros y remontándose a veinte años antes.

El texto era irregular... Pese a lo que Roy Ames dijera, no había logrado eliminar de forma absoluta aquellos elementos que decía despreciar. Seguían presentes muchas secuencias terroríficas y el énfasis estaba puesto en el asesinato y no en las motivaciones.

Pero funcionaba. La joven inocente y el astuto demente eran estereotipos, pero aún así resultaban convincentes. Acaso hoy las jóvenes no fueran tan inocentes, pero los dementes eran cada vez más astutos. Y más numerosos. En aquella película no había nada que no se diera por duplicado en los boletines de noticias diarios. Especialmente por aquí, reflexionaba Claiborne acordándose del *Destripador del Barrio Chino*, el *Estrangulador de la Colina*, los *Asesinos de la Autopista* y tantos otros asesinos que los medios de difusión bautizaban con nombres llamativos. Pero nada había de atrayente en su estado o en sus actividades... Gente enferma, obsesionada por el homicidio, manipulando con la muerte.

Claiborne suspiró mientras le destellaban aquellas frases. Estaba cayendo en la trampa, estaba empezando a expresarse como un escritor de guiones. Lo que debía hacerse era eliminar aquello del diálogo, dejar que hablara por sí mismo el contraste entre la apariencia y la realidad.

Al empezar a extinguirse la luz del sol, encendió la lámpara y, tras coger un bloc de su cartera, comenzó a tomar notas.

El acondicionador de aire ronroneaba en la oscuridad, pero la luz de la lámpara formaba un halo sobre la cabeza de Claiborne mientras seguía garrapateando, perdido en el limbo de otro tiempo, de otro lugar. En el mundo de Norman.

Unos golpecitos en la puerta le devolvieron a la realidad.

—¿Sí? —Se levantó y cruzó la habitación—. ¿Quién es?

—Tom Post.

Claiborne abrió la puerta y el viejo le sonrió.

—Esta vez sí que me he acordado de llamar. ¿Está ocupado?

—No —repuso Claiborne al tiempo que hacía un ademán de cabeza negativo. *Condenado viejo...*, ¿qué quería ahora?

—Vi luz. Y pensé en acercarme e invitarle a una cerveza. —Post indicó las latas que llevaba en la mano izquierda—. Obsequio de la casa. —Se echó a reír entre dientes.

Por un instante, Claiborne vaciló, pero los sonidos eran señales que había aprendido a no ignorar. Aquella risa nerviosa no era una manifestación divertida sino de defensa..., un intento por ocultar la auténtica emoción subyacente. ¿Qué disimulaba Tom Post?

—Entre —replicó Claiborne haciéndose a un lado—. Veré si hay un vaso limpio en el cuarto de baño.

—Por mí no se moleste.

Post se acercó a una silla, puso las latas sobre la mesa y las abrió con el pulgar izquierdo. Alargó una a Claiborne, esperó a que se sentase sobre el borde de la cama, y luego alzó la suya.

—Salud...

—Gracias —Claiborne bebió.

—Con un tiempo así la cerveza viene como anillo al dedo.

De nuevo aquella risa entre dientes. Pero los ojos de un gris verdoso recorrían la habitación, clavándose, finalmente, en la mesa.

—¿Un guión? —preguntó—. Creí que no estaba usted en la industria.

—Y no lo estoy. Sólo le echo un vistazo por un amigo.

—Comprendo. —Post empinó de nuevo la lata—. ¿De qué trata? Pero tal vez no debería preguntarlo.

—No es ningún secreto. —Mientras hablaba, Claiborne observaba el arrugado rostro—. Pensándolo bien, tal vez le interese. El protagonista es Norman Bates.

—¿Es posible? —Tom Post ya no reía.

Claiborne se inclinó en su dirección.

—Tenía intención de preguntarle sobre su observación de anoche. ¿Cómo es que está enterado de lo del «Bates Motel»?

—Creo que todo el mundo lo conoce. —El tono de Post era más bien explicativo que defensivo—. De hecho se publicó una noticia diciendo que «Coronet» se disponía a rodar una película sobre el caso. —Echó una ojeada a la mesa—. Supongo que el guión será de su amigo.

—Así es. —El tono de Claiborne fue indiferente—. Usted solía escribir para las películas. ¿Querría echarle un vistazo?

Ante su sorpresa, Tom Post movió negativamente la cabeza.

—Sería una pérdida de tiempo. Hoy ya no entiendo las películas. Todas esas escenas de sexo..., la gente revolcándose una y otra vez por la cama. Intente hacerlo así y acabará con la espalda rota. Y cuando ha terminado, el semental surge de debajo de las sábanas y condenado me vea si no lleva pantaloncitos de boxeador. ¡Por todos los diablos! Puedo asegurarle que en mis tiempos no lo hacíamos así.

De nuevo la risita entre dientes.

—Claro que las cosas cambian. Veamos, por ejemplo, la censura. Es posible que ahora puedan incluirse palabras con cuatro letras, pero en cambio otras no. Si no me cree intente cantar en público la segunda estrofa de *My Old Kentucky Home*.

Apuró el líquido que quedaba en el fondo de la lata.

—Una porquería de comida y una porquería de película. Hoy los escritores tienen demasiado poder.

—No es eso lo que me dice mi amigo —aseguró Claiborne.

—No me refiero a películas. —Post había dado fin a su cerveza—. Pero piense esto. Un político cualquiera se pone en pie y lee un discurso. Su adversario, a su vez, lee otro rebatiéndolo. Entonces, un comentarista de la tele lee un informe explicando lo que ambos han leído. Todo ello, el discurso, la refutación, la explicación, es obra de algunos escritores anónimos de la trastienda. Y a eso le llamamos «noticias». Diez días, diez meses o diez años más tarde, otro escritor aparece con un libro afirmando que todo cuanto habían dicho es falso. Y a eso se llama «historia». Así que, analizándolo bien, aunque se ocupen de hechos reales o de ficción, todos los escritores son embusteros profesionales.

Dejó sobre la mesa el envase vacío.

—¿Qué le parece otra cerveza?

—No, gracias. —Claiborne miró a través de la ventana hacia el patio ya en sombras—. Ya es hora de que salga a comer algo.

—Ojalá lo hubiera pensado antes —dijo Post—. Esta noche he cenado pronto. Debiera haberle invitado a que compartiera la cena conmigo. Debe de ser muy aburrido cenar solo cuando se está fuera de casa.

—No me importa. Estoy acostumbrado.

—¿No está casado?

—No.

Claiborne evitó nuevas preguntas, levantándose y dirigiéndose al armario en busca de su chaqueta.

Tom Post apagó la luz y él siguió hacia la puerta.

—Por aquí hay muchos restaurantes —explicó—. Pero también puede comprar algunas cosas en el supermercado, que hay calle abajo, y conservarlas aquí, en el frigorífico. —Indicó con un gesto la alacena que había detrás—. Ahí tiene vajilla y un calentador de platos. Resulta cómodo para prepararse el desayuno.

—Gracias por el consejo.

Claiborne abrió la puerta y salió.

Post le siguió, asintiendo aprobador al ver que el otro hombre cerraba la puerta y echaba la llave.

—Eso es —dijo—. Yo trato de vigilar para que nadie ande merodeando por aquí, pero en estos días todas las precauciones son pocas.

Atravesó el patio en dirección a la oficina, y Claiborne le saludó con la mano, mientras aspiraba profundamente el aroma de los jazmines en flor que florecían en los arbustos que bordeaban la avenida. Luego, dando media vuelta, se encaminó hacia la calle donde el aroma de las flores se perdió entre los gases del tráfico.

Estuvo respirando aquel hedor hasta entrar en el pequeño restaurante especializado en bistés, que se encontraba una manzana más abajo. Allí el olor se vio remplazado, a su vez, por una mezcla de olor a parrilla, cebolla frita, picadillo y patatas fritas. Pero aun todo aquello era preferible a la peste que emanaba de los sobacos del camarero con su chaqueta roja. Post tenía razón. Hubiera sido preferible prepararse un tentempié en el motel. Sigue tu olfato.

Está bien, pero ¿qué le decían los órganos de los demás sentidos? Todavía escuchaba

el eco de la risa nerviosa de Post. Y cuando cerraba los ojos, su retina había conservado la imagen de Tom que le observaba mientras cerraba con llave la puerta de la habitación. *Condenado viejo bastardo...*

De nuevo el instinto, pero era algo más que eso, algo que se agitaba oculto entre la risita y la curiosidad. Post disponía con toda seguridad de una llave maestra; acaso en aquel mismo momento se encontrara en su habitación, registrando sus pertenencias. O el guión. Se había mostrado muy interesado en conocer su contenido... Pero, cuando se enteró, pareció igualmente empeñado en cambiar de tema. ¿Por qué?

*Déjalo correr*, se dijo Claiborne. Claro que existía una razón. La gente mayor suele hacer risitas forzadas para impedir cualquier posible rechazo. Es una señal, una forma de decir: «Oiga, en realidad no represento una seria amenaza, no se enfade conmigo por hablarle.» Y muchos de ellos se muestran inquisitivos respecto a los asuntos de los demás, sencillamente porque sus propias vidas están vacías.

Debe resultar exasperante para un hombre, todavía en pleno uso de sus facultades, tener que permanecer allí sentado, en un desmantelado motel, día tras día y noche tras noche. A juzgar por la ausencia de otros vehículos en los reservados del aparcamiento, Claiborne debía de ser, por el momento, el único huésped. No era extraño que Tom Post hubiera acudido con su cerveza a la habitación y hablara hasta quedarse ronco. El viejo se sentía solo.

Pudiera ser eso, o acaso fuera condenadamente artero. ¿Qué fue aquello que dijo de que todos los escritores eran embusteros profesionales?

Roy Ames era también escritor. Rebosante de frases fáciles. Claiborne recordó la sospecha intuitiva de que sus ingeniosas frases habían sido ya pronunciadas antes. Al igual que los actores que iban de mesa, había repetido sus machacadas gracias en busca de aprobación.

Pero, ¿qué le indujo a ello? Tal como estaban las cosas, debía saber que Claiborne era su aliado, que estaba de acuerdo con su teoría de moderar el guión. Y de ser así, ¿por qué no había luchado más con anterioridad por realizar él mismo la tarea? En primer lugar, era el responsable de la violencia.

También en este caso podía tratarse de un mecanismo de señalar las cosas. En cierto sentido, el Norman del guión era la creación de Roy Ames. Compuso el tipo en base a sus propias frustraciones, a sus propias iras. Y si el verterlo todo sobre el papel no era catarsis, entonces es posible que fuera catexis, un medio de fortalecer una inconsciente vinculación con la *persona* de Norman. Lo que podría resultar peligroso.

*Todos los escritores son embusteros profesionales.* Una declaración formulada por un escritor. Lo que significaba que también aquello era mentira. Pero todo el mundo mentía, incluso sus propios pacientes, cuyo problema residía en que no sólo le mentían a él sino a sí mismos. En cierto modo, eran los embusteros más profesionales de todos. Y él era un averiguador profesional de la verdad.

Rectificó: *buscador* de la verdad. Y su búsqueda no siempre tenía éxito. Norman era precisamente el botón de muestra.

Terminó su cena y salió del restaurante. Empezó a caminar por el bulvar. Al pensar en Norman se dio cuenta de que, en forma automática, había echado un vistazo en

derredor suyo, en busca de una silueta que no se encontraba allí.

Pasaban veloces los coches, y las furgonetas, los «Broncos» y los jeeps, además de alguna que otra motocicleta que rugía de entre tantos ruidos. La juventud al acecho. Pero no por las aceras. Claiborne echó un vistazo a su reloj. Aún no eran las nueve y él era el único peatón a la vista.

Pese al problema de la gasolina todo el mundo conducía. Andar de noche por las calles de la ciudad resultaba demasiado arriesgado; incluso el policía de servicio hacía su ronda sobre ruedas. A la Policía les inspiraban sospechas los forasteros que paseaban, gente como él.

Al pasar junto a los apagados escaparates, Claiborne escudriñaba los callejones oscuros que había entre los edificios, sabedor, al hacerlo así, de que su aprensión era absurda. Norman no iba a surgir de ninguno de aquellos callejones. Norman no estaba allí. ¿O acaso sí?

¡Maldito guión! Su lectura había hecho revivir todo, hasta la venganza. Venganza era lo *racional*.

O bien era así, o todo el asunto era un puro engaño paranoico. Si Norman le hubiera precedido hasta allí, habría ya encontrado el camino hasta el estudio. En los intervalos entre los episodios psicóticos, era ciertamente capaz de elaborar planes, poniéndose en acción para lograr su venganza. Pero todo apuntaba hacia una conclusión ineludible: Norman había muerto. Sólo el guión le había hecho revivir.

Aun así, Claiborne se dio cuenta de que apretaba el paso en dirección a la alameda que se prolongaba a su izquierda, y en la que abundaban los comercios. Torció y entró en la zona de aparcamiento, sintiéndose aliviado ante las luces, los ruidos, la presencia de gente. Mientras la atravesaba, analizó su reacción. La presencia de la gente no era del todo un fenómeno bien venido ahora que observaba sus coches. *Se es lo que se come*, había dicho Roy Ames. Acaso *el ser lo que se conduce* fuera una observación más acertada. Se puede juzgar a la gente por sus reflejos automovilísticos.

Observó las frenéticas maniobras con los vehículos para entrar en el aparcamiento, la forma en que se comportaban los conductores agresivos para encontrar sitio, impidiendo los movimientos de los que se encontraban detrás, mientras se disputaban los huecos vacíos junto a la entrada del almacén, en tanto que otros automovilistas les lanzaban insultos mecánicos con sus bocinas. Los abollados guardabarros de los coches ya aparcados atestiguaban encontronazos previos, y el supremo desprecio hacia la más elemental cortesía se hacía evidente en aquellos que ocupaban posiciones en la zona de *Terminantemente prohibido aparcar*.

En el supermercado pasaba tres cuartos de lo mismo. Señoras ancianas, con el pelo teñido de naranja, exprimían esas teñidas naranjas ante las cajas registradoras, interrumpiendo satisfechas el paso con sus carritos. Vagabundos playeros descalzos, bien achispados, avanzaban a trompicones por los pasillos y utilizaban sus carros a modo de armas. Parejas de *papis* ahuyentaban a los clientes solitarios de las secciones de gangas especiales, aún cuando casi siempre fuera la *mamá*, de mandíbula semejante a un *bull-dog*, quien llevaba la voz cantante, mientras el viejo y pequeño *papi* de aspecto consumido, se mantenía dócilmente a la expectativa. *También sirven quienes se limitan a pagar los gastos*.

Claiborne cogió leche de las estanterías de productos lácteos, rozando a un muchacho japonés con un blusón de malla. El jovenzuelo lanzó un furioso siseo al tiempo que agitaba la cabeza, haciendo tintinear furiosamente su pendiente.

En la sección de congelados escogió una modesta variedad de chuletas envasadas. Cuando se encontraba ante los quesos envueltos en celofán, descubrió un trozo pequeño, pero, al ir a cogerlo, surgió una mano desde atrás y le arrebató el premio. Al volverse se encontró con una sonriente chica enfundada en una tosca camiseta, ostentando la clásica divisa: *Toda Tuya*.

Pasando a la sección siguiente se detuvo para tomar una docena de huevos, esperando, pacientemente, mientras un ama de casa de edad madura y con la cabeza llena de rulos abría los cartones para examinar su contenido, con un cigarrillo apagado colgándole de la comisura de los labios.

Exhalaba un humo acre y Claiborne se alejó. Al diablo con los huevos, podía prescindir de ellos. Ahora ya lo único que ansiaba era alejarse de allí. Había sido un día muy largo y estaba cansado. Cansado de la gente, cansado de los ruidos, de las laces, de la confusión. Los disonantes acordes de la música amplificada le embotaban el oído, la fluorescencia excesivamente brillante hacía borrosa su visión.

Al llegar a la sección de panadería, miró irritado hacia arriba, tratando de localizar el origen de aquel silbido. Pero los grandes discos suspendidos a intervalos entre las paredes y el techo no eran amplificadores; en sus brillantes superficies se reflejaban los movimientos de los clientes que se encontraban abajo. Instrumentos localizadores instalados para detectar a los posibles rateros. Y al alzar Claiborne la vista, los largos y lívidos tubos de neón le devolvieron una centelleante y aviesa mirada.

Claiborne se dio la vuelta. Al hacerlo, otro de los espejos instalados precisamente a sus espaldas captó su mirada. Estaba instalado de forma que reflejaba la imagen de los compradores que se aproximaban a la caja registradora de la izquierda, en la parte frontal del supermercado.

Pero en aquel preciso instante sólo un hombre se aproximaba a ella. Miró hacia arriba y Claiborne pudo ver su cara.

Era el rostro de Norman Bates.



## DIECINUEVE

Apartando a un lado su carrito, Claiborne atravesó corriendo el pasillo en dirección a la entrada principal del supermercado, zigzagueando a medio camino para evitar a un tropel de compradores que entraban, y que se mostraron irritados al ser prácticamente arrollados por él.

Su irritación no hizo apenas mella en Claiborne; era la imagen de Norman la que le impulsaba en dirección a la caja ante la cual, y en cuestión de treinta segundos, se habían agolpado ya una fila de carritos y clientes.

Pero Norman había desaparecido.

Claiborne se detuvo, inspeccionando todos aquellos rostros tan poco familiares. Luego, abriéndose camino por la cola, se enfrentó con la bovina rubia que, detrás de la caja, mascaba chicle sin cesar.

— ¿Dónde está?

La rubia levantó la vista dejando de rumiar.

— Su último cliente... Estaba aquí hace un momento.

La cajera se encogió de hombros, dirigiendo la vista de manera automática hacia la salida más próxima. Entretanto, Claiborne se había abierto paso y se dirigía a grandes zancadas hacia la puerta.

Ahora el aparcamiento estaba ya casi lleno. Los coches entraban y salían, mientras los conductores zigzagueaban por los sitios libres. Claiborne lo escudriñó todo en busca de una figura familiar. Entró en el aparcamiento e intentó localizar aquellos vehículos que se disponían a salir.

Había tres..., no, cuatro... y todavía otro en la zona más alejada. Corrió presuroso hacia él, en el preciso momento en que el coche retrocedía rápido por la zona libre y empezaba a avanzar. A la luz de los deslumbrantes focos atisbó el rostro de una mujer detrás del parabrisas y, a su lado, la silueta protuberante de una cabeza infantil.

Dando media vuelta se dirigió de nuevo hacia el centro del aparcamiento; luego, se apartó de un salto al escuchar detrás de él un bocinazo. Se hizo a un lado justo a tiempo para dejar pasar como un rayo a un todo terreno, confundándose el rugido de su motor con las blasfemias de su mostachudo conductor, subrayadas al pasar junto a él con un corte de manga.

Claiborne se quedó mirando, jadeante, por toda la zona, aunque de antemano sabía que ya era inútil. Norman había desaparecido.

Pero, ¿adonde?

Si había ido allí es que se encontraba oculto en algún lugar cercano, tal vez en uno de aquellos moteles alineados a lo largo del bulevar.

¿Podrían comprobarse? Había decenas de lugares, además de los grandes hoteles y, a buen seguro, Norman no se habría registrado bajo su propio nombre, si es que siquiera se había registrado. Intentar la identificación, de cada uno de los hombres que pudieran haber ocupado habitaciones de motel durante los últimos tres días, sería una tarea

ímproba incluso para las fuerzas de la Policía. Tarea que no estarían dispuestos a emprender, a menos que Claiborne les ofreciese algo más tangible que su sola palabra.

*Sí, me doy cuenta de que se supone que el hombre está muerto, pero acabo de verle aquí, en un supermercado. No, no he hablado con él. Se encontraba en la parte delantera de la tienda y yo en la de atrás. No lo he visto directamente, sino por uno de esos espejos superiores, pero estoy seguro...*

Una causa perdida de antemano. Claiborne suspiró. No le quedaba nada que hacer, salvo volver al supermercado, recuperar su carrito y pagar.

Mientras regresaba al motel con su bolsa de artículos alimenticios, miraba fatigado a su alrededor, escudriñando los lugares entre luces y sombras de la calle. Él había visto a Norman... Pero, ¿le había visto Norman a él? ¿Le había seguido hasta el supermercado, le seguía en aquel momento?

Nada se movió entre las sombras.

Aun así, al llegar a su habitación respiró tranquilo. La puerta se abrió sin esfuerzo al dar vuelta a la llave y, cuando dio al conmutador de la luz, la habitación no presentó señal alguna de que allí hubiera alguien o de una visita previa.

Mientras Norman ignorara dónde se encontraba, allí estaba seguro, al menos de momento. Y tenía que admitir que siempre existía la posibilidad de error subjetivo. Ruido, luz, fatiga, tensión; todo podría acumularse a un sencillo caso de identidad equivocada. Eso era lo que la Policía diría, eso es lo que probablemente diría él en el caso de que acudiera un paciente y personificara su paranoia con una historia semejante.

Dadas las circunstancias, no valía la pena hablar con Driscoll o los otros. El contarles lo que había visto, o creía haber visto, sólo serviría para debilitar su postura a menos que pudiera ofrecer pruebas. Lo que tenía que hacer ahora era proceder con la mayor cautela, vigilar y esperar y seguir insistiendo en la necesidad de la mayor seguridad. Si Norman se encontraba allí no tardaría en revelar su presencia.

*Si Norman se encontraba allí.*

Claiborne sacó sus artículos alimenticios, los colocó en su sitio, se despojó de la ropa y, poniéndose el pijama, se dejó caer en la cama. El acondicionador de aire le susurraba:

*Norman. Aquí. Planeando algo. ¿Dónde? ¿El qué?*

Gracias a Dios que decidió quedarse. Al menos podía tener los ojos y los oídos abiertos, actuar como una especie de ángel de la guarda de los demás.

Pero cuando ya empezaba a dominarle el sueño se planteó otra pregunta.

*¿Quién le protegería a él si Norman entraba en acción?*

Para aquello no tenía respuesta. Todo cuanto sabía es que pasara lo que pasase sería pronto.

## VEINTE

La oficina de Roy Ames se encontraba en el mismo edificio que la de Driscoll, pero no existía la menor semejanza entre ambas. El atiborrado cubículo con su única ventana era más pequeña que el lavabo privado del productor. Y mucho menos lujosamente amueblado.

Al abrir Claiborne la puerta encontró a Ames ya instalado detrás de su escritorio, situado a medio camino entre el archivador y la otra única silla. Al parecer, estaba acostumbrado a aquellas estrecheces. Cualesquiera que fueran sus debilidades ocultas la claustrofobia no era una de ellas.

Parpadeando frente a los rayos de sol matinales que entraban a raudales por la ventana abierta, Claiborne, después de saludar, dejó la copia del guión sobre la mesa.

Ames se le quedó mirando expectante.

—Bueno, ¿qué le ha parecido? —preguntó.

Claiborne vaciló, debatiendo una vez más si revelar o no la experiencia que tuvo la noche anterior. No convenía correr ese riesgo. Y, por el momento, el guión tenía carácter prioritario.

—Tengo aquí algunas notas —explicó Claiborne—. Si quiere repasarlas...

—Estupendo.

Claiborne abrió la cartera y sacó las hojas amarillas.

—Espero que pueda leer mi escritura.

Ames lo logró.

Sus ojos recorrieron rápidamente las hojas garrapateadas, sin que su expresión revelara nada. Pero Claiborne supo leer fácilmente sus reacciones. Hacía mucho tiempo que aprendiera que la boca resulta con frecuencia más elocuente cuando no habla y la de Ames no era una excepción. En un principio, los labios se curvaron con una ligera sonrisa. Luego, a medida que leía, los fue apretando y finalmente, frunció el labio superior.

Era el momento de intervenir.

—Por favor, recuerde una cosa —dijo Claiborne—. No estoy criticando la forma. Sólo el contenido, la violencia.

Ames alzó la vista.

—Ahora utilizamos otra expresión. Exceso. Como exceso en el correo.

—Me doy cuenta. Pero creí que usted trataba de evitarlo.

—Lo hice en el primer borrador. —Ames estaba a la defensiva—. La mayor parte de cuanto usted critica pertenece a Vizzini. Lo escribió de nuevo, parcialmente, y Driscoll estuvo de acuerdo.

—Al parecer, estoy perdiendo el tiempo —replicó Claiborne—. Pensé que, en mi calidad de asesor técnico, era yo quien había de sugerir los cambios.

—Así es desde el punto de vista técnico. Y sugerencias también. Pero Vizzini es quien tiene la última palabra: Aprobación del guión, reparto, en fin, todo. Ya le he dicho cómo insistió con Jan sólo porque era, prácticamente, un doble de Mary Crane.

—Y ésa es otra cosa —alegó Claiborne—. ¿Ha visto mis comentarios sobre las escenas de ella?

—Ya me he dado cuenta.

El tono de voz era tenso y Claiborne le interrumpió con rapidez.

—Me da la impresión de que el tipo que representa es demasiado simple, de una sola dimensión...

—Así que se nota... —Ames se encogió de hombros—. Si quiere saberlo, lo hice así a propósito. Jan aún no está preparada para un papel más denso, aunque ella crea lo contrario, y quiero evitar que se frustre su carrera. Llega con mucho ímpetu, pero cuando la conozca mejor verá que hay algo más detrás de ello.

—Así lo espero —repuso Claiborne—. Además hace un momento la he encontrado en el apartamento. Me invitó a cenar esta noche.

Ames no contestó, pero el súbito rictus de sus silenciosos labios lo dijo todo por él.

Y también Claiborne escuchó su voz interior: *Y hablando de frustraciones..., ¿por qué habías de decírselo? Está perfectamente claro que se siente atraído, emocionalmente, por la joven. Lo que necesitas es un aliado y ahora te encuentras entre manos a un rival celoso.*

Sonrió, dando de lado con indiferencia el asunto.

—Pero eso carece de importancia. Lo que hemos de hacer..., ¿cómo se dice por aquí...? Es limar el guión. Si quisiera revisar las partes que he señalado...

—¿Señalado? —Ames mostraba ya abiertamente su antagonismo—. Todas esas insensateces sobre desplazamiento, contención latente, reacción-formación... ¡Parece como si se tratara de un informe médico!

—Lo siento. Lo que trataba de hacer...

—No esboce diagramas. Está desempeñando el papel de médico ¿no? —Ames hizo un ademán exasperado con la cabeza—. Los psiquiatras son como los economistas, meteorólogos, sismólogos... Tan sólo un grupo de adivinadores con mecanismos. Algún día, todos ustedes se verán sustituidos por computadoras.

—Lo celebraré —Claiborne se mantuvo sereno—. Pero todo eso no va a ayudarnos ahora. Me adaptaré a la forma en que quiere manejar el papel de Jan. Lo realmente importante es eliminar algo de la violencia.

—No hay forma. Ya le he dicho que Vizzini quiere que la haya.

Claiborne se encogió de hombros.

—Entonces habremos de cambiar el acento.

—¿Qué intenta decir con eso?

—En una película de este tipo, el problema auténtico no reside en la violencia... Se trata de la actitud frente a la violencia. Ahí es donde hoy reside el problema; la forma en que se explota el comportamiento antisocial como la solución final para todo. Héroes, antihéroes y villanos, todos ganando por el procedimiento de aplicar la ley por sí mismos. Podemos presentar la conducta de Norman tal como es, sin embotar el filo del cuchillo o enjugando la sangre. Pero no caigamos en la tentación de justificarla.

Ahora Ames ya le estaba prestando atención y Claiborne se apresuró a seguir con su exposición.

—Digamos por una vez la verdad. Dejemos sentado con claridad que el asesinato no

resuelve nada, que no es un gesto heroico, y que Norman Bates no es alguien a quien se pueda envidiar o tratar de emular. Si tiene eso en cuenta no tendrá que modificar mucho. Sólo se trata de un ligero giro en el acento, mostrándole como un hombre atormentado, compelido, cuyo comportamiento compulsivo atrae sobre él la desgracia en vez de satisfacción.

—¿Y es ésa su gran solución? —Roy Ames hizo una mueca sardónica—. ¿Retrasar el reloj cincuenta años para decir a los espectadores que *El crimen no paga*?

—Tal vez ya sea hora de decir, sencillamente, eso. Hace cincuenta años había muchos menos homicidios y los crímenes solían cometerlos los criminales profesionales. Ahora, es el Reino de los Aficionados... Estudiantes, terroristas, los adolescentes por las calles, todos compitiendo por lograr un *status* de carniceros. Y todo porque nuestras películas, nuestra televisión, nuestra literatura y nuestro teatro les está diciendo, constantemente, que la violencia tiene su recompensa.

—¿No ha oído hablar nunca de *La generación del yo*? Eso es lo que se vende hoy día.

—No tiene en modo alguno la exclusiva. Maldición, yo no soy un hombre religioso pero sé que la Biblia aún sigue siendo uno de los más importantes *best-sellers*. Y lanza su mensaje con voz alta y clara... *El salario del pecado es la muerte*.

Ames se le quedó mirando durante un largo momento y su mirada ya no era la de un pretendiente celoso; su preocupación se centraba ahora en el primer amor de todo escritor: el trabajo entre manos.

—Le entiendo. Usted en realidad quiere reincidir en lo que el viejo Cecil B. de Mille hizo comprender a los censores. Exhibe las orgías, pero pon de relieve, sin lugar a dudas, las consecuencias. Y tiene usted razón respecto a los cambios. Lo único que necesita modificaciones son las escenas que muestran las reacciones de Norman. Menos goce, más dolor. —Hizo una pausa—. Sea sincero conmigo. ¿Eran ésos en realidad sus sentimientos?

Claiborne hizo un lento ademán de asentimiento.

—De acuerdo con mi experiencia, jamás he visto a tus hombre más desgraciado.

Roy Ames cogió de nuevo el guión y lanzó un suspiro.

—Más vale que nos pongamos a trabajar. A menos que tropiece con problemas, mañana podrá tener páginas preparadas.

—Si encuentra dificultades, telefonéeme. —Claiborne se dirigió a la puerta—. Ahora ya dejo de molestar.

Salió de la oficina y bajó al vestíbulo. Por primera vez desde la noche anterior sintió renacer la esperanza. Al menos había llevado a cabo parte de su tarea: se mejoraría el guión y había logrado conservar la lealtad de Roy Ames.

Pero no la de Norman.

Ahí estaba el problema. Si pudiera sentarse y hablar, razonar con él, explicarle que iban a cambiar el guión, asegurarle que no tenía nada que temer o por lo que mostrarse resentido... Entonces tal vez, sólo tal vez, podría resultar antes de que ocurriera algo.

Sólo que antes tenía que encontrarle.

—Pero, ¿dónde?

Agujas escondidas en pajares. Buscarlas es una pérdida de tiempo. La manera más fácil es atraer la aguja con un imán.

Claiborne enfiló por la calle del estudio y fue entonces cuando en su mente se hizo la luz.

*Aqué*l era el imán. El propio estudio..., el imán que atrajera allí a Norman.

No sería necesario iniciar una cacería del hombre, privada o pública. Norman acudiría al estudio. Si no había entrado en acción antes, tal vez se debiera, sencillamente, a que acababa de llegar. Pero si ya se encontraba en escena, y si había logrado introducirse en las instalaciones...

Claiborne recorrió con la vista la calle en dirección a la puerta principal. El guardián se encontraba allí en pie, dando directrices a los coches que entraban. Claro que había otras puertas, pero las había examinado y comprobado que todas ellas tenían protección similar.

Aunque ello nada significara. Norman no intentaría entrar por una puerta.

Dando media vuelta, Claiborne se encaminó hacia la puerta trasera al tiempo que echaba una ojeada al muro del estudio que tenía a su izquierda. Se trataba de una obra sólida de albañilería, alta y gruesa. Pero su grosor carecía de importancia. Norman no pensaría, por un instante, en perforar un túnel en el muro. Y tampoco la altura era en sí garantía de protección. Cualquiera con una cuerda y una escala podía trepar subrepticamente por uno de esos muros laterales, protegido por la oscuridad. Los terrenos estaban vigilados por patrullas día y noche, pero, una vez encaramado sobre el muro, sería fácil esperar a que no hubiera moros en la costa y dejarse caer dentro para buscar refugio en alguna parte del estudio.

Claiborne dejó atrás un grupo de edificios de cemento destinado a oficinas, cobertizos de almacenaje, el garaje del estudio, departamentos de vestuario y maquillaje. Muchos de aquellos edificios tenían escaleras interiores que llevaban a las salas de proyección y a las cabinas de edición. Aparcados en las partes laterales de los edificios había camiones, remolques, rubias y carritos. Más allá se extendían los amplios tablados de sonido con toda su maraña de pasarelas superiores y material de equipamiento.

Torciendo a la derecha, en dirección a la zona trasera de los terrenos, llegó a un sector desierto, vacío, sin vigilancia en el que se encontraban decorados exteriores: una calle del Oeste con un bar, una caballeriza, un almacén de artículos alimenticios, un hotel, un salón de baile, el Banco y la oficina del sheriff. Detrás aparecía la plaza de un pueblo pequeño, bordeada por bonitas fachadas de casas blancas, entre praderas y un quiosco de música en un arbolado parque. Más allá surgía la calle de una gran ciudad, con sus tiendas, teatros y edificios; y aún más lejos, otra media docena de enclaves más pequeños de decorados extranjeros.

Allí había incontables lugares donde ocultarse y ninguna Policía de seguridad sería capaz de cubrirlos todos de manera absoluta. Una vez hubiera saltado el muro, Norman no tenía más que ir cambiando de un sitio a otro, manteniéndose fuera de la vista. Y acaso hubiera ocurrido ya; por cuanto sabía Claiborne, Norman pudo haber pasado la noche durmiendo en la cama de Andy Hardy. En aquellos momentos podía encontrarse en las instalaciones.

Si el estudio era un imán, también era un pajar por derecho propio, que ofrecía más lugares para ocultarse que en el mundo exterior. Allí, una aguja se encontraría a salvo,

pero su peligrosidad sería aún mayor para los demás. Las agujas tienen una punta bien afilada, y también ojos...

Y yo también, se dijo Claiborne. *Aguarda y espera.* No era momento oportuno para provocar el pánico y, sobre todo, sin tener algo sustancial en que apoyar sus suposiciones. Al menos mientras no estuviera seguro del terreno que pisaba.

Dando media vuelta retrocedió el camino andado, llegando junto a los estudios del sonido. El número Siete, a su izquierda, se encontraba abierto, con sus inmensas y deslizantes puertas aseguradas contra el muro estriado. Siguiendo un impulso, se acercó y miró hacia adentro. Un semicírculo de luz solar iluminaba el suelo de cemento, sobre el que había una maraña de extremos de cables semejantes a reptiles, pero la amplia zona que se extendía más allá, y por la parte superior, quedaba sumergida en sombras.

Claiborne atravesó el umbral e intentó adaptar su visión a la oscuridad interior. Jamás había visto aquello salvo en filmes relativos a los trabajos cinematográficos, y aún así, únicamente, a modo de fondo acompañando a la acción. Pero allí no había acción, tan sólo soledad y silencio.

Adelantándose, observó la silueta borrosa del redondeado tejado, allá arriba sobre las pasarelas. En realidad, no se había dado cuenta de la inmensidad del escenario: un bloque alargado y sombrío semejante a un hangar o al interior de una catedral erigida en honor de algún extraño dios de la oscuridad.

La oscuridad no era absoluta. Más allá de la barricada del muro de fondo de listones y escayola, encastrado en soportes de madera, captó un atisbo de luz tenue..., una sola bombilla que colgaba del extremo de un cordón eléctrico suspendido encima de una rejilla. La zona que iluminaba quedaba oscurecida por otras paredes montadas y unidas y que formaban ángulos rectos por los tres lados.

Claiborne se acercó allí pasando junto a una hilera de vestidores portátiles a su derecha. Las puertas estaban cerradas y, a través de sus resquicios, no se veía rastro alguno de iluminación.

*Incontables lugares para ocultarse.*

Se dirigió hacia el más próximo, reduciendo el paso al encontrarse ante los escalones de madera que conducían a la puerta.

*Supongamos que estoy en lo cierto. Supongamos que por alguna rara coincidencia topara con Norman agazapado allí, en la oscuridad, detrás de la puerta..., agazapado y al acecho.*

Claiborne vaciló. *¿A qué esperas? ¡Condenación! Ése es el motivo de que te encuentres aquí, ¿no? Para encontrarle.*

Subió con lentitud los escalones. *No te preocupes. Si está aquí, con toda seguridad se sentirá asustado. Tan asustado como tú.*

De nuevo se detuvo. Estaba asustado, tenía que admitirlo. Sus tensos músculos lo acreditaban suficientemente. Sentía erizársele el pelo y el sudor correrle por las axilas.

El temor era una reacción normal que podía aceptar. ¿Pero, sería normal la reacción de Norman? Cuando Norman sentía miedo se desataba. Y si tuviera un arma...

*Ya antes te has enfrentado con el mismo problema. Se trata de un riesgo aceptado, es propio de la situación. Sólo que no va a ocurrir. Norman no está aquí, no puede estar, tiene para elegir incontables escondrijos.*

Claiborne llegó junto a la puerta.

Y oyó el ruido.

Era muy débil. Incluso allí, en aquella cavernosa cámara desbordante de ecos, apenas fue más que una insinuación. Un ruido susurrante seguido de un crujido.

Pero no procedía de detrás de la puerta. Su origen se encontraba en la zona iluminada más alejada.

Dio media vuelta, bajó de nuevo los escalones que había delante del vestidor. Volvía a reinar el silencio, roto tan sólo por el suave roce de sus propias pisadas sobre el cemento, al ponerse en marcha. Incluso éstas quedaron amortiguadas al reducir el paso, avanzando con silenciosa cautela, sintiendo el temor, aguzando el oído intentando percibir una repetición del susurro y el crujido.

Nada.

Llegó a la zona abierta situada a la derecha del escenario de las tres paredes, donde colgaba la bombilla. Entonces se detuvo escudriñando ante sí. Nadie se movía debajo de la luz. El escenario estaba desierto.

Empezó a andar lentamente entre las paredes que le encajonaban a ambos lados, en dirección a la habitación rectangular que se encontraba más allá. Pero al entrar algo cambió. Mirando hacia abajo descubrió que el suelo estaba alfombrado. Una alfombra roja y desvaída, del tipo de las que hoy sólo se encuentran en las casas viejas donde los ancianos ignoran el paso del tiempo.

Y ahora él se encontraba en una casa de ese estilo, inmóvil en una habitación en la que se había detenido el tiempo.

Claiborne se quedó mirando el anticuado tocador, sobre el que se encontraban apilados recuerdos de un lejano ayer. Un reloj dorado, figurillas de Dresde, un alfiletero, un espejo de mano profusamente adornado, frascos de perfume con tapones de cristal. Todo ello junto con el atisbo de vestidos que colgaban en un armario abierto, le revelaron que se trataba del dormitorio de una mujer, incluso antes de descubrir la propia cama.

La cama se encontraba a la derecha, en el rincón más alejado, más allá de la mecedora de alto respaldo, colocada frente a la ventana, a la izquierda en penumbra. Dio un paso hacia delante, observando el torneado de las cuatro columnas, admirando la colcha bordada a mano. Pero, al acercarse, se dio cuenta de que había sido apartada descuidadamente, de tal forma que dejaba al descubierto la parte superior de la almohada doble. Siguiendo un impulso cogió las sábanas apartándolas, revelando otra bajera, de color grisáceo salpicada de motas marrón. Y el revelador hueco que sólo pudo ser hecho por alguien que hubiera descansado allí durante mucho tiempo.

*Alguien.*

*Algo.*

Ahora ya sabía Claiborne dónde se encontraba. Jamás lo vio antes, jamás estuvo antes, pero había escuchado y leído lo suficiente como para reconocer lo que aquello debía ser.

*El dormitorio de la madre de Norman.*

Desde luego, allí fue donde el cuerpo momificado de Mrs. Bates, conservado gracias a los toscos saberes de Norman en taxidermia, había permanecido intocado e



insospechado durante todos aquellos años, mientras Norman conservaba la ilusión de que aún vivía. Una inválida demente confinada en su habitación. Pero era el propio Norman quien estaba demente, quien asumía su personalidad cuando mataba. Vistiendo sus trajes, hablando con su voz, aquí, en esta habitación.

*No, en esta habitación no. Era sólo un decorado.*

Claiborne confirmó la realidad con el tacto, extendiendo de nuevo la colcha para ocultar el hueco dejado por un cuerpo. Pero, al hacerlo, se le erizó el cabello y fue incapaz de ahuyentar la idea que empezaba a formarse.

¿Qué habría representado aquello para Norman, viviendo en la casa auténtica, sentado en el verdadero dormitorio, noche tras noche, hablando en murmullos con una momia? *Mamá, mamá...*

En aquel momento volvió a oír el ruido. El crujido y el susurro. Se volvió a tiempo de ver agitarse las sombras.

El crujido procedía de la mecedora de alto respaldo colocada frente a la ventana.

El susurro, del vestido al levantarse la anciana del asiento y dirigirse hacia él.

Salió de entre las sombras brillándole el pelo gris, la boca contraída por un rictus espantoso. Alzó los brazos, engarfiando las manos. Se quitó la peluca.

Claiborne se quedó mirando el sonriente rostro..., un rostro que había visto infinidad de veces en la pantalla.

El rostro de Paul Morgan.

## VEINTIUNO

Claiborne se encontraba sentado en el bar del «Tail o' The Cock» con una cerveza delante sin consumir, mientras Morgan pedía otra copa.

Vestido con unos ajustados tejanos, abierto el cuello de la camisa dejando al descubierto el medallón de oro que descansaba sobre su velludo pecho, Morgan no se asemejaba en lo más mínimo a la encorvada anciana que encontrara en el escenario en sombras de los estudios de sonido.

—Siento mucho lo ocurrido —estaba diciendo—. No era mi intención sobresaltarle.

—No se preocupe. No tiene por qué seguir excusándose. —Claiborne se acomodó en el taburete del bar—. En primer lugar, no debí ir allí.

—Yo tampoco. —Morgan cogió el vaso que el camarero había puesto ante él—. Fue idea de Vizzini.

—¿El director?

—No estoy acostumbrado a este tipo de cosas. Quiere que, realmente, resulten convincentes todas esas escenas. No basta con que me ponga el vestido y la peluca..., sino también los andares, los ademanes, todo el conjunto. Pensé que al hacerlo en el decorado me ayudaría a captar la sensación, ¿comprende?

Claiborne sonrió sin ganas.

—Por lo que a mí toca, lo logró plenamente.

Morgan alzó el vaso y bebió, satisfecho a todas luces con el veredicto.

Claiborne se preguntó si se sentiría igualmente satisfecho, de llegar a conocer las observaciones que se guardó para sí. Desde luego, Morgan resultaba convincente vestido de anciana, pero representar a Norman ya sería otro cantar. Sin el maquillaje se encontraba prisionero de su propia imagen, identificable al punto.

Como queriendo demostrar que estaba en lo cierto, se levantó una jovencita que se encontraba sentada con un grupo de tres en uno de los reservados cercanos y se acercó al bar. Menuda y bonita, la indumentaria que llevaba contribuía a hacer resaltar su pelo cobrizo y los ojos castaños: unos pantalones blancos y una camiseta abierta que contrastaba con su rostro de bebé y sus desarrollados y bien formados senos. Seguramente sería una turista e, indudablemente, no tenía más allá de dieciséis años.

Haciendo caso omiso de Claiborne, se situó junto a su acompañante.

—Perdóneme —dijo—. ¿No es usted Paul Morgan?

El actor, quitándose las gafas, se volvió y exhibió su familiar sonrisa.

—¿Usted qué cree? —preguntó.

Ante la mirada de él, la joven bajó los ojos y alargó una mano en la que apretaba un pequeño libro encuadernado con imitación de cuero, así como un bolígrafo. La mano le temblaba de manera casi imperceptible, pero el temblor de su voz era evidente.

—¿No le importaría... darme su autógrafo?

Morgan clavó los ojos en el centro de su blusa.

—Puedo darte todo cuanto tengo —respondió. La muchacha se ruborizó y la mueca

de Morgan se hizo más amable—. Vamos, encanto. No te pongas nerviosa.

Al observar el cambio de expresión, la joven pareció tranquilizarse.

—¿De dónde eres? —murmuró.

—De Toledo. Mis amigas y yo estamos haciendo una gira. —Sonrió con timidez mirando hacia donde se encontraban las otras muchachas—. Apostaron a que no vendría. Espero que no le importara.

—Nada de eso. —Cogió el libro abriéndolo por una hoja en blanco y luego el bolígrafo—. ¿Cómo te llamas?

—Jackie. Jackie Sherbourne.

—¿Quieres deletrearlo?

La joven lo hizo y Morgan garrapateó algo con caligrafía grande y rebuscada, haciéndole a la chica un guiño mientras escribía.

—Aquí tienes. Supongo que será suficiente.

Cerrando el libro se lo devolvió junto con el bolígrafo.

—Gracias —le dijo ella.

—Ha sido un placer.

La joven se alejó y Morgan se volvió para coger de nuevo su vaso. Claiborne la observó dirigirse, junto con sus compañeras, hacia la salida.

Morgan bebió un trago.

—¿Pasa algo?

Claiborne se encogió de hombros a modo de respuesta. No valía la pena decir nada, porque había visto lo que Morgan escribiera en el libro de autógrafos. *Para Jackie Sherbourne que se sube a la cabeza.*

Un truco despreciable, por un instante se sintió tentado a increparle. Se prometió hacerlo más adelante, llegado el momento. Pero todavía no. En estos instantes necesitaba aliados. El guión...

—Si quiere saber mi opinión, apesta. —Morgan hablaba precisamente de él—. No crea que soy tan estúpido como para no darme cuenta de las intenciones de Ames, cediendo todas esas escenas a la chica, creándole un papel. Pero ella será incapaz de interpretarlo. Nunca comprenderé por qué diablos le contrató Driscoll. En aquel momento debía de estar fuera de sus cabales.

—Tengo la impresión de que el reparto de los papeles corre a cargo del director —repuso Claiborne—. En definitiva, es clavada a Mary Crane. Y él busca el realismo.

—Entonces, ¿dónde me sitúa a mí, interpretando a un marica?

—No es un marica..., sólo un travestí.

—Pero Norman cree que él es su madre...

—Su fuga no implica, forzosamente, homosexualidad. Tanto sólo a nivel de sublimidad.

—Entonces, ¿qué diablos significa? —preguntó Morgan frunciendo el entrecejo—. Hábleme en plata, déjese de andarse por las ramas... ¿Cómo era en realidad Norman Bates?

Claiborne se encogió de hombros.

—Muy semejante a mí o a usted —explicó—. Si se nos despoja de nuestra identidad,

se nos reduce a un caso con historial numerado, se nos confina en una habitación que, en realidad, es una celda, sometidos a órdenes, rodeados de enfermos y de aberrantes...

—Conozco todo eso —replicó Paul Morgan con voz baja—. He estado en una de esas casas de locos.

Al observar el involuntario ramalazo de sorpresa en los ojos de Claiborne, se apresuró a añadir:

—No se confunda, yo no era un demente. Ingresé voluntariamente hace un par de años... Permanecí allí un mes, sólo para ambientarme. —Morgan, cogiendo su vaso, apuró los residuos diluidos en hielo—. No resultó.

El tono de su voz fue sardónico, pero no había rastro de semejante actitud en su rostro al inclinarse.

—Y yo tampoco —dijo—. A decir verdad, durante casi año y medio no trabajé. En este condenado negocio es demasiado tiempo y, una vez que ha corrido la voz, no hay nada que hacer.

—Pero Vizzini quería que usted representara este papel.

—No quería que le representara yo..., era el nombre lo que le interesaba. Y lo obtuvo realmente barato. Ése es el único motivo que indujo a Driscoll a seguir adelante. El condenado bastardo me lo dijo en mi propia cara.

La mano de Morgan se contrajo alrededor del vaso vacío.

—Ese hijo de perra sigue acorralándome, cree que es capaz de hacer de las suyas. Pero le aguarda una sorpresa. Si en lugar de usted hubiera estado solo conmigo en aquel escenario esta mañana...

Al observar la mirada de Claiborne, el actor se interrumpió y se echó a reír con brusquedad.

—Olvidelo —concluyó—. ¿Quiere otra copa?

Claiborne descendió de su taburete e hizo un ademán negativo con la cabeza.

—Más vale que regrese al motel. —Luego añadió vacilante—: ¿Se encuentra bien?

Morgan asintió.

—Tenía que explayarme. Pero ahora me encuentro bien. Estoy seguro de que soy capaz de representar el papel, de manera que no hay de qué preocuparse. —Se esforzó por exhibir una sonrisa arrolladora—. Recuerde que soy Paul Morgan.

Claiborne lo rememoró todo mientras conducía. La perturbadora imagen de Paul Morgan transformado en el decorado... La indiferente crueldad de Paul Morgan con la joven aficionada a los autógrafos... La amargura y la ira de Paul Morgan en el bar. Pero hasta llegar al motel no se hizo la pregunta:

¿Cómo era Paul Morgan?

## VEINTIDÓS

Eran ya casi las siete cuando Jan abrió la puerta del horno y tanteó el asado con el tenedor.

Las púas encontraron cierta resistencia y Jan frunció el ceño. *Aún no estaba hecho. Cerró la puerta del horno, subiendo la temperatura, a 200°. Le concederé otros quince minutos mientras hago la ensalada. Con un poco de suerte, es posible que llegue retrasado. No conoce las colinas.*

Pero mientras limpiaba la lechuga, mantenía el oído atento a los posibles ruidos de un auto. Todo cuanto escuchó fue la interminable repetición de las dos notas de un ave nocturna, estableciendo desafiante su territorio. Y, en el interior, Connie ordenándolo todo en el territorio de su propio dormitorio y disponiéndose a salir. *Ojalá que se haya ido cuando él llegue.*

Jan ahogó el pensamiento en una mezcla de aceite y vinagre. La vertió sobre la ensalada, y luego pensó que había llegado el momento de echar otra ojeada al asado, apagar el horno, darle otra pincelada de grasa y dejarlo que se dorase un poco más...

*Al diablo con las tareas domésticas. Un auténtico petardo.* De súbito se dio cuenta de que ya no se oía el canto del ave nocturna. Y tampoco se había percatado de la llegada del coche, pero ahora sonaba el timbre de la puerta, seguido casi inmediatamente por el murmullo de voces. *Esa condenada de Connie ha abierto la puerta. Le dije...*

Demasiado tarde. Jan se quitó el delantal arrojándolo sobre el respaldo de una silla. Luego se arregló el pelo. ¿Cómo no se le habría ocurrido poner un espejo en la cocina? Aunque fuera uno pequeño para aquel tipo de emergencias.

Y era indudable que se producía una emergencia siempre que se metía en la cocina, para proseguir con la rutina de la cena íntima para dos...

Cogió presurosa una servilleta de papel de la caja que había sobre la mesa y se limpió la cara y la frente. Al menos, no haría su entrada con una nariz reluciente. Una vez que hubiera encendido las velas colectivas sobre la mesa del comedor, la cosa no tendría importancia. Cenar a la luz de las velas en un agradable ambiente de intimidad, orientar tranquilamente la conversación tomando unas copas, descubrir exactamente lo que él y Roy hablaron y acordaron cuando aquella mañana salieron juntos. Todo aquello era culpa de Roy, con sus fantasmales ideas de suspender la película. Caso de que hubiera logrado convencer a Claiborne, a ella le correspondía dar la vuelta a la situación. Y, además, rápidamente. O tal vez con calma..., con las velas, las bebidas, la ensalada, el asado y todo cuanto fuera necesario.

Atravesando la cocina escuchó desvanecerse el murmullo de voces, y luego la rúbrica final al oír el portazo de la puerta de entrada; era evidente que Connie se había ido. Podía escucharse cómo se alejaba su taconeo en dirección al aparcamiento.

Jan se detuvo ante la puerta de la cocina para darse un toque final al pelo. *Adelante, chica. Y sea lo que Dios quiera.*

Era extraño lo que ocurría en el mundo del espectáculo. Todo el mundo en la

profesión, incluso los más grandes, sentían el pavor del escenario. Recordaba las historias que oyera sobre Al Jolson en Broadway, cómo Jolie solía hacer correr con toda la fuerza los grifos del lavabo del camerino antes de sus actuaciones, para ahogar así el ruido de los aplausos de la actuación anterior a la suya. Da lo mismo que estés haciendo Teatro, Cine o Televisión. Siempre existía ese terrible momento antes de comenzar, cuando empiezas a sudar por todas partes y sientes ese vacío en el estómago. Luego, al levantarse el telón, o cuando el director grita «¡Rodando!» o el monitor parpadea en rojo..., entonces es cuando todo cambia. Es cuando tú cambias, dominas la situación, te entregas. No hay nada como el mundo del espectáculo, es el orgasmo más formidable del mundo.

En aquellos momentos, Jan estaba disfrutando con la representación, saludando a su invitado, encendiendo las velas, escanciando los martinis ya preparados en la coctelera sobre el bar.

Lo que no había pensado por un solo momento, es que disfrutaría con el propio doctor Claiborne.

Recordaba haberle encontrado atractivo y ella siempre había sentido debilidad por aquellas voces hondas, lo que se dice viriles. Pero la mayoría de los actores que conocía tenían cualidades similares. Lo que hacía que Claiborne fuera diferente era que no cultivaba su ego. Su forma de comportarse era apacible, tranquilizadora... Si aquellos eran sus modales de cabecera, acaso valiese la pena descubrirlos... Y no hablaba de sí mismo.

Mientras bebían la alabó de una forma que ella nunca esperara. No sobre su aspecto atractivo, sino sobre su apartamento, la elegancia con que había puesto la mesa, las velas. Y durante la cena incluso se refirió a Connie.

— ¿Su amiga es también actriz?

Jan asintió.

— Resulta difícil de creer. Parece tan reservada. ¿Qué papeles representa..., secundarios?

— Quiere decir que no la encuentra bonita.

— No he dicho eso.

— Pero, en cierto modo, tiene razón. Hace personajes y también papeles. Por lo general, de poca monta.

Claiborne se la quedó mirando a la luz de las velas.

— No la entiendo.

— Connie siempre está trabajando. Debe de haberla visto centenares de veces en comerciales de TV o en espacios dramáticos, pero no podría reconocerla porque jamás muestran su rostro. La utilizan para inserciones..., primeros planos, doblando a estrellas cuyas manos y pies no son atractivos. Por aquí hay mucho de eso. Algunos doblan diálogos, pero la mayor demanda es de cuerpos. Un director puede encontrar lo que busca sólo con consultar fotografías en un catálogo... Pies, muslos, senos, cualquier cosa que quiera.

— Algo así como si eligieran trozos de pollo en un supermercado —dijo Claiborne sonriendo. Luego se puso serio—: No es extraño que sea tímida. Debe sentirse una tremenda frustración y resentimiento sabiendo que otros reciben los aplausos mientras uno está condenado al anonimato.

— Así es.

— Al menos ése no es su problema —siguió Claiborne—. Es evidente que usted no necesita que la doblen de una forma u otra. Y no tiene que preocuparse por rechazo alguno.

— ¿Cómo debo tomarlo? —exclamó Jan sonriendo—. ¿Es un halago o simplemente análisis?

Claiborne apartó su plato, alargando la mano para coger la taza de café.

— ¿Cuál de las dos cosas preferiría?

— En este negocio ya me dan suficiente coba..., a todo el mundo le pasa. Pero tienes que llegar a ser muy grande para que puedas permitirte el análisis. O lo necesites.

Claiborne se recostó en su asiento. — Es posible. Pero insisto en que si más gente comprendiera desde un principio sus propias motivaciones, probablemente no acabarían teniendo que recurrir a la terapia.

— ¿Me está ofreciendo un tratamiento?

— Difícilmente. Ni siquiera podría hacerle la menor indicación hasta no saber más de usted.

— Pregunte.

— Muy bien. Primero, generalidades. Tengo la impresión de que muchas actrices proceden de dos ambientes. En primer lugar de una familia destrozada... El padre ha muerto, está divorciado o, simplemente, ha abandonado el hogar cuando la hija era pequeña, quedando la madre sola para ocuparse de ella. Agresiva, ambiciosa, maneja a su hija como si se tratara de una marioneta, la obliga a penetrar entre candilejas, pero siempre manteniendo firmemente agarrados los hilos. ¿Le suena familiar?

— Adelante —murmuró Jan.

— El segundo grupo se origina en una situación ligeramente diferente. Una vez más, el padre se encuentra ausente, pero en esta ocasión igual sucede con la madre... Acaso haya muerto o a veces es psicótica. La joven es huérfana. Al no encontrar seguridad en el hogar de adopción, con frecuencia se casa precipitadamente, sin pensarlo dos veces. Pero ello no resuelve nada. De manera que busca a hombres poderosos que la utilizan, al igual que ella los utiliza para avanzar en su carrera.

— Como Marilyn Monroe —asintió Jan—. También conozco el tipo.

— Formidable —exclamó Claiborne—. Pero ahora nos enfrentamos con la cuestión. ¿Adónde pertenece usted?

— ¿No lo adivina?

Claiborne respondió a su sonrisa con otra.

— Por lo que llevo observado, pertenece a la segunda.

— Oiga, espere un momento. Si piensa que soy una de esas dementes suicidas, que no saben lo que quieren y se atiborran de drogas...

Claiborne hizo un ademán negativo.

— Claro que no. Eso llega después. Y lo que trato de hacerle comprender es que, si usted enfoca bien el problema, no es necesario que llegue.

— ¿Cómo nos hemos encontrado ya en este punto? —Jan forzó la risa, sabiendo que era culpa suya el que las cosas se hubieran salido de cauce.

Había llegado el momento de poner punto final a aquellas improvisaciones, y ceñirse al guión, para lo que se había preparado mentalmente. *El guión...*

—Dejemos de lado mis problemas —dijo—. ¿Qué tal le ha ido con Roy esta mañana?

—Creo que bastante bien. Parece que está de acuerdo con la mayoría de los cambios que le sugerí.

—¿Qué clase de cambios?

—Se refiere en especial a cómo llevar a cabo la caracterización de Norman. Ahora está trabajando en ello.

—¿Y qué me dice de mis escenas?

—No creo que les afecte demasiado. Acaso pierda unas aquí y allá.

—¿Cómo?

—Si cambia la actitud de Norman, es lógico que también cambie la reacción de su personaje. Algunos cortes de diálogo servirán para subrayarlo.

—¿Cortes de diálogo? —Jan se puso tensa—. ¿Qué pasa aquí? Nadie le dice a un productor cómo tiene que producir o a un director la forma de dirigir. Pero, en cambio, hasta el lucero del alba se cree escritor.

Algo en su interior le decía, *tranquilízate, estás perdiendo los estribos*. Pero si intentaba reventar su papel...

Y, entretanto, él seguía allí sentado, con su sonrisa profesional, diciéndole que no se preocupara. Pero, ¿quién se creía que era, dándole consejos? Las palabras parecían precipitarse.

—¿Cuánto tiempo hace que está aquí..., dos, tres días? ¿Lo considera suficiente para convertirse en un experto?

—No lo soy —*¡Santo Cielo! Parecía el gato que se hubiera comido al canario. Y esa falsa actitud científica, esa voz profunda*—. Es tan sólo una cuestión de lógica. El cambio en la actitud de Norman implica variar la forma de su reacción ante él.

—No necesito el diagnóstico de un médico. ¿Cuál es su idea de una adecuada reacción..., un supositorio?

Aquello le puso a raya. Pero Jan ya no bromeaba, luchaba por su supervivencia. Se había terminado el juego, aquello era demasiado importante.

—Déjeme que le diga algo, amigo...

—Ya lo ha hecho. —Claiborne tampoco bromeaba ya—. Sé lo que está intentando hacer. Está protegiendo su papel.

—No se trata únicamente de un papel, es todo mi futuro. ¿Acaso es incapaz de verlo?

—Nadie puede ver el futuro. Los únicos que anhelan hacerlo son aquellos que no pueden mirar hacia el pasado. —Hizo un ademán de asentimiento—. Y en su caso, considerando el ambiente al que se ha referido...

—Yo no soy un caso. ¡Soy una actriz! Y de cualquier manera, ¿qué diablos sabe usted de mi ambiente?

—Me gustaría conocerlo.

—¡Claro que le gustaría! Así es como ustedes, los psiquiatras, se ganan la vida, ¿verdad? Escuchando todos esos folletines sobre adolescentes fruto de hogares destrozados, a las que pegan y violan, y que se fugan y rechazan a todo aquél que quiere



ayudarlas. —Se le quedó mirando en espera de su reacción—. Bien, pues he de decirle algo. Todas esas fantásticas teorías sobre las actrices no son más que un cúmulo de estupideces. ¿Quiere conocer mis orígenes? Se encuentran aquí mismo, al norte de Hollywood. De ahí es de donde procedo. Mis padres aún viven, en Northridge. Jamás se divorciaron, que yo sepa nunca tuvieron una auténtica pelea, y fui sólo yo quien decidió seguir cursos de interpretación cuando me gradué en «Van Nuys High». Durante los últimos cinco años me las he arreglado por mi cuenta. Y con ello no quiero decir que, a veces, no haya sido difícil... Es un mundo difícil, si quieres conseguir algo has de luchar, y acaso sea aún más difícil cuando no tienes una madre dominante, un agente tiburón o un productor que te abre las puertas. Claro que hago lo que puedo, no hay otro remedio. Pero eso no quiere decir que sea una especie de prostituta...

—Hollywood es la prostituta —afirmó Claiborne.

Jan intentó dominarse, al tiempo que fruncía el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—¿No lo comprende? Se trata del síndrome de la diversión. La propia película se prostituye ante los públicos. La propia manera de anunciarse es una alcahuetería... Ven, viórame, pásalo en grande, me vendo para que disfrutes en la oscuridad. Te invito a que liberes tus más locas fantasías de lujuria, asesinato, venganza. Te incito a que te identifiques con sádicos, sociópatas, con los polimórficamente perversos. Te tienta con sueños de destrucción. —Sonrió a modo de excusa—. No me entienda mal. No es mi intención rebajar el entretenimiento. Todos nosotros necesitamos catarsis, un escape temporal hacia el mundo de la fantasía. Eso es lo que reciben las audiencias y, una vez terminado el espectáculo, es sólo cuestión de salir y volver a la realidad. Pero si usted es una de las que han creado esa fantasía, se queda rezagada viviéndola noche y día. Ahí está el peligro porque no tiene alternativa. Y, finalmente, pierde contacto, pierde la habilidad de hacer frente a la realidad. Y cuando roza su vida puede destruirla.

—¿Quién diablos es usted para decirme qué hacer con mi vida? —Jan se puso rápidamente en pie—. Acaso no sea lo más grande del mundo, es posible que yo sea egoísta y estúpida y que acabe cayendo de bruces. Pero sé que hago. Si quiere alternativas hable con Kay.

—¿Kay?

—Mi hermana pequeña. Ella sí que lo tenía todo... Mucho más inteligente que yo y también más bonita..., o lo fue hasta cumplir los dieciséis. Entonces fue cuando atravesó el umbral del escenario de la vida real que tanto representa para usted. Vida real, allí, en su vientre, donde un garañón se la puso. A los diecisiete era ya madre, a los dieciocho se drogaba y vivía en un remolque con su amigo y el bebé. Luego, a aquel tipo lo metieron en la cárcel y le quitaron al chiquillo enviándole a un orfelinato. Ella desapareció y Dios sólo sabe por dónde estará ahora. Mis padres han hecho lo indecible por encontrarla pero sin lograrlo. Tal vez tenga suerte y se tope con algún psiquiatra que le aconseje que no se preocupe, que lo que ha hecho es mejor que destruir su vida con una carrera.

Claiborne apartó la silla de la mesa.

—No quiera seguir engañándose. Habla como si ésas fueran sus únicas disyuntivas. Pero, entre esos dos extremos, existe una enorme zona y la mayoría de nosotros nos las

arreglamos para crearnos una vida en ella.

Jan se volvió hacia el doctor con la mirada centelleante.

—¿Y qué me dice de usted? ¿No ha hecho lo mismo..., pasarse años estudiando, esclavizado, renunciando a todo, sólo para llegar adonde se encuentra hoy?

—Precisamente por eso. —Claiborne habló en voz queda—. Le estoy diciendo todo esto, porque yo mismo he seguido ese camino. Y hoy me encuentro, prácticamente, en el limbo. En ninguna parte. Sin hogar, sin familia, sin una vida personal. Emborracharse con el trabajo no es vivir. Acaso sea demasiado tarde para que yo pueda cambiar, pero a usted aún le cabe la elección. No la desprecie.

A medida que le escuchaba se desvanecía el enfado de Jan. Tal vez fuera sincero, acaso creía de veras en lo que decía. Pobre infeliz, viviendo en un hospital y rompiéndose los cascos con los problemas de un montón de dementes, durante las veinticuatro horas del día. De repente, le vino aquella idea a la mente... Me pregunto cuánto tiempo hará que no ha tenido a un mujer.

Y con la idea empezó a sentir en su interior una calidez, un sentimiento que no era capaz de explicar. No tenía nada que ver con el sexo, tampoco era sencillamente simpatía, sino más bien una mezcla de ambas cosas que los fortalecía. Sin darse casi cuenta, avanzó hacia él, con las manos extendidas y entonces...

Sonó el carillón.

Jan se volvió frunciendo el entrecejo y se dirigió a la puerta. *Quién diablos...*

Roy Ames.

Y precisamente en aquellos momentos... Así que estaba celoso... Pero, ¿qué derecho le daba a interrumpirles?

—¿Qué quieres? —preguntó.

Haciéndola a un lado entró en la habitación.

—He intentado telefonear pero la línea estaba siempre ocupada.

Jan frunció aún más el ceño.

—Este teléfono no ha sonado en toda la noche.

Roy echó una mirada a la mesa sobre la que se encontraba.

—Eso veo.

Jan siguió su mirada.

—Connie llamó por teléfono antes de irse. Debe de haber colgado mal el receptor.

—Muy bien. —Se dirigió a Claiborne—. A usted era a quien quería localizar. Vamos. Claiborne se levantó.

—¿Adónde?

—«Coronet». Driscoll me telefoneó a casa. En marcha, iremos en mi coche.

—¿Por qué tanta prisa?

Roy, girando sobre sus talones, se encaminó hacia la puerta.

—Alguien ha incendiado el estudio.

## VEINTITRÉS

Roy conducía a toda marcha, inclinado hacia la izquierda para dejar sitio a Jan y Claiborne sentados junto a él.

Bordeando las curvas de la ladera, pisando el acelerador al llegar al bulevar, prestaba oído atento al posible ulular de las sirenas. Pero no se oía nada y, al atravesar la entrada, tampoco vieron nada. El estudio se erguía al fondo, en la noche, sin el menor rastro de llamas.

—¿Falsa alarma? —murmuró Claiborne.

—No puede ser —dijo Roy—. Me telefoneó el propio Driscoll.

Y, en efecto. En la puerta se encontraba Driscoll junto a uno de los guardianes.

El coche se detuvo nada más entrar, mientras Driscoll avanzaba presuroso hacia ellos, señalando con un ademán a los pasajeros.

—¿De dónde diablos salen? —preguntó.

—El doctor Claiborne estaba cenando con Jan —le explicó Roy—. Dadas las circunstancias, creí que él debía saber...

—¡A la mierda con las circunstancias! —Volvió hacia los acompañantes de Roy—. Muy bien, están aquí. Pero recuerden una cosa. Ustedes dos mantengan la boca bien cerrada. —Se puso en marcha sin esperar una respuesta—. Vamos.

—¿No va a decirnos lo que ha ocurrido? —preguntó Claiborne.

—Ya lo verá. Ha habido un accidente.

A medio camino de la calle del estudio, Roy comprendió adonde se dirigían. Uno de los platós, a la izquierda, estaba abierto y aparcado delante de la entrada vio el reluciente vehículo rojo que utilizaba Frank Madero, jefe de la patrulla de bomberos del estudio. Dentro, el plató Siete, resplandecía de luces. Driscoll les condujo, pasando junto a una hilera de camerinos, hasta el plató del fondo.

Roy lo reconoció tan pronto como entraron; el *decorado* era inmediatamente identificable. Se trataba del dormitorio de la madre de Norman, tal como él lo describiera en el guión. O casi igual.

Allí aguardaban dos hombres... El fornido y mostachudo Madero y el viejo Chuck Grossinger, uno de los guardas de seguridad de vigilancia nocturna, que hablaban en el rincón próximo a la cama de cuatro columnas.

Roy parpadeó deslumbrado por las luces. A primera vista, el decorado ofrecía el mismo aspecto de siempre. Sin embargo se respiraba un fuerte olor acre..., el olor a tela quemada.

Y entonces vio la colcha. Tenía los bordes quemados, también las fundas de las almohadas estaban chamuscadas, extendiéndose las huellas más allá de la cabecera de la cama, ennegreciendo la pared que había detrás.

—Llegué justo a tiempo —estaba diciendo Grossinger—. La puerta estaba ligeramente entreabierta, viéndose tan sólo una rendija, al pasar junto a ella, y a su través pude ver una especie de luz que oscilaba dentro. Entonces olí el humo. Entré corriendo y

me encontré con la cama en llamas, así que quité de la pared el extintor...

—Y poco te faltó para que te convirtieras en asado. —Frank Madero hizo un gesto de amonestación con la cabeza—. Lo que has de hacer en estos casos es llamarme a mí.

—¡Por todos los demonios! Mientras sacabais el equipo del garaje hubiera ardido todo. Si toda esa gasolina hubiera explotado...

—¿Gasolina? —Driscoll volvió a fruncir el ceño mientras se acercaba a él.

Frank Madero se detuvo junto a la parte más alejada de la cama, quedando fuera del campo de visión de Roy.

—Hace un momento que encontré esto debajo de la cama —explicó.

Mostró un bidón de veinte litros.

Driscoll, lo cogió y agitó.

—Ni siquiera lo han abierto.

—El tapón ya estaba aflojado —le dijo Madero—. Alguien se disponía a utilizarlo cuando le interrumpieron.

—¿Cómo lo sabe? —Driscoll se inclinó hacia delante, escudriñando debajo de la cama—. Mire, aquí hay también botes de pintura y pinceles. Esos condenados vagos lo metieron todo ahí al terminar el trabajo, en lugar de llevarlo de nuevo al almacén. Tal vez uno de ellos se echara a dormir una siesta con un cigarrillo en la boca. La cama empezó a arder y huyó dominado por el pánico.

Madero hizo un ademán negativo.

—Créame, este conato de incendio ha sido intencionado. Lo mejor es que llamemos...

—Alto. —Driscoll se volvió hacia el guardia—. ¿Ha hablado ya con Talbot?

Roy recordó el nombre. Talbot era el jefe de seguridad de los estudios.

Grossinger pareció incómodo bajo la mirada de Driscoll.

—No he tenido ocasión. Ya sabe dónde vive, más allá de Thousand Oaks. Pensé que para cuando llegara aquí...

—No importa lo que usted pensara. ¿Está enterado de esto alguien del turno de noche?

—No. Jimmy está en la puerta, Fritz y Manhoff cubren la zona trasera.

Driscoll se encaró con Madero.

—¿Y qué me dice de su gente?

—Perry y Cozzens están de servicio, pero cuando Grossinger me llamó estaban arriba durmiendo. Me dijo que no me preocupara, que el incendio estaba sofocado y que, de cualquier forma, parecía un accidente, así que lo único que hice fue subir al coche y venirme hacia aquí, solo.

—De manera que nadie está enterado de lo ocurrido, salvo nosotros.

—Y el tipo que lo hizo. —Frank Madero señaló el bidón de gasolina que Driscoll tenía en la mano—. Sé lo que se propone, pero se trata de un incendio provocado.

Driscoll retrocedió moviendo negativamente la cabeza.

—Está equivocado. Ha sido un accidente.

Madero enrojeció.

—¿Desde cuándo da órdenes usted por aquí?

—Desde que Barney Weingarten se fue a Europa —explicó Driscoll—. Rubén

también está en Nueva York, de manera que todo ha quedado a mi cargo. ¿Por qué diablos cree que esta noche me encontraba todavía aquí, en la oficina, cuando llamó? Tengo suficientes quebraderos de cabeza para que encima alguien trate de decirme cómo desempeñar mi trabajo.

Madero alzó la voz.

—Es posible. Pero si intenta ocultarlo nos vamos a ver en grandes dificultades...

— ¡Calle y escuche! Si lo que quiere son dificultades, vaya corriendo a la Policía. Redacten ustedes sus informes, tal como me lo han contado a mí. Y cuando regrese Weingarten, y descubra lo negligente que se mostró esta noche el servicio de seguridad..., cuando se entere que esos dos payasos del servicio de incendios estaban durmiendo mientras se producía un conato de incendio que pudo haber arrasado todos los condenados estudios..., les aseguro que tendrán ante sí un porvenir realmente tenebroso.

—No podrá salir adelante con esto. —El tono de voz de Madero había perdido estridencia. Intentaba sentirse tranquilizado.

—Confíen en mí. —Driscoll se volvió hacia Roy, Jan y Claiborne—. Todo cuando quiero de ustedes es que mantengan la boca cerrada. Quien quiera saber el motivo de que nos encontremos aquí, esto es sólo una reunión relacionada con la producción.

Grossinger se adelantó.

—¿No olvida algo? Las pruebas...

—¿Qué pruebas?

Marty Driscoll dio unas palmadas sobre el bidón de gasolina.

—De esto me encargaré yo personalmente. —Lanzó una ojeada a la cama—. Usted y Madero quiten esa colcha y despréndanse de ella. Mañana diré a Hoskins que el dibujo era demasiado elaborado y que ha de buscar algo más sencillo. —El productor miró hacia arriba—. Traten de encontrar algo para quitar las manchas de esa pared. Y pongan en marcha el acondicionador de aire para que desaparezca el olor a quemado.

Madero se encogió de hombros.

—Muy bien, pero si algo sale mal...

—No saldrá si ustedes se mantienen al margen. —Driscoll sonrió—. Limítense a hacer lo que les he dicho y mañana todo estará en orden. —Se dirigió hacia la salida—. Muy bien, eso es todo. Me comunicaré con ustedes a primera hora de la mañana.

Roy salió con sus compañeros a la calle en sombras de los estudios, interrumpidas por plateados rayos de luna. Jan y Claiborne no habían dicho palabra, pero él sabía lo que pensaban. *Encubridores. Poco menos que cómplices.*

Apresuró el paso para alcanzar a Jan; tenía la mirada casi vidriosa y la luz de la luna hacía resaltar su palidez. Demasiado tarde para observar el rostro de Claiborne, porque ya se encontraba junto a Driscoll.

—Tengo que hablar con usted —dijo Claiborne.

—Adelante.

—En privado.

El productor hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Todos estamos en esto. Si tiene algo que decir, oigámoslo.

En el momento en que se acercaban Roy y Jan, Claiborne clavó la mirada en lo que Driscoll tenía en la mano.

—El bidón de gasolina —murmuró—. Vi uno exacto el domingo pasado, cuando Norman quemó la furgoneta.

—¡Otra vez no, Santo Cielo! —Driscoll frunció de nuevo el ceño—. ¡No irá a decirme que Norman inició este fuego!

—Le advertí que intentaría algo —siguió Claiborne—. ¿Quién más tenía mejores motivos? —Indicó con la cabeza el bidón—. En cuanto al método...

—Coincidencia. Cada vez que alguien intenta algo semejante, en lo primero que piensa es en la gasolina...

—De manera que admite que ha habido un pirómano.

—¡No admito nada semejante! Es posible que se trate de lo que he dicho, tan sólo un accidente. Si lo que intenta es atemorizarme, olvídelo.

—Desearía poder hacerlo. —Ahora Roy podía ya ver el rostro de Claiborne. Tenía la frente cubierta de sudor—. Ése es el motivo de que haya mantenido la boca cerrada, porque no quiero asustar a nadie y, además, no estaba absolutamente seguro. Pero desde esta noche no existe la menor duda. Norman está aquí.

—No diga estupideces. —Driscoll agitó el bidón de gasolina—. Esto no prueba nada.

—Pero es que le he visto.

—¿Cómo...?

—Lo he visto —repitió Claiborne en voz baja—. Anoche.

Nadie profirió una palabra. Roy observaba a Claiborne. Ahora todos le miraban, allí en pie, mientras la luz de la luna empezaba a desaparecer entre las sombras, esperando a que hablase.

*La escenificación perfecta*, dijo Roy para sus adentros. *Cuéntanos una historia, papá. Háblanos del duende que avanza entre las sombras para atraparnos.*

Sólo que Claiborne no era el papá de nadie y tampoco hablaba de algo atisbado en la oscuridad. Roy escuchaba atentamente, a medida que las palabras y frases llegaban a sus oídos. *El supermercado de Ventura. Multitud de clientes. Iluminación brillante. El espejo. Le vi allí de pie, con la misma claridad que le estoy viendo a usted. Se escabulló..., desapareció.*

—Entonces, ¿cómo puede estar seguro? —dijo Driscoll—. Tal vez se equivocara.

—Mi única equivocación fue el no decírselo a usted antes. De haber aceptado mi consejo y suspendido la filmación, esto no hubiera ocurrido.

—No ha ocurrido nada. —Driscoll se puso el bidón debajo del brazo, haciendo que se agitase el contenido—. Y nada ocurrirá.

—Pero lo intentará de nuevo...

—No se preocupe. De ahora en adelante reforzaremos el servicio de seguridad. Nada de sueñecitos para quienes estén de guardia. Nigún fallo. Sigo creyendo que está usted equivocado pero, de no ser así, le ajustaremos las cuentas a ese bastardo.

Roy se adelantó.

—¿Por qué correr el riesgo? ¿No podría, al menos, retrasar la fecha del comienzo dando a la Policía la posibilidad de encontrarlo?

Claiborne asintió, sonriendo agradecido ante el apoyo de Roy, pero Driscoll contestó

rápido:

—Demasiado tarde. Madero y Grossinger están ya haciendo desaparecer las pruebas.

¿Y cómo explicaríamos el que nadie diera aviso tan pronto como descubrimos el incendio?

—Sacudió negativamente la cabeza—. Nada de Policía.

—Pero un aplazamiento...

—Lo consultaré con la almohada.

Driscoll, dando media vuelta, se alejó.

—Lo que significa que no suspende la filmación —murmuró Roy. Miró a Claiborne—

. ¿Está seguro de que era Norman a quien vio?

—Absolutamente.

Jan tenía la mirada incierta.

—Ese supermercado de Ventura... —dijo—. Si es el que creo, se encuentra tan sólo a tres manzanas de aquí.

—No volverá a aparecer por allí —respondió Claiborne—. Sobre todo si me reconoció anoche. Pero si ha encontrado por aquí algún lugar donde ocultarse...

Roy miró sorprendido al ver a Jan junto a él, alargando la mano para coger la suya. Al alzar la vista, vio el rostro de una actriz, intentando mantener los ojos serenos y la boca simulando tranquilo dominio de sí misma. Pero la verdad estaba en el tacto de sus dedos, que oprimían convulsos las manos de él. Era una joven atemorizada por completo.

Había acudido a él en busca de seguridad y protección, pero lo malo era que nadie podía ofrecérselo. En aquellos momentos, todos eran vulnerables.

—Vamos —dijo—. Salgamos de aquí

## VEINTICUATRO

La hoja de la navaja tenía quince centímetros de longitud y dos y medio de ancho, con doble filo y capaz de cortar un pelo.

Santo Vizzini se encontraba en la penumbra, aferrando la empuñadura, con la vista clavada en la aguda punta al tiempo que la levantaba hacia la luz.

Se quedó inmóvil, sobresaltado al entrar Claiborne en la habitación.

—Mr. Vizzini...

—¿Sí?

—Soy el doctor Claiborne. En su oficina me dijeron que andaba por aquí. Espero no interrumpirle.

—Por el contrario, ha llegado justo a tiempo. —Vizzini dejó la navaja sobre la mesa, bajo la luz. Luego alargó la mano—. Es un verdadero placer —dijo—. He estado deseando conocerle desde que me informaron de su llegada.

Claiborne percibió el olor de la loción para después del afeitado...; no, era más fuerte, debía de ser perfume o colonia... enmascarando el olor a sudor rancio, y todavía otro que no pudo identificar. El director, volviéndose, echó otro vistazo a la navaja.

—Demasiado delgada —dijo frunciendo el entrecejo—. ¿No le parece?

En aquel momento, la luz inundó sus rasgos mientras contemplaba ceñudo la fina hoja.

Claiborne no miró la navaja. Observaba a Vizzini.

—¿No cree? —insistió el director—. Necesitamos algo más ancho...

—Sí —asintió Claiborne, obligándose a apartar la vista del rostro que tenía ante sí y dirigiéndola hacia la navaja.

—¡Este departamento de accesorios! —suspiró Vizzini—. Realmente abominable. Les explico lo que quiero y me envían hojas finas. —Hizo girar los ojos—. Les digo que no, que esto no es para Norman Bates, y ellos me dicen que por qué no, que hoy todo el mundo utiliza hojas finas. —Volvió a suspirar—. ¡Increíble!

Sonrió de nuevo y una vez más Claiborne evitó su mirada.

—Me alegro de que esté aquí —siguió diciendo Vizzini—. Es un buen presagio. Elegiremos juntos el instrumento adecuado.

Vizzini se acercó a una estantería al fondo de la habitación. Avanzando tras él en la zona en penumbra, Claiborne se dio cuenta, por vez primera, de dónde se encontraba.

*Encontrará todo el armamento al fondo, a la izquierda,* le había dicho el empleado de los accesorios. Y así fue, pero ahora se percataba de que la descripción no concordaba con la realidad.

Aquella habitación era una armería en miniatura. Adosada a la pared derecha había una doble estantería, en la que se encontraban todo tipo de armas antiguas: lanzas, arpones, picas, alabardas, azagayas, clavos, hachas de combate y mazas, entre otras muchas, cada artículo con su correspondiente etiqueta y numeradas para su identificación.

En la pared de enfrente, aparecían unas hileras de estanterías con rifles, arcabuces,



trabucos de chispa, «Winchester», «Máuser», «Enfield», «Garand» y armas de fuego más modernas, ordenadamente colocadas. Más allá podían verse arcenes abarrotados con arcos, ballestas, aljabas con flechas de los indios primitivos y sofisticadas armas orientales. En vitrinas había pistolas para duelos, pimenteros, «Colt», «Luger», revólveres de reglamento, modelos de la Policía y otras armas de las más diversas.

Pero lo que atrajo la atención de Vizzini, y en aquellos momentos la de Claiborne, fue la pared del fondo. Allí, incluso entre las sombras, se veía un centelleo. El del brillante acero medio desenvainado: anchas espadas romanas, hojas dentadas aztecas, alfanjes, cimitarras, vataganes, estoques, las largas espadas de los vikingos y los sables de la caballería napoleónica.

Vizzini hizo caso omiso de toda aquella exhibición, dedicándose a inspeccionar el contenido de las estanterías superiores.

—Mire cómo almacenan todas estas cosas. De auténtica locura. —Se encogió de hombros—. Pero intentaremos encontrar algo.

Alargando la mano, hurgó cauteloso entre todo un surtido de etiquetadas dagas, puñales y estiletes, haciendo presa, finalmente, en una gruesa empuñadura que logró entresacar del resto. Luego, se quedó mirando la hoja de un solo filo y treinta centímetros de longitud que sobresalía de la guarnición y terminaba en una punta encorvada.

—¿Qué es esto?

—Parece un cuchillo «Bowie» —explicó Claiborne—. Del tipo que usaban en la frontera, allá por las primeras épocas.

—Pero no ahora, ¿verdad? —Vizzini volvió a dejar el arma en su sitio con evidente mala gana—. Una lástima. Hubiera resultado verdaderamente impresionante.

Siguió rebuscando por la estantería y, de repente, se detuvo. Una vez más sacó la mano con un cuchillo de doble filo y veinte centímetros de anchura, provisto de amplio mango y sencilla empuñadura. Lo alzó hasta la luz que llegaba desde el otro extremo de la habitación, asintiendo satisfecho al centellear la hoja entre las sombras.

—Un cuchillo de carnicero. Esto es lo que utilizaré.

—¿Utilizará...?

—En la película —sonrió Vizzini—. La longitud y el tamaño adecuados y, además, fotografiará admirablemente. Mandaré que hagan algunos duplicados.

Volvióse y tamborileó sobre la superficie de acero.

—Un afortunado descubrimiento. Después de todo, el cuchillo es la auténtica estrella de nuestra película, ¿no cree?

Claiborne evitó la sonriente mirada.

—En cierto modo...

—No es que el guión no sea importante —siguió Vizzini—. He leído las páginas revisadas que Ames trajo esta mañana.

—Eso era lo que quería saber. Y, naturalmente, conocerle a usted —añadió presuroso Claiborne—. ¿Qué le ha parecido?

—Hay algunas cosas. Me gusta la forma en que maneja las reacciones de Norman, profundizando más en el carácter. Pero esos cortes en las escenas del asesinato..., eso no nos beneficia.

—Acepto toda la responsabilidad al respecto —le dijo Claiborne—. Fui yo quien le sugirió que eliminara algo de la terrible violencia.

—Y, ¿por qué razón? —Vizzini ya no sonreía—. Después de todo, sólo estamos contando una historia.

—La gente tiene tendencia a creer lo que ve.

—¡Naturalmente! Pero nuestra historia se refiere a un asesinato, y eso es lo que debo mostrarles. Lo que usted califica de detalles sangrientos es para que parezca más real.

—La violencia no es la única realidad.

—¡Ah!, ¿no? —Vizzini señaló hacia las paredes—. Mire a su alrededor. Todas esas armas... Son como una historia de la Humanidad. Primero la clava, luego el arco, el frío acero, las armas de fuego. Lo único que falta son las armas nucleares de hoy. El progreso de la civilización, ¿eh?

—Pero usted está hablando de guerra...

—Tengo derecho. —Vizzini se quedó mirando el cuchillo que tenía en la mano—. Cuando invadieron Sicilia durante la Segunda Guerra Mundial, era todavía un niño. Pero lo vi todo, los saqueos, las torturas y las matanzas. Eso hace ya tiempo que ha pasado y casi está olvidado, pero la violencia jamás ha cesado... En Biafra, Bangladesh, el Archipiélago Gulag, las prisiones de «Papá Doc», las jaulas de tigre de Vietnam. Hoy vivimos en un mundo de cárceles turcas, de mazmorras latinoamericanas, de bombas irlandesas, terroristas de la OLP, atrocidades iraníes, genocidio camboyano. Un mundo en el que los adolescentes matan a sus padres, violan a sus profesoras, asesinan a desconocidos por las calles, se pisotean entre sí hasta la muerte durante los conciertos de rock, incluso destruyen a sus propios ídolos, como ocurrió con John Lennon. Hoy la violencia es normal.

—Como también lo es el cariño y la comprensión.

Vizzini hizo un ademán negativo con la cabeza y en la pared, a su espalda, las armas centellearon y brillaron.

—El cariño es un lujo que sólo está permitido en tiempos de prosperidad. El mundo ya no es próspero, y aún veremos cosas peores. Habrá más gente como Norman Bates, ese hijo de perra. Su madre era una perra y él es un producto de nuestros tiempos. —El director oprimió con fuerza la empuñadura del cuchillo—. Eso es lo que yo creo y eso es lo que tengo que decir con mi película.

De nuevo, Claiborne apartó la mirada. No quería ver el rostro de Vizzini pero tenía que decir algo.

—Algunos de nosotros todavía abrigamos la creencia de que en el mundo hay cosas buenas.

—Tal vez. Pero, para creer en la bondad, tiene que aceptar también que existe la maldad. —Vizzini se encaminó hacia la puerta que se encontraba al otro extremo de la habitación, con el cuchillo en la mano—. Cada hombre posee una parte de demonio. Y voy a enseñárselo.

Salió de la habitación mientras Claiborne se mantenía callado. *Paranoia. Una enfermedad, una dolencia y, muy posiblemente, un peligro.* Pero no era el diagnóstico lo que le preocupaba. Después de todo, lo había visto muchas veces con anterioridad.

El auténtico sobresalto se lo causó el contemplar la cara de Vizzini. También eso lo había visto antes.

Porque Santo Vizzini tenía exactamente la apariencia de Norman Bates.

## VEINTICINCO

Como escritor, Roy intentaba siempre evitar los clichés. Pero, cuando Claiborne entró en su oficina, se dio cuenta de que estaba utilizando uno.

— ¿Qué pasa? Parece como si hubiera visto un fantasma.

Claiborne se sentó sobre la mesa de escritorio.

— Acabo de estar con Vizzini.

— Y no le gustan los cambios. — Roy hizo un gesto de asentimiento—. ¿Qué ha hecho? ¿Largarle su arenga sobre la violencia?

— Sí, pero...

— Olvídelo. Hace años que está recurriendo a ese tema. Cada vez que da una charla o asiste a un seminario. Lo sé porque se lo escribió un amigo mío. Por doscientos dólares. — Roy hizo una mueca—. Y encima no le pagó.

— No se trata de eso. — Claiborne seguía pareciendo trastornado—. ¿Por qué no me lo dijo?

— Decirle, ¿qué?

— Que Vizzini se parece exactamente a Norman Bates.

— Se burla de mí. — Roy se puso serio—. Tenemos fotografías...

— De hace años. Tiene el mismo aspecto que Norman ahora.

Roy se le quedó mirando y las ruedas comenzaron a funcionar.

— Entonces pudo ser a quien vio la otra noche en el mercado.

— Es posible. — Claiborne hizo una pausa—. ¿Qué sabe de él?

— Sólo lo que he leído, las cosas que he oído. Comenzó en Italia, desempeñando papeles de duro en los *spaghetti-westerns*. Cuando empezaron las películas de terror, cambió de rumbo y empezó a dirigir. Se fue a Francia y allí hizo un par de cosas. *Loup-garou*, aquella sobre el hombre lobo, fue su primer éxito. Le ofreció la mezcla perfecta.

— ¿Mezcla?

— Sexo y violencia. — Roy se encogió de hombros—. Produjo gran impacto en los festivales de cine.

— ¿A usted no le impresionó?

— Nadie me preguntó. A los grandes del grupo artístico de la casa les gustó lo que vieron en la pantalla, y en el departamento de contabilidad gustaron las cifras que veían en los libros. Vino aquí con un contrato para tres películas y el resto es historia.

— ¿Conoce algo de su historial particular?

— Siempre se ha mostrado muy reservado. Desde luego se oyen muchos rumores.

— ¿Qué tipo de rumores?

— Los corrientes. Que se ha casado y divorciado cinco veces, que es tan marica como el viejo Paree, que nada entre dos corrientes, que es toxicómano y no puede dejar las drogas. Tiene dónde elegir.

— ¿Usted no se ha formado una opinión?

— Sólo respecto a su trabajo. Creo que está realmente chiflado. Del tipo que volvería a

hacer *Jack el Destripador* y le haría utilizar un cuchillo de trinchar eléctrico para llevar a cabo sus fechorías. Vizzini está realmente obsesionado por los asesinatos en masa. Supongo que sabrá que fue él quien presentó este proyecto a Driscoll. Eso fue antes de que me encargaran el guión a mí, pero he oído decir que su idea original era la de desempeñar él mismo el papel de Norman.

—No lo sabía. —Claiborne sacudió la cabeza—. Desde luego existe un enorme parecido...

—Driscoll debió de convencerle para que no lo hiciera, le dijo que necesitaban un nombre famoso y entonces contrató a Paul Morgan. Pero Vizzini se ocupa de él personalmente, incluso ha sido él quien ha elegido las pelucas y los vestidos.

—Y el cuchillo —exclamó Claiborne—. Eso era lo que estaba haciendo hace un momento, cuando le he visto. Parece que conoce exactamente el arma que utilizó Norman.

Roy aspiró profundamente.

—No es extraño que se sintiera usted sobresaltado. Si Vizzini se identifica realmente con Norman...

Claiborne se levantó.

—Creo que debemos mantener una charla con Mr. Driscoll.

Pero Anita Kedzie era de otra opinión.

Empezó a sacudir la cabeza casi en el mismo instante en que entraron en la antesala de Driscoll.

—Lo siento, pero no está —les explicó—. Y tampoco sé si volverá o no esta tarde...

—Buena chica.

Miss Kedzie alzó la vista al abrir Marty Driscoll la puerta que había detrás de ella, haciendo ademán a sus visitantes de que pasaran.

—Les felicito —dijo—. Me gustan las páginas.

Roy miró a Claiborne.

—A Vizzini no.

—Lo sé —Driscoll no parecía preocupado—. ¿Quieren que hablemos de ello?

Les indicó que entraran.

—Mr. Driscoll. —Anita Kedzie captó su atención en el momento en que se disponía a seguirles—. Respecto a su llamada a Nueva York...

—No se preocupe. —El productor consultó su reloj—. Son ya pasadas las siete, probablemente ha salido a cenar. Seguramente, me telefoneará a casa esta noche.

Cerrando tras de sí la puerta, Driscoll se instaló en su sillón, detrás de la mesa de escritorio, frente a Roy y Claiborne.

—Me alegro de que pasaran por aquí. De todas formas, iba a ponerme en contacto con ustedes después de que Vizzini me soltara su perorata. —Sonrió a Roy—. Le ha hecho pasar un mal rato, ¿eh?

—Fue conmigo con quien habló —replicó Claiborne—. Parece que no está de acuerdo con la forma en que se han suavizado las escenas del asesinato.

—Bueno, pues yo sí. —La sonrisa de Driscoll se hizo más amplia, abarcándolos a ambos—. Recuerden una cosa. En estos momentos, Vizzini se siente presionado. Todos nos encontramos bajo tensión al aproximarse la fecha del comienzo de la filmación.

—Sobre eso quería hablarle —dijo Claiborne.

—Adelante.

Mientras el psiquiatra repetía la historia de su encuentro, Roy observaba las reacciones de Driscoll.

Parecía escuchar con bastante paciencia, sentado inmóvil detrás de la inmensa mesa. Sólo cuando Claiborne se refirió a la semejanza de Vizzini con Norman Bates, le interrumpió:

—Yo no la veo —exclamó.

—Pero Vizzini, sí. Incluso quiso representar el papel.

—George Ward le agradecerá eso eternamente. —Driscoll rió entre dientes—. Fue uno de sus trucos..., lo hizo salir en las revistas.

—Lo digo en serio. Ese hombre es...

—Un director cuyo nombre se cotiza. —Driscoll se inclinó hacia delante—. Sin él, naufragamos. Es posible que Paul Morgan todavía logre recaudaciones, al menos es lo que esperamos. Pero no está en alza. Jan no es nadie. Quien importa es Vizzini, él es la clave de todo el asunto.

—¿Incluso aunque sea un desequilibrado mental?

—Todos los directores están algo tarumbas. No deje que eso le preocupe.

—Pero me preocupa. —Claiborne frunció el ceño—. Anoche, cuando se enteró de lo del incendio, llamó a Roy. ¿Por qué no intentó localizar a Vizzini?

—De hecho, lo intenté. —Driscoll vaciló—. Le dejé un mensaje en su contestador automático.

—Lo que quiere decir que estaba ausente. —El ceño de Claiborne se hizo más profundo—. ¿Le dijo dónde estaba? ¿Acaso le llamó luego?

—¡Por Lucifer! —Driscoll dio un fuerte puñetazo sobre la mesa—. ¿Acaso cree que Vizzini provocó el incendio para sabotear su propia película?

—Alguien lo hizo.

Driscoll enarcó sus hirsutas cejas.

—Verá, doctor. Lo que dije anoche a aquellos estúpidos de que no contaran a nadie lo ocurrido... fue puro farol. Lo único que quería es que mantuvieran la boca cerrada. Pero, entre nosotros, debo decirles que esta mañana a las siete hice venir aquí a Talbot.

—¿Su jefe de seguridad?

—Exactamente. Le conté toda la historia. Y le entregué el bidón de gasolina. Tenía por todas partes mis huellas, y también las de Madero. Pero, una vez lo hubo examinado a fondo, descubrió otras. Sabemos quién metió el bidón debajo de la cama y desde luego no fue Vizzini.

Roy se inclinó hacia delante.

—¿Cómo puede estar seguro?

—Tenemos archivadas las huellas de todos los empleados de los estudios. Y Talbot las comprobó. Las otras huellas pertenecen a Lloyd Parsons, uno de los decoradores. Le vimos al mediodía, y bajo las presiones de Talbot acabó confesando.

—¿Respecto al fuego?

Driscoll sonrió triunfal.

— ¿Recuerdan lo que les dije anoche? Bueno, pues casi acerté en lo ocurrido. Parsons trabajó ayer tarde en el plató Siete con una cuadrilla, no en el decorado del dormitorio, sino en otro que se encontraba más allá. Estaban terminando con el cuarto de baño para la secuencia de la ducha. El trabajo duró hasta tarde y, al llegar la hora de salida, se quedó rezagado para recoger todo el material. Tal como me lo ha explicado, el bidón de gasolina no tenía que estar allí... Estuvieron recogiendo goma laca para utilizarla en los azulejos de la pared, pero alguien cometió un error. De todas formas, estaba ya dispuesto para transportar todos aquellos trastos de nuevo a suministros, mas no pudo encontrar una carretilla. Lo que debió haber hecho fue coger una de mantenimiento, pero es posible que estuviera demasiado cansado o que fuera condenadamente vago. Así que lo metió todo debajo de la cama en el plató contiguo. Luego, decidió tumbarse un minuto y fumar un cigarrillo... Al equipo no se le permite fumar durante el trabajo.

— Pero lo único que tenía que hacer era salir fuera —objetó Claiborne.

— Eso es lo que le dijimos, pero empezó a colocarnos una serie de argumentos, aduciendo que estaba muerto de cansancio. Si quiere que le sea franco, lo que fuma es hierba... Todos lo hacen, en especial los más jóvenes..., y no quería que le pescasen en la calle. Desde luego, jamás lo admitiría, pero eso explica el que se quedara adormilado. Al comenzar el fuego, se despertó aterrado y huyó de allí, tal como yo pensaba. Tuvo suerte de no morir achicharrado.

— ¿Cree esa historia? —preguntó Roy.

— Si estuviera mintiendo, ¿por qué habría de contar algo semejante, sabiendo que le denunciaríamos?

— ¿Van a hacerlo?

— ¿Y organizar un follón con los del seguro? Eso es precisamente lo que necesitamos ahora. —Driscoll apartó la silla de la mesa—. Naturalmente, no le he dicho eso. No hacía más que suplicarme que no le hiciera comparecer ante el sindicato, así que le dije que de acuerdo, con una condición: Que lo quería fuera de los estudios. Ignoro qué pretexto les ha dado, enfermedad, un fallecimiento en la familia, pero esta tarde se largó. No teman, no volverá a ocurrir.

Roy esperaba que Claiborne protestara pero éste se limitó a asentir.

Seguía callado después de que hubieron salido de la oficina, y se encontraran bajo los rayos perezosos del atardecer, en la calle de los estudios. Y, finalmente, Roy fue quien habló:

— ¿Qué le ha parecido? ¿Está diciendo la verdad?

— Si se refiere al obrero, francamente no lo sé. Pero de quien no estoy seguro es de Driscoll.

— ¿Hay alguna manera de que lo descubramos?

Claiborne se quedó mirando el sol poniente.

— Más vale que la haya —se limitó a decir.

## VEINTISÉIS

A medianoche cayó la niebla sobre las colinas.

Llegó silenciosa, semejante a una serpiente que rodease los bosquecillos de cipreses y los arbustos de abajo. Enroscándose calladamente a través de las calles, sus fauces grises devoraban la oscuridad y se tragaban las estrellas.

Jan miraba a través de la ventana, sentada junto al teléfono.

—No lo entiendo —manifestó—. El servicio de mensajería trajo aquí las nuevas páginas hace una hora. Y ahora me dices...

—No te preocupes de las páginas. No haremos cambio alguno en el guión —replicó Santo Vizzini—. Ha habido un error.

—¿Error?

—No tiene importancia. Te lo explicaré mañana cuando ensayes.

—¿A qué hora?

—Probablemente al atardecer, cuando haya terminado con Paul Morgan. Espera mi llamada.

—Muy bien. ¿Pero estás seguro...?

Jan calló al darse cuenta de que se había cortado la comunicación. Vizzini había colgado y sólo se escuchaba el zumbido.

Al colgar el receptor se desvaneció el zumbido, pero entonces escuchó otro sonido... Más suave y procedente de otro lugar.

Alguien lloraba.

Jan se acercó a la ventana. La niebla ondulaba contra el cristal, formando como un halo más allá, por la ladera de la colina. Allí cerca no se veía silueta alguna y tampoco sombras que se agitaran, pero el llanto continuaba, débil y como perdido.

¿Tal vez un niño perdido en la niebla?

Abrió la puerta de la calle, escudriñando el exterior. La luz de la esquina apenas era visible, y por allí no se escuchaba ruido alguno; tal sólo una quietud glacial.

Maldito Vizzini... Era culpa suya, poniéndola nerviosa para nada. Eso era lo que *él* había dicho, para nada. Entonces, ¿por qué telefonearla? Haz caso omiso de los cambios introducidos, le había dicho. Pero en el estudio habían fotografiado los cambios, lo que significaba que alguien les había dado el visto bueno. De lo contrario, ¿por qué enviarlos por mensajería especial? Estaban ocurriendo demasiadas cosas... Ese asunto del fuego y lo que Claiborne dijera de haber visto a Norman Bates..., no era de extrañar que empezara a ver visiones, a oír cosas.

Y ya que estaba en ello, maldita también Connie. ¿Por qué no podía quedarse en casa, al menos una noche de vez en cuando, en lugar de dejarla allí completamente sola? En aquellos momentos, Jan sentía la necesidad de la presencia de alguien, de cualquiera. Tal vez si llamara a Roy...

Mientras cerraba la puerta de la calle y echaba el cerrojo, oyó el timbre del teléfono.

¿Telepatía?



No, porque no se trataba de Roy. Al descolgar el auricular se encontró hablando con Adam Claiborne.

—Siento molestarte —le dijo—. Creí que convenía que te llamara para saber si has recibido ya las nuevas páginas.

—Sí, las tengo.

—Bueno, ¿y qué piensas?

Jan le contó lo de la llamada de Vizzini.

—¿Quieres decir que no va a utilizar los cambios? —Claiborne parecía perturbado y eso la puso también nerviosa.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó—. ¿Es que nadie va a ser franco conmigo?

Claiborne, de momento, no contestó. Finalmente dijo:

—La situación está algo embrollada...

—Y yo también —replicó Jan—. Completamente embrollada. —Se quedó mirando el mundo gris que se extendía más allá de la ventana—. Oye, si no estás ocupado, ¿por qué no vienes a tomar una copa?

De nuevo, Claiborne se mostró vacilante y fue Jan quien rompió el silencio.

—Por favor. Tengo que enterarme.

—Estaré ahí en un momento.

Y eso fue todo.

Aunque no completamente. Ya que, una vez hubo colgado y se dirigía desde el vestíbulo a la cocina, Jan volvió a escuchar el llanto.

Allí sonaba más fuerte y, al tiempo que avanzaba el sonido, tenía una nota apremiante, que la impulsó a dirigirse hacia la puerta trasera.

Al abrirla vio al gatito.

El diminuto montón de pelo amarillo yacía sobre el alfombrín ante la puerta, mirándola con sus ojos topacio. Jan lo cogió en brazos; el gatito, que prácticamente no pesaba, se acurrucó en el hueco de su brazo, y emitió un maullido modulado que se convirtió en ronroneo de placer.

—¿De dónde vienes, gatito? ¿Te has perdido?

—*Rao*.

Los brumosos ojos verdes la miraban con gravedad, pero, en aquel momento, Jan se dio cuenta de un estremecimiento que recorría los costados húmedos del animal.

—Pobrecillo. Estás completamente mojado.

Jan cerró la puerta y llevó al gatito hasta el fregadero. Cogiendo una toalla frotó suavemente el ondulado y húmedo pelo. Gradualmente, el animal se fue tranquilizando.

—Así está mejor.

Dejó caer la toalla sobre el fregadero.

—¿Tienes hambre?

—*Rao*.

—Muy bien. Veamos a ver qué podemos hacer.

Jan dejó al gatito sobre el linóleo. Se quedó allí inmóvil, pero los ojillos verdes seguían sus movimientos mientras ella abría el frigorífico y sacaba un envase de cartón de leche. Cogiendo un platillo del armario, Jan lo llenó de leche y lo puso en el suelo junto a

su esperanzado invitado.

Al escuchar el carillón, Jan atravesó presurosa la sala de estar en dirección al vestíbulo, pero esta vez encendió la luz de fuera y atisbo por la mirilla para identificar al visitante. Luego, abrió la puerta dejando entrar una vaharada de pegajosa humedad y a Adam Claiborne.

—Has hecho una buena marca —le dijo Jan.

—El motel se encuentra al pie de la colina, en Ventura. —Eché una ojeada a través de la ventana—. Pero he estado a punto de perderme. Ni siquiera podía distinguir los letreros de las calles. No me extraña que no te guste estar aquí sola.

—No estoy sola —replicó Jan—. Tengo un visitante.

Le condujo hasta la cocina, deteniéndose en el umbral de la puerta. El gatito, agazapado junto al platillo, lamía perezosamente con su lengua rosada las últimas gotas de leche.

Claiborne sonrió.

—¿Amigo tuyo?

—Así lo espero. La gatita apareció hace unos minutos en la puerta de atrás.

—¿Gatita? —Claiborne se quedó mirando la esponjosa silueta—. ¿Cómo puedes estar segura de su sexo?

—Intuición femenina. —Jan, agachándose, cogió al animal en brazos—. Está bien. Ya has tenido tu ración. Ahora nos toca a nosotros.

—*Rao*.

Se acurrucó satisfecha contra Jan, mientras ésta volvía con Claiborne a la sala de estar y, al iniciar un movimiento para dejarla en el suelo, las diminutas zarpas se aferraron a su suéter. Jan intentó desprenderlas pero el animal se resistía.

—Vamos, dame un respiro —le murmuró.

—No te preocupes. —Claiborne se dirigió hacia el bar—. Yo haré los honores. ¿Escocés con hielo?

—Estupendo.

Jan se instaló en el sofá, mientras Claiborne preparaba las bebidas, acariciando al gatito que ronroneaba feliz. Sus dedos encontraron la cálida piel debajo de los mechones de pelo y quedó maravillada por su suavidad. Debajo del delgado tejido, se podía *sentir*, realmente, el ronroneo que vibraba a través de los órganos internos. ¡Cuánta fragilidad!

Casi de forma instintiva, se llevó la otra mano a su propia garganta, palpando el pulso que latía allí. Se sintió maravillada mientras lo notaba palpar bajo las yemas de sus dedos. *En definitiva, todos somos iguales. Tan vulnerables. Esa fracción de unos centímetros que cubre nuestra carne, representa nuestra única protección. Y si llegara a estallar o la sajaran aquí, en la arteria...*

—Un centavo.

Miró a Claiborne que le alargaba un vaso.

—¿Qué?

—Por tus pensamientos.

—¡Ah! —Tomó el vaso al tiempo que se encogía de hombros—. No tiene importancia.

—Mejor veinticinco. Siempre me olvido de la inflación.

Se dejó caer en el sofá, junto a ella. El gato parpadeó y soltó las pequeñas garras. Saltó a la alfombra y se enroscó a los pies de Jan.

Claiborne se volvió hacia la muchacha.

—El gesto que hacías hace un momento... ¿En qué pensabas?

—En Mary Crane.

No fue su intención consciente decir aquello, y hasta que no hubo emitido las palabras no comprendió siquiera que era verdad.

—¿Qué pasa con ella?

—Con ella no. Conmigo. —Jan asintió, evitando la mirada de él—. Supongo que se trata del profesionalismo. A medida que te familiarizas con un papel, empiezas a identificarte con el tipo.

—No lo hagas.

Jan se le quedó mirando. Claiborne ya no sonreía.

—Pero si voy a representar el papel, realmente tengo que hacerlo.

—No lo hagas.

Jan alzó su vaso y bebió, pero, a medida que descendía el escocés, sintió despertarse su resentimiento. Maldición, parecía tan agradable cuando llegó que casi había olvidado su manía respecto a la película. Pero se dijo a sí misma que esta vez no perdería los estribos.

—Por favor. —Contuvo su voz y su expresión—. Ya hemos hecho antes el numerito. Sólo porque te dije que Vizzini no va a introducir cambio alguno...

—Es algo más que eso —dijo Claiborne—. Esta tarde ha sucedido una cosa.

Jan volvió a sentarse saboreando su bebida, mientras él empezaba a hablar. De su encuentro con Vizzini y su asombrosa semejanza con Norman Bates. De su visita a Roy y la conversación que ambos mantuvieron con Driscoll, escuchando su explicación del incendio y sus propias reservas respecto a Vizzini.

Jan le escuchó en silencio hasta que terminó de hablar.

—¿Eso es todo? —preguntó.

Claiborne enarcó las cejas.

—¿No es suficiente?

Jan apartó el vaso.

—Acaso sea demasiado.

—Mira, si no me crees, pregunta a Roy Ames.

—¿Qué es lo que he de creer? Primero, me dices que Norman está vivo; ahora dices que está muerto y que Vizzini inició el fuego.

—No estoy seguro respecto a Norman, y tampoco tengo una prueba contundente de la responsabilidad de Vizzini. Pero una cosa sí es cierta. Se identifica con Norman Bates, y por eso trato de ponerte en guardia sobre tu identificación con Mary Crane.

Jan alargó la mano para acariciar al animal que se frotaba contra su tobillo.

—También me identifico con la gatita. Y con todo tipo de gente, con toda clase de cosas. Tal vez se deba a que soy actriz...

—La mayoría de nosotros tiene tendencia a identificarse hasta cierto grado.

¿La mayoría de nosotros? —Jan se enderezó—. Pero supongo que los psiquiatras no. Están muy por encima tales debilidades.

—Rao.

El gato ronroneó pareciendo dar su aprobación.

Pero Claiborne frunció el ceño.

—Deja de etiquetarme de continuo —exclamó—. Los médicos no están por encima ni por debajo de nada. Es sólo que la experiencia nos advierte de lo peligroso que resulta una identificación completa con alguien, bien sea Jesucristo o Adolfo Hitler. Aún podemos sentir empatía y relacionar...

La mirada de Jan era desafiante.

—Y tú, ¿con quién te relacionas?

—Con todo el mundo. —Claiborne se encogió de hombros—. Al menos lo intento. Desde luego con Norman... Comparto su resentimiento por el confinamiento y las trabas. Me hago cargo del impulso de Marty Driscoll en busca del éxito, porque también hay algo de ello en mí. Comprendo la postura de Roy Ames como escritor, al intentar decir las cosas tal y como son; yo también quise decir la verdad sobre Norman en un libro.

Mientras le escuchaba, recordó aquella otra velada con Claiborne allí mismo y el repentino e inesperado sentimiento que la dominó. Al verle allí, en aquel momento, sintió que comenzaba a forjarse la misma reacción, no por lo que estaba diciendo sino por el tono de voz con que lo decía. No era una exposición profesional, realmente quería hacerla comprender, al igual que ella quería asegurarle de que lo hacía. Apenas pudo dominarse para no reaccionar como respuesta, reaccionar físicamente...

Dominó con rapidez el impulso. Las palabras eran más seguras.

—¿Paul Morgan? —preguntó.

Claiborne asintió.

—No me gusta lo que hace... Su crueldad mezquina, su *autograffiti*. Pero comparto su inseguridad, sus dudas respecto a la imagen propia. Y lo mismo con Vizzini. Acaso incluso más. Sé lo que es ser huérfano.

—¿Tú?

Habló con voz queda.

—Sí. No sé quiénes fueron mis padres o cuál es mi nombre verdadero. La única diferencia es que yo no huí del orfelinato.

Hizo una pausa.

Jan se acurrucó en sus brazos con los ojos cerrados, la boca ansiosa y abierta contra la de él. Ahora ya sus cuerpos palpitaban juntos, mientras las manos de él la enlazaban por la cintura...

Y, de repente, la rechazó.

Jan le miró.

—¿Qué pasa?

—Escúchame, Jan. —El tono de su voz era cariñoso—. Sé lo que tratas de hacer, pero no servirá de nada. Lo que importa es tu seguridad, no la amenaza a tu carrera. Al intentar convencerme de este modo no resolverás nada.

Jan se levantó como impulsada por un resorte. Sobresaltado, el gato se enderezó con

la frondosa cola enhiesta.

—¿Que estoy intentando convencerte? Óyeme, condenado idiota.

—Lo siento.

—¡Vete al infierno! Sal de aquí.

En dos zancadas, Jan llegó hasta la puerta de la calle y la abrió de par en par. El gato maullaba asustado en alguna parte pero no podía verlo.

Al atravesar Claiborne la habitación y dirigirse a ella, todo se puso borroso; se dio cuenta de que él intentaba tocarla y le apartó la mano.

—No... Vete...

Claiborne pasó junto a ella y Jan cerró con un portazo. Luego se recostó sobre la puerta temblando. Sólo cuando el coche de Claiborne se puso en marcha y arrancó, desapareció la sensación de irrealidad y pudo oír y ver de nuevo con toda claridad.

Pero nada había que oír, ni siquiera el asustado maullido.

Y, al recorrer con la mirada la sala de estar, tampoco pudo ver nada.

El gatito había desaparecido.

## VEINTISIETE

Dos horas más tarde, y después de otros dos escoceses, Jan seguía despierta en su cama.

*¡Y sola, maldita sea!*

Mulló las almohadas y las colocó de nuevo, frunciendo el entrecejo en la habitación a oscuras. *Ya que estás en ello puedes maldecirte a ti también.*

Había sido culpa suya. Ella era la responsable de todo..., de haber perdido el dominio de sí misma, de perder a Claiborne, de asustar al gatito haciéndole huir en la niebla. *No hay furia mayor que la de una mujer desechada.*

Sólo que él no la había rechazado. Todo cuanto había hecho era decirle la verdad. Él sabía que había intentado atraerle para hacerle olvidar la película. *Dama Loca...* Buen título para describirla a ella. Debía de estar loca al no ver que él sólo trataba de protegerla.

Pero, ¿de qué? Sus insinuaciones y suposiciones no eran pruebas. ¿Había algo más, algo que no le hubiera dicho?

De ser así, Roy lo sabría.

Encendió la lámpara que tenía sobre la mesilla de noche y cogió el teléfono. Marcó el número de Roy y se mantuvo a la escucha.

No hubo contestación.

Y tampoco respuesta a su interrogante.

Colgó de nuevo el receptor, apagó la luz y se arrebujó las sábanas alrededor de los hombros. Era extraño, pero ahora se sentía aliviada de que no hubieran contestado a su llamada. Probablemente, Roy le hubiera dicho las mismas cosas, habría intentado disuadirla de hacer *Dama Loca*. Después de todo, tal vez estuviera loca, pero no tan loca. A menos que Roy y Claiborne aportaran pruebas, además de conversación, nadie la convencería de que se retirase. No, después de todo lo que había pasado. *Cinco años. Desengáñate, ya no eres tan joven. Ésta es la prueba de fuerza, de modo que ofértate a ella. No querrás acabar en nada, como Connie. Pobre Connie...*

La pobre Connie había dado en la diana. ¿O acaso la diana la estaba dando ella?

En realidad, no importaba. Como quiera que fuese, estaba lanzada. O a punto de que la lanzasen, tan pronto como ese pelma de cámara dejara de mantener un inquieto enfoque sobre su entrepierna. Probablemente, se regodeaba escudriñándola, pero ella estaba a punto de morirse bajo todas aquellas luces.

A punto de morirse pero viviendo.

Porque, por una vez, nadie la ignoraba. Había otros siete en la sala de grabación de Leo, y todos concentraban su atención en Connie o en alguna parte de Connie. El payaso ocupado con la cámara manual había reclamado la zona entre sus piernas, la chica de maquillaje corporal frotaba sus partes con una sustancia rosada y pegajosa, y el bárbaro que manejaba las luces le inundaba la cara enmarcada por una funda de almohada negra. El tipo de efectos especiales había colocado el micrófono sobre su cabeza, y el del sonido,

agachado detrás de sus controles, se ocupaba del nivel de su voz. Y el propio Leo..., productor, proyectista de producción, responsable de haber montado aquel plató en su propia casa, la recorría aprobadoramente con la mirada. La sexta persona, si podía llamarse persona a aquella especie de orangután peludo y desnudo, era también responsable de cierta erección propia. Y cuando los otros acabaran, él empezaría.

Muy bien, es posible que aquello no fuera exactamente un jardín de rosas, enclavado en un bungalow de Boyle Heights para sacar a la luz una película porno. Pero, ¿a quién importarle?

*A mí me importa, eso es. A mí, Connie. Porque por una vez me están mirando.*

En aquel momento, la estaban mirando y el público la miraría en la pantalla. No sólo sus manos, sus pies y sus tobillos, sino a ella por entero. Qué importaba que el público fuese tan sólo un montón de viejos viciosos con los sombreros sobre las rodillas; al menos, había sido *vista*. Y nadie criticaba el tamaño de sus tetas ni trataba de evitar que su cara apareciera en la fotografía. Para ese tipo de filme hubieran podido utilizar una seximuñeca japonesa o incluso una modelo de «Godzilla», pero Leo la había elegido a ella, personalmente, porque reconocía el talento cuando lo veía.

Connie se tumbó. Ya estaban a punto de empezar. El cámara hizo un gesto afirmativo a Leo, dio paso con un ademán de la mano al ingeniero de sonido y el orangután se dispuso a exhibir su banana ante la filmación a punto.

—¿Todos preparados? —preguntó Leo.

Connie le hizo un guiño. Leo no era precisamente Marty Driscoll, pero eso no importaba. Lo importante era que ella sería la estrella en su primer filme entero.

El payaso que manejaba las luces se adelantó con su plaqueta..., expresión que esperaba fuera tan sólo un modo de hablar.

—Escena primera, toma dos —exclamó al cámara.

—¡Preparada! —dijo Leo.

Connie sonrió.

—¡Acción!

Connie se abrió de piernas.

*Al diablo con Driscoll. Era una estrella...*

Marty Driscoll no podía ver una sola estrella.

Habitualmente, las grandes puertas correderas de cristal que daban al patio le ofrecían una magnífica vista del Valle que se extendía abajo, y del cielo arriba, pero esa noche no se veía absolutamente nada del exterior, salvo un sólido muro gris.

*La niebla llega con leves pisadas felinas...*

Y también la cita. Driscoll hizo una mueca, preguntándose cuál sería la reacción que obtendría si la pronunciara en presencia de quienes trabajaban con él en los estudios. En realidad, no cabía preguntárselo; conocía de antemano, con toda seguridad, la respuesta.

La capacidad de leer y escribir te situaba en el tiempo. En una época obsesionada con la juventud, la mayoría de los productores se graduaban directamente del acné a la autonomía y los grupos de más edad mentían sobre la suya aún más de lo que lo hacían los actores.

Cuando Marty Driscoll llegó a aquella conclusión, su cuerpo ya le había traicionado. Era demasiado tarde para teñirse el pelo o para injertárselo, y hubiera resultado fútil cualquier intento por emular los estilos de vida de posadolescencia. El ensordecedor estruendo de un disco en una pista de baile no lograría ahogar su jadeo, y ningún corsé sería capaz de disimular su obesidad.

El único recurso que le quedaba era el que había adoptado: compórtate de manera inteligente y hazte el tonto. Muéstrate violento, grosero, vociferante y vulgar, dales una versión en estéreo de un estereotipo... El tirano hortera, carente de talento. Olvida las licenciaturas de Princeton; no les interesa tu licenciatura en letras, lo que les interesa es tu bolsa. Y metido ya en harina olvida aquellas primeras películas de presupuesto reducido, los esfuerzos idealistas nacidos de un deseo de calidad, para acabar muriendo en la taquilla.

La fórmula dio resultado. Por eso, Driscoll se encontraba allí sentado en el salón de su inmensa casa en Mulholland, desde donde, salvo las pocas noches de niebla como aquélla, podía contemplar abajo los estudios. Y suponía que aquello era su recompensa suprema, contemplar los estudios en el más amplio sentido de la palabra. Contemplar su vacuidad, sus vanidades y sus venalidades, aun cuando él mismo las compartiera con ellos. *Mea culpa*.

Al considerar el éxito de su engaño, Driscoll se encogió de hombros. En lo que se refería a la gente de los estudios, no serían capaces de distinguir el *mea culpa* de Mia Farrow.

Y, a decir verdad, ni siquiera su propia mujer conocía el secreto; nadie lo conocía. Para Deborah, era tan sólo un tipo desmañado, grande y gordo con una gordísima cuenta corriente, y se había llevado a los niños a pasar la semana en Springs para alejarse de él, pero le telefoneaba diariamente para presentar sus incesantes respetos a la cuenta corriente.

¿Qué pasaría si descubriera que no existía tal cuenta corriente? ¿Y que esta casa y la de Springs empezaban a crujir bajo el peso de segundas hipotecas muy elevadas, incrementadas con los intereses devengados por el retraso en los pagos?

Preguntas carentes de significado. No lo descubriría, al menos si seguía ayudándole la suerte. La suerte..., ése era precisamente el factor inestable.

Mala suerte con las tres últimas películas. Debió de habérselas vendido al Pentágono; con semejantes bombas hubieran podido destruir la Unión Soviética. Con la presentación de la tercera empezó a cambiar la veleta.

Y de nuevo la buena suerte, cuando Vizzini le presentó el proyecto de *Dama Loca*. Y todo había salido a pedir de boca hasta esta semana, cuando Nueva York tuvo noticias de la fuga de Norman Bates y de los asesinatos.

*Quieren suspender*, le había dicho Rubén. *Creen que las noticias hacen que tu historia se torne vetusta*. A fuerza de buenas palabras, había logrado disuadirle de una cancelación inmediata, refiriéndose a la convicción de George Ward de que la publicidad representaría una ayuda más que un entorpecimiento. Pero lo más que había logrado era una tregua, hasta que Rubén y la gente del dinero acudieran mañana a la reunión. Entonces es cuando habría de tomarse la decisión final.



Y Claiborne representaba una complicación inesperada. Hasta entonces había sido capaz de manejar a Roy Ames y sus escrúpulos de conciencia, pero, a decir verdad, Claiborne era quien en realidad estaba haciendo naufragar la embarcación. Día tras día, las objeciones de ambos iban minando la moral. Día tras día, aumentaban los intereses y empezaban a hundirse las perspectivas de recibir unos jugosos ingresos de productor al comienzo de la película.

Y esa misma tarde había sido la peor. Etiquetar a Santo Vizzini como mentalmente inestable no era noticia capaz de colmar a nadie de satisfacción, pero eso no era prueba suficiente para acusarle de incendiario. De una cosa estaba seguro. Vizzini no había iniciado el fuego.

Driscoll se detuvo un instante junto a su mesa de escritorio para encender un puro. Luego deseó no haberlo hecho. La llama de la cerilla resultaba un penoso recordatorio.

Al releer uno de aquellos días el contrato del seguro de la producción, descubrió la cláusula que se refería al desastre. Todo el mundo sería indemnizado en la totalidad, caso de que se produjera un accidente demostrable, muerte o heridas graves de los principales actores que figuraban en la póliza, destrucción de equipos y material por causa del agua o el fuego...

Otra vez la buena suerte. ¿Por qué arriesgarse con nuevos problemas o el dilema de convencer a Nueva York de dejar que siga adelante la película? Ahora podría recuperar su dinero. No el sueldo establecido, sino la cantidad completa, garantizada, más que suficiente para lanzarse de nuevo. Tendría en acción otro proyecto mucho antes de que volviese a quedarse sin dinero.

Parecía todo tan sencillo una vez que hubo organizado los detalles... La suerte siguió acompañándole cuando transportó al escenario el bidón de gasolina sin que nadie se percatase. Su error fue el haber prendido fuego a la colcha, antes de derramar en derredor la gasolina; la pequeña llamarada debió alertar al guardia y tuvo justo el tiempo de meter el bidón debajo de la cama y escapar por la puerta lateral.

La buena suerte le permitió regresar a su oficina sin ser descubierto, pero la mala suerte abortó el incendio. Ahora ya sólo cabía esperar que Claiborne se hubiera tragado su historia sobre el decorador. Dentro de uno o dos días, el psiquiatra se habría ido y, para entonces, se habría celebrado ya la reunión con Rubén y la gente de Nueva York. Le costaría bastante convencerlos de que George Ward tenía razón respecto a lo de la publicidad. Mañana sería un día duro. Pero el brutal y rudo Marty Driscoll, ese gordinflón de fino olfato pasaría el Rubicón. Ya no tenía elección.

Se paseó de arriba abajo delante de las grandes cristaleras, contemplando a través de ellas la noche. La niebla emborronaba las luces, pero mañana volverían a brillar, relucientes y claras. Más valía que se tomara algún reposo para que también estuviera incisivo y claro durante la reunión de mañana.

Un día más, eso era cuanto necesitaba. Un día más para obtener el visto bueno final. Y luego..., al infierno con todos ellos. El escritor neurótico, el psiquiatra charlatán, aquella estúpida chica, el director demente y el en un tiempo famoso astro.

*No te preocupes, se dijo. Puedes manejarlos a todos. Pero no será precisamente una merienda campestre...*

## VEINTIOCHO

—En realidad, esto es una merienda campestre —exclamó Paul Morgan señalando con un ademán a los varones desnudos que se agolpaban a su espalda delante de un tocador con tres espejos—. Quiero decir, mira todos esos bollos y barquillos.

Robert Redford hizo una risita burlona.

—Habla por ti, cariñito. Por mi parte, cada vez que veo cuerpos desnudos pienso que Dios no sabía mucho de anatomía.

—Vamos a no blasfemar. —John Travolta examinó su imagen atentamente, peinándose las pestañas—. ¿Por qué has de estar siempre atacando a la religión?

—Porque a mi abuela la violó el Coro del Tabernáculo mormón.

—¿Estás seguro de que no fue a tu abuelo?

Todos rieron entre chillidos, salvo Clint Eastwood. Levantó la mirada desde la silla en que se encontraba sentado, en un rincón depilándose las piernas con cera.

—Miren quién habla... Tú y tu grupo de metemanos.

Sylvester Stallone se abrió paso a codazos hasta el espejo, apretando los labios después de cada aplicación de la barra de labios.

—Personalmente, detesto la acción durante las orgías. Es como abrir una docena de paquetes de Navidad bellamente empaquetados y encontrarlos todos vacíos.

—¿Acaso no es eso lo que estamos haciendo aquí? —dijo Robert Redford—. Estamos vendiendo ilusiones, no sólo necesidades escuetas...

Clint Eastwood se levantó.

—Se está haciendo tarde. Más vale que enfundes tus escuetas necesidades en los tejanos y bajemos antes de que Queenie organice una sonada.

Burt Reynolds dejó su borla sobre una bandeja, en el tocador.

—¡Santo Cielo! Me olvidé. Esta noche vienen de nuevo ese grupo de iraníes...

—¡Otra vez! —John Travolta hizo una mueca—. Los iraníes la chupan.

—¿No lo hace todo el mundo? —preguntó Paul Morgan.

Hubo una pitada y Clint Eastwood se acercó a él, moviendo la cabeza aprobador.

—Así se habla, encanto. No hagas caso de lo que digan. Sé que es tu primera vez aquí, pero no hay motivo para que estés nervioso. Queenie está aquí para protegerte.

Paul asintió cogiendo su «Jordaches» y su blusa descotada. Ahora ya los demás se vestían frenéticamente, dándose empujones por colocarse delante del espejo para una última inspección. Daba gracias de que sólo se preocuparan de sí mismos y se sentía igualmente agradecido por el recordatorio de Eastwood.

Porque *era* su primera vez y *estaba* nervioso. Pensó en la peluca rubia de Queenie, en el vestido bordado con perlas, en los senos artificiales y se preguntaba el motivo de que no se hubiera molestado en afeitarse la barba. En aquel momento, tuvo ante los ojos la escena que se estaba desarrollando abajo... El grande y gordo Queenie desempeñando el papel de madama con su grotesco atuendo, rodeado de toda aquella esplendorosa yeguada. No era de extrañar que llegaran clientes de todo el mundo al salón de Queenie para recibir

servicio de casi todos los astros supremos del mundo del cine.

Tal como Robert Redford había dicho, vendían ilusiones y acaso la barba de Queenie fuera un recordatorio no demasiado sutil de que todo cuanto ocurría allí era pura fantasía.

Todo el mundo sabía que aquellos garañones no eran en realidad actores, únicamente dobles... Maricas que jugaban a machos. Pero la mayoría se tomaban su trabajo muy en serio, imitando las voces, los manierismos y *schtiks*. Con los precios que cobraba Queenie, su clientela no iba a contentarse con bisté corriente.

Bien. Algunos de ellos recibirían aquella noche *filet Mignon* y algo más que ilusión.

Paul se sentó ante el espejo, simulando arreglarse las cejas cuando los demás salieron en tropel e invadieron con su charla el corredor al dirigirse hacia la escalera. Nada recordaba allí su presencia excepto un olor peculiar compuesto de polvos, perfume y sudor a suspensorios.

¡Gracias a Dios *que* aquella parte había terminado ya! Hablando de ilusiones..., había logrado engañarles por completo. Ninguno de ellos supuso, por un instante, que fuera él mismo, ni siquiera el propio Queenie cuando se desnudó para la entrevista. Casi se partió de risa al escuchar aquellas palabras que gruñían una aprobación.

—Eres algo viejo para representar a Morgan pero el conjunto no está mal. Tan pronto corra la voz de que te cuelga como la de un caballo los tendrás como moscas. Algunos de mis habituales prefieren la cantidad a la calidad.

De modo que, ¿por qué estaba allí sentado realmente temblando? Queenie le había asegurado que no habría dificultades.

—Nada de esclavitud, amo y siervo o fustas de cuero. Tampoco acróbatas de salón de té. Esto es, estrictamente, una auténtica casa de maricas.

*Pero yo no soy marica. Ése es el problema.*

Claro que hubo excepciones, como aquella vez que filmaban en Marruecos con aquel pequeño árabe... ¿Cómo se llamaba, Abud, Abdul? Y el chico japonés, el jardinero, aquella tarde que se encontraba tan hundido. Pero uno no va contando tales cosas y, si no hubiera sido por Vizzini, ni siquiera se hubiera acordado de ese tipo de basura. ¡Santo Cielo! Aquél sí que era un auténtico lunático, Vizzini, con sus cuentos. Diciéndole que tenía que integrarse psíquicamente en el papel.

—Vamos a repetirlo otra vez desde el principio. Y esta vez olvídate de ti. No necesito a Paul Morgan, quiero a Norman Bates. ¿Comprendes lo que quiero decir?

Paul sabía, exactamente, lo que quería decir. Actúa como un marica. El ponerse el vestido y la peluca ayudó algo, pero no lo suficiente.

¿Qué había dicho Queenie? *Eres algo viejo para representar a Morgan*. Y ahí estaba el meollo de la cuestión. Si quería mantenerse vivo en el mundo del cine era tiempo de virar y convertirse en actor de carácter, como Newman y Peck. Tiempo de cambiar de onda.

*Cambiar de onda.*

Levantó la mano para alisarse el pelo, confiando en que aquel ademán borraría la palabra, pero quedó allí flotando, entre su rostro y el espejo, emborronando su imagen. Todo cuanto pudo ver fue el temblor de sus dedos.

Tal vez debió beber un poco más y calmarse antes de acudir allí. O acaso lo que debió hacer fue no acudir. Fueron precisamente las copas las que le dieron la estúpida idea,

entonces le pareció una idea inteligente. Muy bien. Así que Claiborne le había dicho que Norman no era marica, tan sólo un travestí. Pero, ¿qué sabía aquel estúpido psiquiatra acerca del Método?

Durante todos aquellos años se había mantenido apartado de aquellas majaderías del «Actor's Studio», pero ahora lo necesitaba si pensaba cambiar de orientación y hacer papeles de carácter. Tenía que realizar algo más que aprenderse el papel si quería llegar a sentirlo como propio. Incluso aunque ello significara que, dentro de unos minutos, cualquier extraño, un viejo petrolero con el aliento oliendo a ajo disfrutaba tocándole *sus* partes. Tal vez no fuera demasiado tarde para esfumarse...

Se obligó a mirarse de nuevo en el espejo y esta vez la imagen apareció con toda claridad. No vio a Vizzini, ni a Queenie ni a unos estúpidos adolescentes que pensaban que estaba acabado. Vio únicamente a Paul Morgan.

Así que deja de culpar a otros; esto ha sido idea tuya. Y ahora resultaba estúpido dar al traste con todo. Vizzini tenía razón, debía dar realidad a su papel, ya que aquélla era su última oportunidad entre las que contaban. Y por eso...

—¡Vaya! ¿Qué haces aquí?

Levantó la cabeza y vio a Queenie atisbar a través de la puerta del camerino, haciendo un mohín con los labios entre la frondosa barba.

—¿Por qué te demoras, dulzura? Abajo estamos abarrotados, algo de locura...

Paul hizo retroceder la silla y se levantó.

—Muy bien. Ya voy.

—Más tarde. —Queenie emitió una risita ahogada—. He hecho correr la voz entre algunos de mis favoritos y están realmente frenéticos por ver una nueva cara.

Paul siguió a la masa bamboleante de Queenie hasta el vestíbulo, escuchando el parloteo que llegaba desde abajo. Voces estridentes, risas estridentes. ¡Santo Cielo! ¿Qué le estaba pasando? En el transcurso de los años había conocido un montón de tipos en el mundo del cine, y en su mayoría eran personas decentes. No sería posible encontrarlos allí, campando por sus respetos en un prostíbulo masculino.

De repente, empezó a temblar de nuevo. Quería dar media vuelta y echar a correr, pero una mano le oprimía, empujándole. Una mano inmensa, invisible que le obligaba a avanzar al tiempo que le empujaba. La mano de Vizzini...

Surgió de entre la niebla, haciéndole sentir un amargor en la boca. Luego descendió perdida entre la bruma que se arremolinaba en derredor suyo, semejante a un vapor denso.

Por un instante, Vizzini tuvo una visión de cuerpos muertos achicharrados y de rostros descarnados, que oscilaban entre las burbujas de un baño hirviendo.

*Imbecile.* Aquí no hay baño alguno. Dondequiera que sea aquí. *Aquí* se encontraba perdido en la niebla también él. Niebla, no vapor. Fría, no caliente. Al acecho por las colinas, caminando a tres metros sobre el suelo... Él sabía que debió haberse mantenido apartado, que debió quedarse en casa, hacer a un lado los pensamientos que llegaban con la niebla y la noche. Pero los pensamientos le habían conducido a las píldoras y las píldoras le hicieron salir de casa.

No, no eran pensamientos. Los recuerdos de los que intentaba huir, el recuerdo de los muertos.

*Mamma mia...*

Sí, *Mamma mia*, aquel día en que los soldados llegaron a la aldea y ella le cogió de la mano. Los dos corrieron hacia la plaza del pueblo, donde solían sentarse a las largas mesas de meriendas las tardes de los domingos mientras la banda tocaba a Verdi. Sólo que ese día el quiosco de la música había reventado como un huevo por culpa de los proyectiles y no se oía música, tan sólo alaridos y el golpeteo de las botas sobre los adoquines al invadir los soldados la plaza. Se habían estado dedicando al vino y ahora empezaban a dedicarse a las mujeres, y cuando Mamma los vio intentó retroceder, pero era demasiado tarde porque también ellos la habían visto. Tuvo justo el tiempo para agarrarle del cuello y empujarlo debajo de una de las mesas. Luego, los soldados la cogieron a ella. Debieron ser cinco o seis, tal vez más. O acaso otros llegaron después.

No podía estar seguro, porque se encontraba debajo de la mesa, oyéndose a sí mismo llorar, a los soldados reír y a mamá chillar.

Luego llegó el crujido y un ruido más fuerte —*bam, bam, bam*—, sacudió la mesa sobre su cabeza. La mesa golpeaba y él también sentía golpes en la cabeza. Ya no se escuchaban risas ni tampoco chillidos; sólo aquel golpeteo. Y quejidos. *Mamma mia* quejándose, y las botas alejándose de la mesa, luego moviéndose lentamente, por parejas, sustituyendo a las que antes se habían encontrado junto a ellas. Las botas estaban sucias, llenas de barro y cieno y el quinto par, ¿o era el decimoquinto?, salpicadas de sangre.

Él sabía lo que era, pero tenía que mirarlo. Era preferible mirar las botas que escuchar los quejidos, los gruñidos y el jadeo que todavía eran peores que el golpeteo en su cabeza.

Allí es donde estaba, allí es donde siempre estaría, las píldoras no harían acallar el sonido, la niebla no podría absorberlo. *Bam, bam, bam*.

Finalmente calló, salvo el eco, que jamás lo hizo. Reían de nuevo alejándose y él salió a rastras de debajo de la mesa, se puso en pie y miró. Tenía cinco años y la primer mujer desnuda que vio fue a su propia madre. Le habían roto el vestido y desgarrado la ropa interior y él vio cómo le brotaba la sangre, la sangre fluía de las heridas que le cubrían todo el cuerpo y la cara, y también de la boca al abrirla y susurrar «Santo».

La palabra fue una gran burbuja rosada explotando entre sus labios, y aquél fue su legado, el último recuerdo que conservó antes de perder el sentido. Tal vez muriera en aquel momento o acaso más tarde; jamás lo supo porque, cuando volvió en sí, se encontraba en la sala del hospital de Catania. Nadie pudo decirle cómo había llegado hasta allí o lo que había ocurrido en Vizzini. Jamás regresó al pueblo que le diera su nombre.

Vizzini... Así es como le llamaban en el orfelinato porque él no recordaba su auténtico apellido. Durante mucho tiempo poco era lo que lograba conservar en la memoria y las buenas hermanas le amonestaban por ser un zopenco y porque no prestaba atención a las lecciones.

Pero sí que se acordaba de la burbuja rosada. Santo. ¿Por qué esas madres sicilianas con ojos de gacela insisten en cargar sobre sus hijos el peso de tales patronímicos... Angelo, Salvatore, Santo?

¿Qué significa un nombre?

A los trece años, cuando se fugó a Palermo, fue, un tal Angelo quien le tomó bajo su tutela, entrenándole como ladrón. Aquel hombre fue su primer maestro verdadero, educándole al estilo de las calles, pero era evidente que jamás pudo confundírsele con un ángel.

Más adelante, en Nápoles, tropezó con Salvatore quien, indudablemente, actuó como salvador suyo cuando los *carabinieri* irrumpieron dando al traste con su pequeña operación. Pero Salvatore no le había salvado de que llegara a convertirse en adicto de las mercancías que vendía.

Y el propio Santo distaba mucho de ser un santo. ¿Qué santo hubiera podido sobrevivir lo que él en Roma, Milán, Marsella? ¿Qué santo pudo haber hecho aquella primera impúdica película en unos días en que incluso la desnudez constituía todavía un escándalo?

Vizzini ascendió vacilante y entre jadeos la abrupta pendiente. La niebla era tan densa que no podía ver la luz de los faroles ni las de las casas de la colina. ¿Dónde se encontraba en aquel momento?

Pero, de repente, el pavimento se hizo firme bajo sus pies y lo supo. Estaba en la cumbre. En la cima del mundo. Había terminado de trepar, había llegado y el pasado se desvanecía a sus espaldas, entre la niebla. Aún le quedaba una cápsula en el bolsillo. La tragó en seco sin recordar siquiera de qué era. Y tampoco le importaba.

De nada servía recordar. Tenía que olvidar lo que *Mamma mia* le descubrió sobre la mesa, olvidar que las buenas hermanas tenían también aquella cosa oculta bajo sus hábitos, una pelusa negra y también ensangrentada cada mes, cuando las visitaba *la maledizione*. Olvidar a la puerca en aquella primera película y lo que le pasó al entrar el cuchillo. *Corten*, dijo él, y eso es lo que hizo el cuchillo. Pero se lo mereció, era una *putana* y merecía morir.

¡Cómo reía antes de que el cuchillo entrara! Reía, se quejaba y gorjeaba, gozando. Todas ellas gozaban, incluso las buenas hermanas hubieran dado cualquier cosa por sentir el *bam, bam, bam*. Claro que, en un principio, hubieran chillado y se habrían resistido, igual que mamá hizo con los soldados.

¿También ella habría gozado?

¿Qué diferencia había entre un quejido de dolor y un quejido de placer? ¿Cómo podía saberlo un niño de cinco años, cómo podía él estar seguro *ahora*? Sólo una cosa era segura... Todas ellas tenían cosas y las cosas no razonan, sencillamente responden. Cosas negras, vellosas, ensangrentadas, cosas secretas con secretos anhelos de más, y más y más. *Mamma mia*, cuando le concibió a él revolcándose en un bosquecillo con cualquier *paisan* desconocido. Y la madre de Norman Bates...

Vizzini se pasó un dedo sobre el sudoroso labio superior, trazando la silueta de su desaparecido bigote. Él hubiera podido hacer el papel de Norman, tenía que hacerlo porque le comprendía.

Pero sería Paul Morgan quien lo haría, Paul Morgan que era incapaz de entender nada, ni siquiera su propia homosexualidad latente. Pero Norman no era un homosexual, no había nada en los crímenes que pudiera indicarlo. En realidad, nadie conocía a

Norman, ni siquiera aquel estúpido médico. Nadie le conocía, salvo él, Santo Vizzini.

Nadie sabía que había investigado a fondo el caso, visitando Fairvale el año anterior, que había visto las ruinas de la casa y del motel, tomado fotografías. El estar allí había sido realmente excitante, una excitación que hasta entonces había ocultado y protegido y que la vertería en la película para que todos pudieran verla y compartirla.

*Dama Loca*. Sería un triunfo porque sería real, casi tan real como aquella primera película. El carácter documental, eso era lo que importaba.

Driscoll no lo comprendía, él sólo sabía de dinero. Para él era importante la cuenta bancaria, mas, para el artista creador, lo único que importaba era la propia película. La exposición de la realidad en un mundo en el que la mujer esconde el sucio secreto bajo sus faldas. Y correspondía a un hombre como él, a un hombre como Norman, descubrir ese secreto, exponer el mal y castigarlo.

Eso era lo que Norman había hecho con Mary Crane y lo que él haría con Jan.

Vizzini parpadeó, buscando a tientas el camino a través de la niebla. Estaba desorientado. Demasiadas píldoras, demasiada niebla arremolinándose en su interior. Se encontraba allí por una razón si es que era capaz de recordarla. ¿En qué había estado pensando?

*Jan*. Se parecía enormemente a Mary Crane y ése era el motivo de que la hubiera seleccionado, pese a todas las objeciones. Ahora tenía que enseñarle cómo *ser* Mary Crane, aquella ladrona, aquella *putana*, haciendo ostentación de sí misma y de su secreto ante el pobre Norman. Tenía que despojarla de todos aquellos estúpidos amaneramientos aprendidos en la escuela de arte dramático, despojarla de todo salvo de la propia carne hasta que quedara convertida en Mary Crane, bajo la ducha.

De súbito, la niebla desapareció y pudo verla, pudo ver a Jan desnuda, contorsionándose en el climax..., el climax final que es la muerte.

Y, de repente, pudo ver algo más, algo que las drogas y la niebla habían ocultado durante todos aquellos años, algo que había olvidado por completo. El chiquillo de cinco años, emergiendo de debajo de la mesa y descubriendo el secreto de *Mamma mia*. El niño perdió el sentido, no a causa del terror, sino para borrar el hecho de que había sufrido una erección.

Exactamente como le estaba ocurriendo en ese momento.

*Ahora*, al cabo de toda una vida de creer que era impotente, igual que Norman Bates. Pero no era verdad. Norman era un hombre y debió haber actuado como un hombre con Mary Crane. Él mismo era un hombre y, una vez demostrado, podría representar, representaría el papel. Con Jan...

Lanzó un quejido, gozando con Roy. Era maravilloso, tan maravilloso y él era formidable. Ahora incluso mejor, porque al mirarle su cara había cambiado y ahora era Adam Claiborne quien la montaba, tal como había deseado que lo hiciera al principio de la velada. Sólo que sus facciones seguían borrosas y, en aquel momento, era Paul Morgan quien la estaba gozando. Cerró los ojos suplicándole que la dejara y, al abrirlos de nuevo, Jan se dio cuenta de que estaba ocurriendo algo horrible. Había desaparecido la cara de Paul y a quien veía era a Santo Vizzini; jadeaba y de sus axilas se desprendían gotas de

repelente perfume. Alzó las manos engarfiadas y sus uñas se clavaron en al cara de Vizzini. Ahora ya, encima de ella no había un rostro, al menos que ella pudiera verlo, tan sólo una mancha borrosa. Y, sin embargo, ella lo sabía, algo en su interior le revelaba quién era exactamente.

*Norman Bates.*

Era él, lo había estado haciendo durante todo el tiempo, los otros rostros sólo eran máscaras. Pero su cara era real y ella quería verla con claridad, tenia que verla con claridad.

Y entonces se escuchó el alarido y Jan se despertó, abriendo, finalmente, los ojos para contemplar tan sólo la oscuridad del dormitorio.

De nuevo el grito y un golpeteo frenético en la puerta.

Jan apartó las sábanas, encendió la lámpara y metió los pies en las zapatillas que tenía junto a la cama. Cogiendo rápidamente la bata que estaba sobre la silla, atravesó presurosa el vestíbulo.

—Déjame entrar...

Era la voz de Connie, detrás de la puerta de la calle.

Al abrirla, se encontró con Connie temblando en la niebla, temblando y llorando.

—¡Por todos los santos! ¿Qué pasa, cariño?

—Llevo un rato llamando —gimoteó, con el rostro húmedo por las lágrimas y contraído como el de un niño.

Jan asintió.

—¿Dónde está tu llave?

—En el bolso... No podía encontrarla... Alguien estaba ahí.

—¿Alguien?

Connie señaló la calle envuelta en niebla.

—Alguien..., un hombre... De pie bajo los árboles cuando bajé del coche. Pensé que me perseguía...

Jan escudriñó por detrás de la temblorosa joven.

—No veo a nadie.

—Debió de huir cuando empecé a chillar. Pero estaba ahí..., lo he visto...

Ciñéndose la bata, Jan empezó a caminar por el sendero.

Connie se volvió rápida.

—No..., ¡no vayas!

Pero Jan avanzaba ya en dirección a los árboles. Y allí estaba, debajo de ellos. Jan se detuvo y recogió al gatito rubio.

El animal no hizo la menor resistencia. Ni siquiera se movió.

Lo habían degollado.



## VEINTINUEVE

Claiborne había dormido más de la cuenta, pese a lo cual no se sentía descansado.

Tenía demasiado en la mente, demasiadas cosas que considerar. Mientras se vestía y afeitaba, analizó los acontecimientos que habían tenido lugar durante las últimas veinticuatro horas. El encuentro con Vizzini, la entrevista con Marry Driscoll, el episodio con Jan. Todo ello resultaba igualmente perturbador, ya que nada había quedado resuelto. Y estaban a sábado. El tiempo empezaba a agotarse.

Se dirigió presuroso al teléfono y llamó a Steiner al hospital.

—En el hospital —le dijo Clara—. Así es, se lo llevaron al del «Condado General» el jueves por la noche. Neumonía bronquial... Verá, durante toda la semana hemos tenido aquí esas espantosas lluvias...

Claiborne hizo preguntas y recibió respuestas. No, el doctor Steiner no se encontraba en cuidados intensivos, pero no se le permitirían llamadas ni tampoco visitas, al menos durante unos días. Y por lo que ella sabía, todavía no se habían recibido noticias de la oficina del juez. El sheriff Engstrom había prometido hacer que le redactara un informe, lo más tarde para el lunes.

—Y para entonces usted estará ya de regreso, gracias a Dios. Estamos pasando unos días muy difíciles...

Claiborne le dio las gracias y colgó. *Días difíciles*, había dicho Clara. Bueno, las cosas estaban difíciles en todas partes.

Pero de nada servían las lamentaciones o hacerse recriminaciones. Bastaba con reconocer que, hasta el momento, no había logrado nada. Steiner tenía razón... Él era médico y no detective. Y había caído en la trampa más común de su profesión; interesarse tanto por la gente que había olvidado dar prioridad al problema inmediato. Un detective sabía que la única forma de obtener soluciones era aferrándose al problema.

Claiborne se sentó sobre el borde de la cama, pasando revista a opciones y prioridades. Cogió de nuevo el teléfono.

Hizo dos llamadas.

Después de la segunda, se dirigió al cuarto de baño y puso la cabeza debajo del grifo de agua fría. Era el gesto irrazonable de un hombre con resaca, pero el chorro helado le hizo bien aunque tuvo que cambiarse de camisa y volver a peinarse.

Asegurándose de que llevaba la llave en el bolsillo, salió de la habitación y enfiló por el sendero, echando una ojeada a su reloj. *Ya era pasado mediodía*. No había desayunado, pero ya no tenía tiempo, sobre todo después de lo que había oído...

—Hola.

Tom Post se encontraba de pie en la puerta de la oficina, con una arrugada sonrisa de saludo.

—¿Le gustaría una taza de café?

Claiborne inició una negativa, pero la invitación se vio reforzada por el aroma de la propia oferta.

—Gracias. No tengo mucho tiempo pues he de acudir a una cita...

—No se preocupe. Está ya preparado.

Post le condujo a la oficina y luego abrió una puerta que daba a la parte trasera.

—Por aquí —dijo—. Después de todo, más vale que estemos cómodos.

Aquella habitación era bastante confortable, o al menos lo fue en la época en que el mobiliario era nuevo. Pero ahora la tapicería ya estaba desteñida y las cortinas con polvo; sólo las fotografías enmarcadas en las paredes aparecían brillantes y sin edad a la luz de la lámpara.

Mientras el viejo se atareaba con la cafetera que había sobre una mesa, Claiborne dirigió su atención hacia las fotos. Al igual que las de la oficina exterior, parecían ser retratos de estudio para la publicidad, pero no reconoció a nadie.

Tom Post se acercó a él con una taza.

—¿Crema y azúcar?

—No, lo prefiero solo. Gracias.

Y resultó. Claiborne no se había dado plena cuenta de lo mucho que lo necesitaba; el café caliente fue todavía mejor en aquel momento que el agua fría.

—Otro día abrasador —comentó Post—. Pero esta noche volverá a haber niebla. Por lo general, la hay en esta época del año. —Miró hacia las fotografías en la pared—. ¿Ha visto algún conocido?

—Creo que no.

—No me extraña. Son muy anteriores a usted. —Señaló con un dedo huesudo a un hombre de edad que sonreía serenamente—. Ése es Sol Morris. Era el presidente de «Coronet Studios», allá por los años veinte, cuando estaban instalados al otro lado de la colina.

Claiborne hizo un ademán de asentimiento y Post siguió andando junto a la pared, semejante al guía de una gira en un museo. Pero es que había que reconocer que aquello era un museo, pensó Claiborne. El desvaído y empolvado decorado era el adecuado en un lugar donde todos los relojes se habían parado hacía mucho tiempo.

—Theodore Harker —siguió Post, alzando la vista hacia el retrato de un hombre con rostro de halcón, vestido de negro—. Un gran director, como Dave Griffith en su día. El que está junto a él es Kurt Lezoff. También trabajé con él. Algunos decían que era incluso mejor que Von. Pero hoy nadie le recuerda. A nadie le importa.

Dio media vuelta y, por un instante, Claiborne pensó que lo hacía para ocultar la emoción. Por el contrario, Post se acercó al rincón más oscuro de la habitación y encendió una luz incorporada al retrato que colgaba allí con solitario esplendor.

Esplendor. Aquella era la palabra, el único calificativo para el conjuro del rostro que allí campeaba... No se trataba de una fotografía sino de un retrato al óleo. La muchacha era joven y bellísima. En su rostro había algo vagamente familiar. Él había visto antes en alguna parte aquellos ojos y aquella sonrisa.

—Dawn Powers —sonrió el viejo—. Di su nombre a este lugar. «Dawn Motel».

—Creo haber visto películas de ella —repuso Claiborne—. ¿Era actriz?

—Sí, pero sólo del cine mudo. Pudo haber seguido, pudo haber sido la más grande de todas. —La voz de Tom Post bajó hasta convertirse en un suave murmullo y Claiborne

se le quedó mirando.

—¿Estaba enamorado de ella?

—Todavía lo estoy.

—¿Qué pasó?

El viejo se encogió de hombros.

—Se retiró. Se casó con alguien que no tenía relación alguna con el cine. Murió hace años. —Apagó la luz y luego se encaró con Claiborne desde el rincón a oscuras—. Ahora ya todos se han ido. Yo mismo me iré pronto y acaso sea lo mejor.

—No tenga tanta prisa. Aún goza de buena salud.

—¿Y cuando la pierda? —Post sacudió la cabeza—. He visto esas residencias para ancianos. ¿Se imagina lo que es tener cuanto se posee en el mundo sobre una estantería de medio metro, junto a la cama? Gente que ha tenido infinitas posesiones ahora se ven reducidas a un peine de plástico, un espejo rajado, un vaso, una desvaída instantánea «Polaroid» de nietos que no les han visitado desde hace tres años. Y no es eso lo peor. La auténtica pérdida es la de la dignidad, la intimidad, el respeto de sí mismo. Y la esperanza. Ése es el futuro y a todos nos aterra. Claro que te mantienen en calma con tranquilizantes... Ésa es la bomba final, despojarte de tus emociones. Dígame, doctor, ¿qué es mejor..., sonrisas a base de sedantes o lágrimas tranquilizadas?

—No se trata, simplemente, de un problema médico —replicó Claiborne—. Si el mundo se está derrumbando, hemos de volver la vista a nuestro modelo de cultura y a nuestros juicios de valor para encontrar una respuesta.

—No se preocupe, tenemos montones de respuestas —asintió Tom Post—. Cada año recibimos una nueva. Isometría, alimentos orgánicos, Zen, circuito de regeneración biónica, sesiones de encuentros, meditación trascendental, *jogging*. —Sonrió—. Pero, ¿dónde están todos los especímenes perfectos?

—Quisiera saberlo. —Claiborne dejó su taza vacía sobre la mesa—. Pero en este momento he de irme.

—Lo siento. No era mi intención abrumarle con toda esta charla.

—No se excuse. Cuanto ha dicho tiene un gran sentido. No, lo digo de veras.

—Gracias. —Post rió entre dientes—. Algunos creen que la única cosa de valor que sale de la boca de un viejo es su dentadura postiza.

Al dirigirse Claiborne hacia la puerta, le siguió su anfitrión.

—Me olvidé preguntarle —manifestó—. ¿Qué tal marcha esa película en la que está interesado... *Dama Loca*?

—Es una larga historia.

—Me gustaría escucharla. —Post mantuvo la puerta abierta después de que Claiborne hubo salido al patio—. Verá, si está libre alrededor de las seis, ¿por qué no se viene por aquí y cena conmigo? No soy el mejor cocinero del mundo, pero le prometo no envenenarle.

—Estupendo —respondió Claiborne—. Posiblemente estaré de vuelta más o menos hacia esa hora. ¿Qué le parece si le contesto entonces?

—Estaré aquí. —El hombre de pelo blanco emitió un chasquido mientras Claiborne se dirigía a su coche—. Buena suerte.

Mientras conducía pareció seguirle el eco de aquel chasquido nervioso y, una vez más, se encontró haciendo cabalas sobre Tom Post. ¿Era la soledad el único motivo de su hospitalidad y su curiosidad?

Por lo que acababa de decir, resultaba evidente que el viejo no se sentía sólo solitario sino también amargado. Sentado allí tristemente en la oscuridad, noche tras noche, intentando recapturar el pasado, hacer resucitar a los muertos.

*Eso era precisamente lo que había hecho Norman.*

Claiborne desechó la idea o intentó hacerlo. El paralelismo resultaba demasiado forzado. Post no parecía tener una idea de fijación en su madre y, ciertamente, no ocultaba cuerpo alguno. Todo cuanto tenía era el retrato de una joven a la que había amado, una joven ya muerta...

Una joven muerta con algo en los ojos, y la sonrisa que él había reconocido. No de otros retratos de Dawn Powers, sino en otra fotografía, una instantánea de periódico. El rostro era distinto, pero los ojos y la sonrisa eran los de Mary Crane.

*Tonterías. ¿Cuántos tipos faciales básicos existen..., treinta y siete? Debía de haber millares de jóvenes que compartían un parecido semejante. Por ejemplo, Jan Harper...*

*Sacudió la cabeza. Anoche pudiste haberla tomado. ¿Por qué no? La necesitabas.*

Claiborne suspiró. Sí, ¿pero la necesitabas tanto como Tom Post necesitaba a su Dawn, lo suficiente para pasar el resto de su vida con ella en carne y hueso o incluso en el recuerdo? Había de reconocer, con toda honestidad, que no sabía la respuesta. Y tal vez se quedara sólo en eso, en un recuerdo si Jan no llegaba a perdonarle su rechazo. *O si algo le ocurría a ella...*

Pensó en las llamadas que había hecho. Por primera vez, disponía de algo más que un presentimiento o una correcta suposición. Ahora tenía el arma que necesitaba y era su intención utilizarla.

Si es que podía encontrar a Marty Driscoll.

Pero cuando llegó a los estudios, y se dirigió hacia el edificio de la administración, descubrió que la oficina de Driscoll estaba cerrada con llave. Ni siquiera Miss Kedzie trabajaba los sábados por la tarde. Debió acordarse de telefonar también allí. Tal vez pudiera localizar a Roy Ames.

Bajó al vestíbulo, junto a las puertas todas cerradas y apresuró el paso al acercarse al cubículo de Ames que encontró abierto.

Abierto y vacío.

¿Quería eso decir que Ames se encontraba todavía en alguna parte de los estudios? Era posible. Al menos valía la pena intentar encontrarlo.

De nuevo en la desierta calle dirigió sus pasos hacia el plató Siete. ¿No habían acordado que Jan ensayara hoy con Vizzini? De ser así, era posible que Ames hubiera decidido asistir a la sesión. Y, desde luego, allí había alguien porque la enorme puerta corredera estaba abierta.

La oscuridad más allá de la puerta ofrecía frescura y la acogió agradecido, mirando ante él en busca de luces o señales de vida. Pero no se oía ruido alguno, y la única luz llegaba desde un rincón lejano, más allá del decorado del dormitorio donde se iniciara el fuego.

Era allí donde viera el cuarto de baño y la instalación de la ducha del Número Seis, en el «Bates Motel».

Claro que él jamás estuvo allí; aquel lugar ardió hacía años, antes de que Norman se convirtiera en paciente suyo. Pero era perfectamente reconocible por la descripción de Norman. Corrección... *vívidamente* reconocible, con sus paredes recubiertas de azulejos, sus instalaciones en porcelana, la reluciente grifería y la pesada cortina de ducha.

*La escena del crimen.*

Por un momento, se encontró visualizando la escena: las paredes salpicadas de carmesí, el agua que seguía derramándose para arremolinarse formando una espuma rosada alrededor de la figura desnuda, desplomada y acuchillada sobre la base de la ducha. Y la otra figura que se encontraba allí en pie...

Pero el cuarto de baño no era más que un decorado de cine, con tres paredes y la figura que se encontraba allí parado junto a la ducha era Roy Ames.

Ames se volvió.

— ¿Qué está haciendo por aquí?

— Buscándole —repuso Claiborne—. Le llamé ayer noche. ¿Dónde estaba?

— Aquí. —El escritor reafirmó sus palabras con un ademán de cabeza—. Así es. Siempre pensé que la cuestión de la seguridad era una farsa, pero quería demostrarlo. Cualquiera puede trepar por esos muros. Tal vez la niebla ayudara, pero ahora ya sé lo fácil que resulta. Gracias a Dios, Jan canceló su ensayo para hoy.

— ¿Que lo canceló?

— Habló con ella esta mañana, y aún se encuentra demasiado trastornada después de lo de anoche.

— Oiga, espere un momento —dijo Claiborne—. Tuvimos una discusión. Pero no creo que llegara a trastornarla hasta ese punto...

— No lo hizo.

— Entonces, ¿qué ocurrió?

Ames le contó lo del gatito y Claiborne le escuchó con mirada escrutadora. *Degollar a un gato*. De repente recordó a Vizzini y los cuchillos. *Pero, ¿por qué...?*

— ¿Comprende ahora por qué se encuentra tan tensa?

— Sí.

— ¿Qué piensa usted?

— Déjeme reflexionar.

— ¿Es todo cuanto tiene que decir?

— No —repuso Claiborne al tiempo que movía negativamente la cabeza—. Ahora le toca a usted escuchar.

— Adelante.

— Este mediodía hice algunas llamadas. Primero telefoneé al departamento de seguridad de aquí, intentando hablar con el encargado.

— Se refiere a Talbot.

— Así es. No estaba, pero me dieron el número de su casa y le llamé allí.

— ¿Por algo en particular?

— Le pregunté sobre su entrevista de ayer con Driscoll, después del fuego y sobre las

huellas dactilares que encontrara en el bidón.

—¿Se enteró de algo nuevo?

—De varias cosas —asintió Claiborne con rostro pétreo—. Talbot no ha examinado en momento alguno el bidón. Tampoco acudió al estudio. Ha estado en Las Vegas desde el jueves y ha regresado precisamente esta mañana.

—¿Y qué me dice del decorador?

—¿Lloyd Parsons? —Claiborne hablaba espaciando las palabras—. De acuerdo con Talbot, jamás ha existido.

—De manera que Driscoll ha mentido. —Ames frunció el ceño—. ¿Cree que está protegiendo a Vizzini?

—Tal vez.

Algo estaba ya adquiriendo forma, las piezas empezaban a encajar.

—Pero parece demencial...

—También lo es el asunto del gato —afirmó Claiborne—. Tal vez tenga alguna relación. La joven rubia y también rubio el gato. Acaso haya sido el sustituto de Jan.

—Ese hombre en la niebla... Supongamos que fuera detrás de Jan, pero la llegada de Connie le ahuyentó. Así que, en su lugar, mató al gato.

—¿Por qué?

—Reflexione un instante. —La voz de Claiborne adquirió un tono más profundo—. El sinónimo de minina es gatita. Por eso pudo matarla, porque eso era lo que realmente quería hacer el asesino. Apuñaló a su gatita.

—¡Dios mío! ¿Cree realmente que Vizzini pudo hacer una cosa semejante?

—No lo sé. —Claiborne se encogió de hombros—. Norman sí.

—¿Qué va a hacer usted?

—Lo primero, hablar con Driscoll. ¿Tiene el número de teléfono de su casa?

—Sí, en mi oficina.

—Entonces le llamaremos desde allí. Esta vez no podrá evadirse. O suspende la película o acudimos a la Policía.

Más allá del plató, entre las sombras, se movió una figura.

## TREINTA

*La Policía.*

Santo Vizzini sintió invadirle la furia. Le llegó hasta la garganta, podía gustarla con la lengua mientras tragaba con dificultad, sabiendo que tenía que permanecer en silencio. El silencio le había salvado cuando acudió al plató y oyó voces, y le salvaría en esos momentos.

Volvió a deslizarse en la oscuridad, detrás de una de las paredes laterales del plató mientras Ames y Claiborne se dirigían hacia la puerta que se encontraba al fondo y enfilaban por la calle de los estudios.

Les siguió deteniéndose ante la puerta abierta y observó cómo se dirigían al edificio de la administración. Una vez hubieron desaparecido en su interior, tenía libertad para seguirles.

La calle estaba desierta y, al entrar en el edificio, vio que tampoco había un alma en los vestíbulos. Había tenido suerte y la fortuna seguía favoreciéndole. La puerta del cubículo de Ames se encontraba abierta, al fondo del vestíbulo y el despacho contiguo no estaba cerrado con llave.

Vizzini abrió en silencio la puerta, tomando luego posición junto a la pared.

Ames ya estaba telefoneando. Se oía a intervalos su voz ahogada.

—No, por teléfono no. Verá, no voy a discutir. Si usted no quiere oírlo, hablaremos con la Policía.

*De nuevo la palabra.* La ira que sentía era ya más fuerte y amarga.

—¡Maldición! Puede estar seguro de que hablo en serio. Depende de usted... Le estamos dando una última oportunidad.

*Una última oportunidad.* La furia también tenía aroma; no existía perfume alguno capaz de enmascararlo.

—¿A qué hora? ¿Está seguro de que no puede antes? Muy bien, ahí estaremos.

Ames colgó y, al cabo de un instante, se escuchó la voz de Claiborne a través de la pared.

—¿Qué ha dicho?

—Dentro de una hora tiene una reunión... Rubén, Barney Weingarten, alguna gente de la oficina de Nueva York. Nos veremos con él esta noche, a las ocho.

—¿Cree que acudirá a la cita?

—Más le vale. Creo que está lo suficientemente asustado, de manera que no habrá trucos.

—Muy bien. Tengo un compromiso para cenar con el dueño del motel donde me alojo. Si me da la dirección y me indica cómo llegar, me reuniré allí con usted.

Vizzini se agazapó detrás de la puerta al salir los dos hombres de la oficina. Seguían hablando mientras atravesaban el vestíbulo.

—Es fácil de localizarlo. Se encuentra en la colina, del otro lado de Ventura. Puede tomar por Vineland y luego...

A continuación, desaparecieron de la vista pero el eco aún permanecía.

*Reunión. A las ocho de la tarde. Nada de trucos.*

Vizzini apretó las mandíbulas. Ya había habido demasiados trucos. Jan que canceló su ensayo. Y ahora aquel asunto con Driscoll. Esta vez lo lograrían, cancelarían la película, le defraudarían por completo. No podía detenerlos, era ya demasiado tarde. Se encontraba desarmado, impotente.

*Impotente.*

Pero no con Jan.

Al menos no, si lograba salir airoso con uno de sus propios trucos.



## TREINTA Y UNO

—Empieza a caer otra vez la niebla. —Connie se apartó del ventanal—. ¿Estás segura de que te encuentras bien?

—Deja de preocuparte. —Jan cogió de la mesa una copia del guión encuadernada en imitación de piel—. Te he dicho lo que me ha dicho a mí Vizzini. Paul Morgan ensayará conmigo. Y han reforzado el servicio de seguridad.

—No te comprendo —dijo Connie sacudiendo la cabeza—. Te has pasado la tarde diciéndome que has terminado con todo eso, que no piensas arriesgarte más, que no merece la pena. Pero tan pronto como te telefonea te pones como un flan, no puedes esperar un segundo. ¿No podías haberle dicho, al menos, que esperara hasta mañana por la mañana?

—También estaremos ensayando. —Jan cogió su bolso y se dirigió hacia la puerta—. ¿No comprendes? Eso significa que la película continúa de acuerdo con lo programado.

Connie le abrió la puerta y escudriñó a través de la incipiente niebla.

—Vamos, te acompañaré hasta el coche.

—Pero si está aquí al lado. —Jan le interrumpió sonriente—. Gracias, cariño. Eres un verdadero encanto.

—No te preocupes por mí. —Connie observó a Jan colocarse detrás del volante y poner en marcha el motor. Alzó la voz para que se la oyera a través del estruendo—. Prométeme sólo que tendrás mucho cuidado.

—Tú también.

Connie asintió.

—Estáte tranquila. Me quedaré dentro, cerrada a cal y canto hasta que vuelvas. Y si ocurre algo...

—No ocurrirá nada.

Jan soltó el freno e hizo retroceder el coche hasta el sendero. Saludó con la mano a Connie al entrar ésta en la casa y cerrar la puerta. Luego metió la primera y enfiló colina abajo.

La niebla se hacía cada vez más densa, pero Jan conducía con cautela y, además, no había tráfico que impidiera su avance. Al parecer, la mayoría de los residentes en la ladera de la colina se habían quedado en casa aquella noche: familias con invitados, chiquillos todavía levantados y viendo la televisión. Al pasar ante un garaje abierto, echó un vistazo al interior iluminado y a un hombre de estómago protuberante, en mangas de camisa, que aserraba leña con una sierra eléctrica. En un banco junto a él había una lata de cerveza y un dálmata «Rorschach» se encontraba sentado sobre sus cuartos traseros observándole. A través de una ventana de la casa contigua se escuchó el sonido de un estéreo. Algo sorprendida reconoció los compases finales de un poema de Strauss, *Tod und Verklarung*.

*No te comprendo*, le había dicho Connie.

¿Qué había que comprender? Claro que se había sentido aterrada. ¿Quién no lo hubiera estado con un loco corriendo suelto por ahí y matando gatitos? Pero aquello fue la noche pasada y, desde entonces, no había vuelto a ocurrir nada, no había habido indicio

alguno de que algo fuera mal. Hoy cosas así pasan corrientemente, no escasean los chalados y, naturalmente, hay que ir con mucho cuidado. Sólo que ha de trazarse una línea entre la cautela y una excesiva reacción. Es imposible vivir tu vida detrás de puertas con candados.

Eso era precisamente lo que no parecían comprender Connie, Roy y Adam Claiborne. No estaba dispuesta a terminar detrás de una de esas puertas cerradas en algún suburbio los sábados por la noche. Una joven matrona practicando nerviosa la rutina de anfitriona con los nuevos vecinos de la casa de enfrente... Una agobiada ama de casa advirtiéndolo a los chiquillos que tenían que cerrar la tele a las nueve y media en punto. *No olvidéis que mañana por la mañana tenéis que ir a la escuela dominical...* Una mujer de mediana edad que zurcía calcetines mientras su marido trastea por el garaje con sus herramientas... Una viuda canosa sentada sola escuchando el estéreo. *Tod und Verklarung*. Ésa no era forma de pasar la vida a la espera de la muerte y la trasfiguración.

Se podía desempeñar otros papeles, y ella estaba decidida a desempeñarlos. Era sólo cuestión de preparar la escena y eso era lo que estaba haciendo. *Compórtate como una dama astuta*.

Vizzini podía ser un condenado bastardo, pero no era estúpido; ahora que la película estaba en marcha había cambiado de tono. Le importaba demasiado aquella película y no estaría dispuesto a tirarlo todo por la borda sólo por intentar seducirla. Al convocar un ensayo junto con Morgan demostraba que iba en serio.

Y no había mentido respecto a lo de la seguridad. Cuando Jan atravesó la entrada de los estudios vio no uno, sino a dos hombres junto a la verja. El guarda más joven comprobó minuciosamente su pase antes de levantar la barrera e indicarle que pasara. Y mientras aparcaba y cruzaba la calle en dirección al plató Siete, se cruzó con Chuck Grossinger que hacía la ronda y observó que llevaba un revólver.

Aquello le proporcionó una sensación de seguridad. Ya no habrían más dificultades. Ni esa noche ni nunca. Dejemos que las cosas sigan por sus pasos contados... Se sabía bien su parte del guión y estaba dispuesta para lo que fuera.

A través de la niebla observó que las grandes puertas correderas del estudio de sonido estaban cerradas. En la puerta del lateral más pequeño, Santo Vizzini la esperaba sonriente. Al acercarse ella, miró su reloj.

—Puntual como un clavo —dijo—. Es un buen presagio, ¿no crees?

Jan asintió. Se proponía mostrarse amable, pero también tenía que andarse con cuidado. Cautelosa y dominando la situación. Era estúpido comportarse como un gatito asustado...

*Olvida al gatito, se dijo. Eso ya es agua pasada.*

Vizzini se hizo a un lado, invitándola a pasar al estudio.

Luego cerró la puerta.

## TREINTA Y DOS

Claiborne permanecía sentado en el coche, esperando.

Allí, en la cima de la colina, la niebla formaba una masa sólida. Al mirar a través de la carretera semicircular apenas podía distinguir la silueta del edificio de planta baja, más allá de sus linderos.

Consultó su reloj. *Eran las ocho y cinco. ¿Dónde estaba Roy Ames?*

Claiborne bajó el cristal de la ventanilla prestando oído atento para ver si llegaba algún coche, pero abajo, en la desierta calle, no se oía el menor ruido. Al cabo de un momento, se percató de que temblaba y alargó la mano para cerrar la ventanilla.

El delgado cristal establecía una barrera contra la humedad y la oscuridad, pero se sentía incapaz de ahuyentar el pensamiento de lo que podía haber detrás de aquella niebla. Y el pensamiento era más frío que la niebla, más oscuro que la noche. El pensamiento de Norman merodeando, de Norman con un cuchillo. Podía sentir su presencia, imaginárselo allí, a la espera.

*No dejes que tu imaginación se desboque.*

Excelente consejo pero, ¿qué significa? ¿Qué es la imaginación y cómo es posible distinguirla del pensamiento? Y ¿no es igualmente válido un enfoque de la realidad a través de la sensación o el sentimiento? *Tú eres una autoridad en la materia, ofrece algunas respuestas.*

Pero no tenía respuestas. Al cabo de aquellos años era incluso incapaz de definir los términos, de establecer distinciones entre alusión, ilusión y delusorio.

*Cogito, ergo sum.* Pienso, luego existo..., ¿qué? ¿Un ser racional? Pero el hombre no es racional... La experiencia le ha enseñado al menos eso. El hombre vive por el instinto y la intuición, y él no era una excepción. Cuanto había obtenido con su entrenamiento era un vocabulario esotérico. No podía curarse a sí mismo porque no se conocía. La conciencia es todo cuanto uno posee y es un fenómeno transitorio... La perdemos en el sueño, se altera con las drogas, se distorsiona bajo reacciones emocionales, se somete de forma absoluta cuando se nos imponen fuerzas más vigorosas de nuestro interior. La conciencia es como el cristal de la ventanilla, una endeble protección erigida contra la niebla exterior. Pero la niebla siempre estaba allí, allí y a la espera.

*Olvida la teoría, olvida la lógica. Intenta penetrar lo que se oculta entre la niebla.* Claiborne suspiró, viendo en su imaginación lo que la pegajosa niebla ocultara la noche anterior. El gato agazapado bajo los árboles, el hombre con el cuchillo. Norman, fracasado su intento de alcanzar a Jan, hunde su arma en el gato. Y, ¿por qué no? *De noche todos los gatos son pardos...*

—¡Eh! Despierte —le dijo Roy Ames.

Claiborne abrió la portezuela y bajó.

—No dormía —replicó.

Y al propio tiempo se dijo que aquello le daba la razón sobre lo fácil que resultaba perder la conciencia. Ames estaba allí y él no le había oído llegar. Cualquiera hubiera

podido sorprenderle deslizándose entre la niebla, incluso Norman...

Apartó la idea y miró el reloj.

—Las ocho y diez —murmuró—. Llega tarde.

—Lo siento —replicó Ames.

El aire nocturno era húmedo. Claiborne dio media vuelta y se encaminó al sendero que conducía a la casa.

—No tiene importancia. Apresurémonos a entrar... Lo menos que puede hacer es ofrecernos una copa.

Ames le siguió, alcanzándole al tiempo que Claiborne apretaba el timbre. Escucharon el sonido argentino cuyo eco les llegaba desde el interior de la casa.

Por un instante, permanecieron allí, entre las sombras. De nuevo, Ames apretó el botón. Dócilmente volvió a sonar el carillón pero no hubo respuesta alguna.

—¿Qué pasa? —farfulló Ames—. ¿Cree que nos ha dado esquinazo?

—Lo dudo. —Claiborne atisbo a través de las persianas de una ventana lateral—. Hay luz dentro.

Ames golpeó con el puño contra la puerta. Bajo el impacto, ésta se abrió.

—No está cerrada —dijo—. Entremos.

Detrás de la puerta se abría un espacioso recibidor y, al fondo, podía verse una escalera de barandilla blanca que ascendía formando curva. A ambos lados del vestíbulo se abrían sendas puertas sobre unas habitaciones resplandecientes de luz.

Roy Ames, haciendo bocina con ambas manos, gritó.

—¿Hay alguien en casa?

Nadie contestó. Pero el silencio no era total. De la habitación situada a la derecha salía una música suave.

—No nos oye —comentó Claiborne—. Probablemente estará viendo la televisión.

Ambos hombres se dirigieron a la habitación, descendiendo los peldaños alfombrados hasta el estudio. Pero allí no había nadie; en la pantalla oscilaban figuras y el sonido se hizo más fuerte al iniciar la orquesta sinfónica el movimiento final de *Los pinos de Roma*.

—Alguien ha estado aquí.

Claiborne señaló con la cabeza los asientos agrupados alrededor de la mesa de café en el centro de la habitación, y la serie de vasos y ceniceros sobre ella.

—Ahora ya se han ido.

Ames miró más allá de las puertas acristaladas hacia otra pequeña situada al fondo de la habitación.

—Tal vez esté en el reservado.

Pero cuando se dirigieron hacia el vestíbulo que había más allá, observaron que el cuarto de baño situado a la izquierda estaba abierto y desocupado. Y lo mismo el gran dormitorio frente a él.

Ames echó un vistazo al interior, observando el llamativo decorado.

—¿Qué me dice de esos espejos? Este lugar parece un quiosco de atracciones.

Claiborne asintió. Tal vez fuera una casa de atracciones, pero la música que les llegaba desde el estudio era inadecuada para semejante decoración. Los fantasmas de las

legiones romanas avanzaban por la Vía Apia, sus pisadas un trueno distante en la noche.

Se disponía a dar media vuelta, pero Ames empezó a atravesar el vestíbulo en dirección contraria, atraído por una rendija de luz que salía de la habitación situada al fondo. Se detuvo al alcanzarle Claiborne y juntos miraron hacia el interior de la cocina.

Al igual que las demás habitaciones era inmensa y decorada con profusión. El capricho de algún decorador había impuesto la utilización de un *motif* en roble, desde el suelo hasta las lámparas del techo. La cocina adosada a la pared, las alacenas, los armarios, el fregadero disimulado, así como el frigorífico-congelador estaban forrados con madera de roble oscuro que también formaba los paneles de la estancia y absorbía la tenue iluminación que llegaba del techo. En incisivo contraste, la exposición de cuchillos y cubertería, que colgaban de la larga estantería en el centro de la habitación, irradiaban una deslumbrante intensidad.

Parpadeando ante las centelleantes hojas, a Claiborne le vino a la memoria todas las armas existentes en el departamento de accesorios de los estudios. Pero aquella cuchillería no constituía unos accesorios, como tampoco lo era el macizo bloque de sólido roble que se encontraba debajo de ellos.

Era un tajo de carnicero al estilo antiguo, lo suficientemente grande para colocar sobre él un cuarto de vaca, y la rajadera clavada en el extremo más alejado parecía más que adecuada para llevar a cabo el trabajo. Pero el trabajo ya estaba hecho.

El redondo revoltijo de carne que reposaba sobre el tajo de carnicero era la cabeza de Marty Driscoll.

## TREINTA Y TRES

Santo Vizzini condujo a Jan hasta el fondo del plató, precisamente delante del decorado del cuarto de baño y el cubículo de la ducha. Subió un escalón y abrió la puerta, revelando el interior iluminado.

—Tu vestidor —le explicó.

Jan escudriñó el interior, iluminándosele el rostro a la vista del teatral espejo de cuerpo entero, el tocador, el canapé y la butaca, la alfombra que cubría el suelo.

—Formidable.

Vizzini asintió. Había sido un gran acierto al ofrecerle todas aquellas cosas agradables, hacerle saber que estaba recibiendo todos los honores.

La sonrisa de Jan se desvaneció.

—¿Dónde está Morgan?

—Paul llegará de un momento a otro. ¿Por qué no entras y te acomodas? Iré a ver si ha llegado.

Así lo hizo Jan, llevando en la mano su bolso y la copia del guión. Al entrar, vio las tres rosas rojas que emergían de un búcaro que había encima del tocador.

—¿Flores?

—¿Te gustan? —Vizzini se encogió de hombros—. Una estrella debe de tener siempre flores frescas en su camerino.

Se alejó sin esperar contestación, sabiendo que ella cerraría la puerta y caminó por el plató en sombras.

Todo estaba saliendo a pedir de boca. No habría película, pero eso ya no importaba. Lo importante era hacer el sueño realidad. ¿No era ésa la labor de un director, convertir la fantasía en realidad con un ademán de su varita mágica? Hasta entonces sólo había ocurrido en la pantalla porque la varita no poseía magia para él. Al menos no la tuvo hasta que ella llegó..., la hechicera. La boba, estúpida hechicera con el rostro de una joven muerta y el cuerpo de una mujer viva. No era Mary Crane, no era Mamma, no era nadie que hubiese conocido, salvó en sueños, cuando el poder se introducía en su varita y él penetraba en la hechicera. Y siempre el despertar antes de que ocurriera.

Pero ahora iba a ocurrir. Pensó en Jan, allí en pie en el umbral del camerino, con la luz delineando la redondeada curva de sus caderas, debajo de la leve falda. La falda subiría, la varita subiría, ahora iba ya hacia arriba, *Mamma mía...*

Abrió la puerta lateral y escrutó entre la niebla, asegurándose de que el guardia se había ido, tal como él lo preparara. *Vamos a ensayar... Agradecería que no se nos molestara.* Nada de órdenes, nada que pudiera despertar sospechas, tan sólo la afirmación. Nadie sospechaba, nadie sospecharía, ni siquiera Mamma.

*Santo es siempre un buen niño*, solía decir. Ahora lo estaba diciendo, podía oírla, podía ver su cara allí, entre los remolinos de la niebla. Déjala afuera, déjalos a todos afuera, ahora no deben verle, no deben ver su vara. La varita del poder.

Poder. Poder logrado con las píldoras, ellas se lo daban. Le hacían a uno oír cosas,

ver cosas que no estaban allí. Pero el poder era real.

Había empezado de nuevo aquella tarde... El «Amytal»... Y, en aquellos momentos, no podía recordar cuántas había tomado. Recordaba muy pocas cosas salvo el plan. Llamar a Jan.

Luego todo había ido apresurándose, como las tomas de la cámara, y allí estaba él. Ahora se retornaba a la velocidad normal, veinticuatro imágenes por segundo. De manera que ella no se dio cuenta de nada anormal. Había desempeñado su papel a la perfección. Dominaba por completo al actor, al director y al productor.

Pero en la cámara había demasiadas píldoras. Ése era el motivo de que hubiera visto la cara de la Mamma, de que hubiera escuchado su voz entre la bruma. Truque de fotografía. Efectos especiales.

Siguiente escena. Santo Vizzini retrocede, recorre en sentido inverso el camino a través del estudio de sonido. Anda. Se desliza. Flota.

La cámara está de nuevo sin dominar. Primero demasiado aprisa. Ahora demasiado lenta. Cámara lenta. *Todo. Adelante. Cámara. Lenta.*

Cambio de lentes. Nuevo enfoque. Distorsión. Las paredes avanzan, oscilaciones en el avance felino, ¡cuidado! Es una cámara loca. Y también las píldoras. *Mamma mia. No estoy loco. Yo no.*

No, no estaba loco porque poseía el poder. El poder secreto de excitar su entrepierna. *La varita del poder. El arma secreta que atravesaba la carne cálida, sumisa.*

Ya preparado, Santo Vizzini se dirigió hacia la puerta del camerino.

## TREINTA Y CUATRO

Roy Ames observó cómo Claiborne se arrodillaba junto al cuerpo que yacía en el suelo, detrás del tajo de carnicero.

Había ocurrido todo con tal rapidez... Primero el atisbo de la cabeza decapitada con los ojos fuera de las órbitas, luego la visión del resto del cuerpo. Claiborne era médico, había presenciado la muerte muchas veces y llevaba a cabo su examen con indiferencia profesional. Roy podía comprender eso, pero no su propia reacción. En lugar de temor y repugnancia, sólo sentía entumecimiento. Incluso el tono de su voz resultaba irrealmente tranquilo.

—No hay mucha sangre —comentó.

Claiborne alzó la cabeza asintiendo.

—No existen señales de incisiones corporales.

Levantándose, se inclinó sobre el tajo. Al alargar la mano, Roy se volvió de espaldas, pero prestó oído atento.

—Lesiones masivas en el occipital y el parietal —siguió Claiborne—. Han debido de golpearle por detrás con la parte plana del hacha. Estaba muerto antes de caer al suelo. Luego, pudieron separar la cabeza con un mínimo de exudación arterial o venosa...

Roy comprendió lo que Claiborne decía. Una vez que el corazón deja de bombear, la sangre no brota de una herida. Se había enterado de ello mientras escribía el guión, ya que se trataba de un punto crucial en la historia. Aquél era el motivo de que nadie sospechara de Norman. Al no existir manchas de sangre en sus ropas, ni él mismo sospechaba de sí. Claro que tenía las manos manchadas de sangre, pero aquello se debía seguramente a haber tocado el cuerpo. Y se lavaban con facilidad.

Se dio cuenta de que, siguiendo un impulso, se acercaba al fregadero y se quedaba contemplando la palangana de porcelana blanca. Sólo que no estaba blanca sino rosada y los riachuelos alrededor del desagüe eran oscuros y rojos. *La sangre hablará...*

—¿Qué pasa?

Claiborne estaba junto a él. Roy señaló el desagüe. Claiborne asintió. Había comprendido. *Norman estaba vivo, había matado allí a Driscoll y ahora...*

En aquel momento, Roy recuperó el habla.

—El motivo de que llegara tarde fue que estuve tratando de localizar a Jan en su apartamento antes de venir aquí. Connie me contó que acababa de irse para ensayar con Vizzini.

—¿En los estudios? —Los dedos de Claiborne se engarfiaron en el brazo de Roy—. ¿Cuánto tiempo hace?

—Media hora. Ahora ya estará allí. ¿Cree que Norman...?

—¿Por qué no me lo dijo antes? —Claiborne apartó la mano y, dando media vuelta, atravesó a grandes zancadas la habitación—. Llame a la Policía para que acudan. Y luego a los estudios... solicite al departamento de seguridad que se ponga en contacto con Jan y Vizzini. Estaré allí dentro de cinco minutos.



—Espere...

Mas, para cuando Roy llegó al vestíbulo, la puerta de entrada había sido cerrada de golpe y pudo oír cómo ponían el motor en marcha en el sendero de entrada a la casa, por encima de los acordes sinfónicos de la transmisión orquestal

Una vez hubo desconectado el televisor, miró en derredor suyo y localizó el teléfono sobre un escritorio en un rincón, junto a la puerta. Se dirigió presuroso hacia él. Y entonces, en el preciso momento en que alargaba la mano, sonó el teléfono. Roy descolgó el aparato.

—Hola. —Era una voz masculina ahogada por el zumbido de una mala conexión—. ¿Mr. Driscoll?

—No. —Roy habló con rapidez—. Deje libre la línea. Es una emergencia... Tengo que llamar a la Policía.

—Está hablando con la Policía.

—¿Qué?

—Milt Engstrom, sheriff del Condado de Fairvale. ¿Con quién hablo?

Roy se identificó. Luego añadió:

—Por favor, le he dicho que se trata de una emergencia. Han matado a Mr. Driscoll...

—¿Homicidio? ¿Qué ha pasado?

—Ahora no puedo hablar...

—Entonces más vale que escuche. —El sheriff Engstrom no esperó la contestación—. Toda la tarde he estado intentando localizar a Claiborne. El doctor Steiner me facilitó el teléfono de Driscoll y he pensado que acaso lo encontrara ahí. Pero puede darle usted el mensaje. Dígle que hemos encontrado a Bo Keeler.

—¿A quién?

—Bo Keeler. Es el autoestopista que la monja recogió en su furgoneta el domingo pasado. De acuerdo con su historia, ella le atacó con una llave inglesa... Hubo un forcejeo, logró evadirse de la monja y la mató en defensa propia. Luego, prendió fuego a la furgoneta e intentó huir. Se ocultó en casa de un amigo hasta que no pudo soportarlo por más tiempo... Se presentó anoche e hizo una confesión voluntaria. Le atormentaba la idea de haber matado a una monja. Sólo que no era una monja.

—No comprendo.

—Nosotros tampoco, hasta esta tarde. El forense identificó el cuerpo por la dentadura. Dígle a Claiborne que estaba equivocado. El cadáver no era el del autoestopista y tampoco el de la monja. Era Norman Bates.

Roy sintió que el auricular se le escurría entre los dedos. Ahora todo empezaba a encajar. *Si Norman estaba muerto, entonces era Vizzini quien debió haber matado a Driscoll.*

*Y estaba con Jan, en ese mismo momento.*

## TREINTA Y CINCO

Jan cerró el guión al tiempo que Vizzini abría la puerta.

—Estoy preparado.

Jan se levantó.

—¿Ha llegado Paul?

—Está de camino. Podemos empezar sin él. —El director subió el único peldaño y entró—. Yo haré el papel de Norman.

Jan le alargó el guión pero Vizzini hizo un ademán negativo de cabeza.

—No es necesario. No habla en la escena de la ducha. Y tampoco tú.

—¿Vamos a hacer primero la escena de la ducha?

—Naturalmente. Es la clave de todo, ¿no crees? Esbozaremos la escena juntos.

—¿Y qué hay de los apuntes?

—Te diré lo que quiero. Está todo muy claro. —Sonrió—. Pero antes tienes que desnudarte.

—Espera un momento...

—Por favor. Es importante visualizar tus movimientos de la forma en que aparecerán ante la cámara.

Vizzini seguía sonriendo mientras cerraba la puerta tras él.

Jan movió negativamente la cabeza.

—Olvidalo. No voy a quitarme la ropa.

—Eso es falsa modestia. —La sonrisa se le había helado—. He visto antes mujeres desnudas. Y ésta no es la única vez que te desnudas porque te lo pida un hombre.

—Y eso, ¿qué tiene que ver?

—Todo.

La glacial sonrisa era tétrica y, al entrar Vizzini en la zona iluminada, Jan pudo ver las contraídas pupilas. Ojillos felinos, como los del gato.

Avanzó hacia ella y Jan pudo percibir el apesoso olor de su perfume, mezclado con otro aroma repugnantemente dulzón. *Ha planeado algo. Debí suponerlo.*

—Tú eres una mujer —siguió—. Y yo un hombre. Es natural...

Por un instante, Jan sintió deseos de echarse a reír. En su interior una voz repetía el eco de una burlona pregunta... ¿Quién te escribe los diálogos?

Pero él estaba cada vez más cerca, acorralándola contra el tocador, rodeándola con sus brazos y mirándola a través de los ojos entornados. La boca abierta, borrada ya toda sonrisa, le hacía a Jan recibir en pleno rostro el hedor de su aliento. Jan volvió la cabeza para evitar sus labios. Pero se percató de que no era aquélla su intención. Las manos, a su espalda, se aferraban a los pliegues de la blusa.

Sintió cómo desgarraba la tela y los dedos manipulando los clips de su sujetador hasta soltarlo, dejándolo caer.

Jan empezó a chillar y luchó por clavarle las uñas en los ojos; pero él, apartando la cabeza, la cogió por la muñeca y se la retorció al tiempo que la atraía hacia sí.

De súbito, Vizzini dejó de aferrarla y el brazo le cayó insensible. Jan intentó apartarse, pero él la abofeteó con la mano derecha mientras que, con la izquierda, le desgarraba la parte delantera de la blusa, dejando al descubierto sus senos.

Jan, aturdida, vio cómo los dedos de él se acercaban a sus pezones.

Mientras Vizzini le cogía entre sus manos los senos, y se los apretaba al tiempo que acercaba la cabeza, Jan tanteaba a su espalda sobre el tocador hasta que logró coger el búcaro de cristal. Sujetándole con fuerza, le levantó bien alto y lo descargó luego sobre un lado de la cabeza de Vizzini.

Las rosas cayeron formando una cascada roja y en la sien de Vizzini floreció también algo rojo. Retrocedió lanzando un grito.

Jan pasó junto a él corriendo hacia la puerta, forcejeando con el picaporte. La puerta se abrió y Jan se precipitó a través de ella..., para caerse. Había olvidado el único peldaño pero ya era demasiado tarde para pensar en ello. Todas las ideas se le fundieron en un torrente de dolor que le subía desde el pie derecho hasta la cadera.

Ignoraba si se había roto el tobillo o sólo se lo había torcido. No importaba, tenía que levantarse. Sollozando, Jan intentó erguirse, volviendo a caer hacia delante al golpearla Vizzini con la rodilla en la espalda.

Esta vez el dolor fue tan intenso que casi perdió el sentido. Forzándose a abrir los ojos, luchó contra la atenzadora oscuridad, pero no le fue posible luchar contra las poderosas manos de él. Y entonces, mientras jadeaba y resoplaba, los dedos de Vizzini se aferraron a su pelo, echándole hacia atrás la cabeza. Sintió que la lanzaba de bruces contra la fría humedad del suelo de cemento.

Jan alzó la mirada, luchando por recuperar el aliento al tiempo que Vizzini se inclinaba hacia ella. Le corría la sangre por la mejilla derecha, pero sonreía de nuevo. Tenía los dientes amarillos y también era amarillenta la saliva que le caía por las comisuras de su contorsionada boca.

—¡Levántate! —le ordenó.

—No puedo..., mi tobillo...

Volvió a abofetearla sin dejar de sonreír y luego, agarrándola por los hombros, la obligó a erguirse. El insoportable dolor que sentía en el tobillo le hizo lanzar un gemido y aquel sonido parecía excitarle tanto como su desnudez.

—¡Putana! —Engarfió los dedos en el antebrazo de Jan—. ¡Anda!

Jan intentó liberarse, pero él le atrapó las dos muñecas, empujándola hacia delante. Jan, sobresaltada, salió a trompicones de la oscuridad hasta la zona iluminada. La luz del plató... El baño y la ducha... Vizzini la empujaba en dirección al cubículo aislado por la cortina. Por el rostro le resbalaban pequeñas gotas de sangre que marcaban su avance sobre el suelo de azulejos.

—Adelante —le mandó—. Quiero que entres ahí.

—¡No! —gimió Jan.

Y entonces se dio cuenta de que era lo que estaba haciendo, gimiendo como un animal.

Y también comprendió lo que él quería, lo que había estado intentando hacer durante todo el tiempo. Iba a lanzarse sobre ella allí, en el espacio de la ducha, iba a poseerla como

un animal, indefensa y golpeada.

*Indefensa, no.*

Llenó los pulmones de aire, fortaleciendo sus brazos y retorciéndose hasta quedar libre. Al soltar sus manos, las levantó con rapidez y, uniéndolas formando un solo puño, las descargó contra la ensangrentada sien del hombre.

Vizzini emitió un ruido ronco. Retrocedió vacilante, aferrándose a la cortina de la ducha que se encontraba a su espalda, para evitar caer. Recuperó el equilibrio jadeante; por un instante, permaneció inmóvil mientras sus miradas se encontraban.

Luego, sin previo aviso, alargó las manos.

Jan se dio la vuelta, pero ya era demasiado tarde. Antes de que pudiera dar un paso más, las uñas de él se hundieron en sus hombros.

Y luego la soltó.

Jan miró hacia atrás y se detuvo. Vizzini aún seguía en pie, de espaldas a la ducha, con el rostro contorsionado por una mueca.

—*¡Mamma mia...!*

Su voz se fue extinguiendo, ahogada en una especie de gorgoteo y se desplomó de bruces, revelando la rojez que brotaba y se esparcía entre sus paletillas.

Luego, al quedar rasgada la cortina, Jan pudo ver al ocupante del cubículo que se lanzaba hacia delante enarbolando un cuchillo.

La hoja zigzagueó hacia su garganta.

Apenas tuvo tiempo de lanzar un grito antes de que sonara el disparo y el cuchillo, apuñalando al aire, cayera al suelo de la mano todavía engarfiada de Adam Claiborne.

## TREINTA Y SEIS

El doctor Steiner no tenía miedo.

No había motivo para sentirse atemorizado porque ahora ya Claiborne era inofensivo. Le extrajeron la bala y la muñeca cicatrizaba muy bien, aunque jamás podría volver a enarbolar un cuchillo con la mano derecha.

Y, a fin de cuentas, acaso jamás abandonara aquella habitación. Había tenido lugar una fuerte controversia... Incluso sin haber sido llevado a juicio, se realizaron todos aquellos exámenes de testigos con vistas a la extradición y mandatos de los tribunales... Pero, finalmente, se le concedió la autorización y Steiner pudo traérselo a casa.

*A casa.* Steiner suspiró mirando alrededor de la habitación. La casa era un cubículo con escaso mobiliario de plástico, una cama atornillada al suelo, una bombilla protegida por una rejilla. La casa era una ventana con barrotes.

Pero al menos el lugar resultaba familiar, si es que Claiborne se daba cuenta. En ocasiones, parecía tener conocimiento y, aun cuando nunca hablara, parecía reconocer a Steiner y agradecer su presencia.

En aquel momento, al entrar Steiner, Claiborne sonreía mirándole desde la cama. Pero, en definitiva, siempre estaba sonriendo. La sonrisa era una barrera que había alzado para aislarse del mundo y aprisionar los secretos.

El doctor Steiner le saludó con la cabeza.

—Hola, Adam.

No hubo respuesta. Tan sólo la sonrisa y el silencio.

Acercando una silla a la cama, Steiner se sentó, sabedor, aún antes de empezar, de que nada sería capaz de derribar aquella barrera. Aun así tenía que intentarlo. Le debía al menos eso.

—Es hora de que hablemos de lo ocurrido —le dijo.

La expresión de Claiborne permaneció inmutable, peroí su mirada pareció aclararse; acaso le comprendía.

Entonces, Steiner empezó a hablar eligiendo con gran cuidado sus palabras, recordando que sus relaciones habían sufrido una alteración. Ya no era un médico que conversase con otro, sino un facultativo hablando con un paciente. Aún así, hizo cuanto pudo por decir la verdad.

Y la verdad, tal como la veía él, era que, al cabo de tantos años juntos, Claiborne, de forma inconsciente, había llegado a identificarse con Norman Bates. Ambos eran huérfanos y estaban solos. Ambos se encontraban confinados, cada uno a su manera, por frenos institucionales.

Claiborne sonrió.

—Pero había algo más que identificación —prosiguió Steiner—. Al cabo de cierto tiempo, empezaste a sentir que tu suerte, tu futuro, estaban ligados a tu paciente... Para devolverle la razón, escribir un libro sobre el caso. La cordura le liberaría a él y el éxito del libro te daría oportunidad de salir de aquí y ser libre. Y la fuga de Norman te hizo creer

que habías fracasado, que le habías fallado a él y a ti mismo. Se había ido dejándote prisionero en este lugar.

»Debió de comenzar entonces, con la convicción de que la única forma que te quedaba de escapar era identificándote con Norman, compartiendo el triunfo de su libertad. Sí, ya sé que fuiste detrás de él, pero creo que, en el fondo de tu corazón, esperabas escapar de una forma definitiva. Luego, al encontrar el cuerpo en la furgoneta y comprender de quién debía ser, se desvaneció toda esperanza. Y te hundiste en la inconsciencia.

»Norman no podía dejar que su madre muriese, de manera que se *convirtió* en ella. Tú no podías dejar morir a Norman, y te convertiste en él. Y de la misma manera, durante episodios amnésicos se te imponía una personalidad alternativa.

Claiborne le muraba con una sonrisa de Mona Lisa, con el silencio de la esfinge.

—Eso es precisamente lo que sucedió cuando descubriste el cuerpo en la furgoneta. Personificando a Norman, fuiste a Fairvale y mataste a los Loomis. —Steiner hizo una pausa—. Cuando, finalmente, el juez emitió su veredicto, registraron tu coche y encontraron el dinero robado de la caja registradora, oculto debajo de la plancha del suelo. ¿Recuerdas haberlo puesto allí?

Claiborne permaneció callado, con la sonrisa fija.

—Después de ocultar el dinero en tu coche, que se encontraba aparcado en la calle, volviste a tu ser y regresaste a la tienda. ¿Estoy en lo cierto?

La más absoluta mudez, sólo aquella impasible sonrisa.

—El recorte de periódico que encontraste te incitó a viajar a Hollywood. Como Claiborne, tenías motivos racionales para intentar suspender la filmación por medio del razonamiento y la persuasión. Como Norman, estabas dispuesto a matar para que la película no se realizase.

»Durante casi toda tu estancia en Hollywood mantuviste el control de ti mismo, pero Norman también se encontraba allí. Reaccionando ante la semejanza de Jan con Mary Crane, viendo los escenarios que recreaban el lugar del crimen.

»Hablé con aquellas personas de allí... Roy Ames, Jan y la joven con quien ella compartía el apartamento. Algunas de las cosas que dijeron me ayudaron a reconstruir lo ocurrido. El resto no es más que suposiciones... Por ejemplo, el rostro que viste en el espejo del supermercado. Pudo haber sido Vizzini, tal vez se tratase de una alucinación. Después de aquello empezaste a perder rápidamente el dominio y, a raíz de tu disputa con Jan, fue Norman quien regresó para matar a la gatita. Naturalmente, aquello sólo fue el prelude.

La sonrisa de Claiborne no se inmutó.

—A Norman se le estaba acabando el tiempo, y lo mismo ocurría con toda apariencia de comportamiento racional. Tenías que destruir aquel proyecto de filmación, aunque ello supusiera destruir a todo aquel relacionado con él.

»Faltaste a tu cita para cenar con Tom Post, porque se impuso Norman. Fue Norman quien acudió a casa de Driscoll y le asesinó. Al llegar Ames, le encontró allí esperándole, pero, cuando se enteró de lo de Jan y Vizzini, fue Norman quien se apresuró a correr a los estudios... No para advertir a los guardias, sino para trepar por el muro, llevarse un cuchillo del departamento de accesorios y ocultarse, dispuesto al ataque. Si Ames y la

Policía no hubieran llegado cuando lo hicieron...

Steiner se interrumpió. Miró a Claiborne pero no hubo la más mínima reacción; tan sólo el silencio y la sonrisa.

Se levantó, suspirando, y se encaminó hacia la puerta.

—Volveremos a hablar —manifestó.

Incluso mientras hablaba comprendió la futilidad de su promesa. Le había fallado a Claiborne, había fracasado al no poder llegar hasta la violencia que se albergaba en su interior; la violencia protegida por el silencio y oculta tras una sonrisa.

Ahora había ya demasiadas de esas sonrisas en derredor suyo... No sólo aquí, en el manicomio, sino también afuera, en las calles. Sonrisas que ocultaban la enfermedad secreta, pero que no eran capaces de curarla. La violencia era un virus, una enfermedad que se estaba convirtiendo en epidémica por todo el mundo, y acaso no tuviera cura. Todo cuanto podía hacer era seguir intentándolo.

—Te veré más tarde —se despidió.

Claiborne sonrió.

## TREINTA Y SIETE

Claiborne no escuchaba a Steiner.

Una vez que Steiner se hubo ido, sólo se escuchó a sí mismo. A Adam Claiborne. Adán, el primer hombre. Claiborne, creado del barro. Dios lo creó.

Dios creaba todas las cosas, incluido Norman Bates. Todos somos hijos de Dios.

*¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?*

Yo era su guardián.

Todos somos hermanos. Dios lo ha manifestado. Dios ha dicho muchas cosas que nosotros debemos escuchar.

*La venganza es mía*, dijo el Señor. Claiborne puede morir, pero Norman vive. Dios le protegerá, porque él es el instrumento de Dios contra el mal.

*Norman Bates jamás morirá..*